

Juan Marsé

Esta cara de la luna

Esta cara de la luna nos describe la reincorporación casi casual de Miguel Dot, joven periodista de buena familia con fantasiosas ideas sobre el oficio y una vocación gratuita por la rebeldía, al grupo de sus amigos de adolescencia, ahora prósperos capitanes de empresa o continuadores de los negocios familiares, de resultas de la cual se ponen en contacto otra vez las dos mitades de la que años atrás fue una compacta sociedad de adolescentes unidos por la ilusión y la camaradería. Ahora esas dos mitades, si bien muy lejanas en cuanto a sus reglas de conducta, no lo están tanto, en cambio, respecto al resultado de las que fueron sus ambiciones: de un lado, los jóvenes ejecutivos anestesiados por sus mecánicas responsabilidades y por el peso de su prosperidad; del otro, Dot, tramposo, hablando en el vacío de proyectos que se le han hecho viejos sin que haya tenido ocasión de intentar realizarlos, amoral y engañado por un entusiasmo enfático, o Guillermo, que vive de los mitos de sus amores adolescentes con que reviste sus aventuras actuales, encerrados en un egoísmo infantil. Pero ese contacto resultará dañino para todos. El equilibrio se romperá, tanto el de los matrimonios puramente formales, que no resistirán el ácido de las viejas aventuras, como el del mito de cada cual, y el de la resignación de todos.



Juan Marsé

Esta cara de la luna

ePub r1.0
Titivillus 23.04.16

Juan Marsé, 1962
Diseño de cubierta: Jaume Bordas

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



3er. Aniversario



más libros, más libres

I

—Bueno, no empujes… Es muy mona, sí, pero no es ella.

—Que sí, mujer. Fíjate en sus ojos. Verdes y tristes.

—Qué guapa —dijo la muchacha de la tintorería, y se alzó de puntillas mirando la foto por encima de las cabezas de la gente. En su rostro, por un instante, se reflejó una leve tristeza, y añadió—: ¡Dios mío, qué guapa es…! Pero yo juraría que ésta no es Silvia. Ésa es una artista de cine.

Doblada al brazo, bajo un papel de periódico, sostenía una gabardina recién salida del tinte. Su amiga estaba empleada en una zapatería y llevaba un reluciente uniforme marrón con cuello y puños blancos.

—¡Te digo que sí, tonta! Y él es el príncipe Karim…

—¡Sí que lo es! ¡Y salen en una de fotos…! Siempre de un lado para otro, en coche.

—Aquél es el fotógrafo de Margarita. Mira.

—No me gusta. Tiene cara de caballo. No veo nada… ¡Eh, tú, niño…!

Un chico se abrió paso a codazos y el grupo de curiosos parado en mitad de la acera se removió y cerró de nuevo como un cañaveral. El chico se plantó frente a la tablilla colgada en la pared y levantó los ojos a las fotografías. INFORMACIÓN GRÁFICA DE ACTUALIDAD - UNA GENTILEZA DE PAÑOS FERRYS. Un gracioso le tiró la gorra de un manotazo. El chico soltó un taco, se agachó a recogerla y la frotó con la manga. Había llovido y el suelo estaba mojado. A sus espaldas, los tranvías rojos y verdes bajaban rechinando con un largo lamento de acero bajo las ruedas, y los coches rodaban lentamente sobre el húmedo asfalto. El grupo permanecía inmóvil en la acera, estorbando el paso. Algunos se iban, pero se detenían otros, mujeres que venían de la compra con bolsas de rejilla y olor a verduras y a pescado, cobradores a

domicilio con zapatos desgastados y fatigados rostros de ceniza, apretando el fajo de facturas con cubiertas de hule y cinta de goma roja a un lado del pecho como si fuera una chistera; un dependiente de colmado con guardapolvo amarillo y cesta al hombro; la chica de la tintorería con la gabardina cubierta de papel de periódico y doblada cuidadosamente sobre el brazo. Allí estaban, como todas las tardes, mirando boquiabiertas a futbolistas chutando balones, estrellas de cine descendiendo por la escalerilla de un avión con la mano en alto, obispos bendiciendo bloques de viviendas, políticos estrechándose las manos, una princesa a punto de parir fotografiada junto a una cunita…

Algunos se quedaban allí a veces durante media hora, con sus paquetes o carteras bajo el brazo, ávidos, inmóviles, sin expresión alguna en el rostro, sus miradas saltando atenta, fríamente de una foto a otra.

El chico para recados de Foto-Semana se puso la gorra, se agachó abriéndose paso por entre las caderas de la gente y se alejó adentrándose en el callejón. Iba dando saltos con las manos en la nuca. Una niña rubia y sucia, arrodillada junto a la pared, paraba un reguero de agua con las manos. Levantó los ojos hacia él, sin mucho interés. El chico se metió en el 6, un portal pequeño y oscuro, volviendo antes la cabeza un segundo para mirar maliciosamente a la niña, que llevaba un vestido floreado cuyos bordes se estaban enfangando.

Miguel Dot no se movió. Le veía desde la cama, echado clavándole los ojos por encima de la mano con que sostenía el cigarrillo; le veía también por entre sus viejos zapatos formando por enésima vez el perezoso ángulo abierto sobre la colcha. El muchacho asomaba tímidamente la cabeza tras la puerta entornada, con la gorra en la mano y sin atreverse a entrar ni a llamar, abriendo desmesuradamente sus temerosos ojos de aprendiz, no habituados aún a la penumbra de la habitación.

Miguel Dot despegó los labios con desgana:

—Pasa —y apenas le salió la voz, que no llegó al chico.

Había estado durante media hora tumbado allí, mirando el techo y fumándose terca e insensiblemente los últimos cigarrillos. El chico

se decidió a llamar con los nudillos.

Y ahora, sin saber por qué, él no respondió hasta la segunda vez.

—Pasa.

Le vio quedarse parado al pie de la cama, con aquel uniforme color mostaza, descolorido, tan ceñido a su tórax puntiagudo y a sus escuálidos brazos que parecía su propia piel.

En la gorra y en las solapas llevaba unas plaquitas con letras de latón: Foto-Semana. Apretaba ahora la gorra sobre el vientre con las dos manos. La puerta había quedado abierta a su espalda y la luz que entraba por la ventana del pasillo se ceñía a sus riñones y a su cuello adelgazando todavía más su silueta. Carraspeó:

—Dice don Ramón que si tiene usted listo el artículo que me lo entregue. —Volvió a carraspear—. Y dice que es usted quien debe llevarlo a la redacción, porque nosotros tenemos mucho trabajo. Que ésta será la última vez que me manda, que todavía tengo que ir con todo a censura…

Eso dijo.

—Cógelo, anda, está en esa mesa, junto a la máquina. Vamos, cógelo.

La voz debió de salirle en un tono más ronco y agresivo que lo habitual en él, porque notó en la mirada del chico una brusca transición. Pero en seguida le vio coger tranquilamente las seis holandesas y ponerse la gorra. Entonces sacó del bolsillo unas rubias.

—Dime, Fernando, ¿sigues siendo mi amigo?

El chico volvió a quitarse la gorra y se quedó quieto, sonriendo.

—Ya lo creo, señor Dot…

—No me engañes.

—¡Si no le engaño, palabra!

Hundía la cabeza, incómodo, con los ojos bajos. Pilló las rubias en el aire, se puso la gorra y apartó rápidamente los ojos de Miguel Dot, que se había tumbado otra vez de espaldas.

—Adiós…

Aplastó la brasa del cigarrillo en la pared, sobre su cabeza, en una mancha negra producida por otros cigarrillos aplastados en tardes como aquélla. Un hombre joven, delgado, de ojos claros y hundidos en un rostro huesudo. Sus pies rebasaban la longitud de la cama turca y permanecían en ángulo abierto frente a la puerta.

Decidió seguir así cinco minutos más, intentando no pensar y dejando que la penumbra se posara fríamente sobre sus pupilas —¿grises, casi azules?, decía su madre— cargadas de odio.

Podía oír los gritos de la patrona en la escalera, llamando a Carmina, que debía estar jugando en la calle, la corta y estrecha calle sobre la cual miraba su ventana con aquellos alambres sosteniendo torcidamente dos tiestos con geranios de fuertes hojas cubiertas por una fina capa de polvo. La casa era antigua y recibía poca luz. La habitación pequeña y cuadrada lucía una cenefa de empapelado rojizo, como bañado por la luz de un eterno crepúsculo, con tréboles de cuatro hojas simétricas. El piso era de ladrillos oscuros y desnivelados, que devolvían las pisadas con un temblor hondo y rencoroso. La ventana daba frente a la pared lisa del otro lado de la calle, a sólo dos metros; pese a tener entrada por Mayor de Gracia y salida por Riera de San Miguel, dos arterias de cierta importancia en aquel sector próximo a la Diagonal, era un callejón olvidado e inútil, sin aceras y con viviendas sólo a un lado; el otro lo formaba la larga pared lateral de una tienda de tejidos por cuya gentileza, colgada en la entrada del callejón, se hallaba la tabla de madera con información gráfica de última hora.

Volvió la cabeza a un lado y estuvo mirando la mesa y los papeles, pero no se movió. Se mordía el labio inferior, escuchó pasos en la escalera y estuvo a punto de incorporarse. Pensó en la patrona, risueña de pocas palabras que subía todas las tardes para dejar alguna prenda de ropa lavada o alguna carta, circunstancia que la mujer aprovechaba para lanzarle una mirada especial, una mirada minuciosa y de doble filo; una larga mirada de estatua, desaprobadora y afectuosa a la vez, que le servía para recordarle que debería ser más puntual en los pagos mensuales, y al mismo tiempo que ella, pese a todo, estaba siempre dispuesta a esperar un poco más la llegada de la suerte. Porque estaba convencida que era una simple cuestión de suerte el que su huésped ganase poco o mucho dinero. Me ama, había dicho Dot alguna vez a un amigo, me ama como amaría a un hijo empeñado en meterse a cura. Y ella miraba largamente sus cabellos pajizos, incoloros, y sus ojos grises casi azules —tampoco ella, como su madre, distinguía la mala uva — y luego hablaba con alguna vecina y la decía que sí, que estaba segura, que este joven tan agradable y tan serio que tengo en una

de las habitaciones del segundo piso se ocupa en trabajos muy importantes y es de una familia riquísima, una de las más distinguidas de Barcelona.

Se incorporó sentándose en el borde del lecho. No quiso encender otro cigarrillo. Cogió un bloc de la mesa escritorio, alargando la mano, lo estuvo hojeando un rato y luego volvió a dejarlo. Entonces sus dedos tropezaron con la tarjeta apoyada a un costado de la máquina de escribir. Leyó en el reverso: «Gabriela y yo te esperamos mañana en Valldoreix. Plan íntimo. No seas pelma y déjate ver. Estaremos todos. Un abrazo. Pedro».

Observó un instante los rasgos de la escritura y sonrió. Ya no era aquella caligrafía vertical y apretada con que años atrás Pedro Sagnier solía copiar a toda prisa sus notas en la facultad. Se levantó. Guardó el bloc y la tarjeta en el bolsillo de atrás del pantalón y luego abrió del todo la ventana. Una claridad opaca, lenta y agostada, como si llegara después de haber dado muchas vueltas por un laberinto, inundó la habitación. Miguel Dot se miró en el espejito colgado en la pared, junto a la ventana, e intentó alisar sus cabellos lacios con una mano semicerrada, torpe, demasiado veloz y completamente ineficaz. Su madre habría reconocido ese gesto…

La muchacha de la tintorería, con su cara redonda y fláccida y aquella falda negra y plisada que siempre le colgaba demasiado por detrás, llamó con los nudillos y acto seguido entró moviéndose con un aire familiar pero no del todo confiado, y dejó sobre la cama la gabardina envuelta en periódico. Murmuró «Ahí se lo dejo» con una voz ahogada, mirándole con el rabillo del ojo, y salió silenciosamente sin esperar respuesta y con el mismo aire experimentado, acaso algo sorprendida esta vez de no hallarle tumbado en la cama en medio de sus papeles.

La gabardina estaba rígida y crujía. Miguel se la echó sobre los hombros, cerró la puerta con llave y bajó a la calle mientras arrancaba los hilillos blancos del borde inferior de la tela. La escalera era estrecha y mal iluminada, bajaba ceñida y revolviéndose sobre sí misma, con una trémula barandilla de hierro pringoso y unos peldaños de ladrillo rojo y reborde de madera alabeados por el uso. Fuera, el cielo estaba completamente nublado.

En cuclillas frente al charco, la niña le miró inmovilizando un instante sus manos sucias de barro sobre las rodillas igual que dos negras mariposas cansadas. «Miguel —dijo—, Miguel, adiós». Él puso una mano en su cabeza al pasar, sonriéndola, y la chiquilla le siguió con los ojos al tiempo que se incorporaba despacio con la barbilla clavada en el pecho.

—¡De prisa, hijo, de prisa! ¿Me oyes? ¡Corre…!

De momento no vio a nadie. La voz de la mujer sonaba desde alguna parte de la casa, era una voz desganada y fría de sirvienta que sabe que habrá de repetir muchas veces la llamada. Luego apareció en lo alto de los cuatro escalones, entre las columnas del soportal, y volvió a llamar al chico con palabras de urgencia pero sin poner ningún entusiasmo en el acento. El hijo de Pedro Sagnier jugaba con la tierra del jardín, arrodillado bajo el árbol favorito. Las nubes bajas y oscuras se removían sobre su cabeza cubriendo todo el cielo. Dot empujó la verja con la mano. El camino rojo bordeado de chopos quedaba a su espalda, alejándose ceñido a las revueltas enfangadas de la colina, luego bajando recto frente a la hilera de chalets con verja de madera pintada de azul hasta morir en la blanca y limpia estación de Valldoreix.

—¿Quieres mojarte? —decía la sirvienta, mientras veía acercarse a Dot—. Ven aquí en seguida o llamo a tu padre.

Iba a llover. Los pinos dejaban caer pesadamente su olor, la atmósfera era densa, tenía un sabor herrumbroso de viejos recuerdos. El niño miró obstinadamente a la sirvienta y luego a las nubes. Abrió las manos como en un estupor y dejó resbalar la tierra entre los dedos. Todo iba oscureciéndose rápidamente.

—Corriendo, te digo —gritó la mujer. Se oyó un trueno lejano y blando y el niño sonrió extrañamente, al fin. Arrojó toda la tierra de las manos y corrió hacia el soportal, los dedos abiertos y rígidos, la cabecita gacha y grave. Y golpeó con la frente en el delantal de la sirvienta, que le abrazó.

Después empezó a llover.

Miguel Dot estaba ya dentro, en la galería. Pedro Sagnier se apartó de los cristales después de cerrar la ventana. Tenía ya una considerable cantidad de grasa en la nuca, a rodajas, como el muslo

de una criatura. Aún se estaba riendo al decir:

—Luego te acompañaré a verla. ¡Demonio de chica! Nos ha dado un pequeño susto. Lo más gracioso es que todo lo ha arrastrado en la caída excepto su propio vaso, que ha mantenido con la mano en alto sin derramar ni una gota. No hay otra como ella, te lo digo yo. Ahora la verás, anda, ven. Está echada en el diván de la biblioteca y la hemos hecho creer que tiene el tobillo roto… No hace más que soltar tacos y dice que se siente muy desgraciada…

Le estaba hablando justamente de ella, claro, y puesto que durante todo el viaje había estado pensando y deseando encontrarla allí, aun a pesar suyo, ni siquiera le extrañó que estuviese borracha. Lo primero que le dio una pista fue el ver unos zapatos de mujer junto a la puerta de la biblioteca. Por un momento le pasó por la cabeza la idea de que todos se habían desmandado al fin y organizaban orgías los fines de semana; pero la desechó en seguida, no encajaba en el sonso estilo de fabricante catalán que les caracterizaba a todos ellos y que habían heredado de sus padres no por motivos de orden religioso o moral, sino simplemente porque sus cerebros eran cajas registradoras y la sangre de sus venas pura leche templada a la luz y en la calma de veraneos en Sitges durante la infancia, ese estilo solapado, risueño y falsamente liberal, que tuvo siempre en cuenta que la cabeza ha de mantenerse bien despejada para seguir siendo un padre en la fábrica, los lunes por la mañana. Comprendió entonces por qué se reía Pedro, a su lado, llevándole de la mano como un chiquillo que fuera a mostrarle una travesura de otro, algo muy divertido, pero que él se guardaría muy bien de hacer jamás. «Hay que ver, hay que ver —decía—. ¡Demonio de chica!». No se dio cuenta y ya estaba en la biblioteca, envuelto en la penumbra y en aquel olor húmedo, semejante a metal, del tapizado de los muebles poco usados, frente al diván donde Lavinia yacía sin zapatos y con la cara vuelta hacia el respaldo. Le colgaba un brazo y los dedos de su mano rozaban el suelo, a un palmo de una taza de café vacía. Estaba dormida, o simulaba no haberles oído entrar, y los cabellos le tapaban la mitad de la cara. Sus cabellos no eran rojos, pero evocaban extrañamente un color ígneo, como si estuviesen tocados desde dentro por una luz, y su perfil era algo delicioso que detenía súbitamente la mirada de cualquiera. El pecho se movía sosegadamente bajo la blusa

abierta y alguien acababa de mojarle la frente y las sienes. En el silencio se oía la lluvia.

—Duerme —observó Pedro en voz baja—. ¿Qué, tiene gracia o no? Su marido está por ahí, luego no vayas a decirle que hemos entrado a verla, ¿eh? Podría disgustarse, ya sabes cómo es Arturo. Relaciona siempre los excesos de Lavinia con la marcha de los negocios y teme verse perjudicado… Y mira, en eso tal vez tenga razón, qué caray. Ha llegado a presentársele en la mitad de una reunión del Consejo, con una trompa regular, para pedirle las llaves del coche. Y últimamente se dicen algunas cosas de ella que…

—Ya —interrumpió él.

—Ahora le da por ahí. Dice que la culpa es de la maldita lluvia, porque lo único que ella quería era felicitar al chico, y que para eso ha venido, y a jugar unos sets en vez de permanecer aquí encerrada como una rata… ¡Tiene una lengua! Anda, vamos. Se le pasará pronto. Hay unas cuantas personas que no te conocen y quiero presentarte. Luego hablaremos de ti… ¿Dónde has estado metido todo este tiempo? Creo que tienes a tu padre muy enfadado, ya sabes cómo le habría gustado tenerte en el periódico con él. A propósito, ¿dónde se habrá metido ahora mi chico? Esto se hace en su honor, ¿comprendes?

Miguel le cogió del brazo mientras salían.

—Te agradezco que me hayas invitado, Pedro. Pero he venido sobre todo para… pedirte un favor. Es importante.

—Luego. Ahora tomarás una copa tranquilamente, tenemos mucho tiempo y no se puede hacer otra cosa mientras no pare de llover. Puedes quedarte a cenar. —Le puso una mano en el hombro y le obligó a volverse hacia la ventana—. ¿Te he dicho que quiero vender esto? Ya ves, me parece pasado de moda y un poco cursi a pesar de las reformas que hicimos. Es lo que yo digo: cuando una cosa se ha hecho vieja, por buena que sea… ¿Has visto a mi chico? Ha crecido mucho. A él le gusta pasar los fines de semana aquí, aunque tenga que jugar solo. Parece no importarle. Es un chico algo raro, a veces me preocupa. Recuerdo que nosotros a su edad ya formábamos un grupo la mar de unido. Yo, al menos, no soportaba el estar solo. ¿Te acuerdas?… Vaya con Miguel. Por cierto, no confiaba en que vinieras. Supe dónde vives por pura casualidad, mi mujer se encontró con tu madre en una Granja y estuvieron

hablando mientras merendaban.

Hizo una breve pausa, le miró fijamente a los ojos y añadió muy serio:

—Bien, yo siempre he sostenido que uno es libre de hacer lo que le venga en gana cuando es joven, y lo que desea es sencillamente abrirse camino y ganar dinero. Siempre sin fastidiar a nadie, claro; hay mil modos de hacerlo. Pero es lo que yo digo: no hay que desaprovechar el empujón inicial de los padres. Miguel…, ¿se puede saber qué es lo que pretendes llevando esa vida?

Él seguía mirando por la ventana: un cromo de la infancia. Aquella estatuilla rojiza que no tenía brazos, que tal vez nunca los había tenido, roída por la lluvia y el tiempo en medio de los rosales, ahora parecía una muñeca ridícula y triste que contemplara su propia ruina allí mismo, a sus pies. Más allá de los macizos de flores, de los setos empapados de lluvia y de la verja, había un Seat y un Mercedes aparcados con cierto aire atolondrado. Miguel observó que se habían realizado algunas reformas alrededor del chalet, y que tenían el sello de los Sagnier, ingenuo y mimado a la vez, como aquella piscina en forma de corazón que habían mandado construir entre los abetos más jóvenes, o la glorieta funcional totalmente cubierta de rosales sobre un banco para dos, donde forzosamente había que pincharse para entrar. La pista de tenis, flanqueada por el camino y protegida por una alta red metálica, estaba empapándose de agua.

Notó junto a él la cabeza calva y olorosa de Pedro dándose vuelta, y oyó su voz aguda y rota encaramándose con dificultad en el aire, una voz que siempre le hacía pensar en la de un mal payaso esforzándose por hacer reír después de algún accidente en la pista.
—¡Eh, atención! ¡Atención todo el mundo, venga! ¿Es que no ha llegado nadie a esta casa? ¿Eh? Le estaba diciendo a Miguel lo que nos gustaba pasar las vacaciones aquí, cuando chicos, ¿os acordáis?

—¿Pero qué estás diciendo? —le respondió desde el salón un hombre alto, con jersey de tenis y pañuelo marrón anudado al cuello—. Ven a beber algo y déjate de recuerdos… Y dile a Miguel que entre de una vez, que no le vamos a morder.

Se oyeron unas risas discretas. Él aún les daba la espalda cuando notó en el hombro, otra vez, la mano de Pedro.

—Ven, Miguel. Anda, ven… Pasa, hombre…

Y entró. Estaban sentados en las butacas, en torno a una mesita baja y rectangular con patas de metal, sobre la que había una baraja francesa, dos libros, un enorme cenicero y vasos. Le saludaron levemente y como sin querer, calibrando en una fracción de segundo los viejos zapatos enfangados y el traje raído que tenía el aspecto de no haber sido descolgado de aquel cuerpo anguloso y lento desde hacía años, y le tendían unas manos fláccidas y tibias que él estrechó cálidamente pero sin ningún entusiasmo. Empezaron a preguntarle cosas, qué tal le iba, te dejas ver poco, esos periodistas, chico, tienes buen aspecto… Sostenían los cigarrillos y los vasos con la misma bella y tranquila indiferencia de siempre, mientras en el tocadiscos, junto a la mesa de ruedas para bebidas, sonaba muy alto un ritmo bronco de jazz.

Pedro le presentó a dos muchachas que no conocía, sentadas sobre la alfombra, con faldas ceñidas y peinados altos, huecos e incoloros. Estaban lamentándose de que la lluvia les iba a estropear el fin de semana, los partidos de tenis y el primer bronceado de la temporada, bebían picoteando en los vasos como polluelos, mirando a todas partes, sin acabar de animarse del todo. La habitación, a pesar de ser grande, estaba ya saturada del humo de cigarrillos y la música atronaba por todo el chalet con un ritmo de pulso desmandado.

Gabriela Fontalba, la mujer de Pedro, le sirvió un whisky.

—Miguel, eres malo, nos has traído la lluvia —dijo.

Las dos chicas miraban a Miguel con curiosidad; aunque fuese amigo de los Sagnier, y guapo, y desde luego interesante, aquello de clasificarle socialmente iba a resultar difícil.

Miguel buscó los ojos de Gabriela y dijo:

—Sí, será cierto… Tengo que hablar de negocios con tu marido. ¿Tú crees, le pillo en buena disposición?

Ella había fruncido un poco las cejas, no sabía si por el humo del cigarrillo o por lo que adivinaba en las palabras de Miguel. Pero éste le ofrecía su mejor sonrisa, una sonrisa infantil que ella tenía forzosamente que recordar. Gabriela era todavía una muchacha, como él; una muchacha casada y madre de un chico, pero no podía haber cambiado mucho todavía. Delgada, morena, con unos ojos redondos y negros, se puso a sonreír también, pero no con el aire de complicidad que él esperaba.

—Seguramente —dijo—. Buen humor no le falta…

Más tarde, todos le vieron hablando con Pedro Sagnier frente a la chimenea, gesticulando y despeinado, con su traje abolsado en las rodillas y chupando del cigarrillo con una especie de furia cada vez que Pedro le interrumpía. Pedro Sagnier tenía unos pliegues azulosos bajo la barbilla, suaves, sin agostar, una calva incipiente y unas manos blancas, pequeñas y ágiles; joven aún, con unos hermosos ojos de niño mimado que, de vez en cuando, acusaban casi con espanto aquellas cosas que en los demás no comprendía.

—¿Conque eso es lo que quieres? —dijo, y suspiró, cabeceando —. Tu revista. Tienes gracia, yo siempre lo tomé como un simple pasatiempo universitario. En fin, tú sabrás. Antes, cuando se publicaba, solía leer tu revista. Estaba bien. Un poco seria, quizá…

Se pellizcaba una ceja, pensativo. Gabriela se acercó.

—¿Qué estáis conspirando? Y tú, Miguel, ¿se puede saber qué ha sido de ti en tanto tiempo? Desconsiderado. Tuve que tropezarme casualmente con tu madre para enterarme de que sigues vivo y cometiendo tonterías, como esa de plantar a tu padre y encerrarte a vivir solo en una habitación alquilada.

—Bueno, de vez en cuando me acerco por casa.

Pedro se removió en la butaca, inquieto, y habló como siguiendo el hilo de un pensamiento.

—En fin, tú sabrás. No te ofendas si te digo que todo eso me parece propio de chiquillos. Te llevo algunos años y estoy ya de vuelta de bastantes cosas.

—No estás de vuelta de nada —cortó Miguel—, no has llegado a ninguna parte, no te has movido nunca de este sillón. —Dejó de sonreír, sin brusquedad, fijó los ojos en el vaso que tenía en las manos. Pedro se palmeó las rodillas, riendo:

—¡Este chico es único!

—¡Qué ocurrencia! —dijo Gabriela. Luego añadió con acento irónico—. Esposo mío, confiésale a este espía que no te interesa ya el país ni ciertos problemas.

—Eso también es verdad.

Miguel dio unos pasos, decidido a suspender la conversación hasta que se presentara una ocasión más favorable. «No lo has enfocado bien, maldito payaso, nada bien», se decía, y con la excusa de servirse otro trago se alejó hacia una de aquellas dos muchachas

cuyos nombres ya no recordaba. Estaba apoyada en el respaldo de una butaca, con los brazos cruzados, mirando caer la lluvia tras la ventana. Miguel cambió unas palabras con ella y la hizo reír como una tonta al asegurarle que la lluvia les tendría aislados allí durante un mes, y que habían echado suertes y a ella le había tocado ser la primera en dejarse comer; que él quería dar el primer bocado, si no había inconveniente. Ella le dijo que era un fresco, luego se le escabulló riéndose, sonrojada, a pasitos cortos, las nalgas recogidas en un puño bajo la estrecha falda. Sin apartar los ojos de ella, Miguel se llevó el vaso a los labios y se dijo que, puesto que estaba allí, lo mejor que podía hacer era divertirse; prestó atención al whisky, saboreándolo, y fue el primer buen trago apurado a conciencia. Se acordó de Lavinia y decidió ir a buscarla. Nadie pareció notar su salida, de momento. Encontró a Lavinia lo mismo que antes, pero despierta, con las manos cruzadas bajo la nuca. Miguel había cogido los zapatos al entrar y permanecía de pie junto al diván. Lavinia no le miró, no apartó los ojos del techo.

—También le tenía miedo a Gabriela y a sus interminables partidas de bridge, eso es todo —dijo como si concluyera un diálogo con alguien que se estuviese clavado en el techo. Luego volvió la cabeza, sacudiéndola para apartar los cabellos de la cara «Ven, acércate», dijo, y cogió la mano de Miguel entre las suyas y la apretó a su pecho. No estaba muy borracha. Había en la mirada de sus ojos castaños, o quizás en el pliegue de los párpados, un leve matiz de fatiga y de tristeza que hacía pensar en noches de amor laboriosas y en aquellos pequeños tragos apurados a escondidas y con mano temblorosa, que tanto habían dado que hablar a las amistades al principio de su matrimonio.

—Me alegro mucho de verte, Miguelito. —Se arrimó al respaldo del diván y le hizo sitio—. Siéntate. Dicen que me he torcido el tobillo. Es una broma siniestra, ¿no te parece?

—He venido solamente para saber si seguías durmiendo. Ahí tienes los zapatos.

—Miguel, a mí no me hagas numeritos de joven virtuoso, porque no lo soporto. Has venido a verme porque te aburrías en medio de esos pelmas que no quieren financiar tu revista literaria y que no hacen más que hablar de automóviles, de dentífricos que huelen bien y peligro del comunismo. ¡Si lo sabré yo! Y sobre todo has

venido a verme porque te gusto un poquito, y yo me alegro que hayas venido porque me gustas… un poquito. Estoy perfectamente curada. No ha sido culpa mía que el dichoso niño Sagnier cumpla hoy cinco años. Durante la comida no he probado ni el agua mineral, de veras, pero luego la lluvia y los Sagnier han terminado por estropearlo todo… Si hablo demasiado me paras, no quiero decir tonterías delante de ti. Verás cómo ha ocurrido: yo me había levantado de la butaca porque alguien ya habló de organizar una partida de bridge, en vista de que no paraba de llover, y entonces he tropezado con el maldito fleco de la alfombra, de modo que me he apoyado donde he podido, y entonces he tirado la mesita y todo se ha venido al suelo conmigo. Gran estrépito y un chillido muy fino y encantador de Gabriela, que ya sabes que es una chica que no se pierde ninguna oportunidad de demostrar lo sensible que es… ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí, que he conseguido salvar el vaso a pesar de todo. Me he torcido el tobillo, eso me han dicho, y por eso me han traído aquí. Arturo, como siempre, ruborizado igual que una virgen. Mira, los Sagnier son encantadores, pero son gente que, cuando a una le ocurren cosas así, le piden siempre a una que se tumbe en un diván durante un buen rato. Despejar, lo llaman ellos. ¿No tiene gracia? Airear, despejar, y cosas así. Pues bien, a mí la posición horizontal nunca me ha servido para nada y más bien me ha traído decepciones, en el matrimonio. Bueno, avísame si hablo demasiado.

Miguel se echó a reír. Dijo:

—Arturo ha preguntado por ti. ¿Te ayudo?

—No. Dicen que me he torcido el tobillo. Sospecho que se trata de una mentira piadosa, pero no tengo ningún interés en comprobarlo. De modo que no me levanto. Ven, hombre, acércate y cuéntame cosas. ¿Es verdad que te has lanzado a la mala vida? Mira, no tengo ni un céntimo. Ya ves que soy sincera y no quiero hacerte perder el tiempo. De todos modos, prometo hacer algo por ti si me garantizas que esta vez estás dispuesto a trabajar. Oye, ¿has visto esas dos monadas de Tarrasa, primas de no sé quién…?

—Sí. ¿Cómo se llama ésa, la más gordita?

—María Montserrat, naturalmente. Todas las hijas de los fabricantes de Tarrasa se llaman María Montserrat. Bueno —añadió— la verdad es que no lo sé… ¡Uf, tengo sueño!

Sus soberbios ojos pardos, chispeantes, se clavaron durante un instante en la boca y en el mentón de Miguel con una somnolencia dulce y alerta a la vez, y luego volvieron al techo.

—Qué —dijo él—. Qué es de tu vida.

—Así, así… Mecachis de lluvia, me ha fastidiado una exhibición en bikini que tenía preparada en tu honor.

—¿Con ese frío? ¿Y desde cuándo…?

—Desde que me casé. Casarme y desear hombre fue todo una. Ya ves, lo que son las cosas. Pero dime, Miguel, ¿cómo se le ha ocurrido a Pedro invitarte? La famosa piscina en forma de corazón no le da suficiente categoría para invitar a mendigos y a locos.

—Estoy de acuerdo contigo.

Lavinia se incorporó despacio, con los ojos clavados en el rostro de él. Súbitamente notó un vacío como si fuera a caerse. Todavía estuvo mirándole un rato con sus ojos inteligentes fijos en los suyos, callada, sosteniéndose la barbilla con las manos. «¿Te sientes ya mejor?», vio que decían sus labios, más que oír su voz, pero durante mucho tiempo no pensó que fuese una pregunta dirigida a ella, ni siquiera una pregunta; era simplemente un agradable sonido ronco que quedaba muy bien entre los demás en aquella hora de la tarde, allí tan cerca de su oído, en el aire espeso y dulce de la biblioteca en sombras, en aquel absurdo fin de semana que de repente se había detenido convirtiéndose en el pecho de aquel guapo muchacho, el pecho donde ella recostaba la cabeza… «¿Cómo te sientes Lavinia?», volvió a oír, y entonces todo fue negro y el cuerpo desnudo y ligeramente felino de aquel hombre que no tenía cara ni nunca la había tenido se le vino de pronto a las yemas de los dedos con una sensación de músculos en movimiento, se le vino a las palmas de las manos y sobre los pechos, otra vez, y abría los brazos en cruz negándose a abrazarle aunque sabía muy bien que lo único que quería era abrazarle…

Cuando levantó la cabeza del hombro de Miguel no supo si se había desvanecido o si sólo había descabezado un sueño. Estaba terriblemente mareada y en el estómago notaba una cierta cantidad de gin semejante a una pelota de trapo que pugnaba por salir.

—Vaya —dijo Miguel—, me has asustado.

—No es nada. Vuelvo en seguida —y se levantó. Los cinco minutos que se pasó ella en el cuarto de baño los empleó Miguel en

decidir si le convenía irse antes o después de cenar. Decidió que sería después. Oía voces en el salón, la música y la risa de aquella muchacha, pero no se movió.

—¿Te sientes mejor? —dijo cuando Lavinia se hubo sentado de nuevo a su lado. Estaba más pálida, pero sus movimientos ya no tenían la pesadez de antes—. ¿Sabes qué me gustaría hacer ahora, si dejara de llover? Pasear contigo por el jardín, como cuando teníamos quince años. Bueno, ¿y si volviéramos al salón?

Ella parecía no oírle. Tenía la cabeza recostada contra el respaldo del diván.

—No abuses de nosotros. Tú sigues siendo el más fuerte. Siempre fuiste el más fuerte. Sabes que te quiero mucho, Miguel. Algún día serás mi amante; es una promesa.

—Lo tendré en cuenta, te lo aseguro.

Lavinia se había vuelto y ahora le miraba con aquella máscara agresiva e irónica en el rostro, muy pálido, envuelto en el halo de sus ojos castaños. Miguel siempre supo que algunas noches el amor había de brillar en aquellos ojos con airados fulgores de oro.

—No te rías, no —advirtió ella, apartando con gesto enérgico un mechón de cabellos caído sobre su frente—. Yo admiro a los hombres que les ocurren cosas fuera de lo común, cosas serias.

—Nada serio me ocurre.

—No te creo.

—Eres un encanto. Pero todavía no me has dicho qué clase de vida llevas, en qué empleas el tiempo y el dinero y el afecto que una mujer de tu posición ha llegado a merecer.

—Me casé, ya sabes —dijo ella dejando caer las palabras. En aquel momento oyeron el ruido de una puerta y en seguida los pasos de alguien que se aproximaba por el pasillo. Miguel se incorporó y encendió un cigarrillo después de ofrecerle a ella. Arturo Salvatierra entraba silbando, con un vaso en la mano y mirándose los zapatos. Lavinia se irguió un poco para que Miguel volviera a encenderle el cigarrillo, que se le había apagado, y añadió en voz baja—: Con ése. Nadie sabe sostener una copa en las manos con tanta elegancia como él ni ganar una regata de fuera-borda, por ejemplo…

—¿Qué murmuráis? —dijo Arturo—. Tengo que deciros que siempre he sospechado de vosotros.

—¡Cielo santo! —exclamó Lavinia—. Haber empezado por ahí, querido, a ver si por fin hay un detalle divertido en nuestro matrimonio.

—Bueno, eres tú quien se encarga siempre de dar la nota, ¿no es cierto, monada? —No había ningún tono de reconvención en su voz, pero tampoco esa ironía inocente que el marido feliz y cretino gusta de exhibir delante de las amistades; era una voz asexuada, diluida, que le envolvía a uno la cabeza como un remolino de aire caliente—. Así es que los detalles corren de tu cuenta, siempre que no te pases de la raya. Y a propósito, Miguel, te has perdido algo bueno. Pedro empieza a temer que no ha estado muy acertado al invitarte. No has dedicado ni un elogio a su piscina. Bueno, ahora en serio: ¿no te parece que los Sagnier están chocheando un poco, Miguel?

—Arturo, querido, que a ti no te va ese tono —advirtió con voz monótona su mujer—. ¿Qué llevas en ese vaso?

—Un poco de menta. Bébelo, te sentará bien. Tienes muy mala cara, pronto me llevarás diez años en vez de llevártelos yo a ti.

—Ya sabes cómo me sientan esas bonitas jiras campestres. No, llévate eso, no conseguirás que lo beba.

—Entonces, ¿qué piensas hacer? ¿Quedarte tumbada ahí hasta mañana? —Se volvió hacia Miguel—. A ver si tú puedes convencerla, chico. Es una cría, una irresponsable. Menos mal que Pedro y Gabriela son de confianza…

—Siéntate un rato, hombre —dijo Miguel—. ¿Qué? ¿Qué cuentas?

—Pues nada, ya ves. —Se derrumbó en una butaca de cuero rojo. Se mordía los labios, dejaba caer los párpados despacio y meneaba su hermosa cabeza trigueña de piloto motonáutico, admirada en el Real Club Marítimo y en las juntas de accionistas de más de una docena de Sociedades y en tantos otros sitios que muy pocos conocían, pero que su mujer sospechaba, muy alto, muy correcto, vigoroso aunque no corpulento, con un discreto y mesurado sol marino en el rostro de facciones agradables y en las manos. Su aspecto no acusaba los treinta y cinco años, y se miraba siempre, se recorría largamente con los ojos como un adolescente de aire distinguido y lánguido, distante y vagamente enfermizo—. Nada, absolutamente nada que no se refiera al trabajo o a las

monerías de la señora de Salvatierra… Desde la muerte de papá, el trabajo se me come vivo. Bueno, pronto será de noche. ¿En qué estará pensando Pedro? Yo me voy con ellos. —Se levantó, muy despacio—. ¿Te quedas hasta mañana, Dot? Me gustaría ganarte, si la pista lo permite.

Se detuvo en el umbral y se volvió a mirarle antes de salir.

—Quería irme antes de cenar, pero lo veo difícil —dijo Miguel.

—No te dejaremos —advirtió Lavinia, y, al comprobar que Arturo se había ido,, añadió—: Hazlo por mí, ¿quieres? Un día es un día. Y quiero que sepas que me encantaría ayudarte. De veras, créeme. —Le cogió la mano otra vez, haciendo que se sentara junto a ella, en el diván. Miguel la miraba con una expresión divertida e intrigada a la vez: descubrir de pronto lo juntos que estaban, rozándose las caderas y oliéndose casi como dos animales en una intimidad tranquila que parecía llegar de la mano de la noche, no era, desde luego, suficiente tratándose de una mujer excepcional como Lavinia Quero, pero de todos modos simuló quedar pensativo y ladeó la cabeza despacio con el tiempo justo de ver la mano de ella alzándose; estaba seguro de notarla en la nuca dentro de poco, pero la mano debió quedarse a medio camino y él solamente se atrevió a rozar sus cabellos y su cuello con los labios. «Gracias por tu interés, Lavinia», dijo, y se levantó. Ella aún tenía cogida su mano apretándola sobre el escote de la blusa y Miguel notaba en los dedos la tibieza de los pechos.

—Espera, hombre —dijo ella—. Cuéntame cosas…

—Luego. Ahora ponte los zapatos y vamos con ellos. Que te vean, que vean todo lo mujer que eres y con qué dignidad paseas tu leyenda negra por los salones.

Ella soltó una risa velada y agradable y siguió riéndose mientras se ponía los zapatos apoyando una mano en el brazo de Miguel, que miraba su cabeza inclinada y su nuca que los cabellos partidos dejaban al descubierto. «Ve tú primero», la oyó decir entre gemidos de pereza y bostezos, luego, cuando salía con los brazos en alto, la blusa colgándole fuera de la falda y moviéndose ágil, flexible y lenta a la vez. «Ahora lo que necesito es un espejo», añadió en el pasillo. La misma ingravidez, la misma calidad de sueño, de indiferencia y de dignidad admirables que de la manera más extraña parecían afinarse con el vicio, apareció luego en su mirada

y en todos sus gestos al entrar de nuevo en el salón, pálida y ausente, con una leve sonrisa que iba dirigida a todos y a nadie en particular. Miguel, que en aquel momento estaba hablando con Daniel Sureda, un joven abogado pariente de los Sagnier, la vio quedarse de pie a la butaca donde se sentaba Arturo y contestar a las preguntas de Gabriela con leves movimientos de cabeza.

Pedro Sagnier estaba sirviéndoles unos whiskies muy aguados a las chicas, y no hacían más que preguntar por su hijo alegando que la fiesta se daba en su honor. Todo el mundo se acercaba de vez en cuando a las ventanas esperando que cesara de llover y había ya unos cuantos discos que empezaban a estar demasiado oídos. Lavinia Quero acabó por sentarse en la alfombra, frente a los zapatos de ante de su marido; recogió hábilmente los pies bajo los muslos y dijo:

—¡Qué asco de tiempo! Dame un cigarrillo, Arturo, y deja de mirarme como si fuese un bicho raro. ¿Tú crees que podremos jugar?

—Hoy, imposible: pronto habrá oscurecido. ¿Has visto la pista, has visto cómo está? En todo caso mañana, si hace sol y se seca…

—¡Qué mala suerte!

—Oye, cielo, ¿a qué ha venido el sablista de Miguel Dot? Seguro que lleva alguna de esas ideas locas en la cabeza. Cómo se ha echado a perder ese muchacho, hay que ver.

—Miguel es encantador —dijo ella escuetamente. Arturo siguió hablando con la cabeza inclinada sobre la de su mujer, pero ella había dejado de escucharle. Se limitó a fumar y a mirar lo que hacían todos, sin ninguna atención especial, muy quieta, hasta que se levantó a poner sus discos favoritos.

Pedro Sagnier le estaba sirviendo otro whisky a Miguel. Luego, cogiéndole del brazo, se lo llevó a la chimenea.

—Hombre —gruñó mientras se sentaba—, si pudiera hacer algo por ayudarte, lo haría. Sabes que sí. Pero no dormiría tranquilo. Te conozco muy bien. Sé la clase de revista que sueñas hacer; sé también, no sé cómo aún, que la harás. Cuando menos, teniendo en cuenta de quién eres hijo y lo bien situado que has estado en el periodismo, lanzarás un par de números si eres prudente. Pero me temo que luego tendrás que irte con la música a otra parte. En fin, ése es un juego en el que no puedo participar ya, se me pasó la

edad.

—Está bien, hombre —dijo Miguel—. Pero tu dinero, sí.

—Mi dinero tampoco. Sería lo mismo.

—Contigo ya no contaba, francamente. Y no sin pena, créeme, porque siempre fuiste un buen elemento… Pero contaba con tu dinero.

—¡Mira qué bien!… No se puede ser más claro. Pero, dime una cosa: ¿por qué abandonaste a tu padre? ¿Por qué cometiste esa idiotez? A su lado tendrías ahora toda clase de facilidades. ¿Cómo se te ocurrió semejante absurdo precisamente cuando pensabas hacer todo eso?

—Justamente. Era incompatible.

—Tu padre sabe que tienes talento.

—No podía soportar ni un día más a su lado, en aquel horrible periódico. ¿Tanto te cuesta comprenderlo?

Pedro le observó durante un rato, absorto, casi dolorosamente.

—Estás loco, muchacho.

—No estoy loco —murmuró sonriendo.

—Creo que se te ha pasado la edad para estas cosas; revistillas de tono serio que no dan ni cinco y todo eso, cosas propias de una generosidad universitaria de los dieciocho años…

Miguel, sin dejar de sonreír levemente, se levantó. Pedro Sagnier se cruzó de brazos. «Vaya, vaya», decía en voz baja y observaba sin comprender gran cosa el traje gastado y sin forma de su amigo y aquel zapato al que le faltaba casi todo el cordón. Luego se levantó también, los labios fruncidos con un gesto resignado e irónico al mismo tiempo, y fue a servirle otro vaso a Dot. «Toma, hombre, toma. Bebe». Y volvió a sentarse, despacio, sin aliento, crujiente y congestionado dentro de su traje de mezclilla. Gabriela se sentó en el brazo de su butaca y le rodeó los hombros con el brazo. Miguel mantenía los ojos bajos, inmóvil, de pie, con el vaso en la mano, y sintió la mirada de ella, sin verla, como una fresca y suave mancha negra que se posara sobre él. Igual que años atrás, se dijo, algo semejante a una brisa sin pausas, constante, palpando sus desperfectos y su cansancio exterior. Pero ni la voz ni el afecto que pudiera haber en ella eran ya los mismos:

—Vaya con Miguel…

Mirar por la ventana significaba solamente ver la lluvia batiendo

contra las carrocerías de los coches. No intentó disimular su fastidio y volvió los ojos hacia Gabriela. Se estremeció ante el brillo compasivo de los de ella. Parpadeó un poco, sin querer, y volvió por un segundo el olor perdido de sus cabellos y el del jardín, el rumor de los insectos y las plantas, cierto árbol, cierto sol, una luz muy concreta sobre Sitges; volvió el sabor de sus labios pequeños e inhábiles, rígidos, dulces, el perdido primer sabor mientras seguía parpadeando y mirándola a pesar suyo en tanto que la voz chillona de Pedro zumbaba de nuevo en alguna parte —no sabía decir dónde y maldito si le importaba, realmente, ahora que estaba descubriendo, al fin, que aquello que parecía una sonrisa en los labios de ella no era más que una especial mueca irónica o un gesto de impaciencia y de aburrimiento.

—… Pero en fin, no sé —decía Pedro Sagnier—, quizá podría ayudarte un poco. Algo habría que hacer por ti, supongo… Por ti, óyelo bien, no por la cultura ni carantoñas de ésas. Por ti, que eres un amigo y mereces más suerte de la que has tenido hasta ahora. Tengo dinero, en efecto —y alzó los brazos, como disculpándose—. Lo que me preocupa no es perderlo, cosa poco menos que inevitable tratándose de ese tipo de revista que tú persigues, sino el comprometerme en esa postura que me consta tú vas a adoptar en sus páginas. Te conozco, Miguel. Tú eres de esos tipos que creen que cuatro verdades bien escritas pueden hacer cambiar un país. ¡Delicioso! —Notó un gesto de impaciencia en Miguel y se apresuró a añadir—: Bien, no discutamos eso ahora. Lo que quería decirte es que yo, hoy, no puedo permitirme eso. No tenemos ya dieciocho años, Miguel.

Su mujer se apretó a él. Miguel apoyó las manos en la repisa de la chimenea, sonrió ampliamente, de espaldas a ellos, y dijo:

—Lo sé. No hablemos más de ello… —Volvió la cabeza y miró a Gabriela—. El tema fastidia a las mujeres, ¿no lo ves?

Pedro permaneció un instante pensativo. Su mujer le hizo un mohín. Inclinándose con sus bellos ojos entornados hasta apoyar la frente en la cabeza rala y olorosa de él.

—¿Has oído, cielo? ¿No tiene gracia? —Su risa era poco convincente, pero sus dedos experimentados y morenos, muy deseosos, muy concretos le acariciaban las fláccidas mejillas y toda ella seguía intencionadamente, conscientemente abrazada a él, que

sonreía con los ojos cerrados, como una beata o como si le rascaran la espalda—. ¿Verdad que tiene gracia? De todos modos, no deja de ser un proyecto, y, con un poco de suerte, tal vez un negocio.

—Un proyecto disparatado, como todos los de Miguel, eso es lo que es. En el fondo, el chico es un poco poeta, y ya sabemos que todos los poetas llevan un loco dentro. ¿Verdad que sí, Miguel?

Por toda respuesta, Dot vació el vaso de un trago. Pedro añadió:

—Pero, mira, acaso estaría dispuesto a arriesgar algo si me garantizas…

Miguel se volvió del todo, repentinamente, con intención evidente de zanjar la cuestión. Sin embargo, cuando habló lo hizo mirando a Gabriela.

—Yo no garantizo nada. Nada en absoluto, Pedro. Esto no es una operación bancaria.

De repente se sintió muy cansado. Vio que había cesado de llover y que las mujeres se disponían a salir al jardín. Se acercó a una ventana que alguien había abierto. La música había dejado de sonar y el aire frío de fuera se introducía como lanzas en medio de la atmósfera cálida. Al otro lado de la ventana apareció aquella muchacha que se ruborizaba por nada y que ahora llevaba un pañuelo rojo atado a la cabeza y un jersey echado sobre los hombros: «¡Yuju! ¿Os animáis a salir de la ratonera o qué?», exclamó dirigiendo una mirada intencionada, pero muy torpe, a Miguel. Pedro y Gabriela ya se habían levantado de la butaca, mientras Daniel Sureda contaba algo gracioso a Lavinia Quero, que se reía violentamente con las manos cruzadas sobre el escote. Durante un segundo, por encima del hombro de Pedro, Miguel notó el destello de sus ojos y el de sus dientes. Estuvo observando a Daniel, pensando que nada se perdía con probar, tantear su antiguo entusiasmo universitario por todo lo intelectual, cuando le vio dejar a Lavinia y echar a correr tras las chicas hacia el jardín.

Fuera, el aire cortaba y los pinos y los setos, sobre el fondo lila y rosado del crepúsculo, exhalaban su pesado silencio de húmedas cabelleras exhaustas y de límpidas gotas deslizándose por las ramas como insectos de plata. Caminando sobre la grava de los senderos con paso firme, ruidoso y alegre en dirección a la piscina y a la pista de tenis, tras las mujeres que reían y chillaban como niñas, ellos sonreían extrañamente mirando las nubes, sonreían con labios

poderosos y tranquilos, acostumbrados a la buena suerte, a que todo acabe bien, los problemas del tiempo incluidos. Luego se fueron retrasando, encendieron cigarrillos, iban silbando, pateando guijarros, los jerséis echados sobre la espalda y anudados al cuello por las mangas, los hombros elegantemente encogidos y las manos hundidas en los bolsillos hasta el fondo. Pedro y Gabriela se unieron más tarde, solos, y se acercaron al borde de la piscina. En el extremo inferior del corazón se habían refugiado unas cuantas hojas que flotaban muy quietas.

—¿Ves? —observó ella, con una vocecita mimada—. Otra vez hay hojas. Nunca podré verla limpia del todo, es inútil… ¿No ha salido Miguel? —añadió volviendo la cabeza—. Mira, en esta vida uno es como es y qué se le va a hacer, pero este chico está llevando las cosas demasiado lejos. Acabará mal, ahora empiezo a estar segura de que Miguel acabará mal. Hace un rato, cuando te hablaba, incluso me dio como una pena. Esos zapatones, esa ropa. ¿Te has fijado en la piel oscura de sus manos? Tiene un poco ese color de la miseria; no de la suciedad, sino de la miseria. No he conocido chico más guapo que él, y estoy por decir que inteligente, y ahí le tienes, echándose a perder tontamente. Podría casarse con cualquier chica de su clase, la tendría a sus pies con sólo proponérselo. Sabe ser simpático, cuando quiere…

La voz se le había ido apagando, sin darse cuenta, como si estuviera sola, hasta que oyó el crujido de los zapatos de Pedro. Se cruzó de brazos, con un escalofrío, y él le rodeó los hombros con el brazo y la besó en la mejilla.

—No tiene muy buen aspecto —dijo Pedro, clavando los ojos en el agua—. Pero sigue siendo un buen chico. No sé qué podría hacer yo… Si se tratara de una publicación deportiva, o de cine. Qué sé yo, algo más seguro. Pero esta manía suya…

Observaba a su mujer, de soslayo. Ella miraba las aguas quietas y oscuras de la piscina; de pronto pareció cobrar vida, echó la cabeza para atrás, agitó sus cabellos y sonrió.

—Bah. Miguel siempre ha querido vivir así. En él es una necesidad. Mal vestido, sucio, siempre desaliñado, ¿y para qué? No, no es bohemia eso, Miguel no sabe vivir el mito del escritor, la fachada de los genios. No es brillante, nunca le ha importado, nunca ha querido serlo. Eso es lo que no comprendo. A menudo es

francamente desagradable —seguía sonriendo, mirando el agua fijamente, cruzada de brazos—. Y, además, es un poco farsante. Me han asegurado que hace algún tiempo consiguió embaucar a un individuo para no sé qué asunto de editoriales… ¿Comprendes? Es lamentable, pero empieza a tener mala fama. Como Lavinia, aunque en otro estilo.

—No sé. Miguel es un buenazo, en el fondo…

—Y ya que hablamos de nuestra querida Lavinia, ¿no se te ha ocurrido nunca pensar que entre ellos dos puede haber algo?

Pedro se echó a reír.

—Podría ser. Tienen mucho en común. Pero Miguel llevaba mucho tiempo sin dejarse ver y Lavinia no ha frecuentado jamás los ambientes literarios. La aburren soberanamente.

—Pero con un jovencito…

—Ni con un jovencito a su gusto, no creo. En fin, no sé, tú conoces mejor que nadie la vida que lleva Lavinia.

—Demasiado —dijo ella con aire pensativo, volviéndose y echando a caminar junto a los altos setos del sendero. Pedro la siguió, sin soltarla—. Sus confidencias me deprimen espantosamente. Siempre son las mismas. Además, como le da por contármelas durante alguna cena en casa de los Comas o de los Sureda, o en una merienda en las Granjas, pues acaba por fastidiarme la digestión, porque no se reserva ningún detalle, no creas. Termina siempre bebida y hablando como una verdulera, hundida en su butaca, descotada, enseñando las rodillas y envuelta en la nube de humo de sus cigarrillos como una vampi cualquiera. Claro está que la quiero, la quiero mucho a Lavinia. Y comprendo muy bien que, como es una chica mona, resulte interesante en cualquier reunión, y que los hombres, incluido tú, pues os la comáis con los ojos. Pero, qué quieres; a mí me han dejado ya de impresionar sus numeritos de alta tragedia. Además, todo el mundo sabe que se acuesta con los jóvenes remeros del Club Marítimo. Así es que ya tiene distracción. Otras consiguen aguantarse y no hacen tanto ruido. Ahí tienes el caso de María José y ese perdido de Guillermo Soto. María José es una chica sensata. ¿Quieres saber lo que hace Lavinia cuando nos reunimos las tres? Pues bien, se ríe de María José, se burla cruelmente de su problema, lo llama «mandangas de esposa virtuosa y estrecha». Eso es lo que hace. ¡Oh,

lo hace sólo por gastar una broma, por supuesto! Pero todo el mundo sabe que Guillermo es un fresco, que se pasa meses enteros detrás de las prostitutas más vulgares.

—No es el mismo caso que el de Lavinia. Guillermo es un hombre sano, no es anormal aunque sea un sinvergüenza. Y a Lavinia siempre le han sido simpáticos los sinvergüenzas al estilo de Guillermo Soto. Seguro que preferiría tener un marido sinvergüenza y fulanero en vez de lo que tiene…

—Tal vez.

Pisaban la grava despacio, con los ojos bajos. Gabriela parecía aburrida y disgustada. Era casi de noche, los setos y la tierra mojada olían fuertemente y ella, al paso, tanteaba las ramas con la mano, pensativa, escuchando en el aire quieto las voces y las risas de los otros.

—Parece que se divierten —dijo cruzándose de brazos. Ahora notaba los ojos de él recorriéndole el perfil, la cabeza.

—Sí —murmuró él, y se detuvo, reteniéndola—. Ha sido una lástima que lloviera. A ver mañana. —Tenía una mano en su nuca. Sonreía como si estuviese preparando una sorpresa. Gabriela descruzó los brazos se volvió despacio hacia él manteniendo los párpados caídos y sonriendo con un aire de pesadez. Fue un beso fútil, anodino, que ella supo abreviar hábilmente con un fuerte y súbito abrazo y unos atrevidos golpes de lengua. Despegó la boca riéndose. Pedro seguía abrazándola. Repentinamente deslizó las manos hasta sus nalgas y adelantó el rostro. Susurró ella: «No querrás tratarme como si fuese tu fulana, ¿verdad?», y, sin forzar, le quitó las manos. «Estamos en pleno campo», añadió. Riendo, se colgó de su brazo y siguieron caminando en dirección a la casa. Se sentía orgullosa de su felicidad, sobre todo cuando pensaba en sus amigas, como Lavinia Quero o María José Roviralta, pero no estaba dispuesta a saber por qué, a ir demasiado lejos. Intuía que todo era perfecto y cómodo, pero frágil. Así debía seguir.

—Realmente —dijo—, Miguel parece un niño. Esa revista debe representar un juguete para él, no comprendo tanto interés. ¿Tú qué opinas, querido?

Ahora él la cogía de la cintura, un poco demasiado fuerte, tal vez, pero se sentía moralmente obligado.

—Mujer, pareces tonta. Son intelectuales, ¿no? Y quién sabe, tal

vez consiga crearse un porvenir, convertir todos estos proyectos en un buen negocio. Tampoco hay que juzgar prematuramente a las personas. Yo nunca he dejado de creer en Miguel. No comparto sus ideas políticas, naturalmente, nunca me han gustado sus compañías ni ese aire de proletario que se da, pero, por lo demás, es un chico excelente, con mucho talento. Creo que a veces eres un poco injusta con nuestros amigos…

—¿Injusta yo? ¿A qué te refieres? Ya te he dicho antes que las personas son como son y que qué se le va a hacer. Dios me libre de querer cambiar a nadie, pero eso no quiere decir que no se pueda hacer un comentario. Me parece, vamos. Lo que pasa es que a ti siempre te ha conmovido todo lo intelectual. Oh, sí, te conozco bien. Restos de tu formación universitaria, supongo, que degenera siempre en esnobismo. ¿Sabes lo que pienso de todo eso? Miguelito es encantador, conforme, pero es un farsante. Ya lo habrás notado. Se las da de inconformista y de bolchevique, pero en el fondo es más hijo de papá que nadie. Acabará casándose con una muchacha de su clase y dirigiendo ese periódico de su padre que tanto le horroriza, ya lo verás. Y sospecho que… —Soltó una risita desganada, echando la cabeza hacia atrás—, sospecho que, en realidad, como es un pillo redomado, lo que ahora quería era tantearte, saber si has cambiado.

—¿Cambiado? Yo siempre he sido el mismo, a mí que no me metan en política. Porque en el fondo se trata de eso…

Gabriela Fontalba le dejó hablar durante un buen rato, apretada a él, muy cálida, caminando despacio por entre los parterres empapados, sobre la grava que crujía nítidamente en la noche. Empezó a pensar en la cena y en el estilo de conversación que convenía aquella noche, teniendo en cuenta que justamente los personajes más interesantes del momento, Lavinia y Miguel, se encontraban allí. Lástima, porque le hubiese gustado desarrollar una nueva teoría que se le estaba ocurriendo acerca de ellos y de su futuro. «Pedro —le interrumpió más tarde—, empiezo a tener frío de verdad». Y en seguida, con una voz distinta, soñolienta, se sorprendió diciendo: «Me gustaría que esta noche nos emborracháramos todos un poquito», en el mismo instante de pararse y de ver, a través del claro de un seto, a Miguel y a Lavinia sentados en los escalones, bajo el portal de la casa. Ella apoyaba la

cabeza en la columna y ahora ladeaba el rostro hacia ellos —desde allí podía notarse la palidez de su cara, una palidez nada enfermiza, sino altiva, serena— mientras el perfil de él se inclinaba y parecía buscar su boca. Aquí y allá en el aire, se oían risas y voces.

—Vamos —dijo Pedro—. Hay que empezar a pensar en la cena.

Sonaba un disco bobalicón e interminable de Distel. Con aire no muy seguro, Daniel Sureda tarareaba la canción a una de las señoritas de Tarrasa; la otra, taconeando al compás, ordenaba los discos mientras Arturo, a su lado, de pie, la observaba atentamente. Pedro anunció que se iba a cenar en seguida y Gabriela desapareció en busca de la sirvienta. De pronto entró Lavinia como una tromba, tirando de la mano de Miguel, encogida, riéndose con todas sus fuerzas.

—Anda, ven, bailemos —Miguel se paró en seco y ella estuvo a punto de caer. Los dos se reían descaradamente—. ¡Oh, qué bruto! Hala, así… Y prométeme no dar vueltas.

Levantó los brazos con aire desmayado, con aire de entrega, el cuerpo ligeramente arqueado hacia atrás. Miguel notaba un par de ojos clavados en él, desde alguna parte, pero todo aquello empezaba ya a no importarle en absoluto. Tiene un sistema casi profesional de rodear la nuca con los brazos, se dijo, apretándola con fuerza. Qué ridículo ponerse a bailar pero, qué coño, se dijo, puesto que estaba allí, había de pasarlo lo mejor posible.

—Para mí —dijo—, el baile no es más que un pretexto para abrazar a la mujer que nunca será de uno.

—Quién sabe —dijo ella riendo, sin que pudiera saberse si se refería al baile o a la mujer de uno.

Más tarde, mientras despachaban una cena lenta y minuciosa servida por una muchacha vestida de negro con cuello y puños blancos, Miguel empezó a beber vino a mansalva y a buscar el modo de concertar una cita con Lavinia. Estaba dispuesto a olvidar el motivo por el cual estaba allí y sacar la mejor tajada. Finalmente, se desató y les hizo reír mucho contando extrañas y divertidas historias conyugales acerca de personajes conocidos, de su misma clase social, gente que él había conocido cuando aún hacía vida de relación.

—Eso de la vida de relación es lo que tiene, que es pesadísimo, pero cuando un señorito como yo, que en la vida podrá ya librarse

totalmente de su formación y su mandanga, la ha perdido, pues entonces le ocurre que de vez en cuando la echa de menos, de repente uno se pone triste y de mal humor y le entra una melancolía de tres pares de narices…, y se dice que, a fin de cuentas, la belleza está siempre del lado del dinero y del poder y del orden, y que siempre ha sido así y qué le vamos a hacer… Me ocurren cosas extrañas, ya sabéis, esas cosas: un día necesito oler una rosa, escuchar a Brahms, hablar de París con un amigo distinguido o asistir a un cóctel… No lo puedo remediar, no señor. La raíces son hondas. Luego al final me digo siempre que, con todo, soy un cabrito.

Lavinia se reía. Gabriela empezó a inquietarse. Las dos muchachas de Tarrasa estaban perplejas.

—Vaya —dijo la que estaba junto a Miguel—, chico, yo que había empezado a creer que no tenías lengua.

—¡Ja! —hizo Lavinia.

—¿Quién? ¿Miguel? —dijo Pedro con fingido asombro—. Ése es el tono que mejor le va y yo me alegro que no haya cambiado. Al principio, cuando has llegado, pensaba que…

—Según él —le interrumpió Gabriela—, el que ha cambiado eres tú.

Miguel intervino en tono irónico:

—Me consta que sí, Gabriela. No es el mismo. Y tú debes saberlo mejor que nadie. En la cama después de satisfechos y durante un par de minutos solamente, es cuando los hombres nos parecemos más a aquello que realmente somos.

—Siempre tan delicado —dijo ella.

—Miguel sabe ser obsceno —opinó Lavinia—. El chico tiene clase, indudablemente.

Después de los postres, Pedro se levantó y se le oía chillando por la casa buscando a su hijo para hacerle recitar no se sabía qué extraña cosa. Pasaron al salón y la sirvienta les trajo el café en un carrito con ruedas que empujaba con cierta solemnidad. Gabriela puso un disco. Pedro regresó diciendo que al niño le había dado una pataleta y que no había modo de que se tomara en serio ninguna fiesta.

—Francamente, este chico empieza a preocuparme.

—No sé por qué —dijo Lavinia—. A mí me parece muy listo.

Daniel Sureda le estaba hablando a su prima Gabriela:

—… Éste sabe vivir, eso es lo que te dirán. Pregunta, mujer, anda, pregunta. Éste sabe lo que se hace, te dirán. Déjate de soledad y solterías. ¿Qué me falta, vamos a ver?

—¿Quién habla aquí de soledad? —intervino Pedro.

—Tu mujer. De un tiempo a esta parte se ha vuelto muy casamentera —dijo Daniel. Estaba de pie junto al hogar, mirando la nuca de ella, apoyado de espaldas en la pared y con los brazos cruzados, delgado, aniñado y pálido todavía, pero ya sin aquella delicada transparencia en el rostro ni brillo en los ojos. Tenía una cabeza pequeña como un huevo y peinada hacia adelante, lisa y cuidadosamente. Por encima de él colgaba un cuadro que representaba a la niña Gabriela Fontalba leyendo un libro, vestida de rosa y apoyando el mentón en la mano con aire soñador.

—Tal vez —dijo Miguel con voz indiferente, casi burlona, dejando caer las palabras— te falta un empleo duro, algo incómodo. Quiero decir que, de un modo u otro, tú podrías ayudarme a poner otra vez en marcha mi viejo proyecto. —Le observó atentamente. Gabriela murmuró algo que no se entendió. Miguel, con los ojos clavados en Daniel Sureda, soltó una ruidosa carcajada y luego se levantó a servirse un whisky que Lavinia le quitó de las manos.

—Gracias, Miguel, qué amable…

—¿Sabes lo que te digo? —exclamó al fin Daniel—. Que esta dichosa revista te dejó sin un céntimo y sin familia ni amigos. Lo fastidioso para mí es que te aprecio, Dot, incluso a veces llegué a admirarte. Pero toda tu vida serás un poco pelma.

Se despegó de la pared con una brusca sacudida. Llenó un vaso de soda al tiempo que ensayaba una sonrisa resignada, mirando a Miguel con una larga mirada oblicua.

—Vamos a ver, ¿de quién ha sido la idea de traer a este tipo aquí?

Las chicas se echaron a reír. Arturo se había levantado y parecía empeñado en que bebieran pipermín; una, la más gordita, consintió sin mucho entusiasmo. Pedro se puso en el centro del salón cogiendo a su mujer de la mano.

—No pienso consentir que me convirtáis todo eso en un funeral, no señor… Gabriela, nena, vete a buscar al chico…

Ella se desprendió de su mano y fue hacia el tocadiscos. Lavinia

se acercaba a Miguel con una botella.

—Ni un trago más.

—No necesitas. —Le llenó medio vaso de whisky y se volvió hacia Gabriela—. Gabri, cielo, ¿no hay por aquí algo que valga la pena? Una buena dosis de Armstrong y os garantizo la muerte del microbio en menos de un minuto.

—Hija, siempre has tenido un gusto musical horrible —dijo Gabriela.

—¿Se puede saber de qué microbio hablas? —preguntó Daniel —. Yo creo que si hay que fumar la pipa de la paz, nada mejor que Brassens.

—Tú siempre tan afrancesado y tan cursi —añadió Gabriela—. Y prehistórico. Pedro, cariño, alcánzame un pitillo de la mesita.

Pedro estuvo un rato vagando como desorientado y luego se acercó a Miguel.

—Insisto. Tú estás en las nubes. ¿Por qué no haces una revista deportiva o de cine o de actualidades?…

—Miguel, eso del cine es negocio seguro —opinó Daniel Sureda —. Muchas fotos, ¿sabes?, muchas fotos.

—Ésta es una gran verdad.

—Te lincharé si la haces, Miguelito —dijo Lavinia.

—¡Magnífica idea! —exclamó Gabriela.

El disco atacaba ahora algo de Lionel Hampton. Gabriela desapareció y al cabo de un rato volvió vestida con una amplia falda de pana marrón y un jersey negro de cuello cerrado y alto. Le pidió a Miguel un cigarrillo y estuvo un rato de pie frente a él, fumando con parsimonia. Luego, riéndose, Arturo bailó con ella unos pasos helados, inseguros, apretándola con indiferencia.

Miguel estuvo bromeando con las chicas de Tarrasa hasta que se cansó y dijo que tenía que despedirse.

—Espero —dijo Pedro— que nos veremos más a menudo. Siento de veras no poder hacer nada por ti. Comprende que las cosas han cambiado… Oye, a propósito, te aconsejo que veas a Guillermo —lanzó una mirada furtiva a su mujer, a su lado—. Guillermo Soto, aquel tipo medio loco que estudió medicina y después derecho, y creo que después nada; y que organizaba todos los follones en la facultad… —Miguel tenía un aire pensativo—. Sí, hombre, que no terminó la carrera porque escapó a Alemania con una extranjera

que venía a los cursos de verano. Y que, al regresar, su padre le pilló desprevenido y sin dinero, así lo cuenta él, y lo casó en un abrir y cerrar de ojos con una chica feísima que es dueña de un hotel en Tamariu…

—Pedro, por Dios —exclamó Gabriela—. ¿Te parece bien hablar así de María José?

—Lo recuerdo perfectamente —dijo Miguel—. El gran Soto. Hace tiempo que no le veo.

—Presiento que le entusiasmará tu idea. Lo encontrarás en el Choto todas las noches, un poco trompa, pero firme. Tiene una moto repugnante y llena de barro con la que se traslada a todas partes, es decir, de un bar a otro. Su mujer ha terminado por privarle incluso del coche. —Sonrió burlonamente al añadir—: Me parece que podrás sacarle algún dinero por poco que le guste tu plan; bueno, su dinero o el de su mujer. Creo que no trabaja en nada.

—Un abrazo de mi parte —dijo Lavinia—. Es un buen chico, le dices que Lavinia sigue queriéndole mucho.

—Un cara dura, eso es lo que es —manifestó Gabriela.

—¡Mujer, te has vuelto de un modo! De seguir así pronto serás Presidenta de las Damas de San Ignacio.

—Lavinia… —dijo Arturo en una tonadilla.

—Bueno, hablábamos de Soto —siguió Pedro—. Es el hombre que necesitas, tiene ideas muy claras sobre estas cosas que a ti te preocupan… En cuanto a mí, repito que lo siento de veras.

Miguel sonrió. Pedro se había levantado.

—He venido solamente a hacerte una visita. Eso es todo. Adiós, hasta pronto.

Cuando le tendió la mano a Lavinia buscó en sus ojos algún signo especial; ella tenía una expresión definitiva de cansancio y aburrimiento.

—Sé dónde vives —dijo—. Algún día te haré una visita.

—Me encantaría —dijo Miguel.

No vio a Gabriela. Quería mirarla a los ojos al darle la mano. La encontró en el pasillo, con la gabardina en la mano, esperándole para acompañarle hasta la verja del jardín. Miguel, viéndola sonreír con aquel aire resignado, se acordó de su infancia. Aspiró humildemente la proximidad de su cuerpo en la penumbra del

pasillo, caminando en silencio a su lado, y evocó a la muchacha acercándose despacio a él hasta encontrar su boca en la sombra, en un roce levísimo y torpe, sin mirarse, un rumor de olas más allá de sus cuerpos y aquel gusto a sal marina y a adolescencia en los labios… Ella, ahora, no parecía pensar en nada. Tampoco intentaba disimular su fastidio. Miguel pensaba que su propia presencia en cierto modo le había estropeado la tarde más aún que la lluvia, había descompuesto alguna pieza en el perfecto y monótono mecanismo social que ella gustaba de poner en marcha y dirigir atentamente, una pieza poco menos que esencial: su seguridad, su plácida vida. La veía de perfil, iba silenciosa, discreta, esbelta y triste como siempre. La primera juventud se le iba tan sin importarle, tan dignamente, que hacía pensar en un extraño pacto con alguna fuerza sobrenatural.

—¿De veras no quieres quedarte hasta mañana? —dijo ella al llegar a la verja.

—Tengo mucho trabajo.

—Embustero. No te creo.

—Tampoco yo a ti… Por fuera produces la impresión de saber perfectamente lo que quieres pero no convences, hay algo en ti que me recuerda a los juramentados. Oh, desde luego no es un reproche. Es una opinión. Nuestra ejemplar estirpe dorada necesita mujeres como tú para seguir manteniendo el sagrado orden. Pero no deja de ser tristísimo, sobre todo habiéndote conocido antes. Has pactado, Gabriela. —Ella se había cruzado de brazos y le miraba sonriéndose con aire irónico—. Has pactado con todo aquello que te habíamos enseñado a renegar. Amén.

—Amén.

—Y bien —añadió él abriendo la verja— acuérdate de mí en tus noches de insomnio. No, ahora en serio; me gustaría hablar contigo algún día.

—¿Para pedirme que te ayude a convencer a Pedro?

Sonreía, muy divertida, casi admirada. Miguel se aproximó a ella. Mis manos han apretado tus costillas tras algún pino, tras alguna roca, sobre la arena, mis manos han…

—Sí, algo de eso. Pero también…

—Veremos, yo no puedo hacer gran cosa. Ven cuando quieras, sabes que serás bien recibido. Y… si alguna vez, yo qué sé, tienes

algún problema grave, que acabarás por tenerlo… —Él pensó, riéndose por dentro, que ahora hablaba sinceramente. Había ya en ella ese espíritu de las damas de beneficencia, que les gusta acudir cuando la cosa no tiene ya remedio—. Sabes que te deseo suerte. Adiós, Miguel.

Le tendió una mano fláccida y desconocida.

—Adiós.

—Te acompañaría un rato, pero he de acostar al chico.

—Es igual. La estación está cerca.

Cuando apenas había recorrido cien metros, bajando por el sendero de tierra roja entre los pinos, empezó a llover repentinamente. Por allí cerca terminaba el bosquecillo y pudo divisar a través de la cortina de agua la conocida silueta del viejo álamo surgiendo del cañaveral, al otro lado del camino de carro, y corrió a meterse debajo. Quedó completamente mojado en dos segundos, y cuando se subía el cuello de la gabardina, al inclinar la cabeza, vio las blancas manos, pequeñas y húmedas rodear amorosamente el tronco del árbol.

—¿Qué haces aquí?

Tenía la mejilla pegada al árbol y miraba a Miguel sin temor alguno, con fijeza, con aquella sorprendente gravedad infantil acusando preguntas inútiles. Dot se acercó a él, se puso en cuclillas y le sonrió.

El niño seguía abrazado al tronco del árbol. Sostenía impávido sin pestañear la mirada de Miguel. Gruesas y frías gotas de lluvia se desprendían de las hojas sin ruido y caían sobre sus cabellos y su rostro.

—Estoy convencido de que eres un chico valiente. ¿Vienes por aquí a menudo?

Él abrió la boca, miró al suelo, pegó con fuerza la mejilla al tronco y dijo débilmente:

—Es mi árbol.

Se olía toda la tierra, apenas oprimida por una lluvia ahora reposada, uniforme y menuda. Miguel extendió la mano sobre la cabeza del niño, tocó sus cabellos mojados.

—Yo quiero mucho a tu árbol.

El pequeño afirmó con la cabeza, sonriendo.

II

Regresó a la ciudad en el primer tren que pasó, un tren medio vacío que transportaba una carga muerta de hombres cabizbajos y adormilados, obreros de Sabadell o de Tarrasa que venían o iban a cumplir extraños horarios de trabajo; hombres silenciosos, oscuros, cabeceando todos a una con el traqueteo del vagón, y cuyas torvas miradas dormitaban bajo enormes párpados agrietados, sentados muy quietos, cruzadas las manos sobre cestos de mimbre y viejas carteras de escolares cubiertas de mugre que sus mujeres o hijas habían llenado de tortillas y fruta y grandes tomates verdes.

Regresó a la ciudad, donde ya no llovía, y le rodeó en seguida — disueltos los vapores del whisky, la música, el olor de los cabellos de Lavinia, el agradable roce de la aventura en medio de los suyos — ese rumor de muchedumbre resignada o inconsciente, una vibración inconfundible; y volvió a su habitación cuadrada y fría cuya ventana daba irremediablemente frente a la pared de cemento con granulaciones que recogían todo el polvo y el humo de la vecindad, a la mesa desencajada a la cual se sentó sin quitarse la gabardina.

Estuvo vagando por las calles durante dos días, sin sentirse. Vagó de un modo ausente y cordial. De cuando en cuando pensaba en Lavinia y en Guillermo Soto, pero sin querer decidir nada. Se dejó pasear. Se metía en bares donde no hubiese ni televisión ni radio, se sentaba en un rincón lejos de los periódicos y bebía hasta que se cansaba. Se detenía en los vestíbulos de los cines para contemplar largamente y sin atención las fotografías expuestas. Se paseaba entre las riadas de gente que le golpeaba los hombros en la calle Pelayo o en la Rambla. Una tarde entró en una cafetería profunda y antigua que había sido frecuentada por su padre y los suyos, cuya atmósfera conservaba todavía aquel discreto sabor a picón y a aceitunas de la tertulia de los martes, a malditos

periodistas de boca cosida que allí se desahogaban, a tradición pirata, a compadrazgo y a reparto de botín, donde recién salido él de la escuela, su padre, que entonces se desvivía por introducirle en el ambiente periodístico, le presentó a un galardonado cronista local, petritxolero, ramblista e insoportablemente ubicuo —escribía en todas las publicaciones sublimados artículos sobre el color de los tranvías, la importancia del Paseo del General Acedo, la falta de árboles bonitos en bonitas plazas, la escasez de farolas en calles oscuras o de placas conmemorativas y de alguna memez histórica en plazas y avenidas—, al que Miguel volvió la espalda sin querer estrecharle la mano. Recordaba perfectamente, ahora, acodado en la barra frente a un vaso de cerveza y un bocadillo, que aquel día su padre empezó a ver claro en él y a temerle. A partir de entonces, sus diálogos escasearon acabando por volverse broncos, breves e imposibles.

Finalmente, un miércoles por la noche tomó la decisión de ir en busca de Guillermo Soto. Al mediodía había comido en un bar ruidoso y oscuro de la calle Verdi, donde ahora iba siempre, y después se encerró en su cuarto para terminar un artículo con destino a «Foto-Semana»; empezó, esforzándose, la columna quincenal sobre novela americana para el periódico de su padre —una concesión, había dicho alguna vez a alguien, una concesión al estómago, ese viejo marrano sentimental— y aún trabajó un poco y con provecho en otras cosas. Aproximadamente a las nueve abandonó la habitación. No tenía prisa y fue caminando hasta las Ramblas. Hacía viento y el aire estaba saturado de humedad, el espeso y revuelto olor a flores pasadas fatigaba la mente como una tarde de domingo con sabor de futbolistas y predicadores. Para matar una hora se metió en un cine en el que proyectaban documentales y reportajes. Estuvo rodeado de niños y de mamás elegantes y ociosas que comían bombones. Salió, cerca de las once, y se encaminó hacia el Choto.

Delante de aquel bar de la calle Provenza, que no visitaba desde que fue cerrado durante una larga temporada por orden gubernativa —precisamente en la época en que él perdió su revista— sobre la acera descansaba cubierta de grasa y de barro la moto de Guillermo Soto. Tenía la rueda delantera violentamente cruzada. Miguel estuvo unos segundos mirándola detenidamente. Supuso que

era la suya porque estaba mal colocada junto a las otras máquinas, con un inconfundible aire insurrecto y malicioso, pero, sobre todo, porque exhibía en el depósito de gasolina un viejo y casi irreconocible busto recortado de algún periódico y pegado con goma.

Entró. Se oía una música muy tenue que llegaba a todos los rincones por medio de altavoces disimulados. El local era pequeño, bajo de techo, verdoso, con una intimidad de acuario. El mostrador estaba a lo largo y tenía una vaga forma de gancho. Guillermo Soto estaba acodado en un extremo, encogido, con una joroba de horas muertas en la espalda. Fumaba, completamente inmóvil. Colgado en el alto de un taburete, daba vida por enésima vez a la vieja estampa de señorito aburrido con problemas de tiempo sobrante. Miguel Dot se acercó a él. Soto ya le había visto.

—¡Vaya! Miguel Dot, el hombre con proyectos escondidos en la manga —dijo abrazándole—. Cuánto tiempo, chico. Qué hay. Qué tal sigue el país.

—Eso, no sé. Yo bien. Tenía ganas de verte.

—Siéntate. Bebe algo y dame el parte del día; excepto tú, ya no queda nadie que pueda hacerlo.

Tendría unos veinticinco años, era alto, oscuro, muy magro, de cabellos azulosos, lacios y desmadejados. Llevaba una gruesa americana a cuadros manchada de grasa y una camisa de franela marrón. Sostenía la panzuda copa de coñac con una mano engrasada y el cubilete de los dados con la otra. En la piel negruzca de sus mejillas hundidas se formaban unos pliegues aniñados, cerca de la boca, que daban un confortable aire irónico a su expresión pétrea y poderosa como un músculo, la cual no varió lo más mínimo al insistir:

—Hala, atrévete, ¿qué tal sigue el país? ¡Adelante, hombre!

—¿Acaso no vives en él? —Dot se sentó a su lado. Allí se oía más próxima la música de jazz. Era algo de Mahalia Jackson. En el otro extremo de la barra había dos jóvenes finos y bien vestidos y una muchacha morena, estática, con un peinado simple y desflecado. Ponía muy poca atención a lo que le estaban contando los dos chicos y lanzaba continuas miradas a Soto con familiar aire de reconvención. Miguel añadió—: Contesta, bandido, ¿acaso no vives en él?

—Dejé de hacerlo hace años. Piso la tierra solamente. —Hizo una señal al servicio—. ¿Quieres coñac? Cuando no tengo dinero bebo coñac francés. Dime una cosa. ¿Quién me ha delatado? ¿Quién te ha dicho que me encontrarías aquí?

—Nadie.

Había dos chicas sirviendo tras la barra, rápidas y sonrientes, con ceñidos uniformes negros, delantales blancos de muñeca y cofias azules, alborotados cabellos teñidos de rubio y amplios escotes luciendo la piel lechosa de unos pechos altos y apretados. Una de ellas, volcada sobre el mostrador, jugaba a los dados con un hombre.

—Deja que te vea, Miguel —dijo Soto.

Hizo girar ligeramente el taburete y le miró con atención. Se puso con parsimonia unas enormes gafas negras. Tenía una voz rasposa y profunda como un fuelle.

—Así está mejor —dijo observándole detenidamente—. Te he reconocido en seguida. Sigues tan envidiablemente atractivo, chico, con ese reposado aire inglés que le sienta tan bien a tus tenebrosas ideas. Pero vistes mal, como siempre. Y algo sucio. Lamentable. En fin, ¿qué deseas?

—Nada. Verte.

—No te creo.

Se bebió de un trago el contenido de la copa y añadió:

—Desde luego no te creo. Hace ya mucho tiempo que no creo a nadie. No tengo motivos. ¿Sabes tú lo que es quedarse sin motivos para creer en nadie? Seguro que sí. Tú tenías una revista honrada y yo tenía un coche magnífico. A ti te quitaron la revista y a mí el coche. Mi mujer…

—¿Estás borracho? —preguntó Miguel sin mirarle.

—Todavía no. Mi mujer lo hizo. ¿Sabes que me casé con una mujer que se pasa el verano acumulando sol en la piel y soltándolo en invierno a pequeñas dosis y con un sentido del ahorro extraordinario?…

—Ya. ¿Qué has hecho en todo este tiempo?

—No soy el mismo desde mi vuelta de Alemania, eso es todo. Cuando te conocí, en la Universidad, creía que ibas a ser mi mejor amigo para toda la vida. ¡Qué cosa más idiota, ser joven!

—Pues haberte quedado allí. ¿Cuánto tiempo estuviste en

Heidelberg?

—Casi dos años. En Heidelberg conseguí muchas cosas, chico. Trabajé, fui feliz, amé mucho y bien. Dos años y quedé como nuevo. Lo de menos eran los cursos de verano, aunque hay que reconocer que fue una buena idea: a papá le encantaba poder decir que su hijo estaba haciéndose un hombrecito en Alemania, ya sabes que la admiración de nuestros viejos industriales por todo lo alemán no tiene límites. Yo siempre estuve, desde mi niñez, rodeado de germanófilos. En fin, que después de los cursos decidí quedarme. Desde luego el interés que puse en ello no tenía nada que ver con el milagro económico alemán; en realidad, a mí sólo me interesaban las muchachas que se sentaban a la orilla del Neckar. Cuando en casa dejaron de mandarme dinero hice un poco de todo. Un poco de todo, como decís vosotros los escritores en las notas autobiográficas: lavaplatos, conductor, fijador de carteles, etcétera. En cierto momento lo pasé mal. Pero una vocecita interior me seguía diciendo que aquello era la verdadera vida. Al regresar aquí, no conseguí interesarme por nada. Todavía me pregunto por qué diablos volví. Empecé a vagar por las calles con las manos metidas entre el cinturón y la camisa, asqueado. Entonces mi padre, hombre gordo y con sortija, ya sabes, me proporcionó un cómodo empleo en la firma Soto. Lo dejé a las tres semanas. La catástrofe vino en seguida: mis padres y mis hermanos, todos a una, van, me cogen y me casan con María José. Ya la conoces, corría por la Facultad aplastándose los pechos con un libro enorme de mitología griega.

—La Roviralta.

—Buena chica. Acepté por fatiga. Me pillaron en un mal momento. Además su padre nos construyó un hotel en Tamariu para que fuésemos defendiéndonos… Pensaba mucho en ti, por cierto.

—No tienes vergüenza. Yo estaba haciendo verdaderos equilibrios para mantener en pie la revista. Sólo en tres o cuatro ocasiones, por correspondencia, conseguí tu colaboración.

Guillermo Soto permaneció mudo un instante, con los ojos cerrados. De pronto dejó oír de nuevo su voz áspera y demoledora:

—¡Basta, dejemos ya ese galimatías! Todavía no me has dicho qué diablos pretendes con tantos recuerdos y tanta monserga. No me fío de ti, Dot, nunca me he fiado de ti. Uno se descuida y ya está respirando bajo tu asquerosa influencia de intelectual capado.

Miguel bebió lentamente un trago de coñac. Bajó la cabeza y permaneció mudo un buen rato, observando de reojo las grandes manos sucias de Guillermo rodeando a la copa vacía. Ya puedes irte a la mierda —pensó—, a la mismísima mierda. Pero lo que dijo fue:

—¡Otra vez con tu rollo! ¿Crees que he venido a verte para escuchar tus lamentaciones de siempre y contemplarte mientras te emborrachas como un estúpido?… ¿Cuántos días llevas así, de parranda?

—No sé, qué más da.

Miguel le puso una mano en el hombro, ensayando mentalmente el tono justo que le convenía ahora a su voz.

—Está bien, te he mentido, en efecto —dijo—. He venido con la vaga esperanza de conseguir dinero.

—¡Pero, hombre, si acabo de decirte que incluso me han dejado sin coche! ¿Para qué quieres el dinero?

—Una revista.

—¿Otra? No has escarmentado. ¿De artes y letras?

—De artes y letras y de lo otro. Hasta donde pueda llegar.

Guillermo soltó una risotada.

—Miguel, eres un diablillo y un subversivo. No sabes lo que dices.

—Sé muy bien lo que me digo. Y además de tu dinero, te necesito a ti otra vez. ¿Qué dices a esto?

—Me temo que te quedarás sin las dos cosas. Botarate. ¿No quieres comprender que ese tipo de revista te llevará siempre a la ruina, por bien situado que estés y aunque tu padre te sostenga por detrás?

—Mi padre no me sostiene por ninguna parte. Lo mandé al cuerno hace tiempo, a él y a su periódico.

Soto frunció la boca y volvió lentamente la cabeza.

—¿Ni siquiera te acercas ya por tu casa?

—Alguna vez, cuando papá está de viaje. Me fumo sus puros y me bebo su coñac, me atizo un baño, me paseo en albornoz y zapatillas por toda la casa y me duermo tomando el sol en la terraza… Sostengo unas largas y complicadas conversaciones con mi hermanita. Cree que estoy metido en negocios importantes y la mayor pena de mamá es no verme comprometido en un noviazgo formal con alguna monada distinguida… Casi siempre me largo al

día siguiente, tengo poco aguante.

Guillermo le miraba con el rabillo del ojo. Miguel añadió:

—Y eso es todo. En alguna ocasión me he tropezado con el viejo. Apenas hemos cambiado el saludo. Creo que en el fondo no puede evitar una cierta admiración por mí, ya sabes que esos pobres diablos, tarde o temprano, acaban bajo el peso de terribles remordimientos de tipo político y etcétera… Está amargado, empieza ya a no poder disimularlo, son demasiados años haciendo el papel de memo y eso es fatal incluso para un espíritu mediocre como el del viejo. Le conozco muy bien. Consiguió dinero al casarse con mamá y consiguió mando y respeto al subirse al carro que quería. No digo que no se casara realmente por amor, parece que quiso de veras a la ilustre dama; lo que ocurre es que para lo otro ha usado siempre disfraz, y uno no sabe ya dónde empieza y acaba el disfraz.

—La verdad —dijo Guillermo—, no me parece tan condenable. Al fin y al cabo, la familia de tu madre se hizo rica honradamente.

—Nadie se hace rico honradamente.

—No me vengas con sentencias. Y dime, ¿por qué no te quedas allí, viviendo mejor?

—Estoy mejor solo. Papá y yo acabaríamos muy mal.

—Pues lo siento, pero tú solo no llegarás a ninguna parte. Y estás listo, como yo, como todos nosotros.

—No he venido a escuchar lamentos, Soto. Cuando quiera una conferencia sobre la agonía de la juventud en la oposición, la daré yo.

Guillermo Soto se echó para atrás enfáticamente.

—Te crees muy listo. Siempre te has creído muy listo. ¡Es grotesco! Crees en ti mismo como algo bueno y objetivo; que si tú no existieras o no fueras así se desequilibraría la armonía del universo. ¡Asombroso! Si has decidido hacer esa revista porque ya estás harto del monstruo de tu padre y otras cosas, pues hazla en buena hora. Pero no pierdas el tiempo con tipos como yo, que ya están de vuelta. ¡Oh, no creas que diciendo eso pretendo rebajar tus valores humanos! Nada de eso. Eres uno de los individuos con más valores humanos que he conocido. Pero crees aún en ti. ¡Por Dios, eso no es nada malo, claro! ¡Incluso produce resultados sorprendentes…!

La muchacha, tras la barra, le escuchaba con el ceño fruncido y mirándole con el rabillo del ojo. Bajó un tanto el volumen del tocadiscos y la melodía se oyó con más nitidez.

—Escucha eso… —dijo Soto—. Es de otro mundo, Dot. Me gustaría vivir dentro de una canción de Mahalia y existir sólo cuando ella la saca por la boca… Amigo mío, volviendo a tus extrañas cosas, no sé si te habrás dado cuenta que el camino que sigues no es el del éxito.

Dot bebió un trago con lentitud. Suspiró.

—¿Y si no quisiera el éxito? ¿Y si me importara un rábano el éxito?

—Peor que peor. Darás sólo el primero paso y luego lo dejarás todo. ¡Ah, que no me digan que no es la vanidad la que mueve a los hombres! De tu famoso Manifiesto, que apareció en el primer número de tu revista, no queda ya nada. De los manifiestos nunca queda nada, excepto esa bella postura irrealizable y una vaga sensación de haber hecho el ridículo.

—Fue testimonio, cuando menos. Jamás pretendí nada más que dar testimonio.

—¡Ahí va! Sabes perfectamente que estamos fuera de circulación. ¡Ni voz ni voto en esta farsa! Y tú pretendes que yo arriesgue mi dinero, o el de mi mujer, que es lo mismo, y mi migaja de tranquilidad en ese proyecto loco. ¡Asombroso! Además, me siento viejo. Sólo hay dos motivos para seguir siendo joven: luchar por la libertad de los hombres o bien acostarse con una mujer. Yo voto por lo segundo. Lo demás es perder el tiempo.

Se puso a silbar. Silbaba, cabeceando, y pidió más coñac. Añadió:

—Odio todo lo intelectual. Por eso silbo con frecuencia, es como plantar espantapájaros alrededor de uno…

—Francamente, Soto, creí que sería posible hablar seriamente.

—Seriamente te he hablado. Te juro por los ojos verdes de Soraya, que para mí son lo más sagrado después de la campaña del Ebro de mi padre, que desde hacía meses no había hablado tan seriamente. Acaso me convenía, mira. Y bien, quiero presentarte a cierta personita.

Hizo una seña a la muchacha que jugaba aburridamente a los dados con los dos jóvenes. Ella bajó del taburete y se acercó

sonriendo. Era algo pequeña, pero de porte altivo, con una extraña esbeltez y un desasosegado ritmo en los movimientos. Soto la abrazó por los hombros.

—Se llama María de la Palma Pérez —dijo—. ¿Curioso, verdad?

—Hola —dijo Miguel.

—Encantada.

Le tendió la mano sin dejar de sonreír. Era francamente bonita, un tanto infantil, con unos enormes y lentos ojos dorados. Llevaba un ligero jersey verde y una amplia falda a cuadros con flecos negros y rojos. Soto la apretaba con fuerza y ella se retorcía graciosamente.

—Una muñeca de motocicleta, para llevarla detrás y que enseñe las rodillas. Se la puede romper cuando cansa.

—¡Oh, Sotito! —exclamó ella—, ¡no me hagas enfadar otra vez, te lo ruego!

Dot sacó los cigarrillos. Ella le miró y dijo:

—No le haga caso, señor.

—¡Oye, a ése no le llames señor! ¡De qué!

—Me llenará usted de satisfacción si no le hace caso esta noche —volvió a decir ella—. ¿No podría convencerle de que no bebiera tanto? Se va a matar…

Soto lanzó una estruendosa carcajada.

—¡¿No te decía?! Es deliciosa: no sabe hablar.

Ella bajó los ojos.

—Bueno.

—¿Quiere fumar, señorita? —dijo Miguel para ayudarla.

—Bueno.

Miguel le dio un cigarrillo y lumbre. Guillermo Soto la miraba ahora cariñosamente.

—Hala, reina, vuelve con tus niños ricos a jugar a los dados. Te veré luego, ¿de acuerdo?

—Pero no bebas más esta noche, ¿me oyes? Mira, en serio te lo digo, ya está bien, que luego tengo mucho miedo cuando me llevas en la moto.

Se volvió a Dot con un revuelo de faldas, los brazos en jarras, clavándole casi con furia sus ojos líquidos y enormes.

—No se lo permita usted, señor. Usted tiene cara de ser un buen amigo. Él no tiene amigos. Hasta luego.

Regresó a su puesto con una leve sonrisa, mirándoles por encima del hombro con el rabillo del ojo, y se subió al taburete apoyándose en los hombros de los dos muchachos.

—¿Dónde hallaste esa perla? —dijo Dot.

—En Tamariu. Iba con un cuadro flamenco recorriendo la Costa. Trabajó una temporada en «Río». Si dedicaras parte de tu tiempo a las frivolidades, Miguelito, la vida te ofrecería alguna de estas sorpresas. Y ahora dime una cosa: ¿sigues viviendo en aquella horrible habitación de alquiler?

—Sí. Mal, claro. Colaboraciones no fijas en periódicos y revistas. Sé perfectamente que se lo debo a mi papá, el cual, indirectamente, no deja de hacer presión para que su hijito descarriado no se muera de hambre. Yo no me opongo. Son trabajos que no me comprometen a nada. Continúo disponiendo de una columna en su periódico, sin firmar. Me lo paga bien, debe de tener remordimientos… También hago traducciones.

—Miguel, tú estás rematadamente loco. Con la vidorra que podías haberte pegado a la sombra de un padre tan importante. Otra cosa. ¿Qué se hizo de la hermosa Julia, tu gran amor?

—Sabes que nunca he tenido un gran amor, que me repugnan los grandes amores. Julia Lemos y sus sueños de actriz terminaron bajo la barriga de un periodista peliculero e intrigante que ella creyó con porvenir, ¡la grandísima!, y se casó. Él se llama Soler, Andrés Soler, no sé si le recuerdas. Estuvo conmigo en la Escuela de Periodismo, es de mantequilla pura.

—La grandísima Julia, sí señor —dijo Soto, pensativo—. Una vez trabajé de extra a su lado, y sin cobrar. ¡Me acuerdo muy bien! —se echó a reír—. ¡Tuvieron que repetir la escena, era en la universidad, porque yo me aprovechaba de ella! ¡Y el imbécil del director decía que no!… —Parecía estar ahogándose de risa—. ¡No, no y no…!

—Pues ahora creo que ya no hace la loca. Ha conseguido para su Andrés el puesto de director de una de las revistas veneno de Galea.

—¡Ahí va! Siempre dije que esa chica tenía talento, aunque jamás pude averiguar dónde lo tenía… ¿Otro coñac, Dot?

—No.

Se pasó la mano por la cara en un gesto de cansancio. Una de las chicas que servían se había ido. La otra se arreglaba las uñas sentada a un extremo del mostrador. Los dos jóvenes y Palmita

habían dejado de jugar a los dados y bebían algo rosado en largos vasos. Ellos reían y la cogían por los hombros.

Soto pidió más coñac y siguió bebiendo. Se puso a hablar de su mujer y de su hotel, de los veranos sobre la arena de Tamariu y de los inviernos sobre los taburetes de los bares.

—Llevo la vida que merezco —terminó.

—Supongo que no esperarás que te compadezca.

—De ningún modo. Hago uso de los bares como tú de la pluma: sin resultado. Nada cambia. No hay quien le dé vuelta a la realidad. El muerto está tan muerto que no hay quien lo entierre de tanto que apesta. Abre los ojos, Dot. Estás persiguiendo fantasmas.

—¿Acaso perseguir la nada, como tú haces, no es perseguir fantasmas? Bah, me cansa tu verborrea, Soto. Vives sólo de noche.

—En efecto. Me quedan las noches. Con los días ya no sé qué hacer, pero afortunadamente me quedan las noches.

—Escúchame: formaré un grupo y me abriré camino con una publicación digna, independiente, que llegará a la opinión pública. ¿Es esto un imposible? ¿O un sacrilegio?

—Seguramente lo conseguirás. Hay algo napoleónico en tu perfil. Pero sin mí.

—Tú tenías ideas aprovechables y me consta que las tienes aún. Y te pintabas solo escribiendo…

Soto le miró fijamente un segundo. Él creyó por un momento tenerle en el terreno que quería. Le vio quitarse lentamente las gafas negras. Pero sus ojos estaban muertos, eran duros y fríos como los de un ave disecada. Luego sus pupilas giraron nerviosamente.

—¿Hablas en serio? —dijo, y empezó a sonreír de nuevo, a simular, dejándose envolver en aquel aire irónico que le hacía impenetrable—. Me estás adulando. Lo único que quieres es dinero. Dinero para esa revista que tú y tus elementos indeterminados intentáis hacer…

—Estoy solo. No cuento con ningún elemento indeterminado. Y ya está bien la cofia, Soto.

—Sin embargo, es cierto: yo sé muchas cosas. —Inclinó la cabeza, con el ceño fruncido—. Sí, lo sé todo, me doy cuenta de todo. Pero maldito de lo que me sirve. Me sirve tan sólo para vivir mi vida. ¡Oh!, y eso si es que es posible vivir nuestra vida estando como estamos determinados por una serie de circunstancias de

tiempo, espacio, de educación y de constitución física…

—Frena…

—Deberías estudiar con atención la importancia que tienen en la vida del individuo, de sus creencias y de su posición ante la vida, de sus reacciones y de sus sentimientos, las secreciones hormonales, el metabolismo, la constitución física…

—¡Por Dios, no seas plomo!

—… Yo, que soy un leptosomático típico con una tendencia muy acusada a la psicastenia e incluso a la esquizofrenia, no puedo tomar la misma postura ante la vida que un atlético con tendencia a la paranoia o que un pícnico con tendencia a ser maníaco depresivo. Esto podría ser una justificación de mi manera de ser y se podría decir que existe la voluntad. Pero da la casualidad de que la voluntad no tiene una existencia objetiva, pura —amigo Dot, no tiene más existencia que un marciano— y que está determinada por una serie de factores que dependen en gran parte de nuestras apetencias. En cuanto a mis ideas aprovechables —cuya existencia desconozco— no son una forma de ganarse la vida. ¡Ah, querido, eso cuenta! Y si uno llega aquí a ganarse la vida con estas cosas, es de rechazo. Más adelante te explicaré por qué tus famosos libros impublicables e impublicados no tienen más importancia que los antiguos orinales persas.

—Está bien, Soto.

—No he terminado. Si tú llegas a ganarte la vida escribiendo, te la ganarás igual que se la ganaban los fabricantes de orinales persas. Es decir, tu adorada masa obrera seguirá meando fuera del orinal, cuando le dé la gana y donde le dé la gana. Quizá, en definitiva, lo más auténtico es ganarse la vida dando clases de catecismo o de urbanidad… He cometido el error de emplear la palabra auténtico. Lo siento. No tiene validez absoluta porque ha sido ya demasiado empleada por los paranoicos y… ¿Qué te pasa? No te vayas, aún…

—No me queda otro remedio.

Había bajado del taburete y estaba de pie, las manos en los bolsillos del pantalón, mirando a Soto con unos ojos fatigados.

—Has venido en mal día —dijo Soto—. Me pillas en una de mis crisis de motivos… Espera, hombre.

Bajó también del taburete. No se tambaleaba. Se encaró con Dot, le miró a los ojos turbiamente y luego le tendió la mano.

—Eres un gran tipo, Miguel. En serio. Tienes, por lo menos, un buen motivo para seguir pisando esta tierra. Ya te he dicho que yo me estoy quedando sin motivos.

Dot no pudo evitar una sonrisa.

—Sí, ya me lo has dicho. Pesado.

Soto se subió de nuevo al taburete y le hizo una seña a la muchacha, que dejó la revista que ahora estaba leyendo a la pálida luz rojiza de las estanterías.

—¿Lo mismo?

—Lo mismo. —Se volvió a Dot—. Vuelve otro día. Aquí me encontrarás, colgado en la barra con esa estupefacción de pájaro enfermo que no entiende la llegada de la primavera. Sin dinero, sin orden, sin odio, como un recién nacido. Tal vez puedas necesitarme; a veces son muy necesarios esta clase de tipos…

—Adiós, Soto.

Le dejó cabeceando, realmente colgado como un pájaro enfermo en aquella barra, aferrado a su pretendida indiferencia como a una tabla de salvación. Su chica había dado un beso a los dos jóvenes, bajando del taburete, y se acercaba a él sonriendo, los brazos tendidos, la amplia falda de flecos moviéndose al compás de las caderas.

III

Miguel se detuvo junto al bordillo. Estaba en la calle Balmes. Tenía sed de cerveza. El sol de mediodía asomaba apenas entre una masa abultada e inmóvil de nubes grises. Los coches se alineaban a lo largo del bordillo, un poco inclinados, sus carrocerías lanzando a ratos pálidos destellos. Dos hombres gruesos, con sombreros oscuros, miraban lentamente un coche de color rojo, descapotado, moviendo la cabeza en sentido afirmativo y con expresión grave.

Dot miró su reloj. Cuando vio el seiscientos de ella doblando la esquina, se echó a caminar rápidamente con las manos en los bolsillos, bordeó las sillas del bar que ocupaban parte de la acera y penetró hasta el fondo del local sin mirar a nadie. No conocía el bar. Se dio cuenta en seguida que era un bar de magreo para novios ricos. Se sentó en el frío tapizado de los asientos arrimados a la pared y dejó resbalar la gabardina de sus hombros. Desde allí vio el coche deteniéndose al otro lado de la calle y a ella bajando con rapidez en un hábil movimiento de sus piernas juntas y apretadas.

Lavinia, después de darle unos tirones a su falda, echó una mirada por encima del hombro hacia el interior del bar. Subió el cristal de la portezuela, le puso el seguro y luego la cerró con fuerza. Cruzó la calzada con la cabeza alta, una mano apretada imperceptiblemente a la cadera, muy despacio, con el paso que le permitía su falda estrecha. Miguel se cruzó de brazos. Lavinia es realmente capaz, se dijo mientras la veía aproximarse con su amplia sonrisa.

—¿Te dieron mi recado? —dijo ella tendiéndole la mano.

—Aquí me tienes.

—¿Hace mucho tiempo que me esperas?

—No.

—Me figuro que habrás tenido tiempo suficiente para pensar de mí lo peor —añadió sonriendo.

No se había sentado aún, dejaba vagar en torno una mirada lenta que pretendía ser indiferente mientras se quitaba unos guantes de gamuza. Llevaba una falda azul, un jersey blanco muy delgado y un chaquetón de ante. Había recogido sus cabellos en una cola de caballo y todos sus gestos tenían un repentino aire juvenil, gracioso. En las bellas facciones del rostro, sin embargo, estaba la turbadora fatiga de siempre, la madurez prematura. Miguel pensaba que aquella mezcla de frescor y cachondez, en una mujer como Lavinia, resultaba insolente y admirable.

—Siéntate —dijo—. ¿Qué quieres beber?

—Un campari. Supongo que te sorprenderá que te haya telefoneado, pero tengo algo importante que decirte. A propósito, ¿quién era la mujer que se puso al teléfono?

—La patrona.

—Me pareció terriblemente excitada, emocionada…

—Me quiere mucho. Pero ¿qué importa eso? Estás aquí y lo celebro. Precisamente necesitaba hablar con alguien.

—¿Cómo van tus cosas?

—Mal. Creo que se ha perdido ya todo excepto esa maldita facultad de distinguir entre lo hermoso y lo feo.

Ella soltó una risa cálida.

—Terrible facultad, chico.

Dot sonrió. Hizo una seña al camarero.

—Me parece muy bien que te burles de mí. Dos camparis, por favor. Pero mira, empiezo a estar harto.

Lavinia se quitaba la chaqueta. Él la ayudó. Veía su nuca. Dijo.

—¿Se puede saber por qué me has citado en un bar de besuqueo? —e inmediatamente se arrepintió de la pregunta.

—No seas tonto —dijo Lavinia—. Es un sitio discreto. Me gusta. Además, está cerca de casa y del garaje. Arturo se llevó esta mañana el Mercedes, y el seiscientos estaba en reparación, de modo que…

Él la interrumpió, mirándola fríamente a los ojos:

—Has dicho que tenías algo importante que decirme.

—Hace tres días que quería verte; simplemente eso. Y beber algo contigo y charlar acerca de cualquiera de tus interesantes cosas. —Sacó del bolso un paquete de cigarrillos y lo dejó sobre la mesa—. Toma, fuma.

Miguel suspiró, cogió un cigarrillo, ofreció lumbre a Lavinia y

después encendió el suyo. Ella miraba sus manos, las miraba detenidamente. Le encontraba tal como había esperado, inquieto, enervado, con su hermosa cabeza de cabellos color paja un poco abatida, con una camisa blanca de cuello abierto y una vieja americana cualquiera. Es un hombre confortable, pensó.

—A no ser que… —empezó él, y sonrió desganadamente—. Bueno, supongo que no estaremos buscando el clásico triángulo.

Lavinia no dijo nada. Inclinó un tanto la cabeza mirando al frente con ligero aire agresivo. Cruzó sus largas piernas, acercó el cigarrillo a la boca y el humo le hizo entornar los párpados.

—Oh, tú no le harías eso a un amigo como Arturo. ¿Verdad?

—Yo le haría eso a mi mejor amigo. —Apartó los ojos de ella y se cruzó de brazos—. Hace tiempo que he mandado al cuerno esos prejuicios.

Lavinia dejó escapar una risa nerviosa y aplastó el cigarrillo en la loza; estaba casi entero.

—Bien, ya no somos niños, ¿no crees? Hablemos como personas sensatas. ¿Sigues empeñado en esa publicación?

—No sé, mira, no sé… —Miguel echó la cabeza atrás, contra el tapizado rojo, y se dejó resbalar un poco en el asiento—. Estoy bien fastidiado. El otro día empecé a pensar seriamente en buscarme un empleo… Bueno. Ya se me ocurrirá algo.

—Creo que yo puedo ayudarte.

Miguel volvió la cabeza y la miró fijamente. Ella, con el campari en la mano, irguió el busto y sonrió.

—Sí, hombre, no me mires así. Probablemente —añadió con una voz muy segura, precipitada— no será lo que yo quisiera, pero sí lo bastante para empezar. En fin, tampoco me gustaría ilusionarte demasiado, porque no es seguro aún. Verás. Hace tiempo que Arturo está empeñado en ponerme una tienda de trapitos en cualquier sitio elegante. Dice que así, ganando dinero, no me aburriré; ya sabes, la falta de hijos y todo eso… Lo cierto es que al principio me hacía gracia la idea, pero ahora ya no. Lo que ahora de verdad me gustaría es asociarme a ti, ¿comprendes? Al fin y al cabo, ese dinero estaba destinado a mí. Y él lo gana muy descansadamente con sus plásticos y corchos.

—No seas niña… —empezó Dot.

—Por mi cuenta no puedo hacer nada, Miguel. Lo que me dejan

anualmente mis acciones de la fábrica de papá lo puse hace tiempo en manos de Arturo. Él lo administra. Fue una tontería, pero ya no tiene remedio. Y, desde luego, no me interesa en absoluto empezar a discutir con Arturo… Bien, ¿qué te parece?

—No seas niña —volvió a decir él cruzándose de brazos y clavando los ojos en el vacío—. Arturo no querrá ni oír hablar del asunto. Lo mejor es que pongas tu tienda.

—¡Chico! ¡Yo creí que la noticia te entusiasmaría, que pegarías un bote de alegría…!

—Eres adorable, Lavinia. La noticia es formidable. Pero el caso es que no veo por dónde agarrarme a ella, conociendo al Arturo de hoy. Al que yo conocí poco antes de casarse contigo se lo ha tragado el fabuloso negocio de plásticos. Está muy claro. No se trata sólo de un problema de dinero, sino de gente, ¿entiendes? —Estuvo un rato callado, con la cabeza caída, mordiéndose nerviosamente el labio inferior—. Bueno, de todos modos, tu idea es magnífica, tienes razón.

Seguía con los brazos cruzados. Ella le miraba con una leve sonrisa, la cabeza ladeada, y le puso una mano en el hombro.

—Estás agotado, con los nervios deshechos. Eso es todo.

—Pamplinas. Estoy perfectamente.

Ella le apretó una mano, repentinamente excitada.

—¡Encontraremos gente, verás! Oh, todo eso es apasionante, Miguel. ¡Te aseguro que nada me había interesado tanto en muchos años!…

Él la miró de pronto como si acabara de descubrirla.

—Te aburres mucho. ¿No es verdad, Lavinia?

—Un poco —concedió ella—. ¿Qué quieres decir?

—Y te gustaría que nos viésemos a menudo, tú y yo, y charlar un poco de todo eso, ¿no es cierto?

—Pues sí, naturalmente. Sabes muy bien que tus cosas siempre me han interesado. ¿Qué hay de malo en eso? —Sonrió abiertamente, echando la cabeza hacia atrás—. Bueno, de momento no entra en mis cálculos hacerte mi amante, pero si insistes…

—Te equivocas si crees que mi compañía y mis cosas son divertidas.

La voz de ella, ahora, intentó inútilmente seguir con el tono festivo que el juego exigía:

—Me encanta tal como eres habitualmente; no te pido que hagas ningún mérito. —Hizo un movimiento de hombros como si quisiera desprenderse de algo—. ¡Caray, qué complicado lo pones todo! Además…, ellos no pueden seguirte ya, les exiges algo que no tienen. Les conozco. Nunca han llegado a comprenderte del todo; un poco en la universidad y nada más. Sigues siendo muy joven para ellos. —Sonrió, ladeando la cabeza con aire reflexivo—. Tú tienes mi edad, y la de Gabriela, y la de Mari, todos los que formamos la vieja colonia veraniega de Sitges, ¿te acuerdas? Dime, Miguel, ¿no te sientes, a veces, como un crío al que le quitaron demasiado pronto los juguetes?… ¿Eh? Yo sí; a veces no me siento mujer aún…, ni siquiera casada me siento, como si todavía estuviese en Sitges, soñando…

Él miraba el vacío, absorto.

—Tú no sabes la de cosas que habíamos planeado juntos. Valían. Lo sé, valían mucho. Pensaba que todavía alguno de ellos, y sobre todo el loco de Guillermo…

—Pues ya has visto.

Miguel con aire pensativo, bebió de un trago el resto de su copa y luego se apretó la frente con la mano. Cada vez que ella se inclinaba para coger y dejar su copa en la mesa, él podía oler el tenue y desasosegado perfume que desplazaba en el aire. Veía sus rodillas cruzadas, morenas, asomando bajo los bordes de la falda con una indiferencia apacible, con una suprema cualidad vegetal que asiste impasible a los afanes humanos.

—¡Bah! Acaso tengas razón. Al infierno con todo. Lo dejo en tus manos. Si hay suerte me avisas y no se hable más del asunto. Yo no sé ya ni qué me hago. Estoy a punto de convertirme en una vieja neurasténica, Lavinia.

—No pienses más en ello, ahora.

Casi no se atrevía a mantener por más tiempo sus ojos clavados en él. Veía su perfil recio, borrascoso, de labios despectivos. Se bajó el borde de la falda, lo volvió a subir, se aproximó un poco a él y cuando pellizcó con las uñas el cigarrillo del paquete se dio cuenta que sus dedos temblaban. «¿Seré estúpida?». Miguel se irguió del asiento. Su expresión era aún reflexiva. Su cabeza quedaba ahora muy por encima de la de ella, que levantó los grandes y húmedos ojos con sus ojos pálidos, sin expresión alguna en el rostro.

Lo consiguió, la muy capaz, vaya si lo consiguió, se dijo mientras notaba las manos de ella en su espalda, viendo con mirada bizca, entre cejas, el rostro pequeño agitándose furiosamente con los ojos cerrados. La mantuvo apretada al respaldo tapizado. Ahora podía ver el principio de sus brazos levantados por encima de sus hombros y ciñéndole la nuca. Olía las cremas dulzonas del maquillaje y sentía su cuerpo tenso. El tiempo se había detenido, al fin; bajando la cabeza, entrevió su boca desmandada, buscando aire como la de un pez, los gruesos labios colgando completamente húmedos y sin pintura.

—Miguel. Así… Déjame ir a ver cómo tengo el pelo —dijo ella sin mirarle.

Al volver, con una mano todavía en los rizos de la nuca, sonreía levemente. No se sentó.

—Deja que pague yo, ¿quieres? Me imagino cómo andas de dinero.

Él se encogió de hombros. Inmediatamente se dijo, que no, que no había que precipitarse. Cogió una mano de ella, sin moverse.

—De ningún modo, eso es cuenta mía. —Se levantó y la ayudó a ponerse el chaquetón—. Todavía me queda un resto de dignidad. Vamos, empieza a salir.

En el coche, con las manos quietas sobre el volante, mirándose por el espejito retrovisor, Lavinia dijo:

—Supongo que tenía que suceder. —Se volvió hacia él, sentado a su derecha con aire absorto—. No prometo nada, Miguel… Pero intentaré llamarte esta tarde, a eso de las cinco. Soy una calamidad.

Él le rodeó los hombros con el brazo.

—Está bien, calamidad. Vámonos.

—Dime dónde quieres que te deje.

Puso el motor en marcha. Le miraba con ojos risueños. Su boca volvía a ser la de siempre, sometida, bien dibujada y ligeramente burlona.

—Vía Augusta abajo: ya te avisaré —dijo él—. Calamidad.

Se encontraron en la calle Lincoln, cerca de Balmes, en un bar diminuto y pegajoso como una bombonera, donde bebieron precipitadamente una ginebra con agua tónica. Luego, más seguros de sí mismos, bebieron otra y charlaron acerca del proyecto de Miguel. Ella mostraba una leve sonrisa y hablaba mucho,

calmosamente y mirándole a los ojos, de lo maravilloso y encantador que resultaba todo aquello, encontrarse de pronto allí con él y charlar acerca del país y de la literatura y de la juventud igual que en los veranos en Sitges, cuando se tendían sobre la arena de la playa después del primer baño de la mañana con los cuerpos quemados y agradablemente fríos, tensos bajo el sol todavía pálido, y ella notaba sus endiablados ojos azules por toda la piel mientras le escuchaba con los ojos cerrados.

Miguel la llevó a un hotel cerca de las Rondas y les dieron una habitación de paredes de color crema con una cama ancha y baja, delgadas alfombras con quemaduras de cigarrillo, un altavoz colgado sobre la puerta del lavabo y una mesita con un teléfono y un cenicero de metal sujeto con tornillos.

—Es para que no lo roben —dijo Miguel, abrazándola despacio, de pie los dos juntos a la cama. Lavinia le cogió de las orejas, se apretó a él y le besó una y otra vez.

Tenía un oscuro cuerpo desmayado, muy tibio y blando, no tan joven como él había pensado. Increíblemente pasiva y en seguida húmeda, con el rostro ladeado y los ojos cerrados, los brazos sin fuerza igual que una desfallecida planta de grandes y cálidas hojas aplanadas, se dejó amar despacio y largamente. Estuvieron luego en silencio, muy juntos, escuchando una música lenta de piano que parecía gotear del altavoz, mirando el limpio techo color crema y las paredes desnudas hasta que ella volvió a abrazarle y empezó a hablar de nuevo, con ojos brillantes de entusiasmo, de lo maravilloso que era su idea de hacer una revista y luchar; que eso debía ser la vida de un hombre joven en vez de estar esperando estúpidamente el sillón de la fábrica de papá, y que ella pensaría en el modo de ayudarle porque disponía de muchas horas libres hasta ahora malgastadas en tonterías propias de su clase y que ya estaba harta, y que aquélla no era la vida que había deseado y a veces tenía ganas de llorar; que no le importaría tener un hijo suyo y vivir a su lado descalza y con sucias y largas greñas, y jerséis y pantalones, como en aquella película que había visto… Miguel reía. «Eres capaz», dijo, y encendió un cigarrillo para ella y lo puso en su boca. De repente se encontraba tendido junto a una Lavinia distinta, una burguesita romántica y alocada, y eso le hacía gracia… y reía. «¿Qué te pasa?», dijo ella, y empezó a besarle los dedos en medio de

risas y mimos. El tiempo transcurrió de prisa, y al vestirse ella no dejaba de hacer proyectos mientras Miguel efectuaba un rápido recuento de su dinero. Durante el trayecto de vuelta, en taxi, Lavinia se cogió de su brazo y le rogó que por favor no la juzgara una cursi por aquella explosión de felicidad, pero es que estaba tan harta de los solitarios y las reuniones de los Sagnier, tan aburridos, de las meriendas invernales en Granjas Catalanas en compañía de Gabriela y de María José y sus dichosos chismorreos…

—Me ponen mala cuando las oigo hablar de Guillermo o de ti.

—Bueno —dijo él con sorna—, así es la vida.

—Guillermo es un chico estupendo. ¿Quién es capaz de soportar a esa niña? Lleva siempre la nariz despellejada por el sol y habla como una cotorra enferma.

Miguel la besó para hacerla callar. Ya estaba bien por hoy. Cuando hizo parar el taxi y dijo que era mejor despedirse allí, ella le cogió de la oreja, riéndose, y le dijo que le llamaría pronto con buenas noticias y que, además, algún día quería decirle algo acerca de ella y Arturo. Él sonrió, le dio unos golpecitos en la rodilla y bajó del taxi. Luego asomó la cabeza por la ventanilla.

—Miguel, de verdad, voy a estallar de nervios si no lo hago algún día. Bueno, ¿y dónde vas ahora?…

—A cenar por ahí y luego a trabajar un poco en una traducción que debía haber entregado hace un mes.

—No me seas holgazán… —rezongó ella levantando un dedo—. Adiós. Él debe de estar ahora hablando de sus corchos o sus plásticos con algún pesado. Pero esta misma noche le expondré el asunto.

La vio saludar con la mano a través de la ventanilla y luego se fue a beber una cerveza. Se encontraba estupendamente bien, con el cuerpo tibio y ligero. «¡Qué demonios! Guillermo tiene razón, hay que vivir». Cenó en un ruidoso restaurante próximo a la calle Joaquín Costa con la esperanza de encontrar algún conocido. Era un local estrecho y largo, con doble hilera de mesas a lo largo de las paredes cubiertas de cuadros al óleo. La mayoría de clientes era gente joven; había prostitutas, pintores, estudiantes y engomados y limpios provincianos, en grupos, que venían a correrse una juerga al mes. Miguel entabló conversación con tres individuos que medio conocía y se sentó en su mesa. Eran pintores e hicieron juntos una

larga sobremesa en mangas de camisa, fumando, comiendo queso de un plato que nunca se vaciaba y despachando cinco botellas de vino. Uno de ellos era de un pueblo de la provincia de Lérida, tenía un sano y confortable aspecto de payés avispado con sus enormes bigotes rojizos y su rostro salpicado de pecas, y todo el rato estaba diciendo que él ya empezaba a tener demasiado vistas y oídas algunas cosas en esta cochina ciudad de comerciantes y tenderos y que si no conseguía arreglar pronto lo de su próxima exposición en «Jaimes» se iba a largar. Miguel opinó que estaba muy bien eso de la mala leche, pero que, a pesar de todo, los pintores tenían la gran suerte de que podían trabajar más tranquilamente que los escritores, porque nunca se veían frenados por presiones de tipo doctrinario. Todos opinaron que bueno, bueno, eso sólo era cierto a medias y cada cual se sabía lo suyo. Miguel, en medio del rumor de voces que ya amenazaba convertirse en griterío, llegándole de vez en cuando a la boca el sabor de la piel de Lavinia y diciéndose que realmente la vida no era tan insoportable como eso, insistió en la increíble y desde luego inmerecida suerte de los que hacían las llamadas bellas artes, y en que el novelista era un desgraciado. Los otros protestaban golpeando el culo de los vasos en el mantel de la mesa y el de Lérida, que se llamaba Dalmau-Oller, salía con lo suyo:

—Pues lo que es yo, algunas cosas las tengo ya demasiado vistas y oídas en esta ciudad de pañeros…

Miguel dijo que los pañeros compraban cuadros y que por lo tanto hiciera el favor de callarse. Estaban terminando otra botella de vino cuando Miguel insistió en que no se podía comparar la suerte de los «bellos artistas» con la de los pisoteados escritores, y el otro que, hombre, ya podía irse a la *m* con el rollo, que no era verdad y que lo que a él le ocurría era simplemente que algunas cosas las tenía ya muy vistas. Miguel replicó que lo que estaba muy visto era él, y los otros intervinieron con roncas voces de paz en defensa de su amigo, y en vista de que no se ponían de acuerdo, pidieron otra botella de vino. Sólo la empezaron. De pronto se encontraron los cuatro en la calle estrechándose las manos efusivamente y diciéndose adiós.

Miguel se dirigió al Choto, donde encontró a Guillermo mirándole de arriba abajo, y al ver que estaba borracho soltó una risa larga y fina como un silbido, el rostro congestionado, y que

terminó en una tos.

—¡Bah, nunca sabrás soportar la noche con dignidad! —Se volvió a Palmita—. ¿Le estás viendo, nena? El señorito Dot, perfumado y sin proyectos.

—Está muy gracioso —opinó ella, que llevaba un vestido negro de falda amplia y un chal rojo que le colgaba tras la espalda desnuda hasta más abajo de la cintura.

—Bueno, vámonos de aquí —dijo Miguel—. ¿Tienes coche?

—Ni hablar. Mari se lo llevó a Tamariu.

Salieron a la calle y Guillermo se detuvo delante de la moto.

—Pues los tres en moto nanay —dijo Palmita.

—¿Quién habla de eso, nena? Ahí va un taxi.

Se encontraron de pronto recorriendo viejas tabernas del barrio marítimo. Al principio, Palmita no estaba tranquila, porque vivía por allí cerca y temía encontrarse con alguno de sus hermanos. En un mostrador de mármol rojizo como carne cruda, que olía a arenques y a vino derramado, Miguel entabló conversación con dos individuos vestidos de tranviarios que bebían vino tinto y cerveza. Los dos opinaban que, a su modo de ver, lo que le ocurría al país era que todos los trabajadores eran unos ignorantes de siete suelas y unos palurdos y unos pobres hombres, y que lo que había que hacer eran escuelas, que el atraso era de cincuenta años y que, maldita sea, ¿sabe usted dónde empieza África?, pues eso era lo único que pasaba aquí y eso es lo malo que tenemos nosotros, y que había que solucionarlo de una maldita vez si se quería evitar otra gorda de iglesias quemadas con cura y todo dentro. Miguel dijo que sí, que eran cincuenta años y premeditado y tal, y que la gorda y tal, pero que por ahora seguía siendo inevitable porque bla, bla, bla… Ellos opinaron que estaba en lo cierto y que ya empezaba a ser hora de que bla, bla, bla… El tabernero plantó las manos rojas y mojadas sobre el mostrador y les dijo que bueno, que hicieran el favor. Ellos pidieron perdón atropelladamente y bebieron tres rondas más a la salud de Miguel, de las escuelas y del tabernero. Luego se estrecharon las manos y Miguel volvió a empalmar el hilo del tema y dijo que él, por su parte, hacía tiempo que se había dado cuenta de la gravedad del caso y ya estaba haciendo algo al intentar crear una publicación con conciencia de clase. Ellos dijeron que eso era la cochina literatura. Miguel dijo que no. Ellos añadieron que no

estaba mal, que bueno, pero que no bastaba, y luego empezaron a opinar que no solamente no bastaba sino que la cochina literatura no iba a solucionar nada y acabaron diciendo que era una idiotez y una mierda. Pagaron otra ronda los tres y volvieron a chocar las manos, y Miguel ya estaba atiborrado de aquel vino tinto que le dejaba en la lengua un áspero sabor dulzón cuando les dejó para acercarse a Guillermo Soto, que tenía a Palmita aprisionada contra el mostrador, en un extremo, intentando hacerle beber un vaso de agua. Ella parecía divertirse abriendo y cerrando su boca despintada, ladeando el cuerpo, el chal deslizándose en su costado y rozando el suelo de ladrillos sucios de vino y huesos de aceitunas y colillas.

Cuando salieron, después de caminar sin rumbo un buen rato sin que ninguno pareciera tener el menor interés en orientarse, se hallaron en un callejón oscuro y Guillermo se lanzó repetidas veces hacia la pared con los brazos extendidos al frente como un ciego. Se daba demasiado impulso, rebotaba hacia atrás dando traspiés, y luego volvía a probar, siempre con los brazos extendidos, hasta que finalmente consiguió pararse a un palmo de la pared. Entonces intentó desabrocharse, sin conseguirlo, y llamó a Palmita.

—Palmi. Nena. Ayúdame…

Ella se desprendió del brazo de Miguel, que siguió dando tumbos de una acera a otra, y se acercó a Guillermo y le desabrochó con sus rápidos dedos. La noche era fría y apacible, y arriba había una franja de cielo lívido entre las casas, un vaho de luz que hacía pensar en la luna aunque ellos no la veían. Guillermo lanzó un suspiro de cansancio y no acababa nunca. Miguel terminó por sentarse en el bordillo. La calle estaba sumida en un silencio absoluto. Guillermo orinaba con las manos pegadas a la pared, dejándola hacer a ella. Más tarde tomaron un taxi y terminaron derrumbados en Jamboree, un sótano lleno de humo, en medio de un jazz metálico y atroz que se sabían de memoria. Guillermo y Palmita aún intentaron bailar y efectivamente dieron unos pasos, pero de pronto se quedaron inmóviles como dos estatuas que se sostuvieran la una en la otra, abrazados y con las cabezas juntas. Miguel siguió sentado, adormilado, hasta que no pudo más. Una trompeta le sonaba dentro de la oreja. Cuando se iba por entre las sillas y las mesas, cogiéndose a todo lo que hallaba al paso, aún

pudo verles a ellos dos en la pista, abrazados y con las cabezas juntas, solos, dormidos de pie.

Viajó hundido en el fondo de un taxi que olía a colillas húmedas y creyó marearse. Bajó en la plaza Artos, en Sarriá. Se sentó en un banco, estiró las piernas y sacudió la cabeza repetidas veces como si quisiera echar fuera los vapores. Entonces vio al viejo en cuclillas frente a la fogata, en los bajos de la obra, al otro lado de la plaza. Las llamas rojas se reflejaban en el rostro arruinado y triste, impasible, donde sólo de vez en cuando se abría una boca negra y sin dientes para coger aire y soplar las ascuas. Tras él estaba la barraca de madera llena de herramientas y ropas agrias de albañil. Miguel sintió de repente unas ganas locas de acercarse al hombre aquel y sentarse junto al fuego. Pero ahora no. Ahora no tenía fuerzas ni para levantarse. Alguna noche le hablaría, sí, alguna noche se acercaría a las llamas y charlaría con el viejo hasta que saliera el sol. Por cierto que sí.

En el centro de la pequeña plaza vagaban congestionadas sombras entre los tiernos árboles, sobre los columpios y el tobogán y el cuadro de arena donde jugaban los niños al tibio sol del mediodía. Se oyó nítida, como dentro de un local vacío, la tos seca del guardián de la obra, y llegó un viento suave con la fragancia húmeda de corteza de árbol y de raíces quemadas. Cuando el reloj del campanario de los Salesianos dio las cinco, Miguel se levantó. Vio al viejo que también se incorporaba delante del fuego, encorvado, con un fardo de sobras en la espalda y frotándose las manos sobre la roja llama, y le miraba. Parecía un diablo caído en desgracia o extraviado. Miguel le saludó. El viejo le devolvió el saludo moviendo la cabeza, como siempre. La expresión de su rostro mordido por las llamas no varió. Miguel le volvió la espalda y se encaminó hacia su casa con las manos en los bolsillos. Alguna noche se acercaría a hablarle, sí, alguna noche como aquélla; si no reventaba antes, y se calentarían juntos cerca del fuego, charlarían juntos de este mundo malo y sucio como la madre que lo parió y beberían juntos un trago de vino. Por cierto que sí.

Entrar en casa de los viejos después de una temporada viviendo así era como interrumpir un sueño apasionante o un pensamiento largo y doloroso. Miguel encendió todas las luces que encontró al paso, caminó inclinado hacia adelante a lo largo del pasillo

alfombrado, entre la colección de espaldas y floretes y escudos ennegrecidos y roídos por el tiempo que colgaban con su aire estúpidamente agresivo en las paredes, y aspiró profundamente, con una mueca irónica, el olor de su casa. Le resultaba insoportable aquel pasillo que olía a polvo y a mueble viejo, con aquellas sillas de oscura madera lustrada cuyas patas terminaban en garra de león o en cabeza de gato, y el farolillo de hierro forjado y cristales ciegos que derramaba desde el techo un vaho de luz enferma, y las esculturas, jarrones, extraños diplomas y cuadros y retratos de aquel hombre con camisa azul y aspecto siniestro.

«Me cago en mi padre», dijo en voz baja, y casi tropezó con el perchero de pie.

Hizo mucho ruido al tender el mueble-cama en lo que había sido su habitación, y se tumbó encima sin desnudarse. Luego se quitó la americana, penosamente, se incorporó un poco para apagar la luz y empezó a palpar la almohada buscando un sitio para dejar caer la cabeza. La cama, tal como se la habían colocado ahora, quedaba justo debajo de la pequeña escalera funcional y pintada de verde oscuro que conducía al altillo donde dormía su hermana menor, Isa, en medio de sus discos y libros de texto y con las paredes totalmente cubiertas de llamativos banderines pertenecientes a clubs y universidades extranjeras. Algunas noches Isa regresaba tarde de una fiesta o una salida con un amigo de curso, y Miguel, si no se había dormido aún o no estaba demasiado borracho, la veía entrar silenciosamente en la habitación con unos zapatos de tacón alto en las manos, cargada de discos y con las mejillas encendidas. Al verle, ella le obligaba a que espabilara, con pellizcos y tirones de pelo, para charlar un rato juntos. Se sentaba en el borde del lecho, fatigada, con el íntimo y leve mal humor que siempre le proporcionaban aquellas salidas nocturnas a causa de no acabar de decidirse a dejarse tocar a placer por algún chico, y con dedos temblorosos sacaba un par de cigarrillos Benson & Hedges de una cajetilla de metal e invitaba a su hermano. Los cigarrillos dejaban un sabor de paja húmeda y el humo no tenía cuerpo al pasar por la garganta. Isabel encogía los pies desnudos bajo los muslos, sacudía la cabeza echando los cabellos hacia atrás y dejaba vagar la mirada sobre el rostro y las ropas de Miguel con una dulce y calmosa desgana.

—Aburrida como una ostra; cómo quieres que esté. En cambio tú… —Le lanzaba el humo a la cara y sonreía—. Menuda vida te pegas con tus negocios en editoriales y demás. Bueno. Cuéntame algo, anda. De lo contrario despierto a papá y le digo que el cabeza loca de su hijo está aquí, por si tiene algo que comunicarle…

—Hazlo. ¿Crees que me importa?

Isa estudiaba letras, porque sí, tenía diecinueve años, era morena y cálida, usaba faldas cortas para lucir sus bonitas piernas de un oscuro color tabaco. Siempre empezaba informándole acerca de la familia, y decía que, contra lo que él pudiera creer, papá estaba cada día más blando y tratable y que a ella le consentía todo, mientras que mamá, en cambio, estaba realmente insoportable de carca que se había vuelto, hablando siempre de esos insensatos agitadores internacionales, y que a dónde iremos a parar. «Papá preguntó anoche por ti, como quien no quiere la cosa. Papá es genial a veces. Fíjate que le estaba leyendo el periódico a mamá, una noticia de los sucesos, y al terminar se volvió a mí y dijo: A propósito, hija, ¿sabes algo del carcamal de tu hermano?». Dejaba escapar una risa ahogada, manteniendo la mano y el cigarrillo en alto. «¡Es sensacional! ¿Y sabes qué le contesté yo? Pues nada más que la verdad; que estabas trabajando en un libro muy importante y metido en negocios de ediciones… ¿O es que no es verdad?». «Claro que sí, nena». «Pero deberías verle, Miguel». «Mañana, tal vez…». El cuarto se llenaba de aquel humo dulzón y perfumado del tabaco, de la risa de ella, y Miguel empezaba a encontrarse bien en casa y se decía que, después de todo, aquella maldita burguesía le permitía a uno tener una hermana bonita e inteligente y nada vulgar, que olía muy bien y resultaba decorativa en todas partes, lo cual era siempre de agradecer. Isa se ponía a explicarle sus extraños líos amorosos con estudiantes y suspiraba diciendo cuánto le gustaría tener ya veinticuatro años como él para poder vivir sola, y que ya estaba hasta la coronilla de los chicos de la facultad porque sólo buscaban una cosa. Miguel reía y opinaba que se dejara de historias de doncella perseguida y que se acostara con el primer muchacho que le gustara si no quería verse convertida en una histérica. Ella le reñía diciendo que no era necesario decir palabrotas, y que por otra parte ella tampoco sentía ninguna urgencia… Lo que ocurría era que a una la buscaban siempre para lo mismo, y que eso era

sencillamente agotador. Miguel, ya en pleno arrebato, levantaba los brazos diciendo que si deseaba ser una buena chica y terminar en los Hogares Mundet ayudando a servir a huérfanos y ancianos cada domingo, pues que lo fuera y enhorabuena. Ella reía y se balanceaba inclinando el rostro sobre su hermano, y respiraba el olor a alcohol y a cigarrillo que emanaba de su cuerpo.

Luego le entraba mucho sueño y se levantaba, cargada con los discos y los zapatos y subía descalza por la escalera hasta su altillo. Miguel dejaba en seguida de oír ruidos y suponía que Isa se había dormido, pero ella permanecía durante mucho rato con los ojos abiertos en la oscuridad.

Esta noche, en cambio, Miguel no podía oír ningún ruido. Se envolvió con la sábana en cuanto hubo apagado la luz y entonces oyó que su madre abría la puerta, se aproximaba de puntillas y se quedaba inmóvil junto al lecho respirando penosamente. Miguel intentó abrir los ojos y sonreír.

—Miguel, hijo… —dijo ella—, me alegro que estés aquí… Que descanses —y apagó las luces y se volvió a su cama.

Al día siguiente se despertó con un fuerte dolor de cabeza y ardor en las orejas. Debía ser muy tarde. Antes de que se decidiera a levantarse vio dos o tres veces a Pilar la sirvienta cruzando silenciosamente la penumbra del cuarto. Desde la cama veía sus piernas rojizas y un poco torcidas entre los peldaños de la escalera del altillo. Era una muchacha de brazos escuálidos y blandos, tez pálida y ojos como enfermos, sin pestañas. Arreglaba sin hacer el menor ruido el cuarto de Isa y había aprendido a hacerlo respetando aquel desordenado orden que a la niña le gustaba tanto y que no consentía que nadie cambiara.

—Pilar —dijo Miguel, cogiéndose la frente—. Quisiera un barril de zumo de naranja.

—Buenos días, señorito Miguel.

—¿Dónde está mamá? No, no corras todavía la cortina. ¿Y papá, se ha ido al periódico? ¿Ha dicho si vendría a comer?

—El señor ya desayunó y se fue, y la señora ha salido un momento. Dijo que la esperara usted porque quería hablarle.

—Ya. ¿Qué hora es?

—Las doce y media serán. ¿Le traigo la naranjada aquí?

—Sí. Un barril, un barril entero.

Ella se lo sabía de memoria: al volver le iba a encontrar destapado, las piernas abiertas, las manos bajo la nuca y mirando al techo. Lo que seguía a esto era siempre lo mismo y él también lo sabía. Se desnudaba, se duchaba, se afeitaba con la maquinilla eléctrica de su padre y salía al pasillo silbando, envuelto en el fresco y mentolado olor a masaje y a colonia, el albornoz abierto olímpicamente sobre el cuerpo desnudo y arrastrando las zapatillas. Con la cabeza mojada aún, que dejaría secar lentamente al sol de la terraza, se tumbaba en el sillón de mimbres y colgaba los pies en los hierros de la barandilla. Veía la plaza, ahora con los bancos llenos de viejecitos y criadas de uniforme blanco que hacían labor y vigilaban a los chiquillos. El dolor de cabeza se iba despacio bajo la dulce caricia del sol. Las condenadas orejas, sin embargo, seguirían ardiendo durante varias horas. Un niño se deslizaba chillando por el tobogán y en el columpio había una nena que se frenaba con los pies en tierra y levantaba nubes de polvo. Uno podía entornar los ojos al sol pálido y caliente y al griterío discreto de los niños, y no pensar en nada. Desde allí se veía la aguja del campanario de los Salesianos, el oscuro y pétreo edificio donde enseñaban a los chicos pobres a ser obreros sumisos y virtuosos para el día de mañana, el balcón donde se había asomado Don Bosco una vez y la placa conmemorativa. La barraca del guardián de la obra estaba cerrada y el fuego apagado.

Pilar le servía café y tostadas con mantequilla. Más tarde se adormiló, con los pies en la barandilla. En la terraza había tiestos con geranios y claveles, un parasol plegable, una mesita redonda y tres sillones. Le despertó la voz de su madre en el comedor, llamando a Pilar, y entonces descubrió que el albornoz se había abierto deslizándose por sus caderas. El sol pegaba fuertemente a su vientre y a su sexo, y creyó recordar vagamente que Pilar había estado merodeando y sacudiendo alfombras por ahí. Hizo una mueca y se ciñó el albornoz. «Soy una cochina calamidad».

—Voy, mamá.

Si su padre no venía a comer aquel día, él se quedaba. A veces venían a comer su hermana mayor y su cuñado, que estaba empleado en el Ayuntamiento y trataba en maquinaria agrícola. Tenían un Dauphine rojo que Miguel le pedía prestado a su cuñado para ir a tomar el aperitivo antes de comer, siempre en algún bar de

la Carretera de Sarriá. «Me reconforta conducir de vez en cuando, querido cuñado, me reconcilia con la estirpe…». El otro no quiso acompañarle nunca, pero se reía. Regresaba con un par de martinis de más, se sentaba a la mesa y comía con un apetito voraz. Luego empezaba a contar cualquier proyecto para montar cualquier negocio, y le escuchaban sencillamente porque lo contaba bien y con mucha gracia. Su madre, una mujer alta y huesuda, de cabellos azulosos, le reñía durante un rato y luego le oía contar sus proyectos de trabajo. Le creía en todo: era cuestión de tiempo. Bien mirado, así vestido y afeitado y peinado, Miguel no tenía mal aspecto y no había por qué pensar que no podría abrirse camino y ganar mucho dinero. Sólo le faltaba… Naturalmente que sí, mamá, conozco yo a la chica. ¿Casarme? No, por Dios, mamá, si soy un crío. ¿Qué pretendes hacer conmigo, querida mamá? Un poco más de ensalada, por favor. Bueno. ¡Oh, sí, también la recuerdo! Es muy mona y distinguida, pero en su familia todos tienen úlcera de estómago y veranean en ese horrible lugar que se llama Caldetas…

No podía callarse:

—Verás lo que sucedió. Me presentaron a un individuo que andaba buscando un buen especialista en literatura francesa para una editorial. No tuve ni que abrir la boca: la cosa fue como coser y cantar. Y el editor, cuando supo que era hijo de papá…, bueno, que no hay más que hablar y que esto es poco para usted, dijo. ¿Un poco de vino, María Jesús? Era un hombre gordo de aspecto formal que no fumaba y leía libros de monseñor Fulton Sheen. De modo que nos entendimos en seguida, y, nada, que me prometió estudiar el asunto con detenimiento. Puedes traer el café, Pilar.

Su hermana mayor, María Jesús, una mujer un poco llenita y que daba la impresión de estar satisfecha precisamente por ello, apoyaba los codos en la mesa y miraba a Miguel sonriéndose con los ojos. Se había cansado de discutir con él hacía ya tiempo, y ahora prefería escuchar sus embustes y sobre todo verle comer de aquel modo tan desatado y perfecto, a un ritmo impecable, sin desmayos.

—Ahora —decía Miguel encendiendo un cigarrillo—, me está esperando uno de la Universidad para que le presente a alguien. Necesitan un empujón, esos chicos de la Universidad. Por cierto, ¿dónde está Isa? Hay que vigilar a Isa, mamá, se está haciendo

mujer.

—Por el amor de Dios, hijo.

A media tarde se fue. Antes entró en el dormitorio de su madre, donde encontraba siempre un paquete de cigarrillos y un billete de quinientas sobre la mesilla de noche, frente a la fotografía amarillenta de sus padres caminando por el Paseo de Gracia con aquel enorme perro lobo que habían tenido, en un atardecer de otoño. Guardaba el paquete y el dinero en el bolsillo, pero aquello le ponía triste y se decía siempre que no debería consentirlo.

Regresó a pie, pensando en Lavinia y en qué le diría la próxima vez que la viera. La tarde estaba insegura, con grandes nubarrones grises y bajos revolviéndose como tripas. Empezó a ponerse de mal humor sin saber por qué. No quiso beber nada en ningún sitio. Al llegar a su habitación estaba a punto de estallar. Se encerró y se puso a trabajar febrilmente hasta muy entrada la noche en la traducción de aquel maldito libro. Decidió terminarlo. En cinco días no salió más que para comer y comprar tabaco. Al tercer día envió a la patrona por una botella de gin Larios, que colocó al lado de la máquina de escribir juntamente con un jarrito de agua y un vaso. Se metía en la cama cansado y satisfecho, ligeramente borracho, celoso de su soledad voluntaria. Notaba la revuelta sangre corriendo y palpitando a través del cuerpo, y pensaba en los abrazos de Lavinia y en el olor de sus cabellos. Al anochecer del quinto día se levantó de la máquina con dolor de espalda y un fuerte sabor a tabaco en la boca, apagó la luz de la lámpara, y con aquella íntima y extraña complacencia y los miembros cansados caminó lentamente en medio de la penumbra del cuarto hacia la ventana. Se apoyó de codos allí a mirar la calle y a escuchar los ruidos del vecindario, inmóvil, una sombra más en la habitación. Pensaba, sin saber por qué, cuánto le había gustado de niño pasear por calles desconocidas y oscuras, empaparse de lluvia o sentarse en una acera para ver pasar a la gente. Casi nunca pudo hacerlo. De repente tenía ganas de hablar con alguien, de ir a tomar una copa con Guillermo o de acostarse calmosamente con una puta joven y afectuosa.

Abajo en la calle saltaba Carmina con las manos en la cabeza, en medio de un corro de niñas, en un atardecer calmoso semejante a los del verano. Más allá, en la entrada de la calle, se detenía la gente, seguían apiñándose y se quedaban mirando las fotografías

con la misma sorpresa apagada y boba que se habían traído de sus hogares y de sus lechos aburridos, acaso también del mismo vientre de sus madres donde nació el primer sueño imposible. Se adelantaban unos a otros con prudencia y sin molestar, dormidos de pie, los cuellos estirados, durante un tiempo muerto en que parecían estar aguardando con las bocas abiertas a que manara agua de alguna foto, que aquella artista empezara a caminar, que el futbolista descendiera después de cabecear aquel balón o que la princesa empezara a parir allí mismo, delante de todos.

Horas más tarde, cuando Miguel volvía a cenar y pasó por allí, quedaban sólo tres o cuatro.

IV

Envuelto todavía en el pesado olor a jabón Lux del cuerpo de Palmita Pérez, con cálidos ramalazos de axilas levantadas y sudorosas, Guillermo Soto se detuvo frente a la puerta de su piso y buscó la llave en los bolsillos. Eran las cuatro de la madrugada. Se tambaleaba ligeramente. Sus pensamientos bullían en corrosiva quietud: gotas de ácido horadando una madera apolillada: la vida se había parado y se pudría estúpidamente en alcobas oscuras y cuerpos retorcidos sobre lechos. Él era un ser interplanetario que lo miraba todo por encima del hombro. Silbaré, se dijo, es como plantar espantapájaros alrededor. Soltó una risita. El piso era un tercero, con amplios ventanales de cristales de colores y hierro forjado. El automático apagó la luz de la escalera cuando él introducía la llave en la cerradura.

Vio a su mujer acostada. La habitación olía a sueño, a calefacción demasiado alta. Entraba una luz verdosa por la ventana, la suficiente para poder llegar hasta la puerta del cuarto de baño sin tirar nada al suelo. Se echó agua a la cara y a los cabellos. Cuando entró de nuevo en el dormitorio ella estaba despierta, medio incorporada en la cama y ajustándose sobre el pecho el pijama azul. Había encendido la lámpara de la mesita. Era una mujer joven, de rostro largo, labios gruesos y mejillas chupadas, la piel horriblemente tostada por el sol y los cabellos rojos, lisos, cortados a ras de nuca. Su fealdad tenía un toque deportivo y bobalicón de muchacha de club de tenis.

—Vaya —dijo, clavando un codo en la almohada.

Guillermo se había descalzado y se desnudaba al pie junto a la otra cama. Entornó los ojos, tambaleándose.

—Mari, has vuelto. Qué divertido. ¿Qué tal marcha tu hotel? Espero que este verano también me permitirás tomar un poco de sol en tu terraza…

—¿Estás borracho?

Guillermo dejó caer los pantalones alrededor de sus pies desnudos y salió de ellos como de un charco.

—Eso parece.

—Quería hablarte, Guillermo.

—Lo sé. Todo el mundo quiere hablar conmigo. Hazlo antes de que me haya tumbado en la cama.

—En serio…

—Porque ya sabes lo que siempre me pasa luego. Me duermo.

Fue hacia la ventana con el pijama sin desdoblar en la mano y bajó el gradulux. Ella miraba su cuerpo esbelto, oscuro, perezoso, bañado en aquella inercia insultante ante la cual nunca había conseguido sentir una indiferencia total. Le vio ponerse el pijama, inclinada la cabeza mojada y doblándose hacia adelante con los pies clavados en tierra.

—Hace más de un mes que no sé de ti, Guillermo. Convinimos en que subirías un par de días a Tamariu y me ayudarías en algo. Se echa la temporada encima y todavía está todo revuelto…

—Nena, mi especialidad es quedar mal con todo el mundo, ya sabes. Parece ser que mi destino es definitivamente el de defraudar a la gente. Además, siempre que quise ayudarte a mantener en estado paradisíaco ese hotel para turistas chiflados, acabé por estorbar. A estas alturas, Mari querida, tendrías ya que haberte dado cuenta de que no sirvo más que para dormir al sol.

—¡Por lo que más quieras, deja de hablarme en ese tono estúpido! Mira cómo estás. Mira tu ropa. Acabarás matándote con esa porquería de moto…

—¿Qué le pasa a mi moto?

Se dejó caer de espaldas en el lecho, sin cubrirse, con la chaqueta del pijama abierta y luchando aún con los botones. Se frotó una mejilla con el hombro. Por un instante creyó percibir el olor desasosegado de las axilas levantadas de Palmita. Suspiró.

—Apaga la luz, Mari, ¿quieres?

—¡Oh, no me llames Mari!

—María José Roviralta, reina, apaga la luz, por favor.

Ella se sentó al borde del lecho.

—No voy a echarte ningún sermón, no temas. Para eso tendría que sentir algún afecto hacia ti… Solamente quiero recordarte una

cosa.

—¡Ah, los viejos recuerdos, las viejas promesas! ¡Cómo le dan sentido a mi pobre, disipada e inútil vida!… Formamos una pareja divertida, reconócelo. Tú te bronceas la piel en verano y en invierno la paseas por la ciudad con un aire afrancesado e impúdico que tira de espaldas a la pobre masa obrera. Por supuesto, no hay nada impúdico en tu vida, me consta. Sólo juegas a insinuarlo: es lo corriente entre chicas bien.

—No pienso escuchar tus idioteces. Y no puedes echarme nada en cara, ¿entiendes? ¡Sabes perfectamente que si te soporto y guardo las apariencias, dentro de lo posible, es por papá! Creyó de buena fe en este matrimonio, y creyó hacerme feliz.

—¡Rediós! No he visto nada tan ingenuo como nuestros papás. ¡Esa generación de hamaca y balancín con fábrica al fondo cree de veras que una economía fuerte nos salvará! ¡Marranos! ¡Mercaderes! ¡Capados! ¡¿Qué hay de la luz?! ¡¿Qué habéis hecho de la luz?!… He aquí la mercancía. Cualquiera de esos rubios y rosados hijos de la Gran Bretaña que tienes en tu hotel podría hacerte feliz, eso es todo. Por cierto, he oído rumores. Que no me quitan el sueño, desde luego.

—No pretendas ser cínico conmigo.

Se levantó y fue a sentarse en la cama de Guillermo. Él se llevó el antebrazo a la frente, cerrando los ojos:

—Ya está.

—Hijos es lo que deseo —dijo ella con una voz distinta—. Dios sabe que no es por afecto a ti, sino porque me siento sola. De ti no me interesa nada, ¿comprendes? Mañana me dicen que te has roto la cabeza con esa moto y me quedo tan fresca. Pero quiero que nuestro matrimonio haya servido para algo al menos, quiero que no sea siempre esta burla monstruosa. Los educaré, trabajaré y me dedicaré por entero a ellos.

Apretaba nerviosamente sobre su pecho las solapas azules de su pijama de seda. Guillermo se revolvió.

—Sé que lo harás —dijo—. Vales mucho. Pero para lograr eso podrías hacer uso de un extranjero cualquiera de tu hotel: los extranjeros tienen un concepto muy poco serio del amor. Yo me he retirado ya de esas prácticas del paleolítico.

—¡¿Quieres hacer el favor de callarte?! Tendré hijos del hombre

que es mi marido. No me conoces, no creo que llegues a conocerme nunca. —Bajó los ojos y permaneció unos segundos callada—. He pensado mucho. Sí, he pensado mucho. El trabajo me ha hecho comprender que puedo vivir sin ti, pero no sola. No quiero pasarme la vida maldiciéndole, sola, nadando frente al hotel durante horas y horas, sin poder dedicarme a nadie…

Tenía los ojos húmedos.

—Pero, Mari, cielo, si tú nadas divinamente y diriges aún mejor ese hotel.

—Cállate, ¿quieres?

—Pues es la verdad. Parece como si hubieses nacido para nadar y nadas durante horas, y jugar al tenis en S'Agaró, y ponerte negra con tu bikini, y dirigir como un hombrecito tu hotel… ¡Hija, qué maravilla! ¡No sabes lo que tienes!

—El otro día estuve pensando, Guillermo…

—¿De veras?

—¡Por favor! —Levantó la cabeza con altivez—. Te digo que he tomado una decisión…

—Eso, durmamos.

—… y quiero hijos.

—Francamente, Mari, creo que podrías dominar ese repentino anhelo de maternidad. Por lo que a mí respecta, me asusta un poco la idea de traer niños a esta sociedad. Y bien, acabemos con todo eso y durmamos. Todo el mundo está loco, ando rodeado de gente histérica y heroica. ¿Sabes a quién vi el otro día? A Miguel Dot, aquel guapo mozo con ojos de obrero metalúrgico de Avilés que prometía tanto en la facultad. Quiere hacer una revista, pobre diablo. Emplea un lenguaje tautológico que es francamente insoportable. Pero le quiero mucho. Pobre diablo.

Ella no le escuchaba. Se había levantado, con los brazos cruzados, y daba unos pasos silenciosos y lentos sobre la alfombra. Dentro de las finas prendas de seda, su cuerpo era un tanto delgado pero vigoroso, prieto y soleado, con un vientre esbelto y unos muslos morenos y combados como panzas de jarrón. Se quedó mirando a su marido, de pie, inmóvil, con los labios hinchados y un impacto de sol en los ojos castaños. Una moto daba la vuelta ruidosamente por Calvo Sotelo. Ella arqueó una cadera. Le envolvía suavemente la cabeza el hondo rumor de la noche y aquel vaho viril

que emanaba del cuerpo de Guillermo. Se sentó cerca de él, en el borde de la cama, dándole la espalda. Dejó la cabeza baja y las manos sobre las rodillas.

—Guillermo —dijo—. Me he traído el coche de Tamariu.

Él abrió los ojos y la miró.

—¿De veras? Eres un encanto… Podrías…, podrías prestármelo por unos días, tú apenas si lo usas cuando estás aquí.

—Pero no tienes dinero ni para gasolina, y seguramente estás lleno de deudas en el Choto y demás.

Seguía con la cabeza baja y las quemadas manos en las rodillas, dándole la espalda a él.

—¿Me equivoco? —añadió Mari—. ¿Tienes deudas o no?

De repente Guillermo se cruzó de brazos, sonrió maliciosamente y clavó los ojos en la nuca de ella.

—Mari, quítate la careta… ¿Te has enterado, compraste «Hola» o «Garbo» esta semana? Tenemos a dos princesas a punto de parir, ¡dos! Anda, Mari, quítate la careta.

Levantó una mano y le acarició la nuca, despacio. Ella no hizo ningún movimiento, permaneció igual al decir:

—Está bien. Dios sabe que no es por afecto a ti. Te pido una semana, sólo una semana, con todas sus noches. A cambio de ello podrás liquidar deudas y tendrás el Seat por unos días… —Rindió todavía más la cabeza, definitivamente abatida—. Por favor, ayúdame un poco…

V

Lavinia Quero se despertó bruscamente. Estaba echada de lado, bajo la sábana, y notaba en la espalda el calor del cuerpo de Arturo, que se apretaba a ella sin dureza pero con la húmeda y molesta porfía de una lapa que busca encajar sus carnes en la forma de la roca. Respiraba fuertemente por la nariz. Lavinia cerró los ojos y no dijo nada, no hizo ningún movimiento. Después dejó escapar un largo suspiro, como si estuviese dormida, y se agitó. Él rozó su cadera con la mano, la dejó un rato allí apretando los cinco dedos con un temblor, la llevó luego hasta el vientre de ella y presionó suavemente repetidas veces con un ritmo penoso. El otro brazo debía de tenerlo doblado y muy encogido, porque ella notaba la mano cogida a su nuca como una fría tenaza Volvió a simular una inquietud repentina en el sueño y se despegó suavemente de él deslizando el cuerpo hacia un extremo del lecho. Oyó su voz susurrando algo y se mantuvo inmóvil, con los ojos abiertos, dándole la espalda, hasta que no le oyó moverse más.

Él lo había intentado ya una vez, en seguida de acostarse. Aún llovía. Lavinia se mordió los labios. Sintió de repente una pena infinita y una impresión de frío, de vacío y de soledad. Después, el rumor de la lluvia aumentó de tal modo que parecía que la ciudad entera estuviese exhalando vapor. Se dio cuenta de que estaba terriblemente desvelada y empezó a temer que ya no consiguiera dormir en todo lo que le quedaba de noche, y, mucho después de que Arturo se durmiera otra vez —o al menos así lo creía ella—, yacía despierta, despegada de él, desnuda y sola y escuchando el ruido de la lluvia al otro lado de la ventana. El viento, de vez en cuando, arrojaba bruscamente la lluvia contra los cristales como si fuese un puñado de arena.

No conseguía olvidarse de todas las cosas inútiles que se había visto obligada a atender y hacer durante el día con el matrimonio

de Madrid y el suizo de cara embobada y llena de pecas, huéspedes a pesar suyo durante más de lo que ella había calculado, y cuyos semblantes atentos y frases sueltas giraban ahora en torno a su cabeza como una espesa neblina. Se veía aún a sí misma en el salón, de pie, en la mano la copa de jerez vacía y sin atreverse a volverla a llenar aunque se moría de ganas, contestando lo más digna y amablemente que podía a las imposibles preguntas de la señora de Jiménez acerca de la emocionante final a dieciocho hoyos del «American Trophy» en el campo de golf del Prat. Aquella misma tarde, Arturo había regresado de un viaje a Ginebra, de donde se había traído a un suizo sonrosado y torpón que al principio a ella le pareció una muchacha disfrazada, y que al parecer negociaba en corcho —algo de eso le había dicho Arturo mientras se bebía la segunda copa de jerez, y que era cliente importante y no había que hacer tonterías—. Estaba de paso para Madrid, de donde, a su vez, había llegado un representante de Industrias Corcheras Ibar, S. A., con su esposa, una mujer delgada que, sin embargo, tenía unas piernas gordísimas y lucía unas rodillas enormes y expresivas como risueñas caritas de niños con hoyuelos. Estaba sentada todo el rato. Era joven, pero había un aire de vieja cachonda y ladina en la pesadez de sus gestos, en su mano de dedos gruesos y blandos recorriéndose las rodillas y la cadera, en su sonreír continuo con los dientes apretados. A Lavinia le daba un ataque cuando la oía hablar, pero ella era de esas mujeres que flotan sin enterarse de nada. Cuando, con una parrafada difícil e interminable, el suizo se disculpó por llevarse a los caballeros al saloncito para hablar de negocios, Lavinia le observó detenidamente con sus grandes ojos oscuros que el jerez había punteado alegremente con dos lucecitas; había algo en el rostro del suizo que le producía una invencible repugnancia. Se enteró entonces, aunque a ella no le interesaba en absoluto, que el señor Knobel estaba en España para ofrecer un nuevo sistema de fabricación que iba a revolucionar la industria del plástico. Cuando se quedaron solas las dos mujeres, la señora de Jiménez no quiso beber, porque el alcohol engorda, según ella, dejando las mejillas fláccidas, y luego manifestó que su marido había venido para asistir a una importante reunión y de paso para recibir también al señor Knobel.

—De modo que me he dicho: es una ocasión espléndida para

visitar Barcelona y saludar de nuevo al simpático matrimonio Salvatierra. Y de paso —añadió con una sonrisita de inteligencia— saber si por fin habrá bautizo…

Lavinia le dijo en el acto pues que no, querida, ni hablar del peluquín, y, como ya llevaba dentro un par de copitas de más, seguidamente se las ingenió para hacer rabiar un poco a la buena mujer hablándole largamente de la última novedad en pantalones femeninos, hasta el punto que la dejó un momento y regresó con unos pantalones amarillos en la mano, explicándole con todo detalle cómo le ceñían espléndidamente los sitios del cuerpo que justo ella quería que la otra imaginara ceñidos. La señora de Jiménez sonreía extrañamente y asentía con leves movimientos de cabeza. Habría llegado a aterrarse de verdad de no ser por la llegada de los hombres.

Al día siguiente o al otro irían con Arturo en su coche a ver los alcornoques cerca de Santa Coloma de Farnés, pero ella había pensado ya una excusa. Por la noche, Arturo les llevó a cenar a un restaurante típico, tomaron café en un bar cercano a la catedral y después pasearon por el barrio gótico, deteniéndose a mirar en los escaparates de los anticuarios y riendo discretamente al verse apilados sobre las diminutas aceras cada vez que pasaba un coche. Lavinia, de pronto, se colgó del brazo de Arturo y dijo cuánto le encantaría tener una bonita tienda de antigüedades y de cacharritos raros en Sitges. El señor Jiménez opinó que era una gran idea y que eso daba dinero con sólo tener un poco de buen gusto.

—En ella siempre fue una manía —dijo Arturo.

—De todos modos me lo prometiste —insistió ella—. Me prometiste una tienda…

El suizo se empeñó en ir al barrio chino. Las calles estaban mojadas, había lloviznado mientras ellos cenaban, y la señora de Jiménez, junto a Lavinia, pisando el asfalto despacio y atentamente con sus piececitos inflados, arrugando la nariz cuando olía mal, opinó sonriendo que, la verdad, aquel barrio era encantador pero algo incómodo y desde luego muy sucio. Lavinia no tenía el menor orgullo ciudadano ni por supuesto se le habría ocurrido jamás romper una lanza en favor de lo catalán, pero el caso es que le daba tres patadas todo lo que decía la señora de Jiménez, así que respondió que lo bueno era recorrer aquellas calles con una gran

borrachera y la cabeza apoyada en el hombro de un chico guapo, meterse en líos y… Pero se contuvo a tiempo y dijo: —Por supuesto, querida, lo digo solamente para hacer rabiar un poco a nuestros maridos…

—Ah —hizo la otra. El señor Jiménez rompió a reír estrepitosamente y Arturo dijo algo que no se le entendió.

—Amigo Salvatierra, su esposa es sensacional —dijo el madrileño. Era una hombre moreno, alto, de cabellos rizados, y caminaba exhibiendo un gran pechugón y moviendo los brazos como remos—. ¡Eso ha estado bueno, sí señor! ¿Y si bebiéramos algo?

—Ella es así —dijo Arturo.

A partir de entonces, la señora de Jiménez decidió armarse de una risita de conejo que disparaba después de cualquier cosa que decía Lavinia. Las calles estaban llenas de hombres que caminaban despacio y se miraban unos a otros la cara como esperando algo, y los coches eran una molestia. Durante mucho rato nadie volvió a hablar de beber algo o meterse en algún sitio en vez de estar deambulando como pueblerinos en una noche de sábado, y Lavinia empezó a ponerse de mal humor con aquel tiempo que amenazaba lluvia y las calles resbaladizas y aquel monstruoso enanito de piernas de madera que no acababa nunca de decidirse a tomar unas manzanillas en honor del suizo.

Aquello, ahora, estaba compuesto de un limpio mosaico de colores, flores, farolillos, humo de tabaco, mesitas y sillas de madera blanca labrada y un bailarín marica, diminuto y quebradizo, con un chaleco azul celeste. No había casi nadie, pero en seguida se movilizó el servicio y les cantaron y bailaron unas sevillanas. Había una vieja andaluza mofletuda, grasienta y redonda y verde como un botijo esmaltado que no hacía más que acariciar la pequeña mandíbula sudorosa y fina del bailarín. El señor Jiménez estaba de muy buen humor y despachó tres copas de manzanilla en poco rato. El suizo sonreía con los párpados entornados y se le derramaba el vino cuando acercaba la copa a los labios. De pronto, los labios del suizo eran rotundos como los de una mujer y Lavinia tuvo miedo de empezar a beber demasiado otra vez y optó por escandalizar a la señora Jiménez hablando con el marica, que se cimbreaba como una muñeca de serrín vacía dentro de su chaleco

color cielo y sus pantaloncitos blancos rígidos y bien planchados. Flotaba un olor a tarros de aceitunas abiertos, a claveles pasados y a colillas de puro.

—¡Qué gente! —empezó la señora Jiménez. Su marido se volvió hacia Arturo y le puso una mano en el hombro.

—Bueno —dijo—, supongo que siempre nos quedará media horita para dedicarla a nuestros asuntos, ¿verdad, Salvatierra? En realidad, teniendo en cuenta la expansión de nuestro mercado y el de ustedes, la fusión es absolutamente necesaria para que cuaje la idea de Knobel… ¿No lo ve usted así, Salvatierra?

—Lo he pensado mucho. De momento me interesa que vean ustedes el foco alcornocal de Santa Coloma. Mañana mismo.

—Mira, no —dijo Lavinia—, eso sí que no, Arturo. Ya me estás dejando en paz al amigo Carlos y haz el favor de atender como es debido a su señora…

Pero la señora de Jiménez no quiso que volvieran a llenarle la copa de manzanilla, chilló y pataleó muy complacida derritiéndose con las galanterías de Arturo y luego dijo que, en fin, una y basta por el amor de Dios, y bien podríamos ahora mostrarle al señor Knobel un local más fino donde el folklore nacional estuviera en mejores manos. Una buena sala de fiestas sin malos olores, por ejemplo. Lavinia rodeó el cuello de Arturo con los brazos, le miró sonriendo a los ojos y dijo: «Es lo mejor para empezar ciertas noches, ¿verdad, cariño?». Arturo se ruborizó y le dijo que no hiciera tonterías.

—Es una niña, ya lo ven —añadió.

Como no se habían traído el coche, tomaron un taxi y Arturo se sentó junto al chófer. «Vaya, vaya, pues no lo pasan divertido ni nada esta gente de Barcelona», decía el señor Jiménez.

Una muchacha con las piernas enfundadas en mallas rojizas se retiraba de la pista cuando ellos entraron. La vieron de espaldas, moviendo con dureza sus nalgas prietas y agitando la cabeza, yéndose con el estruendoso y largo acorde final del quinteto y sin aplausos de nadie. En el instante de sentarse a la mesa, Lavinia y Arturo descubrieron con sorpresa a Guillermo Soto con una chica, en la barra. Miguel Dot estaba a su lado, medio oculto por una columna de espejos y apoyando el brazo en el hombro de Guillermo. En la mano tenía un vaso de ginebra que amenazaba

derramarse en la nuca del otro. Estaban borrachos. Saludaron, Lavinia les devolvió el saludo con la mano en alto, pero Arturo hizo como que no les veía, se sentó muy serio entre el suizo y el señor Jiménez y los tres empezaron a hablar de asuntos relacionados con el plástico y el corcho, aunque sin mucho entusiasmo.

—A lo positivo —dijo el señor Jiménez, disimulando un eructo, ahogándolo con gran habilidad—, y lo positivo, lo que ofrece más garantías, es el contrachapado de las botellas. En eso el mercado podría ser inmenso si unimos las dos firmas. Lo contrario es perder el tiempo; usted lo sabe perfectamente. El sistema de Knobel es perfecto, pero ni nosotros ni ustedes podemos ponerlo en práctica, porque el mercado es insuficiente. Si cada cual tira por su cuenta, no haremos nada, Salvatierra. La fusión se hace necesaria: así lo veo yo.

Se volvió hacia su mujer, como temiendo alguna observación acerca de lo inoportuno del tema, pero la vio absorta contemplando el espectáculo.

—Ya —dijo Arturo—. No crea usted que no he pensado en todo eso…

—Bueno, y no se trata —empezó el suizo, deletreando con dificultad— de que una firma absorba a la otra, usted comprende, sino de una fusión estudiada al detalle. Piense usted además en las muchas aplicaciones que permite el sistema.

A Lavinia no se le ocurría nada que decir porque no sabía de qué estaban hablando; se limitaba a permanecer sentada con las rodillas cruzadas y a mirar a Miguel, a aquella muchacha morena que apretaba la mejilla al pecho de Guillermo, el espectáculo, las luces y el rostro de los camareros. Notó los ojos de Miguel acariciándole la nuca y el perfil en dos o tres ocasiones, y entonces se erguía en la silla y dejaba la espalda rígida. Finalmente se acercó un poco más a la señora de Jiménez. Habían pedido champaña: el suizo se empeñó en ello. Lavinia dirigió una fugaz mirada de reproche a Arturo; aquello de no querer saludar a los amigos no tenía ninguna gracia. Con la barbilla en alto, olímpicamente, se desprendió de la chaquetilla roja que hacía juego con el vestido y descubrió la espléndida espalda y los hombros desnudos, donde unos cordoncitos rosados se apretaban a la piel morena desde los senos hasta la cintura, cruzándose. Notó a su lado la extraña sonrisa de la señora

de Jiménez y una furtiva mirada del suizo. Aquello se estaba poniendo divertido.

—Es curioso lo bien que le sienta ese color, querida —dijo la señora de Jiménez.

—Oh, afortunadamente tengo una piel que luce el sol —contestó ella, aunque había entendido perfectamente que la otra se refería al color del vestido. Tenía unas ganas enormes de ir a charlar un poco con Miguel y Guillermo. Ahora, en la pista, taconeaban dos grotescas mujeres de mejillas tembleteantes y caderas muy anchas, vestidas de señorito andaluz. Casi todas las mesas estaban vacías, el espectáculo era infame y el único sito que parecía algo animado era la barra del bar. Se oía la risa ronca de Guillermo, que tenía a la muchacha cogida por la cintura mientras escuchaba algo que le estaba contando Miguel, ahora recostado de espaldas a la barra.

A su lado, la señora de Jiménez se bebió un sorbo de champaña, carraspeó, se acomodó en la silla y empezó a hablar de lo guapo y joven que había encontrado a Arturo y de que, ¡hay que ver!, qué admirables eran esos laboriosos catalanes que a los treinta y tantos años ya son presidentes de no sé cuántos consejos de administración y llevan las riendas de docenas de negocios importantes. Claro que, añadió con aire compungido, en Arturo se había dado la triste circunstancia de la muerte repentina de su padre, y era lógico que siendo hijo único y tan formal no hubiese tenido más remedio que hacerse cargo de todo. Lavinia creyó ver una ironía en eso y contestó que, en realidad, Arturo, el muy tonto, hacía ya años que era el virtual director y organizador de todo, puesto que el cerebro y la ambición del viejo se habían parado ya mucho antes de estirar la pata.

—Chocheaba que era un horror —añadió.

—¿De veras?

La señora de Jiménez soltó su risita de conejo, bebió otro sorbo de champaña y dijo que, efectivamente, en los catalanes era en quienes veía más firme esa preciosa virtud de la laboriosidad y la eficacia —después de los alemanes, claro está— y que ya el padre de Arturo que en gloria esté había sido así y que de tal palo tal astilla, etcétera… Lavinia ya no podía más, cuando de repente se le ocurrió que podía ir al lavabo a retocar sus labios.

—Disculpe. En seguida vuelvo.

Al regresar a la mesa se encontró con la agradable sorpresa de la señora Jiménez y el suizo bailando. Formaban una pareja inaudita: Knobel daba nerviosos saltitos y se encogía como si fuese de goma, y ella permanecía estática, rígida y sonriente. Lavinia, sin pensarlo un segundo más —le había ya parecido notar en Jiménez una mirada que era el preludio de una invitación a bailar—, se levantó de nuevo bruscamente y dijo:

—Dispensad un momento.

Y se fue a saludar a Miguel y a Guillermo. Al volver la espalda notó que Arturo le lanzaba una mirada fría y escrutadora.

Arturo la estuvo mirando mientras se alejaba en dirección a la barra del bar. Vista desde allí, mientras ella movía despacio su espléndido cuerpo en medio de las mesas, rodeada de una atmósfera que le era extraña, su espalda desnuda y tersa recogiendo reflejos a liados y rojos, Arturo no pudo por menos de preguntar oscuramente hasta qué punto aquella mujer le era infiel. La voz de Jiménez vino a alejar aquellas reflexiones:

—¿Quiénes son ésos?

—Siempre están ahí.

—Parecen muy jóvenes —opinó Jiménez.

—Tienen la edad de mi mujer, solían pasar los veranos juntos en Sitges con sus padres y creo que formaban una colonia de lo más aburrido… Yo conocí a Lavinia un poco más tarde, en la finca de Sagnier.

—«Transportes Suburbanos».

—El mismo.

Estuvieron un rato callados, picoteando en las copas de champaña. Luego Jiménez dijo:

—Creo que se están divirtiendo mucho.

—Beben como mulas. Nunca he comprendido qué diversión es ésa.

En la barra, Lavinia tendía la mano a Guillermo, que la llevó a sus labios afectando un aire digno.

—Eres la mujer más escandalosamente cachonda que he conocido. Quédate un rato con nosotros y bebe algo. Llevas un vestido precioso. Ésta es Palmita…

—Hola.

—Hola.

—Ya veo que os divertís mucho. A mí me va a dar un ataque con esa gente. Miguel, cielo… Dame la mano, hombre.

Ellos bebían ginebra con agua. Se estaba bien allí, Miguel la miraba con unos ojos cariñosos y tristes, Guillermo estaba simpatiquísimo y decía cosas divertidas, la chica era joven, parecía algo mareada y estaba realmente encantadora con la cabeza reclinada sobre el pecho de Guillermo. «Me he escapado de Tamariu, es un secreto», decía él. La hicieron reír mucho cuando empezaron a explicarle un extraño proyecto que tenían para salvarse todos y salvar de paso al país, un plan secreto cuyos detalles iban a ultimar ahora con ella, si no tenía inconveniente. Le pusieron en las manos un vaso de gin-tonic lleno hasta los bordes y brindaron por muchas cosas. Estaban completamente borrachos. El plan consistía nada menos, oye, qué genial, en secuestrar al equipo entero del Real Madrid con directivos y masajista y todo, sería una campanada con resonancia universal, y se había acordado hacerlo durante alguno de sus más sonados desplazamientos al extranjero y que pasados cuatro días se les soltaría sin haberles hecho el menor daño. Miguel opinó que a Di Stéfano, sin embargo, se le podría pinchar un poco en los preciosos muslos por ser el que ha ganado más millones. Lavinia replicó a eso diciendo que podría resultar contraproducente puesto que el pueblo adora más los muslos de Di Stéfano que los de Brigitte Bardot —Palmi la interrumpió para decir que eso se debía a que las piernas de la Bardot aún eran prácticamente desconocidas por el pueblo español—, y que, en general, el proyecto le parecía muy poco eficaz porque la masa obrera no sobreviviría a la desaparición de su Pentacampeón, aunque sólo fuese por cuatro días, y que entonces la opinión pública estaría en contra nuestra. Dijo que, en fin, lo mejor sería secuestrar deportistas menos mimados por la masa, como esquiadores o nadadores, y Guillermo replicó que no parecía mala idea pero que tenía el inconveniente de la poca resonancia que iba a tener, puesto que estos deportistas no gozaban de fama universal como el Real Madrid. Lavinia, apretada en medio de ellos, acalorada, con el vaso en alto, insistió en que el plan tenía fallos psicológicos, y ya no hablemos de la dificultad física que representa mantener a raya a tanta gente y darle de comer y buscar alojamiento y toda la pesca. Miguel se irguió en el taburete, golpeó el mostrador con el puño y

chilló que, demonio de chica, no seas aguafiestas nena y yo sólo necesito cinco hombres con riñones y nada que la cosa está hecha. Guillermo le estrechó la mano, dijo «así se habla» y seguidamente estrujó a Palmita en su pecho.

Lavinia se rió tanto que llegaron a dolerle las mandíbulas. Echaba el vientre hacia adelante dejando que rozara las rodillas de Miguel, que seguía sentado en el taburete de espaldas a la barra y quería decirle algo con los ojos. Se volvió para mirar hacia la mesa de Arturo y le vio charlando animadamente con los otros. Miguel le puso una mano en el hombro y ella giró en redondo, despacio, dejando que la mano de él se deslizara por su espalda desnuda. Aquella música que daban le gustaba. Nadie bailaba. Guillermo le estaba pidiendo algo al barman. Ella se sorprendió de pronto diciéndole a Miguel que se acordaba mucho de sus ojos azules y de sus manos y de su voz. Él cerró las rodillas apretando sus caderas. «Te necesito, no sé qué haría sin ti» dijo Miguel, y ella entonces sonrió con malicia, se dio media vuelta al tiempo que le tiraba de la oreja y se alejó hacia el lavabo.

Tropezó con Miguel en la misma puerta, al salir. En el pasillo sólo se veía a la mujer del guardarropa que asomaba con un libro en las manos.

—Miguel, no seas loco…

—¿Qué le pasa a Arturo? No empezará a creer…

Ella le puso un dedo en los labios.

—Has bebido mucho y me das miedo.

—No sabes cuánto he trabajado.

—Por Dios, Miguel, no seas crío. Pueden vernos. Oye, tengo buenas noticias…

Miguel recostó la espalda en la puerta, sin soltar la cintura de ella, que no ofreció resistencia.

—Oh, eres…, eres… Te estoy diciendo que hay buenas noticias.

Pero él no hacía más que decir: —He trabajado como una bestia. En cinco días no he salido de aquella sucia habitación más que para comer. ¿Se le puede pedir más a un hombre?

Ella se dejó dar un beso muy breve, le dijo que estaba loca por él y luego consiguió explicarle lo de la tienda de antigüedades en Sitges.

—Creo que, si insisto, lo conseguiré. Además, yo valgo mucho

para los negocios, no me conoces en ese aspecto, y una vez lo tenga en marcha haremos la revista. ¡Será estupendo! Arturo no se meterá para nada, tiene bastantes preocupaciones…

No pareció que Miguel se entusiasmara con la noticia. Debía de ser porque estaba bebido. «Ya vale; es una tontería lo que hacemos», dijo, y volvió a besarle rápidamente, le tiró de la oreja y le dejó.

—Te llamaré pronto.

Al regresar a la mesa se disculpó, se sentó, dejando el borde de la falda bastante por encima de las rodillas, suspiró, empezó a abanicarse con la mano.

—Unos amigos —aclaró luego a la señora de Jiménez—. Son la mar de divertidos. Hace calor, ¿eh? Vaya, vaya, ya la he visto a usted bailar.

La señora de Jiménez se rió a su modo y dijo: «Yo también la he visto, querida». Los hombres volvían a hablar del corcho y Arturo decía que mañana les acompañaría a ver la fábrica. De pronto lo dejaron y entonces ella bailó un baile que le pareció interminable e incómodo con el señor Jiménez. No había manera de encajar con aquel corpachón de gorila perfumado. Después bailó con Arturo. Arturo bailaba muy bien y fue como un descanso; pero hacia el final empezó a apretarla con fuerza y a ponerse rígido y pesado. Notaba su aliento en la mejilla y su mano deslizándose arriba y abajo en su espalda, hasta que descubrió con sorpresa que se había puesto bruto. Soltó una risita divertida.

—Arturo, hijo…

—Ajá. Volveremos por aquí alguna noche, ¿te parece? Tú y yo solos. La verdad es que a veces pienso que sí, que efectivamente en esta vida se pierde uno muchos ratos buenos. De todos modos tendré que reñirte por habernos dejado solos tanto rato.

—Bueno —dijo ella—, lo que no me ha gustado nada es que no hayas querido saludar a Guillermo ni a Miguel. ¿Tan importante es no asustar a esa gente?

Él empezaba a respirar fatigosamente.

—Compréndelo. Dicen barbaridades todo el rato y están borrachos. En el fondo lo hago por ti, que por cierto hoy has soltado unas cuantas. Pero dejémoslo, no pienses en nada ahora. ¿No está mal esa música, eh?

Lavinia volvió a sonreír con la boca pegada en su hombro, abrazándole muy fuerte. Comprendió que aquella noche él lo intentaría de nuevo, se atormentaría de nuevo, y de repente sintió pena de Arturo. En los últimos compases, antes de que terminara el baile, se separó suavemente: «¿Nos sentamos?». Le cogió de la mano y regresaron a la mesa. El suizo y los madrileños les miraban sonriendo como beatas. El suizo había pedido unos refrescos a pesar de que nadie quería, y se puso a hablar con Arturo en voz baja. Lavinia, mientras el señor Jiménez le estaba hablando acerca de algo que no acababa de entender, les vio sonriéndose con los ojos y cuchicheando; observó los labios tersos y bien dibujados de Knobel, demasiado rojos para un rostro tan pálido, sus largas pestañas rojizas, y comprendió ahora qué era lo que le desagradaba de él. Miró un instante a Arturo con una leve tristeza en los ojos, y luego siguió contemplando a la orquesta. El señor Jiménez había terminado de contarle aquello.

Se sentía cansada y estaba pensando en proponer la retirada, cuando la señora de Jiménez le manifestó de nuevo su admiración por el buen porte y la distinción de Arturo, y, en general, por esos maridos catalanes tan serios, laboriosos y formales que le hacían pensar siempre en el viejo Salvatierra, que en gloria esté, que ése sí que había sido un hombre ejemplar, un hombre de su casa, trabajador y enamorado de su mujer, y que, realmente, viendo a Arturo se podía decir aquello de tal palo tal astilla, etc… Lavinia no estaba dispuesta a soportar ya más y dijo con una sonrisa forzada que ella, que era de origen canario, había tardado bastante tiempo en comprender que la única virtud de los Salvatierra era su gran capacidad amatoria; y entonces aprovechó para arremeter contra la pretendida fidelidad conyugal del difunto suegro y coloso de la industria catalana diciendo que había tenido por lo menos media docena de fulanas, sí hija sí, que me muera aquí mismo, y que una de ellas le había durado diez años, diez, en una habitación del Ritz allá por los años cuarenta, a toda pensión y joyas y baños en la Costa Brava como correspondía a un buen industrial barcelonés, con lo cual había demostrado tener efectivamente una formalidad poco común. Después de unos segundos de silencio, la señora de Jiménez se rió, le dio un cariñoso golpecito en la rodilla y dijo:

—Qué divertida es usted.

A la hora de pagar se organizó una discusión estúpida y el señor Jiménez hizo una escena interminable con la cartera en la mano. Arturo no permitió que nadie pagase nada. Les acompañaron al hotel y fijaron hora para visitar la fábrica al día siguiente, antes de marchar a Santa Coloma de Farnés a ver los alcornoques; luego irían a Palamós para atender desde el mismo puerto algunos asuntos relacionados con la exportación.

Al meterse en la cama y quedar con los ojos fijos en el techo, Lavinia comprendió que, después de todo, no había bebido lo suficiente. Él lo había intentado ya una vez, en seguida de acostarse. Y ahora en su cabeza silbaba el vacío, largamente, mientras él sudaba y se lamentaba esforzándose en sus brazos, sin aliento, hablando solo, como un niño empeñado tercamente en jugar con la arena demasiado fina de una playa. Al final le vio ladearse y desistir, y le oyó murmurar como siempre: «Es que he bebido» con aquella tristeza en la voz. Ella se ladeó a su vez, con los ojos cerrados, y le dio la espalda. Por un instante vio iluminarse en la oscuridad el rostro tan bonito de aquella muchacha. Escuchaba el rumor de la lluvia en la ventana y le oía a él revolverse a su lado. Distinguía a través de la ventana la silueta borrosa de un tejado puntiagudo contra un cielo rojizo pálido.

Finalmente se durmió, prometiéndose llamar a Miguel en cuanto le fuera posible.

Guillermo Soto conducía la moto a noventa por las Rondas. Rodeándole la cintura con los brazos, la mejilla pegada al calor de su espalda, Palmita sonreía con los ojos cerrados al viento y a la llovizna helada. Se soltó de una mano, se frotó las narices y el rostro empapado, donde se le pegaban negros mechones de cabello, se bajó luego la falda sobre las rodillas y volvió a abrazarse a Guillermo con la cabeza baja. Parecía una criatura rendida, asustada de la noche que cruzaban a velocidad de vértigo por calles y plazas, sobre el asfalto reluciente como un espejo. La rueda trasera se deslizó dos o tres veces hacia un lado, y entonces le oía a él maldiciendo. Las frías agujas de la lluvia se clavaban en sus rodillas fuertemente apretadas. De repente, Guillermo detuvo la moto.

Los últimos autobuses rojos, penosamente ladeados hacia las aceras como sufriendo su enorme corpulencia, rodaban pesados y lentos bajo la fina lluvia y se oía un lejano rumor de tranvías al fondo de las calles, en lo oscuro, donde se hundían los cables temblando sobre los charcos de agua estremecida.

Guillermo se frotó la cara con las manos. No bajó de la moto. Cabeceaba sin poder dominar la náusea:

—Nos vamos a matar, María de la Palma Pérez.

—Sigue, que llueve. —Se apretó fuertemente a su espalda—. ¡Oh, Sotito, mira cómo nos estamos poniendo!

Él levantó el rostro a la lluvia, con los pies en tierra y las manos en el manillar.

—Que nos matamos, te digo. Espera. Déjame tomar conciencia de este mundo antes de dejarlo. —Suspiró—. Está bien. Está francamente bien. —Se volvió y con la mano acarició el rostro de ella—. Se está terminando mi huida de Tamariu, qué lástima.

—¡Oh, pero qué dices! ¡Anda, quiero irme a casa…!

—Un instante, por favor —y siguió pensativo, inerte bajo la lluvia—. Realmente, el poder es como un lecho enorme y seguro en el que todas las posturas son cómodas y bellas…

—¡Que vamos a pillar una pulmonía! Te estás volviendo muy desconsiderado conmigo. ¡Vamos, llévame aunque estés piripi y nos matemos!

—Bueno, te llevo a casa.

—Estoy muerta de cansancio…

—Eso es bueno.

De repente se sentía despejado, con la cabeza vacía y sonora igual que una campana. Ocurría siempre de repente, le quedaba sólo un ardor de orejas, y él lo sabía y se ponía triste. Dobló por el paseo de la Barceloneta y se adentró por la calle Atlántida. Paró frente a un solar en ruinas, bajo un farol, y Palmita saltó de la moto. Él le dio una palmada en el trasero. Mantuvo la cabeza gacha bajo la lluvia, completamente empapado, con los pies en un charco y los brazos tensos hacia el manillar. Palmita cruzaba la calle corriendo, pero de pronto se detuvo, volvió sobre sus pasos, besó rápidamente a Guillermo en la boca y después se alejó otra vez. «Buenas noches, Sotito».

Él la vio abrir la pequeña puerta de madera sin pintar, saludar

con la mano, lanzarle otro beso y luego desaparecer. Entonces levantó los ojos a los balcones de la calle. Estaban cerrados. No había pescadores en camiseta, fumando, ni ropa blanca tendida en alambres de uno a otro balcón, como en el verano.

Regresó a casa. Se desnudó y se metió en la cama tiritando de frío. Ni siquiera buscó un pijama para ponerse. Bajo la ropa mojada, al pie del lecho, empezó a formarse un charquito de agua cuando él ya estaba dormido. Durmió como un tronco hasta las dos de la tarde del día siguiente, en que fue despertado por unas voces que llegaban desde el pasillo. Un sol limpio y amarillo se filtraba a través del gradulux y se oía el rodar de coches en la plaza Calvo Sotelo. Guillermo reconoció la voz de Mari, y cuando la vio entrar y quedarse parada con la mano en el pasador de la puerta, comprendió que venía con la vieja. Mari se dirigió con paso rápido y sin decir una palabra hacia la ventana y la abrió. Luego abrió el armario y estuvo revolviendo cosas.

La madre de Mari era una señora bajita de cara arrugada color de rosa, que siempre se tapaba la boca con un pañuelo lila. Llevaba un sombrerito con velo hasta los ojos.

—Bueno —dijo Guillermo asomando la cabeza fuera de la sábana—. Bueno, había terminado el plazo, ¿no? Yo había cumplido, ¿no? Nada me obligaba a quedarme.

Mari no dijo nada. Su madre, con el pañuelo apretado a la boca, avanzó unos pasos hacia el pie de la cama y miró la ropa de Guillermo tirada al suelo y el charquito de agua como si mirara una alimaña.

—Deja, mamá —dijo Mari—, yo lo pondré en orden.

—Eso, mamá —añadió Guillermo en tono no muy seguro—, nosotros lo haremos todo…

Entonces Mari se volvió a mirarle. Sus ojos estaban rojo de llanto o de rabia, o las dos cosas a la vez. Guillermo se levantó de la cama con expresión apenada. Entonces su suegra lanzó un gritito de pajarillo y se escurrió fuera del cuarto. Él se volvió a su mujer, que seguía empeñada en ordenar las cosas.

—María José…

—Luego hablaremos —cortó ella—. Por lo menos, si es que te queda un resto de dignidad, espera que mamá se haya ido.

Guillermo guardó absoluto silencio. Mientras se duchaba, se le

ocurrió que realmente era un canalla y que hoy dedicaría todo el día a hacer feliz a Mari. Entre tanto, ella se las arregló para que su madre se fuera. Guillermo, envuelto en el batín, sin decir palabra, se empeñó en ayudarla a preparar la comida. La vieja sirvienta estaba pasando unos días en Tamariu y en la cocina todo estaba patas arriba. Guillermo encontró un bote de setas en conserva y se lo mostró a Mari sonriendo. Empezó a hacer monerías y a ella la situación se le hacía cada vez más violenta. Guillermo lo hacía todo al revés, y finalmente Mari explotó en una mezcla de Danto y de risa.

—Mari querida… —decía él, y la abrazó por la espalda, acariciándola largamente. Ella empezó a desgranar una larga letanía de quejas entre gemidos y con hipo, y no se la entendía—. Qué te he hecho yo… ¿Podrás perdonarme? ¿Qué te ha hecho ese imbécil de Guillermo, amor? ¿Qué te ha hecho?

La besó en la nuca y acarició su cuerpo hasta que la obligó a que se diera la vuelta. Desde hacía rato ella había dejado de Dorar, sólo gemía, sin saber exactamente por qué.

Después, al salir del dormitorio, ella adoptó, según era su costumbre, un aire de absoluta dignidad, y así comieron, el uno frente al otro, hablando de cosas triviales. La improvisada comida no resultó tan mala.

—Las setas están muy bien. Felicitémonos.

—No son las setas, querido, sino la salsa. Mamá me dio la receta.

—Ah.

—A propósito. Recuérdame que esta noche tenemos que ir a recoger a mamá a la Sala Augusta.

—Ah.

De pronto, Guillermo levantó la cabeza del plato.

—Oye —dijo—, ¿es donde dan ese recital de piano a beneficio de no sé qué?

—Sí. Mamá no ha faltado ningún año y le gusta contribuir algo. La pianista es francesa, esta vez; muy buena, creo.

—De modo que finalmente tu madre se ha salido con la suya. Se las has dado.

—¿A qué te refieres?

—A las cinco mil pesetas, qué va a ser. Muy bonito. Sabes que

yo no tengo ni para gasolina y tú dale con los huerfanitos de tu madre…

—Por favor, no empecemos otra vez. A mamá le hace mucha ilusión; este donativo es la única alegría que se da. Desde que tuvo que renunciar a pedírselo a papá me propuse que ningún año le faltara.

—Muy espléndidas. Las dos, sí señor.

Pero cambió de táctica rápidamente. Estaba dispuesto a proporcionarle un día de felicidad completa, a su mujercita. Por la tarde la llevó al cine y luego la invitó a un helado en la terraza del «Milán». No era mucho, pero bastaba. Ella estaba ávida de vida de ciudad. El sitio le parecía encantador. El helado era exquisito. La gente era interesante. Guillermo estaba elegantísimo, debería ponerse más a menudo aquel conjunto de sport, el azul le sentaba. Era bonito comprobar que las mujeres le miraban sin que él se diera cuenta. —¿Celosa? —Oh, no cariño, de ningún modo. Hoy eres enteramente mío, y mañana y pasado mañana… —¿Eres feliz, nena? —Por favor, no me llames nena, sabes que no me gusta. Sí, amor, soy muy feliz. Este camarero, qué simpático, ¿verdad? —Verdad.

En efecto, él parecía sinceramente arrepentido; acaso no tardaría en cambiar de modo de ser para siempre. Poco antes de la hora de cenar, ella opinó que aquella noche lo mejor era ir tempranito a la cama. Él no dijo nada, estaba dispuesto a expiar hasta el final. Fueron a recoger a la madre de Mari. Durante el trayecto, en el coche, Guillermo concibió y planeó al detalle un golpe audaz. Al parar frente a la Sala Augusta, Mari consintió en esperarle en el coche para evitar encontrarse con algún conocido que la hiciera perder el tiempo, y él entró en busca de su suegra. El recital de piano había terminado minutos antes y la gente conversaba de pie, entre las sillas. Su suegra estaba aún sentada, muy cerca del piano, conversando animadamente con otras señoras. Junto a ellas, una puerta que comunicaba con una salita de estar; se veía un diván y un velador. Dentro había humo de cigarrillos, hombres pulcramente vestidos, más señoras, un adolescente rubio de aspecto espiritado e inquietante y dos jóvenes señoras sentadas tras la mesita y revolviendo papeles. Guillermo divisó también la espalda desnuda y rosada de la pianista francesa y su largo vestido blanco. «Recital

Lucienne Godard. Obras de Lully, Couperin, D. Scarlatti, Rameau, Mozart (Fantaisie en ré mineur). Segunda parte: Bela Bartok (Suite en plein air)».

—¿Me permite, mamá? —Guillermo estaba ligera y respetuosamente inclinado. Luego se irguió—. Disculpen, señoras…

Ella se hizo a un lado con su yerno y le miró con furor. Guillermo se apresuró a decir, sonriendo con humildad:

—Mari y yo hemos hecho las paces. Está en el coche, esperándonos. Por favor, mamá, desearía que usted también me disculpara… —La buena mujer le miraba con desconfianza. Reparó en el sorprendente aspecto de su yerno. Había que reconocer que aquella americana azul le sentaba muy bien. Mientras, Guillermo ya había clavado los ojos en el bolso que ella apretaba a la altura de su estómago con las dos manos—. ¿De acuerdo, mamá? —le dio un beso en la sien—. Y ahora dígame una cosa. ¿Ha hecho ya entrega del donativo?

—Ahora mismo iba a hacerlo.

Él inclinó la cabeza.

—Si usted me lo permite, quisiera colaborar con algo, aunque humildemente… Lo tenía reservado para una fiestecita, pero esto se acabó. Es mejor que sea para esos pobres niños…

La mujer, después de pensar un momento, afirmó con la cabeza. Aquel desvergonzado parecía hablar en serio.

—Eso está bien, hijo, eso está bien.

—Pero tiene usted que prometerme que no se lo dirá a Mari. Quisiera que quedara entre usted y yo, mamá.

—Está bien, te lo prometo. —Le dio unos golpecitos en la mano —. Todo esto dice mucho en tu favor, hijo.

Se volvió en dirección a las señoras y les presentó a Guillermo.

—Mi yerno.

Él besó las manos pequeñas y mustias, la piel como de seda, de un modo impecable. Se mostró simpático y dijo algunas galanterías. Seguidamente se volvió hacia su suegra.

—Y ahora, mamá, si me lo permite… Mari nos está esperando en el coche. —Bajó la voz—. El sobre, por favor.

—Ah, ¿quieres juntarlo? Muy bien.

Abrió el bolso y le entregó un sobre blanco. Guillermo se llevó la mano al bolsillo al tiempo que, disculpándose con una sonrisa, se

volvía de espaldas: no deseaba hacer ostentación de su donativo:

—Disculpen.

Maniobró con una rapidez extraordinaria, aunque en verdad no era necesario. Se quedó con tres billetes de mil. Luego se volvió a ellas.

—Bien, ahí tiene, mamá. Lamento mucho que tengamos que irnos tan pronto, pero Mari nos espera. Estas señoras sabrán perdonarnos —añadió con una sonrisa.

—No faltaba más, joven.

—Hasta pronto.

—Buenas noches.

De nuevo las manitas arrugadas y rosadas bajo la nariz, un suave perfume de vejez y de bondad. «Buenas noches». Ofreciéndole el brazo, acompañó a su suegra a entregar el sobre en la salita contigua. La pianista no era tan joven como parecía vista de espaldas; tenía un rostro de muñeca, lleno de colorete. Sin soltarla del brazo, vio a su suegra entregando el sobre a las dos señoras de la mesita. Nadie lo abrió. Le dieron las gracias con una sonrisa y una leve inclinación de cabeza.

VI

Dejó caer el bolígrafo sobre el papel y apoyó el mentón en la palma de la mano. Apartó el bloc y todos los papeles a un extremo de la mesa, despacio, con aire absorto. Aún no estaba decidido. Luego se levantó, sacó del bolsillo de la americana un diario de la tarde y lo desdobló. Bajo el círculo de luz de la lámpara de pie, sus dedos saltaban nerviosamente de un titular a otro. Pasó hojas. SUPLEMENTO DEPORTIVO, decía en las centrales. Excremento deportivo pensó él acordándose de una vieja broma de Guillermo. Leyó dos veces una breve noticia en la página de espectáculos y volvió a guardarse el periódico. Se acercó a los estantes colgados en la pared, sobre la cama turca, y estuvo revolviendo un montón de revistas hasta dar con la que buscaba. La portada, a todo color, mostraba a Claudia Cardinale echando la cabeza para atrás, un poco ladeada, con una espléndida sonrisa blanca y una garganta turgente. En la esquina inferior, en un pequeño recuadro, una pareja de novios partía un enorme pastel de bodas. Miguel dobló la revista y se la puso en el bolsillo junto con el periódico. De pies con una rápida mirada, apreció el estado de sus ropas. Se vio sucio y decidió llevarse la gabardina echada sobre los hombros. Apagó la luz y salió.

En la calle, al pasar, echó una ojeada al tablero con información gráfica de última hora, gentileza Ferrys. Había dos nuevas fotos: un futbolista desmelenado cabeceando en el aire, sin balón, y una Virgen con bastón de mando y fajín de Capitana General.

Llamó a Lavinia por teléfono desde un bar. Ella se mostró disgustada:

—¿Es que no tienes cabeza, Miguel? Me pillas sola de casualidad…

—Déjate de tonterías. ¿Qué pasa con lo de Rosas?

—He llegado esta tarde. Me gusta, pero queda todavía mucho

que hacer allí. No hemos concretado nada. Mañana vuelvo para allá y Arturo está empeñado en acompañarme. La idea le está gustando cada día más y ya está haciendo planes para el verano…

—¡Maldito capón!

—Pero yo sé que se cansará en seguida. No temas, me dejará tranquila. De todos modos tendrás que esperar bastante, todavía hay que amueblarlo todo y queda un montón de cosas por hacer. Sabes cuánto me gustaría tenerte allí unos días conmigo, pero de momento no es prudente. Además, ya te lo he dicho, aún no hemos concretado nada…

Miguel la interrumpió:

—Bueno, ¿qué haces esta noche?

—Estoy muerta de cansancio, llevo cientos de kilómetros en el cuerpo. Y mañana quiero levantarme a las siete. Espero que comprendas…

Él comprendía, pero había llegado el momento de explotar.

—Mira, Lavinia, ¿sabes lo que me parece todo eso? Una idiotez. Allá tú con tu tienda y tus caprichos; yo voy a buscarme un buen empleo. Lo tengo decidido.

—No seas niño, Miguel. ¿Quién te ha metido eso en la cabeza? ¿Qué clase de trabajo puedes hacer tú? Ninguno.

—Tal vez. Pero de momento necesito hacer algo. Tengo un plan. Tú sigue con lo tuyo; ya me dirás algo en cuanto vuelvas. Adiós. —Iba a colgar. Ella se precipitó a decir:

—¡Espera, por favor! Oh, te aseguro que no me tengo en pie… Bien, ¿de verdad tienes muchas ganas? —Bajó la voz, era un susurro—. Espérame en el bar a las once. No, a las once y media.

Miguel rió.

—De acuerdo. Adiós.

A las nueve y quince de la noche, Miguel asistía en un cine de estreno a la proyección de un film nacional en sesión privada para la Prensa. En el local todavía flotaba la tibia atmósfera de la sesión de la tarde, terminada minutos antes. Los críticos y publicistas formaban grupos, ocupaban las butacas próximas al pasillo central de la platea. Fumaban, reían y charlaban. Más tarde, solo, Miguel dormitaba con el cigarrillo en la boca, hundido en la butaca, los pies colgados sobre la fila delantera y la gabardina echada sobre los hombros. Sus ojos claros y habitualmente cubiertos por un finísimo

velo de somnolencia, dejaban ver ahora un parpadeo de sarcasmo, clavados en la pantalla. La película era una historia lamentable acerca de un suburbio de Madrid, unos niños desarrapados y un joven curita ingenuo.

Se encendieron las luces. Hubo aplausos. En el pasillo, encaminándose todos hacia el bar del vestíbulo, una avalancha de felicitaciones, sonrisas y apretones de manos al director y a la estrella del film. En el bar del vestíbulo se había preparado un cóctel para los caballeros de la Prensa. Rodeados de fotógrafos, reporteros y amigos, el director y los protagonistas se sentaron en una mesa respondiendo al flash y a las preguntas. Muchachas de cortas faldas acampanadas y largas piernas morenas y depiladas, con peinados altos y ligeramente azulosos y rubios y rojizos, iban y venían del bufet con el vaso en la mano y trocitos de queso ensartados finamente en palillos. Habían dispuesto bandejas con pastas secas, bebidas y tapas de jamón y de queso. Sonaba en alguna parte una música con ritmo sudamericano. Muy pronto la atmósfera estuvo saturada de un olor dulzón de jerez y cigarrillos.

—¿Qué tal, Miguel?

Eran dos mujeres sin edad, con ojos fijos y ribeteados de negro, disecados, sonriendo desde un fondo de dudas y de soledad.

—Bien.

—Hace tiempo que no se te ve, chico.

Él se miró las puntas de los zapatos, hundiendo las manos en los bolsillos.

—Y vosotras, ¿qué tal?

—Pues mira…

—Ya ves, vamos trabajando.

—Es mala temporada aquí, en Barcelona. En Madrid se trabaja más. Pero ésta —le dio con el codo a su compañera— se casó, y ya no hay quien la saque de aquí.

—Ya. ¿Habéis trabajado en esa birria?

—Pero, hombre, ¿no me has reconocido? ¡La mujer del obrero borracho!

—Ah, sí. Estabas vieja.

—Sólo por un par de horas.

—Claro —dijo la otra con sorna—. Es una gran trágica.

La cogió del brazo y se apretó a ella. Las dos sostenían unas

copitas de jerez con mucha delicadeza. Miguel inició unos pasos hacia el bar. Alzó la mano.

—Bueno, voy a beber algo.

Bajo una mesa, las rodillas de un joven recién salido de la Escuela de Periodismo rozaban las de una starlet rubia y sonriente; él escribía en unos papeles mal doblados lo que ella decía con aire pensativo. Miguel dejó vagar la mirada por todo el vestíbulo, largamente, dándose la vuelta despacio. Conocía a mucha gente. Algunos descubrían su presencia con cierta sorpresa, ellas ponían un destello en las miradas: aquel extraño mundo, aquella fauna de histéricos presuntuosos seguía siendo un magnífico campo de posibilidades. Pero tardó bastante en encontrar a Julia. Se sentó en la barra y pidió una ginebra doble con hielo. En seguida, volviéndose, simuló descubrir la presencia de ella, que se acercaba al mostrador con un largo vaso vacío en la mano; se sentó en el taburete, cruzó las piernas e indicó al camarero que le llenara el vaso. Al ladear la cabeza para tocarse los cabellos, descubrió a Miguel y le saludó discretamente con la cabeza y una sonrisa un tanto sorprendida. Una mujer de unos treinta años, risueña, de nariz respingona y anchas caderas, peinado alto y alborotado, maquillaje violento y desmesurado como de ballet.

—Vaya, vaya —dijo Dot acercándose a ella—. Qué pequeño es el mundo para los que huyen.

Se sentó a su lado. Ella sonrió.

—No te hagas ilusiones. Ni te rehúyo ni te busco. Estabas olvidado, eso es todo. ¿Qué tal van tus cosas? Me sorprende verte aquí. Nunca te interesó mucho la gente del cine.

—Y sigue sin interesarme. En absoluto.

Julia Lemos le miró detenidamente, de arriba a abajo.

—Tan gandul como siempre…

Él inclinó la cabeza con afectada cortesía.

—Antes de nada, séame permitido besarle la mano a Julia Lemos, ex actriz y hoy distinguida esposa de don Andrés Soler, director de Semana Gráfica. La revista que lleva puntualmente las fornicaciones principescas y cinematográficas de todo el mundo a la más humilde barraca del Somorrostro…

Julia se echó a reír. Llevaba un vestido negro muy ceñido, sin mangas y con un pronunciado escote.

—Estás loco.

—Estoy loco. Dime una cosa, ¿has venido simplemente a acompañar a tu marido o para conocer a este bonito galán de cine español?

Señaló con la cabeza a un joven con bigotito negro, que ahora, junto a su compañera de trabajo, le ofrecía disimuladamente el perfil a un fotógrafo gordo y malcarado que alzaba la cámara resoplando.

—Perdona, olvidaba que estás casada —añadió Dot—. Nunca me haré a la idea. Háblame de la felicidad, Julia. ¿Has tenido hijos con este señor?

Ella soltó un leve chillido, riéndose.

—Tengo un niño precioso —añadió rápidamente y con orgullo —. Y una preciosa posibilidad de otro, por cierto. Igualmente quiero hacerte saber que Andrés no ha pertenecido nunca a esa clase de gente que tú llamas monstruosa. Es encantador, a su modo.

—Por supuesto.

Ella reía. Luego se fue quedando pensativa, con velo nostálgico en los ojos, que le miraban, como diciendo por favor, basta de bromas: he cambiado bastante, estás hablando con una perfecta desconocida: esa mujer apetecible que uno desearía en una tarde lenta en que todo marcha demasiado bien, y que hasta que no la conoce no comprende que ha llegado demasiado tarde. Soy yo la que ha cambiado, no lo que me envuelve, que sigue siendo lo mismo porque, posiblemente, no he sabido acostumbrarme a otra cosa. Pero todo ha muerto. Así que: «pierdes el tiempo», dijo en voz alta. Miguel soltó una risa burlona:

—No te pongas melodramática. La vanidad sigue jugándote malas pasadas. ¿Qué te hace creer que pueda existir una posibilidad, remota por cierto, de convertirnos de nuevo los dos en aquel par de animales salvajes que fuimos? No creo haberme insinuado en ese sentido.

Julia miraba fijamente el cristal del vaso, entre sus manos, con la leve sonrisa bailándole en los ojos. Se llevó un dedo a los labios. La roja uña centelleó un instante.

—Tampoco tú eres el mismo. Miguel. Pareces cansado.

Él, mirándola con el rabillo del ojo, sacó la revista del bolsillo y la extendió sobre el mostrador, alisándola cuidadosamente con la

mano.

—¿Qué haces? —dijo ella, mirando las manos largas y nervudas de Miguel.

—Bonito semanario. Hoy lo estuve leyendo. Desde que lo dirige tu marido se vende como el vino. Dime una cosa, Julia: ¿cómo consiguió tu Andrés el puesto de director?

Julia detuvo el vaso cerca de su boca. Entonces, de pronto, le miró entre risueña y desconfiada. Y como si no le hubiese oído, dejando caer los párpados lentamente y dándole el perfil, dijo:

—Oh, Miguel, ¡cuánto sentí que se fuera al agua tu revista! Dicen que valía mucho. Andrés la compraba siempre, aunque me parece que sólo leía la sección de cine…, muy poco interesante por cierto, según le oí decir. ¿Y ahora qué haces? Aún no hemos hablado de ti. —Movió la cabeza en dirección al bullicio, a su espalda—. ¿Escribes acerca de eso?

—Todavía no. Pero lo haré, maldita sea, lo haré. Tendré que hablar acerca de esa gentecilla sin cerebro diciendo que sí lo tiene, y bien gordo, y que ama y sufre y vive intensamente, cuando la verdad es que sus vidas tienen menos interés que la de cualquier peón caminero. Y desde luego menos quilates. Naturalmente que lo haré, no me queda otro remedio. Y más todavía: un día de éstos leerás un bonito artículo acerca de lo histórica y barcelonesa que es la calle de Petritxol y sus vecinos, y debajo mi firma, como un Sempronio cualquiera. Hay que comer, y si para ello es preciso inventarle una tatarabuela española al fotógrafo de Margarita, la inventaré también.

Ella se esforzaba en reír: aburrida ya.

—Tu Andrés no conoce estas cosas —añadió Miguel—. Tuvo suerte, no sabe lo que es pasar una época difícil. Entró con el pie derecho en casa de Galea. —Señaló la revista—. La tonificante y generosa firma Galea y su cadena de publicaciones. Sí, con el pie derecho.

Julia le miró fijamente a los ojos durante un buen rato, con los suyos resueltos y chispeantes de tanto simular, y en los que ahora, bruscamente, la falsa risa se hundía replegándose hacia el fondo con súbito temor:

—¿Qué estás tramando?

—Le envidio un poco, fíjate. Y Dios sabe lo que a mí me cuesta

envidiar a los tipos como Andrés por dirigir revistas como ésa. Tú también lo sabes, llegaste a conocerme bien, Julia; yo te quise —dijo con una voz completamente helada—. Y aquí…

Golpeó la revista con los nudillos, acompañándose con un despectivo movimiento de cabeza, y concluyó:

—Aquí hay dinero para muchos. ¿No crees?

Se volvió de espaldas al mostrador, suspirando, y apoyó los codos en la barra. Julia le observaba sin aliento y con una larga y tensa mirada oblicua, sin volverse del todo.

—¿Qué estás tramando, Miguel?

—Necesito que me ayudes. Esto es todo.

—Vaya. Conque es cierto que no tienes dónde caerte muerto.

—La grandísima…

La mesa de los agasajados seguía rodeada de periodistas y resplandores de flash. Las jóvenes y blondas aspirantas al estrellato, de largas piernas y vestiditos cortos, cruzan y descubren las sedosas rodillas sobre los altos taburetes; fotógrafos con frustrada mentalidad de «Cinémonde» les lanzan docenas de placas que nunca saldrán en las revistas. Bloc en mano, un muchacho delgado y tembloroso entrevista a una desconocida con busto de cinemascope. Se eleva el sordo rumor desordenado de conversaciones, tintineo de vasos, risas, chillidos. Un hombre bajo y gordo, con gafas de concha, los cabellos partiendo de la mitad de su cráneo como los de un pajarraco loco, levanta la mano en medio de un grupo y saluda a Dot.

Dot, sin entusiasmo, le devuelve el saludo.

—Tu marido. Le ocurre que no tiene criterio de ninguna clase. Vive en una constante reverencia, sin cerebro, sin huevos, ciego completamente. En la Escuela nos preguntábamos, ya entonces, si mojaba la pluma en leche.

—Me temo —dijo Julia— que no podré seguir prestándote atención como sigas hablando de ese modo. —Se puso más seria: era una seriedad sin convicción, epidérmica, un gesto de coquetería habitual en ella—. Y todavía no has contestado a mi pregunta.

—Todavía no. Déjame acariciar la idea.

—¿Has venido para verme a mí?

—Sí. Pero no te asustes, tú no juegas ningún papel importante en esta lamentable comedia que está a punto de comenzar. Que ha

comenzado ya. Dejaste de ser algo muy bello hace tiempo, mucho antes de casarte con Andrés Soler. Entonces yo trabajaba mucho, tenía a mi vida bien apretada en el puño, tenía mi revista… Sí, en efecto, algunas noches llegué a imaginarte bajo la barriga mantecosa de este inepto que las circunstancias políticas han convertido en periodista. Pero no llegaba a sentir pena por ello.

—Estás equivocado si crees intrigarme con tus groserías. Soy demasiado feliz, Miguel.

—Exacto. Demasiado feliz…

Cerró los ojos: No lleves las cosas demasiado lejos —se dijo—. Es innecesario por ahora. Innecesario, asno. Impúdico asno.

—¡Dios, pero observa este espectáculo! —dijo en voz alta—. Mira. Es para echarse a llorar.

—¿Tú no les entrevistas?

—¿Para qué? Tengo ya escritas y en el bolsillo todas las tonterías que puedan decirme. Y muchas más.

—¿Sí? ¿Y se puede saber, Miguelito, qué revista te ha enviado aquí?

—Se me olvidó. Siempre olvido el nombre de mis amos.

Se bebió el resto de ginebra de un trago y encendió un cigarrillo. Le dio uno a Julia, que lo dejó entre sus dedos sin encenderlo.

—Lo que pasa —dijo ella— es que no trabajas para nadie. Confiésalo, grandísimo.

—Trabajo para mí, grandísima.

—Y buscas ayuda. —Soltó una débil risita, sin medida, mezclada perezosamente con las palabras—. Nunca lo habría imaginado, nunca. Me decepcionas, Miguel.

—Pues aguarda a ver lo mejor.

—Me das lástima, fíjate. Has caído muy bajo.

—Ah, por ahí no paso. Te pido ayuda lealmente, respetuosamente, pero si estás pensando en humillarme abriendo ante mis ojos tu estupenda vida y tu pretendida felicidad como si fuese un abanico maravilloso, ya puedes arrojar esa idea por la ventana lo mismo que hiciste un día con tu virginidad y lo mismo que has hecho luego con tu promesa de fidelidad conyugal. ¿Está claro?

—¿Quieres no ser grosero, por favor?

—Soy grosero. Lo he sido siempre y ahora tengo que serlo más

que nunca, puesto que precisamente se trata de eso. ¿Cómo no lo has comprendido hace rato? De modo que no me hagas hablar más y proporcióname ese empleo en la revista de Andrés. Un buen empleo, lo que se dice un enchufe.

Ella irguió la cabeza, los párpados azules y suaves concienzudamente caídos sobre los ojos, la boca abierta y levemente despectiva.

—Vaya, vaya —dijo—. Qué historias más divertidas. ¿Me amenazas?

Se mantenía tensa, hermosa, en lo alto del taburete, con las piernas cruzadas sin aquella agresividad de la primera juventud, cuando él iba a buscarla a los estudios para llevarla a cenar, pero sus labios luchaban por contener un leve e imperceptible temblor y sus manos rodeaban el vaso sobre la falda, apretándolo.

—Vaya, vaya —volvió a decir—. ¿Y qué más?

—Pídele al todopoderoso Galea un puesto para mí. Lo harás, ¿verdad? Sé que me aprecias todavía un poco. Y, sobre todo, sé que al fin me has comprendido.

—No eres nadie. ¿Quién te haría eso…?

—¿De veras crees que no soy nadie? Fíjate en esto…

Con el vaso en la mano, la otra en el bolsillo del pantalón, se encaminó hacia la mesa de las celebridades y se abrió paso con el hombro. Se sentía agradablemente encendido.

Sonriendo, le tendió la mano al realizador.

—Amigo, le doy mi más sincero pésame. Su película es una perfecta bobada.

No todo el mundo le oyó. Se volvió hacia la «estrella», inclinándose:

—Cuide sus piernas, señorita y tenga paciencia, ya vendrán tiempos mejores.

—¡Muy gracioso!

—¿Quién es ese mal educado? ¡González, ven aquí…!

—Estará bebido.

—Hombre, Dot…

—Así no se va a ninguna parte.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó a uno el chico del bloc y los temblores.

—¡Bah, tú siempre te pierdes lo mejor!

Él había vuelto ya la espalda y regresaba despacio junto a Julia, que le recibió sonriendo a pesar suyo, Dot dijo:

—Da gusto verte sonreír ante estas cosas, ante la verdadera vida, como en los buenos tiempos, ¿te acuerdas? Sólo falta Guillermo.

Se encaramó al taburete suspirando y se quedó quieto, sin aire en los pulmones, encorvado y con una sombra de aburrimiento en la nuca. Pero la voz salió con un tono metálico, duro.

—Ahí tienes. Me hago escuchar aún, donde quiero y cuando quiero. ¿Y sabes por qué? Porque la verdad les da miedo, les hace temblar.

Sin dejar de mirarle fijamente, ella:

—Nunca supiste beber, Miguel.

—Nunca supe hacer demasiadas cosas, ésa es la verdad.

—Te has vuelto divertido —añadió Julia—. Lo que no me explico es cómo no te han retirado aún el carnet… ¡Ah, vamos, tu padre…!

—El rey ha muerto.

—¿Qué dices?

—Que el rey ha muerto. No tengo padre. Pero dejemos eso y no perdamos más el tiempo. Dime, ¿cómo se llama el propietario de Semana Gráfica?

Ella le miró achicando los ojos.

—De sobra lo sabes.

—¿Cómo se llama? —repitió él.

—Luis Galea. Lo sabes perfectamente.

Ahora le lanzó una larga mirada inquieta.

—Bien —dijo él—. Bien.

—Es propietario de otras publicaciones de este tipo, y de muchas cosas… Y un hombre situado, Miguel. Creo que sé a lo que vas…

Él se volvió bruscamente de espaldas a la barra. No quería que ella le viera el rostro. Habló despacio y su voz era helada, impersonal:

—Pues si lo sabes, tanto mejor. Nos ahorraremos palabras. Te diré cómo puedes ayudarme. Porque estás deseando ayudarme, ¿verdad?

—Di lo que sea cuanto antes.

—En la época en que te conocí, Julia, tu sueldo de figurante en producciones de presupuesto económico no te daba ni para

emborracharte y soñar con esa estupenda vida. Te vendías por un personaje de tres frases…

—¿Es necesario hablar de eso…?

—Déjame terminar, te interesa. Tu boda con Soler, al que no te fue difícil conmover con una escena que se me figura de lo más patética y radiofónica, con amenaza de hijo natural y todo, fue en cierto modo una solución para ti, pero pronto te diste cuenta de que tampoco abría ninguna puerta. Habías cometido el error de sobrevalorar a Soler, que es ciertamente un hijo de papá, pero, como todos ellos, nada más que eso. Ni siquiera podía soñar con dirigir una revista infantil… Y todo te lo debe a ti, Julia.

Ella le lanzó una mirada encendida. Luego se calmó:

—Oye, oye, ¿a dónde quieres ir a parar?

—Me conoces. En mis tiempos de estudiante te pagué muchas cenas, compartiste conmigo un montón de sueños locos, un montón de noches llenas de confidencias… Oh, por supuesto, ya entonces me la dabas con queso algunas veces, cuando yo no tenía dinero, pero no me importaba. Te quería tal como eras, y fue hermoso, Julia, de veras… Sabes que siempre he conseguido lo que me he propuesto, por el camino fácil o por el difícil. Y éste es fácil, encanto, ahora está tu seguridad de por medio, tu comodidad, tu estupenda vida de insecto feliz, tu libertad, tus viajes a San Sebastián y su Festival de Cine. De tu linda persona, en cambio, no exigiré nada…

—Te crees muy listo, ¿verdad?

—Desde que perdí «Ensayo», ando como loco. Se me han cerrado todas las puertas, nadie quiere la verdad. Perdí todo lo que me quedaba en el último número. Y estas cosas acaban por obligarle a uno a creer en su listeza. Sin vanagloria. Pero acabemos. ¿Quieres ser una buena chica o no?

Ella se hizo encender el cigarrillo y volvió a juguetear con el vaso. Sus uñas laqueadas lanzaban destellos rojos.

—Un ruego: ni una palabra de todo eso a Andrés.

—Perfectamente.

—Bien. ¿Qué podría hacer por ti? ¿Qué quieres?

—Hay una sección literaria, con reportajes, que no está nada mal. También podría cuidarme de la crítica semanal. Ya ves que no es mucho. Y además estoy dispuesto a trabajar las ocho horas en la

redacción, despachando correspondencia, escribiendo gacetillas, llevando el consultorio sentimental… Lo que sea, me da lo mismo. El caso es que pueda contar con una paga fija. Estoy un poco cansado de vivir a salto de mata… Para empezar, tú procura que me coloquen; te será más fácil, porque ya hice algo de eso. Jefe de redacción o algo así.

—No sé… Está Ruiz, y ése es alguien.

—Hay sitio para todos. Son tres o cuatro las porquerías que salen de esos talleres, ¿no? Tú sabrás cómo te las apañas. No creo que te sea difícil; un hombre más en la redacción no puede importarle a Galea, al que supongo bastante alejado del olor de las tintas. Además, él siempre estará dispuesto a hacerle un favor a su gatita. Díselo.

—Está bien —dijo ella suspirando—. Veré lo que se puede hacer. Pero ten en cuenta que a Luis ahora le veo muy poco, todo terminó hace tiempo… En fin.

—Gracias, Julia. Eres un sol. Espero tu llamada. Ahí tienes mi número. Es una pensión.

Le dio una tarjeta. Se había ido ya bastante gente y había menos ruido. Por cuarta o quinta vez, Billie Holliday cantaba «The man I love», El marido de Julia Lemos se hacía fotografiar con la joven protagonista del film, abrazándola; luego con el realizador y el galán, sonriente y en las más diversas posturas y siempre con un ejemplar de la revista en la mano, bien visible. Después se despidió. Miguel terminó de beber, dio una leve palmada al hombro de Julia y se separó del mostrador. «¿Te vas ya?», dijo ella. Se acercaba Andrés Soler, sonriendo, guardando unos papeles en el bolsillo. Caminaba con los pies abiertos, echando el abdomen hacia delante:

—Listo, querida. Podemos irnos. Ya veo que esta vez no te has aburrido. ¿Te vas ya, Dot?

Le tendió una mano blanda y pequeña. Añadió:

—¡Cuánto tiempo, chico! Oye, ¿se puede saber por qué diablos has sido tan bruto con esa gente? Todos sabemos que la película no vale nada, pero…

—Pero ¿qué?

Miguel, de pie junto a la barra, a punto de irse, se echaba la gabardina sobre los hombros. Andrés Soler abrió los brazos, hundió el cuello y esbozó una sonrisa fláccida, casi bondadosa:

—¡Hombre!… Son amigos, pobre gente.

Su mujer le apoyó una mano en el hombro y bajó del taburete pellizcándose la falda. Se colgó del brazo de Andrés. Dot rió.

—Sí, pobre gente —dijo con sorna—. Le dio la mano a Soler—. Bueno, adiós, hombre de hierro. Hasta la vista, Julia.

Desapareció por la puerta de cristal del vestíbulo. Cogidos todavía del brazo, ellos le estuvieron mirando como a pesar suyo antes de dar el primer paso.

—Bah, éste siempre ha sido un loco —dijo Soler—. Anda, vamos.

Ella estaba pensativa.

—Sí.

VII

—Una ración de ensaladilla bien picante y una cerveza. Anda, ricura, sé bueno con tu mujercita.

Lavinia Quero pellizcó su falda para sentarse y cruzó las piernas.

—Ya sabes —dijo Arturo— cómo te cae eso en el estómago.

—Si no fuera tan terriblemente tarde —dijo Daniel Sureda, de pie, quitándose el abrigo afelpado y corto hasta las rodillas que le daba un extraño aire de maniquí fugado de un escaparate—, y a mí no me reclamara ningún asunto urgente, podríamos haber ido un rato al Emporium. Hay una negra sensacional.

El Salduba estaba abarrotado. Un muchacho con gafas estudiaba y fumaba en una mesa arrinconada. Algunas chicas del Emporium, en grupo, tomaban café con leche y pastas. Obstruyendo el paso frente a la barra, un viejo gordo y congestionado ayudaba a un joven a ponerse el abrigo. Ellos estaban en una mesa junto a los cristales de la calle. Lavinia atacó su ensaladilla palmoteando como una niña.

—¡Te juro que me comería diez! Y cinco cervezas.

Daniel miró a través de los cristales.

—¡Hombre, no sé por qué me parece que este coche es el de la mujer de Soto!

—Cierto, esta abolladura de la puerta fue una de las primeras salvajadas de Guillermo —dijo Lavinia.

—Ahí les tienes, en la barra —murmuró Arturo con fastidio—, Guillermo y el sablista de Dot.

Lavinia alzó la mano: —¡Eh, chicos! Vaya sorpresa. Hacía mucho tiempo que no venían por aquí, ¿verdad, Arturo?… ¡Hola!

Ellos se habían vuelto a mirarla. Estaban de codos en la barra comiendo unos bocadillos. Se miraron un instante entre sí, sin dejar de masticar, y volvieron los ojos a Lavinia. Sus rostros oscilaban tras la gasa verdiazul de la atmósfera como dos cabezas de búho.

—Juraría que llevan ya una botella de gin en el estómago —dijo Daniel con un brillo de desprecio en los ojos.

Miguel se limpió los labios con la servilleta de papel, cogió su vaso de cerveza y le dio a Soto con el codo.

—Vamos.

Soto le seguía, alto y doblado hacia adelante, con la americana abierta colgándole como si llevara plomo en los bolsillos.

—También está el pelmazo de Sureda —dijo en voz baja. Y tendiéndole la mano a ella, sonriendo—: ¡Querida Lavinia, cuánto tiempo! Arturo, qué tal… Peí…, digo Daniel.

Lavinia señaló dos sillas, corriendo la suya hacia un lado. Se las arregló para que Miguel se sentara a su lado sin que pareciese poco natural.

—Guillermo, monstruo, siéntate. Tú deja el vaso aquí. Miguel. ¿Qué estáis tramando juntos, se puede saber?

—¿Qué supones?

—Vaya casualidad, ¿no? —dijo Daniel.

—Parece ser que este individuo —manifestó Soto señalando a Miguel— tiene la virtud de reunirnos de vez en cuando. No sé para qué diablos. Siempre lo ha hecho.

—Pues me alegro muchísimo —dijo ella—, porque yo opino que nos vemos poco. Se lo estaba diciendo a Arturo. ¿Qué estás bebiendo? ¿Cerveza? ¿Cómo está María José?

—Bien, tostadita.

—Oye, Guillermo —intervino Arturo—. Tienes que explicarme qué significa ese coche otra vez en tus manos.

—Es peligro ciudadano —bromeó Daniel.

Guillermo se volvió a él.

—Lo mismo que tú con ese peinado de marica que llevas. Pero menos, porque mi coche es cosa de unos días.

Daniel Sureda miró a los demás y meneó su cabecita de huevo con el invertido y delicado peinado:

—Éste no tiene remedio. ¿Has dicho cosa de días?

—Sencillamente, Mari y yo hacemos pactos. No es apto para menores.

—¿Por cuánto tiempo, Guillermo?

—Sólo por unos días, ya lo he dicho. Creo que conseguiré una prórroga, esta vez.

Se echaron a reír. Arturo vigilaba la posible presencia de algún conocido. Guillermo le clavó una brevísima mirada centelleante.

—¡Asombroso! —chilló Daniel.

—Siempre dije que estabas mal de la cabeza, Soto.

—Eres un filósofo.

Lavinia, riendo, intentaba encender un cigarrillo.

—Miguel, di algo, hombre.

—¿Sabéis la gran noticia? —dijo Guillermo—. Dot se ha vendido a las desatadas fuerzas peliculeras del país. Está a punto de conseguir trabajo en una revista de amor y de lujo.

—¡No me digas!

—Muy bien hecho, Miguel —opinó Arturo.

—Oh, Miguelito… —rezongó Lavinia, simulando una sorpresa—. ¿Es cierto?

—Como lo oís —añadió Soto—. A este chico ya no se le puede invitar a vino.

Miguel sonreía desganadamente con sus ojos anegados de frío. Miró la calle al otro lado del cristal. La Gran Vía estaba siendo barrida por el viento y los tonos cárdenos y grises del atardecer. Los troncos de los árboles parecían palpitar con su verde y su primavera dentro. Se encendían algunas luces.

—Absolutamente cierto —dijo mirando a Lavinia—. Supongo que yo también tengo derecho a echarle comida a la bestia.

—Lo siento, —repuso ella—, pero un hombre con esos ojos no tiene derecho. —Se cruzó de brazos. No tenía ganas de iniciar otra discusión sobre el tema; ya en su momento había hecho los imposibles por disuadir a Miguel; pero quería burlarse un poco—: ¡Qué lástima! Todos habíamos creído que tenías más aguante, que jamás te venderías.

Arturo se reía bajito. Daniel invitó a cigarrillos haciendo pasar el paquete. Guillermo lo tuvo un rato en las manos y luego se lo metió en el bolsillo.

—Bueno, bueno. Contadme algo. ¿Qué hay de vuestras apacibles y bien remuneradas vidas? Lavinia, he oído algo de un negocio en Rosas.

—No me hables. Tengo un trabajo horrible. No hago más que ir y venir. Tengo ganas ya de que llegue el buen tiempo y quedarme definitivamente allí. Bueno, todo el verano. Ahora necesito

mantones de Manila, sombreros para la playa y pañuelos de seda. Tengo ya una bonita colección de cositas; allí me divierto mucho. Éste —señaló a Arturo con la cabeza— dice que estoy loca…

—Sencillamente, me está desplumando.

—… pero yo sé que lo pasaré espléndido los veranos. Y ganaré dinero: os daré a todos una sorpresa. Tú te irás a Tamariu, supongo que para quedarte ya, el mes que viene, ¿no? Ya estamos en primavera.

—Ah, pero ¿llega la primavera? —dijo Guillermo—. Bien, entonces hay que beber algo fuerte para celebrar este irremediable encuentro. La primavera, además de granitos en la cara, me trae una tristeza muy grande, muy grande.

Daniel Sureda hizo una señal al camarero. Soto añadió:

—Permíteme. Yo pediré lo que hay que beber. ¿Me dejas? —Miró a Lavinia—. A ver si esta mujer exquisita se da cuenta de una vez por todas de cuánto me alegra habérmela tropezado. Oiga, tráiganos picón a estos amigos y a mí, y a la señora lo que quiera.

Lavinia reía. Miguel se recostó en la silla. Daniel dijo:

—A mí me trae un whisky. ¿Tú quieres picón, Arturo?

—Me es igual.

—¡Arturo, estás desconocido! —exclamó Lavinia—. Pues yo, lo mismo que Daniel. —Clavó una breve mirada en su marido—. Uno sólo, cielo.

Soto se volvió a Miguel, que permanecía derrumbado en la silla mirando la calle.

—Tú bebes también, ¿verdad?

—Bueno.

En seguida aparecieron Pedro Sagnier y Gabriela. Pedro estaba pálido y excitado. No quiso sentarse y dijo que se iba volando. Gabriela estaba muy hermosa con una especie de boina blanca, un traje sastre gris muy ajustado y un ligero abrigo de entretiempo echado sobre los hombros. Miguel se levantó para que ella se sentara.

—No puedo quedarme —decía Pedro—, tengo que ver a papá en seguida. Daniel, ven conmigo.

—¿Qué ocurre?

—Lo de siempre, qué va a ser. Papá se empeña en arreglar las cosas a su modo. —Hablaba a Arturo, como si sólo él pudiera

entenderle, lo cual hizo pensar a Miguel que se trataba de negocios —. Es inútil, no sé ya qué hacer. Ya te contaré. Date prisa, Daniel.

Las mujeres y Guillermo se habían puesto a hablar. Aprovechando un momento en que Gabriela le estaba diciendo algo a Guillermo, Lavinia se inclinó tras ella y asomó la cabeza para decirle a Miguel con una sonrisa maliciosa:

—Tengo que hablar contigo. Mañana.

Miguel no dijo nada. Guillermo Soto estaba haciendo reír a Gabriela. Daniel se disponía a irse en compañía de Pedro.

—Luego pasaré a recogerte —decía éste a Gabriela—. Hombre, Guillermo, ¿qué hay? No te había visto. Perdona, pero hoy no sé dónde tengo la cabeza. —Se volvió a su mujer—. Gabriela, a ver que yo sepa dónde vas a estar.

—Si no me encuentras aquí es que estoy en casa de Lavinia. Y por lo que más quieras, tranquilízate.

—Eso es —dijo Arturo—. Podemos cenar juntos y me contarás lo ocurrido.

Miguel apuró su vaso, se levantó pesadamente y dijo a Pedro:

—Oye, podrías dejarme en casa, te coge de paso.

—De acuerdo, pero date prisa.

Se despidieron. Pedro Sagnier conducía con muy poca prudencia. Miguel se había sentado a su lado y Daniel detrás. Durante el trayecto, Pedro le puso al corriente de lo que pasaba: su padre había convocado una reunión urgente de la junta ejecutiva en su casa de la Bonanova. Naturalmente no iban a poder asistir todos, era otra idea descabellada del viejo; pero esperaba encontrar por lo menos al jefe de Tráfico y hablar con él. Daniel Sureda iba en calidad de abogado de la Compañía. La situación era delicada, aunque no nueva, y los hechos que la habían provocado los siguientes: los cobradores y conductores de la Compañía se habían empeñado en conseguir un aumento en el tanto por ciento de los beneficios anuales. En principio se les dijo que no —nunca, sin embargo, se había dejado la cuestión totalmente de lado: se estaba estudiando—, y ellos, que al parecer no han oído hablar jamás de la virtud de la paciencia, han puesto en práctica un plan para fastidiar a la Compañía. Los autobuses «Chausson» donde cumplen servicio son, naturalmente, de plazas limitadas, pero en las horas punta siempre se ha permitido el exceso de pasaje, el lleno total. Pues

bien; ahora llevan ya varios días observando la ley que regula la cantidad tope de pasajeros sentados y de pie con una escrupulosidad ridícula. ¿Que si lo hacen adrede? ¡Hombre, tú no conoces a esa gente! Y me gustaría saber por qué te ríes… Bien. El caso es que la compañía pierde una considerable cantidad de dinero diariamente. Las autoridades, de momento, no se han metido con ellos: observan la ley, a fin de cuentas. Si algún usuario arma un escándalo, el cobrador le señala la placa donde se puede leer en letras muy claras «tantos pasajeros de pie, tantos sentados».

—En términos generales —añadió Pedro— el problema es éste. Y no es nuevo. Hace cuatro años ocurrió algo parecido. No hay que decir que a los usuarios no les interesan en absoluto los problemas del personal de la Compañía y que arman unas broncas fenomenales en las paradas y en el interior de los coches. —En este punto, Pedro pareció animarse—. Ahí está precisamente donde nosotros podemos solucionar la cuestión, puesto que las autoridades acabarán viéndose obligadas a tomar cartas en el asunto en nombre del orden público. Los enlaces sindicales, que son los que llevan la batuta, protestan, pero no tienen más remedio que claudicar.

—Te supongo enterado de lo ocurrido ayer —dijo Daniel.

—Recibí el aviso en seguida. La cosa ha empezado a ponerse fea. Ayer el público estacionado en una parada, que llevaba una hora esperando subir a algún coche, se cansó de verlos pasar sin el completo y arrojó piedras a uno rompiendo cristales además de herir al cobrador.

Miguel pensó que, decididamente, a las masas les faltaba una educación para casos como éste: las piedras debieron ser lanzadas contra las ventanas de las oficinas de la Compañía y no contra los cobradores. Maldijo mentalmente a Pedro Sagnier, a su cerebro de hormiga. Se le ocurrió que su sueldo como director de la Empresa debía exceder de las sesenta mil con beneficios de más de un millón al año; en cuanto a Daniel Sureda, abogado de la misma, no menos de treinta mil sin contar las minutas y las trifulcas para estafar al Estado, de seguro bien gratificadas. Miguel se sintió de pronto rabiosamente interesado por todo aquello y en menos de un minuto concibió un plan que justificara una visita al viejo Sagnier.

—A propósito, Pedro —dijo—. Quisiera hablar con tu padre. Es muy importante…

Sabía que don Felipe formaba parte de la Comisión Organizadora de los Festivales de S'Agaró. Dijo que le habían encargado escribir un reportaje sobre ello y que necesitaba ponerse de acuerdo con don Felipe para hacerle una entrevista. De paso aprovecharía para saludarle, después de tanto tiempo. A Pedro no le gustó nada la idea, dijo que ahora no era el momento más apropiado, pero acabó accediendo ante la insistencia de Miguel. Durante el resto del trayecto permaneció mudo. Antes de llegar detuvo el coche y recogió en su casa a la secretaria particular de su padre, una mujer de rostro agradable que empezó a preguntar en seguida con aire experto y capacitado que, a ver, cómo está todo eso. Se sentó junto a Daniel, que dijo:

—Supongo que querrá dictarle alguna cosa.

Estaba oscureciendo. Cuando llegaron, mientras cruzaban el jardín que rodeaba el chalet de estilo ochocentista, de dos plantas, un perro empezó a ladrar desde alguna parte y en seguida apareció dando saltos. La grava crujía bajo los zapatos y les llegaba el olor de los rosales.

Don Felipe Sagnier y Bartra, cuyo nombre podía leerse ya en el anuario financiero del año 45 encabezando veintisiete Sociedades en nueve de las cuales era presidente, vicepresidente en cuatro y en las restantes consejero, con unos ingresos anuales de varios millones, había sido siempre eso que la gente llama un *hombre de carácter* cuando designa públicamente a un energúmeno acaudalado. Miguel le recordaba siempre viejo. Un anciano alto y robusto, de cabellos plateados y tez roja, que ahora estaba sentado en una pequeña butaca verde de brazos muy altos, en el saloncito, con una manta de lana sobre las piernas. Quizá porque no quería que le vieran así se levantó tan bruscamente en cuanto les vio entrar. La manta resbaló al suelo.

—Vaya, por fin —dijo. Señaló una butaca a la secretaria—. Siéntese, Rosa, y perdone que la haga venir a estas horas. Luego la voy a necesitar. —Ahora clavó los ojos en Miguel, unos segundos, con expresión ceñuda—. ¿Tú no eres el hijo de Dot?… Creí que habías muerto, muchacho. Alguien me lo dijo. En un accidente de coche o cosa parecida.

Miguel sonrió, tendiéndole la mano.

—¿Cómo está usted don Felipe?

—Perfectamente. ¿Qué hace el inútil de tu padre? La última vez que lo vi me estafó cinco duros. Me hizo comprar una revista llena de tonterías, una verdadera tomadura de pelo ideada por cuatro desocupados. Espero que tú no tengas nada que ver con aquello. —Erguido como un palo, las manos hundidas en los grandes bolsillos del batín, hablaba con una voz monótona y ronca: su ironía consistía en una ausencia absoluta de matiz—. Vamos, digo yo.

—Oh, desde luego, no señor —Miguel no pudo evitar una sonrisa al imaginar a su padre recomendando la revista a sus amigos. ¡Demonio de viejos arrepentidos! Cualquiera les entiende. Don Felipe seguía mirándole a los ojos y él sostenía su mirada, sin pestañear, con las manos en el bolsillo.

—Y bien —dijo Don Felipe, con expresión contrariada e impaciente.

—Disculpe esta visita tan inoportuna —dijo Miguel—. Sé que está usted muy ocupado. Pero, se lo estaba diciendo a Pedro, tengo que hacer un trabajo sobre los Festivales de S'Agaró para el periódico de papá... —Se sentó, extendió las piernas y siguió mintiendo descaradamente—. Papá me ha dicho que usted puede darme la información que necesito.

—Mal momento. —Estuvo un rato observando a Miguel. Luego añadió—: No tienes muy buen aspecto. Me han contado muchas cosas de ti, pero siempre he dicho que no las creía... Pedro, ¿qué estás esperando para servirnos un jerez? —Cuando Pedro se levantaba, añadió—: No, deja, lo hará María. Usted siéntese, Rosa, haga el favor. Esperemos que Mir no llegue con mucho retraso. —Hizo sonar una campanilla, con fuerza—. ¿Necesitas esta información hoy mismo?

—Tiene que salir mañana —dijo Miguel con voz segura.

—Bien, no sé qué podría decirte... Eso está un poco lejos todavía —chasqueó la lengua, con fastidio. Pedro, hundido en su butaca y con los brazos cruzados, miraba a Miguel con visibles muestras de desagrado. Miguel hacía como quien no ve nada. Empezó a sacar sus papeles, pero desvió la conversación. Preguntó por la señora de Sagnier y por el resto de la familia, se interesó por la salud de todo el mundo y luego comentó algunas cosas sin importancia. Finalmente dijo:

—En fin, si tienen ustedes que hablar de sus cosas, yo puedo

esperar. Mientras tanto prepararé un pequeño cuestionario.

Simuló enfrascarse en los papeles.

—Quiero esperar a Mir —dijo don Felipe mirando a su hijo. Se encaminó hacia la mesita e hizo sonar la campanilla otra vez. En seguida apareció una sirvienta de cierta edad, pausada e indiferente, y dejó sobre la mesita una bandeja con una botella de jerez y las copas—. Gracias, María. Oye Miguel, el otro día tuve el placer de saludar a tu madre. Teme que no te cuides lo bastante.

—¿Una copita?

—Gracias. Sí, la pobre siempre está con algún temor. Es inevitable.

—Vaya —dijo don Felipe—. Es consolador comprobar que las izquierdas disculpan todavía ciertas debilidades de las madres.

Miguel se echó a reír de buena gana. Pedro y la secretaria discutían en voz baja cerca de la ventana que daba al jardín. Ella rehusó el jerez sin muchos cumplidos, pero aceptó, en cambio, un cigarrillo que le ofreció Daniel Sureda.

—Papá —dijo Pedro—, antes que llegue Mir quisiera hablar contigo.

—¿Sí? Pues yo quiero que me escuches a mí primero —repuso don Felipe. Había permanecido de pie todo el rato y ya no volvió a sentarse. Se encaró con su hijo, con las manos en la espalda. Se volvió un momento para mirar a Miguel, frunciendo los labios, y le vio con la cabeza inclinada sobre los papeles. Luego cogió a Pedro del brazo y dio unos pasos por la habitación—. Preferiría esperar a Mir. Sé muy bien todo lo que vas a decirme. Tal vez tengas razón, pero te repito que no me interesa. En lo que se refiere a los pormenores de este asunto, que en el fondo son muy importantes, careces de información suficiente para juzgar lo que de inmediato conviene. No es un reproche, hijo; me refiero, desde luego, al aspecto privado de la cuestión. Tú no estás todavía lo bastante relacionado, y me parece natural. —Pedro dejó escapar un suspiro de impaciencia—. De modo que no insistas… Sí, ya sé que esa gente no parece dispuesta a volverse atrás. Además, ayer tarde destrozaron un coche y el cobrador resultó herido. Como era de esperar, he recibido el primer aviso del gobernador diciendo que hay que acabar con esta situación o de lo contrario pone el asunto en manos de la fuerza pública. Repito que lo esperaba…

—Eso —repuso Pedro, interrumpiéndole— es dejar que las cosas vayan otra vez al terreno de siempre, papá. Ya sé cuál es esa solución, pero si me escuchas un momento creo que cambiarás de opinión.

Su padre se había vuelto y miraba a Miguel.

—Lamento que tengas que aguantar una conversación que no te interesa.

Resultaba una clarísima alusión, aunque respetuosa, a la innecesaria presencia de Miguel.

—Oh, por favor… —dijo él, y cogió una revista de encima de la mesa. Se acomodó, con aire ausente—. Olvídense de mí.

Se sentía violento, pero estaba decidido a permanecer allí justificándose en el asunto que le había traído. Sin duda, el periódico de su padre pesaba mucho en el ánimo de don Felipe. La secretaria también hojeaba revistas, pero su aire de indiferencia resultaba desde luego más convincente. Era real. Daniel parecía dormitar, tumbado en su butaca. Pedro se había llevado a su padre a un extremo del saloncito, cerca de la secretaria y de Daniel, y Miguel quedó un tanto alejado del grupo.

—Te diré lo que vas a hacer, Pedro —decía el viejo Sagnier—. Convocarás una reunión con esos cuatro o cinco enlaces y, hala, al Sindicato a ver qué pasa.

Pedro se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras. Supongo que te alegrará saber que ya han puesto una pareja de la policía armada en cada unidad. Sólo para que se respete el orden, claro.

—Mira, hijo; durante veinte años he llevado los asuntos de la Compañía a mi modo y así seguirá siendo. No te he hecho venir para discutir nada, sino para decirte lo que hay que hacer mañana mismo sin falta.

Pedro se hizo a un lado, avanzó unos pasos, abatido, con un aire de escepticismo atroz. Su padre se volvió hacia Daniel Sureda y preguntó con dureza:

—¿Y tú qué opinas, abogado?

—Pues lo mismo que Pedro. Lo mejor es darles lo que piden. En primer lugar, se evita que vuelva a plantearse ese eterno problema. Inmediatamente después retiramos las gratificaciones, que es un puro regalo que la Compañía no tiene por qué hacer, y las cosas

quedan más o menos igual. La medida puede aplicarse incluso al personal de oficinas. Eslo más conveniente, puesto que, en realidad, tienen derecho a este aumento desde el año 57. Seamos prácticos.

Don Felipe echó una ojeada a Miguel, el cual, siempre con los papeles en la mano, se había levantado para llenarse de nuevo la copa de jerez. Después de una larga pausa, durante la cual todos estuvieron pendientes de sus palabras, don Felipe volvió los ojos hacia Daniel Sureda y dijo:

—Eso no es jugar limpio. Si realmente la ley está de su parte, ya haré que cobren hasta el último céntimo a partir del 57. Pero sólo cuando la Compañía esté en condiciones para ello. Imposiciones, no. Y otra cosa voy a deciros…

Siguió hablando, aludiendo a aquella extraña y curiosa honradez de la Compañía. Don Felipe hablaba y hablaba, con su voz grave y carente de matiz, la barbilla ligeramente apoyada sobre el pecho, las manos en la espalda y la mirada fija al frente. Mientras le escuchaba, Miguel observó detenidamente aquella figura gigantesca, casi de leyenda, recia y congestionada, que aún debía distinguirse con elegancia en el Patio de los Naranjos de la Diputación o en el Salón de Ciento en medio de sus amigos concejales, jueces, secretarios, abogados y notarios ilustres que al mismo tiempo eran presidentes de clubs de fútbol o de ciclismo y de extrañas Federaciones regionales y juntas ejecutivas de Copas de Ferias y cosas por el estilo. La vaca tiene cincuenta, cien tetas.

—¿Y tú qué opinas, Miguel?

Se sobresaltó ligeramente. Don Felipe Sagnier estaba ahora frente a él, de pie, con la copa de jerez en la mano. Miguel le miró un instante con la cabeza ladeada y esbozó una leve sonrisa. Estaba claro que la pregunta no tenía otra finalidad que la de romper un rato la tensión, despejar el ambiente, ni siquiera podía pensarse que don Felipe esperase de él una opinión más o menos razonada: la pregunta debía de ser solamente una invitación al chiste. Pues bien:

—Yo opino, señor, que, en vez de apedrear a los cobradores y a los conductores, los usuarios deberían apedrear las oficinas de la Compañía.

El viejo Sagnier le miró un instante en silencio. Su sonrisa se iba ensanchando muy lentamente. Después rompió a reír. Es un anciano muy listo, se dijo Miguel, pero se irá de este mundo sin enterarse de

nada. Se irá de repente, cualquier día, empujado rabiosamente por el infarto o la embolia, sin tiempo a comprender nada. Así sea, pero qué lástima.

Se levantó. Había llegado un hombre de aspecto decidido, delgado, de facciones duras y ojos saltones, y avanzaba hacia don Felipe con la mano tendida igual que si una terrible fuerza invisible tirase de él. Entonces fue cuando el viejo Sagnier rogó a Miguel y a la secretaria que hicieran el favor de esperar en la biblioteca. Cuestión de media hora.

—Rosa, recuerde que luego tengo que dictarle unas cartas… —Se volvió hacia Miguel—. Tendrás que esperar, hijo. Tu padre debió advertirte que desde hace años no dispongo de mi tiempo.

Miguel decidió despedirse ahora. Todo aquello había empezado a fastidiarle y el sabor dulzón del jerez le daba náuseas. Necesitaba beber un doble de gin en compañía de Guillermo.

—Don Felipe —dijo tendiéndole la mano—, mire, creo que lo mejor es dejarlo para mañana, o la semana que viene. Usted está muy ocupado. Se lo explicaré a papá…

Saludó a los demás y salió. Acompañó a la secretaria hasta la biblioteca, donde ella empezó a revolver libros, y, de un modo inesperado, se mostró muy interesada por él y quería saber a qué se dedicaba. Miguel habló poco, con la mano siempre en la puerta y a punto de irse. Le cruzó por la cabeza la idea de que, con un poco de suerte, no le importaría dedicar parte de la noche a la mujer aquella. Sería, en cierto modo, manosear un objeto que casi pertenecía al mundo de los Sagnier. Aquella idea le hizo gracia y se rió en voz alta.

—¿De qué se ríe? —dijo ella, acercándose con un libro abierto en las manos. No, no parecía capaz. Tenía un rostro que él había visto en alguna parte, un rostro de anuncio de crema para la playa o de anuncio de gafas para chica guapa.

—De nada —dijo—. Discúlpeme. —Le tendió la mano—. Tengo que irme. Adiós.

Encontró a Guillermo en la barra del Choto, jugando a los dados con Palmita. Se hizo preparar gambas a la plancha y pidió unos vasos de vino, sentado junto a ella, que estaba muy interesada en el juego. Guillermo agitaba el cubilete con aire aburrido, sosteniéndose el mentón con la mano.

—¿Dónde has estado? —preguntó. Y sin esperar respuesta—: ¿Sabes que Gabriela Fontalba me ha causado una impresión lamentable? Jamás lo hubiese creído. ¿Dónde has estado?

Miguel le contó su visita al viejo Sagnier, sin mucho interés al principio. Luego se fue extendiendo, animado por el vino y por la risa de Palmita.

—… ¡Conque ya ves lo importante que es afinar la puntería! Porque una asquerosa vez que se animan a hacer algo, lo hacen al revés. Bueno —añadió enjugándose los labios—, dame un cigarrillo.

—Fuma del mío —dijo Palmita, que estaba deseando que terminara de hablar para seguir jugando. Guillermo tenía el cubilete en la mano, inmóvil, y miraba a Miguel. Ella añadió—: Juega, te toca a ti.

Guillermo agitó el cubilete, apartó los ojos de Miguel.

—Yo no tomo nunca el autobús; no me he enterado de nada.

Miguel había pedido más vino.

—La verdad es que yo tampoco —dijo con una voz que se le antojó miserable—. Y uno no podría hacer nada aunque se enterara, uno es lo que es por la cunita de mamá y todos estos años bailando el burguestón, ¿no te parece?

Guillermo se echó a reír y le palmeó la espalda. Palmita, en medio de ellos dos, estuvo a punto de caer del taburete. Se enfadó seriamente y dijo que nunca más jugaría con Guillermo, que no comprendía aquellas bromas de Miguel y que los dos eran un par de veletas y un caso perdido. Las chicas del mostrador empezaron a gastarle bromas pero ella las hizo callar inmediatamente diciendo un par de tacos bastante gordos. Luego Miguel la invitó a un gin-fiz y se empeñó en llevarlos a un bar de la Carretera de Sarriá, donde les presentó a una muchacha que dijo había sido sirvienta de sus padres y que habiéndose al fin aprendido la dolorosa lección de la dulce esclavitud doméstica, había terminado por dejarles lanzándose a la vida. Cuando la chica se cansó de que le tomaran el pelo se fue, y entonces Guillermo, que ya estaba borracho, organizó por su cuenta otro pequeño lío con la dueña, una rubia pequeña y sin cuello, de cara redonda y hombros de madera que se recostaba de lado en el mostrador y fumaba cigarrillos emboquillados. Habló acerca de la necesaria fantasía que deberían tener las chicas para el oficio, pero la otra no le entendía una palabra y amenazó con

echarle si armaba escándalo. Miguel entabló conversación con un inspector de policía que se tenía muy bien de pie aunque estaba bebido, un tipo de cara ancha y surcada de arrugas que hablaba un castellano perfecto y siniestro y no hacía más que invitarle: «Quita ahí, ésta corre de mi cuenta. Y tú, nena, ya estás llenando otras dos…». Bebían coñac. Hablaban de aquella vida de bares modernos y los dos estaban de acuerdo en que era muchísimo mejor el ambiente de las tabernas. De pronto a Miguel, que apenas si podía ya ligar una idea, se le ocurrió que estaba haciendo el memo junto a aquel tipo y se despidió secamente. Guillermo bebió ginebra hasta sudarla y de pronto desapareció con Palmita.

Después de media hora de decir barbaridades a una muchacha que había invitado, Miguel empezó a sentirse solo, a enfriarse y a maldecir aquel lugar. La muchacha le dijo varias veces que lo mejor era ir a la cama con ella. Él decía que sí, que lo sabía muy bien, pero no se movía. Finalmente se quedó mudo del todo, hundido en el asiento, con los ojos muy abiertos. Ella aseguró que le conocía de vista y que confiaba en él, que si deseaba acompañarla y no tenía dinero ya le pagaría otro día. No obtuvo respuesta.

Más tarde él se levantó a llamar a Lavinia por teléfono. Quería irse con ella a Rosas, estaba decidido. Tardaron mucho en contestar. Por fin respondió una voz de mujer. Era la sirvienta, hablaba en un tono quebrado y somnoliento. La señora y el señor habían salido a cenar fuera, con unos amigos. No, la señora no había dejado ningún recado para nadie. Miguel colgó y se fue sin decirle nada a la prostituta. La noche era tranquila, muy clara, él no deseaba irse a dormir por nada del mundo, o mejor, no se veía con fuerzas. Pensaba en todo eso mientras vagaba con las manos en los bolsillos por las calles desiertas de Sarriá, con árboles, verjas y gatos encelados que soltaban largas voces de persona herida desde la sombra de los portales.

Sin darse cuenta volvió a encontrarse frente al bar.

Estaban cerrando. En la acera, sola, de pie, como si no supiera qué dirección tomar, la muchacha se ponía unos guantes blancos. Sonrió con aire inseguro. Sí, sabía que él era así, un despistado. No, no estaba enfadada. A Miguel le pareció bonita, ahora y aquí, bajo la noche y en medio de la calle desierta. Le pareció que su frente tenía un aire triste y que sus dientes eran perfectos. No fueron muy

lejos. Ella estuvo cálida y contenta. Miguel se durmió en seguida, acunado por unas extrañas, vagas promesas de empezar a trabajar firme.

VIII

El cielo, sobre la desdentada silueta de edificios de pastel, era un inmenso y polvoriento estallido incoloro de luz. Iban a dar las doce del día. Miguel estaba sentado en la silla giratoria, con los pies sobre la mesa, sin chaqueta. Afeitado y corbata nueva. Volvió los ojos a la ventana. Tenía la máquina de escribir a su derecha, sobre la mesita trasladable. Encendió una cerilla, sosteniéndola un instante frente a su boca abierta en un largo bostezo, la aplicó luego al cigarrillo y después cogió la postal que estaba sobre la mesa y contempló una vez más las aguas verdes del Sena, la fachada de la Conserjería y al fondo la aguja de la Sainte Chapelle. Aquél era uno de los aspectos de París que más le gustaban y Lavinia lo había recordado. En el reverso había escrito: «Pienso mucho en ti. Arturo ha seguido viaje hasta Bruselas y me recogerá a la vuelta. Yo, mientras, visito los anticuarios de Saint-Germain des Prés, donde he encontrado algunas cosas interesantes para mí. ¡Me gustaría tanto tenerte a mi lado y sentamos en uno de esos bancos del Sena…! Hasta siempre, amor. Mil besos. Lavinia».

Sonrió, guardó la postal en el cajón y después golpeó perezosamente con el dedo la barra espaciadora de la máquina. Frente a él, más allá de la puerta abierta de su despacho, se abría un caos de ruidos metálicos y pasos precipitados, un amplio local con las mesas de redacción sosteniendo fajos de papeles, recortes de periódicos y de revistas extranjeras, ficheros y máquinas de escribir. Empezaba a hacer calor y algunos empleados trabajaban en mangas de camisa. El piso, grande y antiguo, había sido acondicionado con relucientes muebles funcionales, y decorado en franjas verticales a base de blanco y negro imitando fotografía. Paredes y techo recordaban vagamente las profundidades de una mina de carbón. Había, sin embargo, mucha luz. Un tabique de madera algo más alto que la cabeza de un hombre, con cristales esmerilados y una

ventanilla abierta sobre la mesa de la telefonista, separaba el local del pasillo. Las paredes sostenían una faja de carteles de films y fotos de artistas. Junto a la entrada, un mueble construido ex profeso exhibía la colección completa de Semana Gráfica y de las otras dos publicaciones hermanas a cinco pesetas ejemplar. Un muchacho atildado, aunque vestido pobremente, con granitos de pus en el mentón imberbe, estaba recortando periódicos y revistas extranjeras en una mesita arrinconada. Miguel le veía desde su despacho, compartido a ratos con el publicista teatral y especialista en deportes.

Se levantó, cruzó la sala y salió al pasillo en dirección al despacho de Andrés Soler. Estaba en la otra ala del piso, con una amplia ventana a través de la cual se veía un aspecto alegre y animado del Ensanche. El despacho del director era grande y soleado, con butacas de frío tapizado gris. Soler, de espaldas a la ventana, hundido tras de su mesa como si llevara un enorme peso invisible sobre los hombros, le tendió a Miguel unos folios mecanografiados.

—Eso no puede salir así.

—¡Ahí va, qué me dices, hombre! —exclamó él con desganado aire de chifla—. Si es lo mejor que he hecho en la vida.

—No te lo tomes tan en serio, ¿quieres? —Soler suspiró, echándose hacia atrás en la silla—. Dot, ignoro por qué extrañas razones Galea te dio este empleo y la crítica del semanario, pero yo sé perfectamente cuál ha de ser mi posición aquí y pienso mantenerla. Esto no es tu antigua revistilla de artes y letras; no lo olvides. Este film que comentas aquí pertenece a la distribuidora Alas, esta casa nos proporciona mucha publicidad y no quiero que me la retiren. —Agitó los folios con la mano—. Existen convenios, Dot. No creo necesario hablarte de estas cosas…

—Interesantísimo…

—No, mira, te hablo en serio. Aquí nunca nos propusimos hacer buena crítica. Será mejor que preguntes antes de hacer nada. Creo que acabaré por suprimir la sección. No trae más que disgustos y en una publicación como ésta no hace ninguna falta.

—Bueno, ya me dirás entonces cuándo puedo esgrimir la verdad y cuándo puedo soltar el opio…

—Sin ironías, por favor.

—¿Quieres saber una cosa, hombre de hierro? Me importa un rábano hacerlo así como de otro modo. Me importa un rábano todo.

—Vaya.

—Eso es, me importa un rábano —repitió Miguel.

—Está bien, está bien. —Estaba leyendo una vez más el artículo. Tachaba con lápiz algunas líneas—. Ah, y otra cosa —añadió sin levantar la cabeza—. Cuando hagas esto nuevo, hazlo más corto. Cien líneas a ochenta espacios, ni más ni menos. De lo contrario no cabe lo del corresponsal en Lisboa.

—Manda al cuerno el corresponsal en Lisboa. —Miguel se sentó en la mesa con expresión pensativa—. ¿Qué hará este tipo en Lisboa? ¿Has observado, Soler, la cantidad de empleos misteriosos que existen en esta casa?

—Haz lo que te digo, hombre —replicó Soler sin escucharle—. Y no te olvides de ese reportaje sobre los amores de Machado.

Miguel Dot alzó los brazos.

—¡Cielo santo! ¡Los amores de Antonio Machado! ¡Las lectoras de tu revista son unas viejas marranas sentimentales…!

—Es el trabajo que mejor te va. Me gustaría saber, si no, por qué te has buscado este empleo…

Soler se recostó en la silla y levantó los ojos a Miguel, con aire preocupado. Éste apoyó las manos en la mesa, volcado sobre él. Sus ojos acerados se clavaron un instante en los ojillos que titilaban al otro lado de los cristales de miope como tras una cortina de agua.

—Insisto: ¿qué diablos significa esa corresponsalía en Lisboa? Anoche estuve hojeando la revista y se me ocurrió de pronto… ¿Qué hace este hombre allí, enviando una columnita semanal que no sirve ni para papel higiénico?

Soler rehuía su mirada. Se puso a ordenar unos papeles.

—No lo sé. Yo me limito a compaginar y a que esto salga a la calle cada viernes.

—Pero tú mandas aquí, ¿no?

—Creo que se trata de un muchacho. Galea quiere ayudarle.

—Es extraño. Don Luis Galea es incapaz de ayudar a su propia madre.

—A ti te ha ayudado, ¿no?

—¡No sabes cómo!

—Bueno, termina esto, ¿quieres? Lo necesito para dentro de

quince minutos. José ya debería estar en censura con todo.

Se levantó llevando en la mano un gran sobre amarillo Heno de textos y fotos, lo cerró, le pegó un clip, se acercó luego a la ventana y añadió con una voz distinta:

—Empieza a hacer calor. Cuando salgas llama al chico.

Perezosamente, Dot cogió su artículo de encima la mesa, salió del despacho y cruzó la sala de redacción. Se puso de nuevo a silbar. Las muchachas de las oficinas de administración llevaban un uniforme azul cayéndoles en torno al cuerpo como una campana y él se decía que por las mañanas tenían las piernas bonitas. Al pasar frente a la mesa donde un hombre de cabeza rapada aporreaba tercamente la máquina de escribir con expresión de estar aplastando una alimaña. Dot murmuró sin mirarle ni detenerse:

—Tomás, ¿aún no ha parido tu princesa?

El hombre levantó la cabeza, sin decir nada, y volvió a dejarla caer sobre la máquina. Miguel se acercó a la mesa del muchacho, se sentó en el canto.

—José, el señor director reclama tus servicios.

Cuando el chico se levantó, Andrés Soler caminaba hacia ellos despacio, grave, con la barriga enhiesta, su alborotada cabeza de pájaro y los pies abiertos en un ángulo torpe y blando. Llevaba el sobre amarillo en una mano y un fajo de fotografías en la otra. Tenía los ojos clavados en la pierna de Miguel que se balanceaba en una esquina de la mesa.

—José, qué estás esperando —dijo, y le tendió el sobre—. Tienes que ir a censura. Que te lo hagan delante y no vuelvas sin que esté todo conforme. Me interesa sobre todo esta foto, es la portada. Díselo. A ver si puede pasar con ese escote. Espera. Te llevarás eso también… Y acuérdate: el escote de esta mujer…

Volviéndose a Miguel, añadió:

—En tu mesa hay un montón de cartas. A ver cómo te las arreglas, hay cuatro o cinco de esa mujer que firma «El Sueño Dorado»…

—Esa histérica otra vez. Me matará. Acabará conmigo y con el Consultorio. ¿Quieres saber lo que me pregunta esta vez?… De qué color son las camisas que usa Marión Brando, cuándo hará una película Soraya, por qué la revista no dedica más atención a la vida sentimental del príncipe Karim…

Soler le había vuelto ya la espalda y marchaba hacia su despacho, despacio, sus nalgas oscilando pesadamente. Recostado en el canto de la mesa, con los brazos cruzados, él dejó vagar una lenta mirada circular por las paredes del local.

Luego, en su mesa, miró el montón de cartas, abrió con el pie un cajón y, empujando aquéllas con la mano, las echó dentro. Se sentó, desdobló su artículo, arrancó la hoja de la máquina y puso otra en blanco. Chasqueó los dedos frente al teclado, se volvió con la silla y miró la ventana, luego otra vez el teclado. Y levantó bruscamente la cabeza: Vaya, dijo.

Apoyaba una mano en el pomo de la puerta, inclinando hacia allí el peso del cuerpo. Era un hombre de unos treinta años. Llevaba un viejo abrigo negro con el cuello subido.

—Qué tal, Miguel. ¿Puedo pasar?

—Me alegro de verte, hombre. Siéntate, estás en tu casa. —Con intención, añadió—: Sin querer ofenderte, claro.

—Es sólo un minuto. —Se quedó de pie frente a la mesa—. Ayer supe que trabajabas en eso. Decidí venir a verte. Comprendí que al fin te habías escapado de la vida dura.

Dot sonrió con un destello divertido en los ojos. Se echó atrás en su silla y observó a Pablo Suárez detenidamente. Había engordado un poco, parecía más serio, más recio y seguro de sí. Sus gestos eran escasos y lentos.

—Te has vuelto muy coñón —dijo Dot.

—No más que tú, me parece. Verte sentado ahí detrás sí que es una coña. Siento pena.

—Pues no la sientas. Piensa de mí lo que quieras, tú y los demás. Tengo que comer…

—Yo bien como, y no hago tanto ruido —sonreía.

—No quiero saber de qué modo. Y tienes mujer y un crío. Debería admirarte, Suárez, pero no puedo. Supongo que no habrás venido a hablarme de «Ensayo», sabes cuánto perdimos allí. No pienses más en ello.

—Pienso en ello siempre que me da la gana, si al señor no le importa.

—Bien. Ahora ya puedes irte.

—Si tan apurado estabas, ¿por qué no acudiste a tu padre?

Dot se encogió de hombros.

—Cuestión de amor propio, supongo.

—Tu apestoso amor propio.

Era alto y robusto, de ancha cara, con unos ojos de niño y una gran nariz de buena persona. Dot encendió un cigarrillo y luego le tiró la cajetilla sobre la mesa. Pero él no se movió. Sus ojos inertes y redondos seguían envolviéndole fríamente. Dot se levantó. En la ventana, mirando la calle, apoyó una mano en la pared, de espaldas a Suárez. Veía las ramas todavía desnudas de los plátanos y el asfalto aburrido y triste del Ensanche.

—¿Cómo siguen Ana y la niña?

—Ellas bien. A Ana le gustaría verte.

—Y tú, ¿qué haces ahora?

Suárez suspiró, le miró de reojo, temiendo su reacción.

—Trabajo para la radio.

El otro se volvió despacio a él, con una caricatura de sorpresa y de burla en el rostro.

—La radio, ¿eh? Conque tú también colaboras en la tarea común de idiotizar al país.

—Pero con dignidad, toda la que permite la radio. No como tú. Escribo sólo lo que quiero. Una emisión literaria, de divulgación. —Dejó caer las manos en los bolsillos deformados de su abrigo—. Pero voy mal, para qué decirte. Y ahora te dejo.

—Suárez, si hubiese una oportunidad de hacer algo serio, sabes que te avisaría.

—Lo sé.

—No has tenido suerte, y créeme que lo siento.

—Está bien.

—¿Aceptarías un puesto aquí, con sueldo fijo? Siempre sería una ayuda, y tú vales más que toda esa pandilla de guarros. ¿Aceptarías?

—Sabes que no.

—Cabezota. Usa seudónimo. Yo tengo uno para eso del Consultorio: Oscar. ¿Eh? ¿Qué te parece?

—Me voy, Oscar.

—No seas radiofónico.

—Por supuesto —dijo Suárez— sería injusto ensañarse con los lectores. El lector no es más que un muñeco, un robot dirigido a distancia, feliz, sano, limpio, sin voz y sin órganos genitales. Toda

esa mierda de gente que trabaja contigo se está cebando a su costa. Y éste es sólo un aspecto de la cuestión.

—El menos importante. Siempre te has ensañado con las revistas, y a fin de cuentas no hay para tanto. Además, es mal universal. Es curioso —sonrió más ampliamente y añadió—: En ti es una especie de revulsivo. Y la verdad, incluso en católicos de izquierdas como tú, esa extraña especie de nuevo cuño que gusta de llamar las cosas por su nombre e incluso no tiene inconveniente en soltar palabras feas, no deja de resultar un fenómeno raro…

—Si no te importa —interrumpió Suárez—, dejemos ese tema. Recuerda que nunca fue obstáculo para trabajar juntos.

—Oh, desde luego, desde luego. Sin embarga, querido Suárez, no se puede jugar impunemente a darle alfalfa al burro y exigir luego que el burro sea persona. Que compre libros y que enarbole su fiambrera. Todo está perdido. Deja de pensar en estas cosas, créeme. —Juntó las manos delante del rostro, alzó los ojos al techo y añadió en el mismo tono irónico—: Pongamos el peliagudo problema de la cultura en manos de nuestros amadísimos superiores y recemos.

Suárez no dijo nada. Miguel se apartó bruscamente de la ventana, sin dejar de sonreír, y añadió:

—Parodiando a Cristo, podría decir: mi pluma y mi polla no son de este mundo. Dejemos todo como está, es lo mejor.

—¿No has vuelto con tu padre? —dijo Suárez.

—Mi padre es un farsante. Además, me gusta vivir solo.

Se dejó caer en la silla y cogió los cigarrillos. Suárez le miró durante un rato en silencio. Después, mirando su reloj, dijo con voz repentinamente animosa:

—También trabajo de pasante con un notario… Ana siempre me dice que te lleve alguna noche a casa, a cenar. Te echa de menos. Bueno, me voy.

Dot fumaba con avidez, sin mirarle.

—A pesar de todo, saluda a la gente de mi parte.

—Sí.

—¿Todavía os veis en aquel bar?

—Algunas noches. Ana prefiere cenar en casa, le sale más a cuenta. Pero te aconsejo que no vayas por allí… Lo que te dirán no será agradable si tienen gana de broma. Ya les conoces. Bueno…

Empezó a caminar hacia la puerta, se desvió luego hacia un lado. Dot le veía moviendo sus anchas espaldas bajo el débil abrigo negro.

—De todos modos iré a veros una noche.

—Como quieras. Adiós, Miguel, Oscar, o como te llames.

—Adiós, cabezota.

Permaneció un rato pensativo, con el cigarrillo echando un humo rizado frente a su rostro. Por la puerta abierta vio la sombra deslizándose a lo largo de los cristales ciegos del pasillo. Golpeó unas teclas distraídamente, la máquina seguía allí, cerca.

IX

—Descálzate.

—¿Es necesario?

—Sí, mujer, haz lo que te digo.

—¡Oh…! Entonces suéltame.

Hablaban en voz baja. El pasillo estaba a oscuras y olía discretamente a repostería. No encendieron la luz. Guillermo tanteaba las paredes con una mano mientras con la otra tiraba de Palmita. Los dos contenían a duras penas las ganas de reír.

—Espera, hombre —susurró ella.

Se quitó los zapatos de tacón alto y los llevó colgando de sus dedos. Buscó de nuevo la mano de él en la sombra. Caminaban de puntillas, mordiéndose la lengua, y se detuvieron frente al dormitorio de la sirvienta. Guillermo pegó la oreja a la puerta. Luego tiró de la mano de ella y continuó hasta el fondo del pasillo, dobló a la izquierda y tanteó el pomo de la puerta. Abrió despacio, la empujó a ella dentro y seguidamente entró él. Cerró la puerta y encendió la luz. Entonces se miraron y se echaron a reír, abrazándose.

—¡Hijo, qué difícil es todo esto!

—Como entrar en el paraíso. Además, la vieja es de cuidado. Espía todos mis movimientos por orden de María José.

—¿Y dónde está ella?

—En sus dominios, en su hotel, vigilando la llegada de los primeros turistas y esperando a ver si se le retira aquello… Es muy feliz.

—Por favor, no empieces, ¿eh?

—Mañana por la tarde tengo que ir a enseñarle el coche. Sólo a enseñárselo, siempre teme que acabe vendiéndolo. Anda, ponte cómoda… Aquí falta música y algo para beber, ¿no crees?

—Yo no quiero beber más. Y tú llevas ya lo tuyo.

Se sentó en la cama, apoyando en ella las manos y haciéndola crujir.

—¡Huy, qué bien! ¡Y cómo huele! ¿A qué huele esta casa, dime? Me recuerda…

—A pastelitos. Cuando Mari no está, toda la casa huele a los horribles pastelitos de la vieja. Seguro que se ha preparado otra comilona…

—No. Huele a ricos, a vida a lo grande…

—¡Ja! Tu naricilla lumpen te engaña, nena.

Tiró la americana sobre una butaca, donde resbaló y fue a parar al suelo. Palmita seguía meciéndose en la cama. Guillermo abrió la puerta y salió al pasillo. Ella se tendió de espaldas, levantando las piernas. Sonreía, los ojos le brillaban con un fulgor infantil. Veía la lámpara colgada del techo, justo sobre su cabeza. Cerró los ojos, sin dejar de sonreír, y empezó a desabrocharse el jersey de lana azul. Movía las piernas y canturreaba en voz baja. Llevaba una falda blanca con cremallera a un lado. Guillermo entró con un pequeño aparato de radio, una botella de ginebra y dos vasos.

—Sólo tengo esto. Mari se llevó el tocadiscos.

Cerró la puerta con el pie, dejó la radio sobre la mesita, llenó medio vaso de ginebra y bebió un sorbo. Ella encendió la radio.

—Ahora ya puede morirse —dijo él.

—¿Quién, amor mío?

—Quien yo me sé. Y no es Mari.

—Mira, se me está ocurriendo una cosa, Sotito. Voy a tirar esa botella por la ventana como sigas así. ¿Qué te parece? Vaya si la tiraré, como quien soy que la tiraré.

—Romperías la cabeza de algún distinguido cliente del Sándor.

—Todo eso por empeñarte en venir a tu casa…

—Aquí podemos beber gratis.

—¡Pero si luego estás hecho un inútil!

—Cierra la boquita y ven aquí, anda, con el abuelo Guillermo.

Palmita se miraba en el espejo. Guillermo apartó la ropa del suelo con el pie, se dejó caer en la cama y ladeó la cabeza hacia la mesita de noche. Cogió el vaso. Sobre la mesita había un montón de ejemplares de Hola y Garbo.

—Mi mujer tiene diarrea cerebral. Fíjate. Por todas partes deja su caquita.

Dio un manotazo a las revistas y las tiró al suelo. Ella corrió a recogerlas.

—¡No seas así, hombre! Son muy bonitas. Yo también las leo, por la mañana, sentadita en mi cama mientras desayuno y pienso en lo mucho que te quiero. —Levantó el rostro a él, haciendo un mohín—. ¡Huy, cómo le quiero a mi Sotito!…

Quiso poner las revistas sobre la mesita.

—Deja. Ven acá —dijo él, cogiéndola por la muñeca.

Ella se dejó caer sobre él. Luego quedaron inmóviles, tendidos de lado, mirándose a los ojos como desconocidos. Guillermo le cogió la cara con las manos. Ella recibía su aliento cargado de alcohol con la boca abierta. Las manos de Guillermo estaban negras de grasa.

—Me vuelve loca el olor de tus manos. No me sueltes.

—Eres mi único y más imposible y sucio amor.

—¿De veras?

—Tus pechos son exactos. Todo en tu cuerpo es exacto, con el buen sabor de lo prohibido, de lo maldito y de lo arrojado a las tinieblas eternas. El buen sabor necesario para seguir pisando esta tierra. El motivo. Mis motivos.

—¡Oh, mi alma, ya estás piripi!

—No te muevas.

Levantó el brazo por encima de la cabeza de ella y cogió el vaso. Bebió y luego seguía empuñándolo en medio de su rostro y el de ella, sobre la almohada. Palmita mantenía los ojos cerrados, apretando el vientre a él, enardecida, las aletas de su nariz palpitando débilmente. De vez en cuando abría los ojos, miraba la lámpara del techo y sonreía. Guillermo vació el vaso en seguida. Se inclinó a un lado y lo dejó en el suelo. Al volver a ella, notó sus manos apretadas en los costados.

—Sotito…

—Sí.

Sabía que la escurridiza libertad estaba allí, como esas algas bellas y raras que no había que buscar en ningún ordenado y limpio lago allá lejos, sino aquí mismo, en el cotidiano e impetuoso río de los nadadores ardientes y desnudos que luchan y terminan por ahogarse. Una vez más apretaba sus manos a las sienes de ella, revestidas de cálida vida, de latidos, de días y de deseos. Y cuando

hubo arrancado la dulce planta desalentada y ondulante y la hubo arrojado lejos, a su espalda, la siguió oliendo por unos segundos en el trémulo cuerpo de ella, hasta que se esfumó definitivamente en el aire.

Ella le miraba a los ojos.

—Hola.

—Hola. Estás aquí. Ya decía yo que había alguien debajo.

—Malo, más que malo.

Cuando Palmita reía, sus labios descubrían unos pliegues rosados y frescos, diminutos, pegados a los dientes blancos y simétricos.

—Te quiero —dijo ella.

—Muy bien. Ahora dilo en francés.

—Mon amour…

—No.

—Je t'aime.

—Perfectamente. Te debo un viaje a Canet Plage.

—Te quiero —añadió, cerrando los ojos—. Pero tengo miedo.

—¿De qué?

—De ti, de tus cosas… Tengo miedo de que me dejes.

—Tú eres lo más grande y eterno y sucio y verdadero que hay en mi vida.

—Golfo, que eres un golfo.

Se desprendió de él levantándose de un salto. Buscó en la radio otra emisora. Guillermo también se levantó, llenó de nuevo el vaso y alzó la botella frente a sus ojos. Empezaba a tambalearse. Ella le cogió de la mano. Se abrazaron en el centro de la habitación, sobre la alfombra. Ella le besuqueaba el cuello y los hombros cubiertos de sudor. Guillermo sostenía la botella con el brazo en alto y miraba su contenido.

—Despacio, nena. Estoy cansado de mis noches de Tamariu. Compréndelo, por favor…

—Oh, Sotito, cómprame discos… ¿Cuándo me comprarás discos?

—Te paseo en moto, ello te da ocasión de lucir tus rodillas sensacionales, ¿qué más quieres? Y con el coche te he llevado docenas de veces a la Costa, y el verano pasado estuvimos tres días en Canet Plage… ¿Qué más quieres?

—Quiero discos, amor.

Después, tendida otra vez y mirando la lámpara del techo, la cabeza apoyada en el hombro de él, sonrió con aquel fulgor íntimo en los ojos.

—Oye una cosa, ¿tú no te llamarás por casualidad Sotomayor de apellido?

—No, reina. Soto y voy que ardo.

—Porque hoy he visto en el periódico la foto de un señor muy distinguido y muy guapo, madurito él, que se llama Sotomayor. Y se parecía a ti una barbaridad. Pensé que podía ser tu padre. Qué tonta, ¿no?… ¡Me gustaría volver a viajar, oye, una cosa bárbara!

Levantó el brazo por encima de la cabeza y acarició los cabellos de Guillermo. Él tanteaba el vaso en el suelo.

—¿Cómo estamos de dinero, Palmi?

—Muy mal.

—¡Oh, Dios, el maldito parné!

—Si seguimos así tendré que ponerme a trabajar otra vez. Veré si me admiten de nuevo en «Río». ¡Buena la hice contigo! ¿Quién me mandaba a mí aceptar aquel contrato para bailar en Tamariu?

—Lo fastidioso es que cuando trabajas no estás libre hasta las cuatro de la madrugada.

—Bueno, tengo un día libre a la semana. ¡Habrá que volver a ensayar «Granada» y todo aquello que odias tanto…! Qué divertido.

—Podrías esperar hasta junio y probar de nuevo en la Costa. ¡Si Mari se decidiera a poner espectáculo en su hotel!…

—No iría a bailar allí, cielo. Lo sabes. No quiero amargarle la vida a nadie, y menos a ella, que bastante la tiene ya…

Guillermo le pasó el brazo por debajo de su nuca. Ella introducía los dedos en su cabello denso y lacio, diciendo:

—¿Por qué ocurren estas cosas en la vida?

—En Alemania ganaba dieciocho marcos diarios. Con tres, austeramente, podía vivir. Un poco estrecho, pero vivir. Con cinco era un rey. Incluida la habitación y el vestir. Podía comer pan, mantequilla, huevos, conservas y patatas. Pero no coñac, ni vino, ni ir al cine. Afortunadamente, con un marco tenía cerveza para todo el día, y con dos me quedaba ya más que bien. ¡Maravilloso! Ella y sus compañeras de curso estudiaban en las orillas del Neckar, tomaban el sol con las faldas hasta la ingle. Cuando yo iba a buscarla para comer, pensaba siempre en la vieja torre donde

Hölderlin murió loco y feliz…

—¿Quién era ése?… Oye, ¿te estás durmiendo?

—… tenían unas piernas largas y coloradas. Yo podía conseguir con tres marcos una botella de Rot Wein. Vino rojo de la Rioja…

—¡Oh, por Dios, me has contado esas cosas cientos de veces!

—¿Te he contado alguna vez la más tenebrosa historia de mi infancia? ¿No?… Yo era un niño mono, pegadito siempre a las faldas de mi mamá. Todos los años, al llegar las Navidades, mi dadivosa mamá entregaba en nuestra parroquia de Sarriá un hermoso cesto adornado por ella misma con unas grandes y brillantes hojas verdes y lleno de turrones y paquetes de arroz y botellas de champaña y de anís. Era la Navidad del Pobre. ¿Tú has oído hablar alguna vez de la Navidad del Pobre? Es muy divertido. Los ricos dan turrones y cosas dulces a los pobres, cantando y riendo y estrechándose las manos…

—¡Oh, Sotito!

—Nena, no me interrumpas. En nuestra parroquia de Sarriá esto se hacía a lo grande. En la ceremonia de la entrega, al pie del altar, dos niños previamente escogidos se ponían junto al cura mientras éste iba repartiendo los paquetes a los feligreses pobres. Los feligreses pobres caminaban en fila india con las manos cruzadas delante del sexo. Pero lo importante no está en eso, sino en los niños que permanecían a ambos lados del cura. Uno de ellos tenía que ser hijo de una familia rica, representaba al rico e iba vestido de niño rico. El otro tenía que pertenecer a una familia pobre, representaba el papel de pobre e iba de niño pobre. El rico estaba a la izquierda y el pobre a la derecha. Un detalle espeluznante del director escénico… Bien, aquel año mi mamá se empeñó en que yo hiciera el papel de niño rico. Todo fue a las mil maravillas. Yo llevaba mi trajecito de almirante con chorreras y zapatos de charol y un cirio en la mano. Apenas si me fijé en el niño pobre en toda la ceremonia: me tomé el papel muy en serio. Mi mamá me miraba con aquella sonrisa de bienaventurada que a mí no me dejaba dormir por las noches.

—No seas bestia.

—Calla. Cuando esto terminó, ricos y pobres se reunieron en una especie de cóctel gregoriano que las damas de la junta habían organizado en los jardines de la parroquia. Ricos y pobres

confraternizaban. Era emocionante. Alguien puso en mis manos una taza de chocolate y un puñado de churros. No me despegaba de las faldas de mi mamá. Entonces me acordé de mi compañero de trabajo y empecé a buscarlo entre la gente pobre mezclada con la rica. Aquello era muy fácil, porque la gente pobre seguía con las manos cruzadas delante del sexo como si estuviera desnuda. Mi compañero estaba comiéndose su taza de chocolate como un perfecto cerdito. Además de pobre, era feo. Iba vestido humildemente, unos pantalones azules con anchos tirantes y una camisa blanca de mangas largas; ropas usadas, remendadas, humildes, pero, eso sí, limpias. Yo le sonreía con mi mejor sonrisa, quería ser su amigo, te lo prometo. Tienes que ser su amigo toda la vida, me había dicho mamá, tienes que ser amigo del niño pobre, Guillermito… Lo que ocurrió entonces no se me olvidará en la vida. Me acerqué a él sonriendo y le dije: —Hola—. Él me miró un rato fijamente con su cara toda embadurnada de chocolate y respondió: «¡Vete a la mierda, chaval!», y al mismo tiempo me lanzó una patada terrible, certera, una patada de niño de suburbio. Me dejó la espinilla hecha cisco. ¡Y entonces levantó una pierna, se sacó la tita, la empuñó como si fuese algo muy delicado y empezó a mearse encima de mí! Yo berreando, ensangrentado y meado, mi mamá desmayada, ricos y pobres consternados, la junta organizadora santiguándose. ¡Aquello era el caos! ¡El fin de la juerga gregoriana! Todo el mundo reñía al niño pobre, le llamaban malo y demonio y le señalaban con el dedo. Yo seguía berreando. Pero él se puso de nuevo a comer su chocolate tranquilamente, como un cerdito.

—¿Ya está?

—Sí, ya está. Y no es un cuento. En realidad mi vida sufrió un cambio ese día… Nunca olvidaré aquella meada.

—¡No me digas!

—¡Cuando me acuerdo!… Que me muera aquí mismo, si no es cierto. Tengo sueño… He bebido demasiado.

Dejó resbalar la cabeza sobre la almohada, al otro lado. Respiraba ruidosamente. En su rostro atezado, con los cabellos sobre la frente, se fundía una expresión infantil y divertida.

—¡Eh, oye, espera un momento! —dijo ella sacudiéndole—. No te duermas aún, dime dónde está la llave de la puerta de la calle. ¿Es que no piensas llevarme a casa con la moto?

—Sí, mujer.

—Que tengo que irme cuando amanezca. ¿Me oyes? Dime sólo dónde está…

—En mi americana. Te acompañaré a tu casa… Tienes tiempo. Ven. Duerme…

Alargó el brazo y apagó la luz. Quedó la leve claridad que se filtraba a través del gradulux de la ventana. Él se apretó a ella, de lado. Palmita estiró las piernas, cara al techo, cogió una mano de Guillermo y la apretó fuertemente con las suyas, junto a la cara. Sobre la blancura mate de la almohada, sus ojos brillaban redondos y fijos, clavados en la lámpara.

Se deslizó del lecho sin hacer ruido. Cubrió a Guillermo con la sábana y estuvo un rato mirándole. Ahora hacía frío. De momento no veía casi nada, pero no encendió la luz. Se vistió rápidamente al pie de la cama. En la ventana mantuvo alzado un visillo con el hombro mientras se peinaba un poco mirándose en el espejito de mano. Pasó luego por sus labios la barra de carmín y metió todo en el bolso. Intentó subirse las mangas del jersey hasta la mitad de los brazos, alisó la falda con la mano y luego cogió la americana de Guillermo. Buscó la llave y se la guardó en el bolso. Se acercó a Guillermo, despacio. Iba descalza. Él dormía boca abajo, con la cabeza ladeada y los brazos por encima de la almohada. Palmita le besó en la frente. Posó tina mano sobre su espalda desnuda, presionando levemente. Le quiero, maldita sea, le quiero… Luego cogió los zapatos y con ellos en la mano salió al pasillo cerrando la puerta con cuidado. Caminó a oscuras, con los ojos inmensamente abiertos, mordiéndose el labio inferior, hasta encontrar la puerta del piso y al abrir vio la cruda claridad del alba iluminando ya la escalera. Bajó corriendo, con los zapatos en la mano, y al llegar a la puerta acristalada se los puso, saltando sobre los pies. En la calle sintió un estremecimiento en los hombros al recordar el calor del lecho y del cuerpo de Guillermo. Se bajó las mangas del jersey y empezó a caminar hacia la Diagonal arrimada a las paredes y con la cabeza gacha. Amanecía. La plaza Calvo Sotelo dormía empapada en la bruma de sus tonos verdes y lilas.

X

Dos gaviotas planeaban sobre las aguas de la dársena, alejándose sobre el fondo de los tinglados medio derruidos del muelle. Desde la terraza del Club Marítimo se las vio un instante inmóviles, al iniciar una curva, como si no progresaran en ninguna dirección, y salir luego disparadas hacia un lado y remontarse. El levante rizaba sendas oscuras en la piel estremecida del mar. Los balandros y yates amarrados a lo largo del embarcadero se desplazaban ligeramente de proa, tensando las amarras y retrocediendo luego con brusca sacudida.

Miguel Dot empujó la puerta de cristal de la terraza. El viento levantaba ligeramente las puntas de los manteles de las mesas. Vio las piernas de Lavinia enfundadas en unos pantalones rojos y extendidas al frente, sobre una silla, en los pies unas sandalias de tiritas doradas. Su rostro, con gafas negras, sonriente, lo entrevió por espacio de un segundo, mientras le saludaba con la mano, cuando el joven que estaba de pie frente a ella se ladeó descansando el peso del cuerpo en la otra pierna. El joven era alto, de anchos hombros, llevaba una americana granate y tenía las manos hundidas en los bolsillos del pantalón hasta el fondo, como si pretendiera romperlos, encogiéndose. Miguel le veía de espaldas mientras se acercaba a ellos, sin prisas, preguntándose quién podría ser aquel tipo. No había visto a Lavinia desde hacía tres días, y no le gustaba que hoy le citase aquí en el Club Marítimo, precisamente un domingo por la mañana. El sol estaba ya muy alto en el cielo azul. Durante todo aquel mes de marzo se habían visto a menudo, ella parecía feliz, cada día prometía beber un poco menos y cada día tenía nuevos proyectos para ganar mucho dinero para ellos dos, con negocios que no podían fallar. Se encontraban casi siempre en el bar diminuto de la calle Lincoln, y después de despachar unos vasos de gin con mucho hielo y de bromear con la muchacha de la

barra, a la que Lavinia decía profesar un gran cariño, empezaban a mirarse a los ojos y comportarse como dos chiquillos que no pueden dejar las manos quietas. Los asiduos al bar, una extraña fauna de finos y distinguidos desocupados que mataban las tardes jugando a los dados y hablando de la vida y el amor, les aceptaron en seguida e incluso llegaron a estar orgullosos de ellos. La belleza y la vitalidad de Lavinia y su evidente deseo de Miguel, que nunca se cuidaba de disimular, imponían inesperadas y limpias disposiciones a lo largo de toda la barra, aliviando las cabezas gachas y las espaldas inclinadas: tan transparente estilo erótico y moral en una mujer, un estilo que era premonición de un entrañable tipo de joven mal casada y generosa que años después sería familiar a todos, tenía la cualidad de ahuyentar la migraña sexual que les aquejaba.

De noche entraban en las habitaciones cogidos de la cintura, rozándose los muslos con fuerza, y al salir vagaban por las calles lentamente bajo madrugadas lívidas hasta llegar a un chiringuito que se abría a las cinco, frente a una parada de autobuses. Tomaban café con leche, de pie, muy apretados en una intimidad dulce y lánguida, rodeados de broncos obreros y de estibadores que tomaban mezclas humeantes de café y coñac o anís. Miguel le hablaba a ella de su último trabajo, una traducción que le había valido cinco mil pesetas, con lo cual había podido pagar a la patraña y liquidar pequeñas cuentas de la tintorería y demás. Muy de tarde en tarde, porque estaba pensando ya en dejarlo, enviaba un artículo al periódico de su padre. Ella le animaba a dejarlo de una vez, en un repentino rasgo de solidaridad con la honradez profesional: era muy fácil, allí, en medio del ruidoso enjambre de obreros presurosos que se agolpaban animosamente la espalda y pedían bocadillos a gritos: se está bien entre la gente que se parte el pecho en la vida, se está realmente bien, por lo menos de vez en cuando. Incluso la voz de Miguel parecía más firme y viril, su expresión más rebelde y su mirada alcanzaba una cierta lejanía. ¡Estaba claro que Miguel comprendía a aquellos hombres mejor que nadie, estaba claro que acabaría triunfando en la vida! Entonces le había dicho él que aceptaría, en cambio, otra traducción, esta vez un libro francés sobre la guerra de Argelia.

Ahora, después de tres días de trabajar en ello con una especie de fiebre, se había hundido repentinamente en el hastío. Casi toda

la mañana estuvo tumbado en la cama deseando que apareciese Guillermo o que Lavinia le llamase. Lavinia ocupaba una mesa frente a la barandilla, sobre la escalera que conducía al embarcadero. Cuando el joven con quien hablaba se volvió, a una leve señal de ella, Miguel vio los botones plateados de su americana de sport y el pañuelito blanco asomando en el bolsillo superior.

—Hola. ¿Os conocéis?… Miguel Dot. Éste es Jaime.

—Qué tal.

—Hola.

—Siéntate —dijo ella—. Ahí, en ésa, no me hagas quitar los pies. Un domingo encantador, ¿no crees? Si no fuera por el viento… A Jaime dice que le gusta.

Miguel no dijo nada. Tenía la cabeza vuelta hacia la dársena y no parecía interesado en conversar. El llamado Jaime se balanceó un rato sobre sus largas piernas y luego dijo…

—Bueno, me voy al agua. —Se volvió a Miguel—. Adiós. Hasta luego, Lavinia.

Bajó por la escalera, silbando, los puños clavados en los bolsillos y los brazos pegados al cuerpo. Llevaba los cabellos cortos, tenía un rostro aniñado y un cuello ancho y fuerte. Ella dejó de mirarle al desaparecer por la escalera y se volvió a Miguel.

—Es muy amigo de Jorge Reix. ¿Conoces a Jorge Reix? Me prometió venir, tenemos que hablar de negocios. ¿No es verdad que ha sido una gran idea haberte llamado? Se está bien aquí, hace una mañana espléndida. Podemos tomar un aperitivo y charlar. Sí, ya sé, habrás pensado que me había olvidado de ti. Pero no es cierto.

—Yo no pienso nada.

—He trabajado, ¿sabes? Precisamente le estaba hablando a Jaime de algo que se me ocurrió ayer. Quería llamarte antes, pero no lo he creído oportuno. ¿Qué te pasa? Pareces enfadado.

—Nada de eso. —Sonrió repentinamente, echándose hacia atrás en la silla. Pensaba que aquella luz y la inminente llegada de la primavera estaba obrando de un modo u otro en Lavinia. ¿Por qué diablos le había hecho venir al Club? Bien, se dijo, supongo que no debería extrañarme. Siempre seguirá latiendo en ella ese fondo que no tiene remedio, y es inevitable que de vez en cuando le salga afuera.

—¿No te gusta el Club? —preguntó Lavinia—. Hay gente

simpática. Sin interés —concedió, colocándose mejor las gafas de sol—, pero simpática. Además, hay que aprovechar este sol. No te inquiete el que nos vean juntos. Que se vayan a la porra. —Hizo una pausa y luego exclamó—: ¡Ah, claro, por eso está enfadado mi gatito…!

Miguel rió. Decididamente, lo que le faltaba a Lavinia era un trago. Y a él también, no cabía duda.

—No lo estoy, mujer —dijo mientras acercaba su silla a la de ella—. Pide un par de ginebras, anda, y que lo pongan en la cuenta de Arturo. A propósito, ¿hablaste con él? ¿Dónde está ahora?

—Por ahí, probando un nuevo motor. Está empeñado en ganar la tercera Manga del Campeonato del mes que viene y se pasa el día entero dentro de ese horrible chaleco salvavidas y con el casco en la cabeza. ¡Oh, nadie como él para cumplir el reglamento! Si no se prepara bien, está listo. El año pasado, en la Casa de Campo y en Bañolas, estuvo francamente desastroso.

—¿Quién es ese que estaba contigo?

—Jaime, ya te lo he dicho. Un remero. Oí decir que su padre protege revistas literarias. ¿Te convences ahora del interés que le pongo a la cosa? —Se echó a reír, sacando un paquete de cigarrillos de una bolsa colgada en el respaldo de la silla—. ¡Vamos, hombre, alegra esa cara! Todo saldrá bien.

Las mesas iban siendo ocupadas. Se oían risas de gente joven y Miguel notaba fijos en él, de cuando en cuando, los ojos de personas que no le parecían totalmente desconocidas. Suspiró ruidosamente, poniéndose cómodo, y dijo:

—No sé por qué me parece que me estás exhibiendo.

—¡Qué pretencioso! Si la gente te mira es por tu facha. Anda, fuma. Jorge no tardará en venir.

Y se cruzó de brazos, mirándole tras las gafas de sol, sin decir más. Miguel decidió que las gafas de sol eran unos cacharros odiosos. Decidió también que tenía un mal día y que estaba asqueado de todo. Lavinia cambió la postura de sus pies colgados sobre la silla de enfrente. Los pantalones encarnados le ceñían justamente las partes del cuerpo que ella quiso ver ceñidas al comprárselos, en la justa presión y medida. Pese a las gafas negras, el tibio sol de los últimos días de marzo la obligaban a mantener en los labios una especie de mueca o de sonrisa.

—Supongo —dijo Miguel— que se trata de la eterna cuestión de esa tienda en la Costa. ¿Vas a ponerlo en marcha por fin?

—Hay un asunto de contrabando en ese motor —dijo ella como si no le hubiese oído. En seguida añadió—: Naturalmente que está en marcha. ¿Por qué no tienes un poco de fe en mí?… Arturo dice que es muy bueno, el motor. Pero estas pruebas a mí no me entusiasman, la verdad; siempre es el motor el que gana las regatas, nunca el hombre. Prefiero los remeros. Oye, llama al camarero, ¿quieres? Yo quiero una ginebra… Sentadita desde las diez, ¿sabes?, y un poco aburrida. No se pueden hacer muchas cosas aquí. Las esposas de los pilotos extranjeros hacen exhibiciones de esquí náutico o cosas por el estilo. Ya sabes cómo es la mujer de fuera, muy así. Me parece muy bien. El nivel de vida es superior o es que no son tan pánfilas. Por lo general, las esposas de aquí sólo sirven de adorno en las cenas de gala y en la ceremonia de la entrega de trofeos. Somos muy decorativas.

—Podrías dedicarte a remar.

—¿Lo dices por Jaime? Es simpático.

La terraza estaba casi llena. Dos muchachas con finos pañuelos rosa atados a la cabeza se sacaban fotos mutuamente, apoyadas en la barandilla, sobre el fondo de los yates y las palmeras. La mañana era soleada y tersa, se oían límpidos y próximos los motores de las barcazas que cruzaban la dársena. Una deshilvanada franja de nubes se extendía por el cielo de parte a parte, cayendo tras la silueta agresiva de Montjuïch. Por entre los mástiles que se erguían delante de la terraza, Miguel podía ver a lo lejos los edificios oscuros de la Puerta de la Paz y a la derecha el gris aburrido de los barcos de guerra americanos anclados frente al hervidero multicolor de la muchedumbre endomingada que transitaba por el muelle. La gente del domingo, se dijo. También allí estaban aquellos rostros alzados y boquiabiertos, felices contemplando a la gran potencia.

Cuando apartó los ojos de la terraza superior, donde asomaban las grúas con su aire tenaz de cabezas de caballo, vio que Lavinia estiraba el cuello intentando ver algo abajo, en el embarcadero. La vio saludar a alguien con la mano. Todo aquello era muy soporífero. A él no se le ocurría nada. El sol empezaba a ser una molestia. Se preguntó por qué diablos Lavinia no hacía algo de una vez, ella que podía, para cambiar aquella situación que ya duraba demasiado

tiempo. Posiblemente no le había hablado a Arturo con la convicción y el entusiasmo necesarios, excepto, tal vez, para embutir sus preciosas piernas en aquellos pantalones rojos que le ceñían las ingles a medida de su deseo. Hay que terminar con todo eso de una vez, se dijo, no tengo tiempo ni intención de convertirme en un perrito faldero… Bueno, lo mejor será seguir bebiendo.

—Es una magnífica idea —opinó ella.

Seguía mirando el agua. Abajo, Jaime manipulaba algo sentado en su skif, arrimado al embarcadero, con el remo cruzado sobre las piernas desnudas. Irguiéndose, cruzó los brazos y se quitó el suéter azul de entrenamiento por encima de la cabeza. Luego volvió a inclinar la espalda, dedicado a una labor que ellos no podían ver. Su espalda era musculosa y precisa bajo el sol, con los tendones enérgicamente replegados hacia el bañador y las vértebras prominentes.

—Buen mozo —dijo Miguel—. Parece uno de esos que anuncian un método de gimnasia.

—Sí.

—Un poco tibio, me parece.

—¿A qué te refieres?

—Me gustaría verle remar con mala leche.

—A veces lo hace. Dime, ¿qué has hecho durante estos días?

—Vagar, vagar y vagar.

—¿Has vuelto a ver a Guillermo?

—Algunas veces cae por allí.

—¿Sabes?, me gustaría salir una noche los cuatro juntos. Ahora quiero que conozcas a Jorge Reix. Vendrá de un momento a otro. Supongo que has oído hablar de él.

—En absoluto.

—Pues tu padre le conoce. Todo el mundo le conoce. Jorge es el hombre que necesitamos. También me gustaría ver al padre de Jaime: tiene millones y está muy interesado en la cosa literaria. Algunas veces ha cargado con las pérdidas de revistas como la tuya.

Poco después apareció Jorge Reix. Lavinia le hizo una seña con la mano mientras él se abría paso entre las mesas caminando con aire animoso y risueño. Le vieron besar la mano a dos señoras y palmotear la espalda de un anciano camarero del Club, con el que

cambió unas palabras. Jorge Reix era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de estatura mediana, tez rojiza y fino bigote rubio. Vestía chaqueta azul, pantalones de franela gris, camisa blanca con pañuelo anudado al cuello y se tocaba con una gorra de capitán de navío.

—¡Lavinia querida! —Se inclinó y le besó la mano—. Estás muy guapa. ¿Dónde está ese campeón? A propósito: quiero que os quedéis a comer conmigo y el chico, a bordo. Está decidido. Ese viejo pillastre de Tomás me ha traído dos kilos de pescado y he ordenado que lo preparen.

—Eres muy amable, Jorge. ¿Conoces a Miguel Dot?

—Creo que sí… —Le tendió la mano—. Sí, desde luego —Miguel le miró directamente a los ojillos metálicos y vivaces y también él creyó recordarle. El recuerdo de aquel hombre estaba relacionado con algo desagradable. Jorge Reix había añadido—: He tratado bastante a su padre. Una persona muy fina, de una gran cultura. Sus consejos me sirvieron de mucho cuando publiqué mi primer libro sobre venta, hace unos diez años.

Aunque hubiese querido evitarlo, Miguel se mostró más bien frío. Reix se había sentado junto a Lavinia. Supo disimular con un perfecto aire mundano el chocante aspecto y el trato poco efusivo del hijo del ilustre periodista. Inició con Lavinia una conversación que hacía juego con el ambiente: hablaron de cruceros en yate, de la Costa Azul, de los nuevos socios del Club, luego un toque a los temas modernos, la monotonía de las grandes ciudades, el aumento de tráfico, los pésimos espectáculos, etc. Jorge Reix bebía martini. Las suelas de sus zapatos eran de tres centímetros por lo menos. Miguel apenas tomó parte en la conversación: dos o tres monosílabos. Observaba aquel rostro enjuto, encendido y ligeramente pecoso, repasando algunos recuerdos de cuando trabajaba en el periódico de su padre… De pronto el incidente se le vino a la memoria con todo detalle: veía aún la expresión de su padre al negarse él a seguir con la sección semanal de interviús a los prohombres de las finanzas. Justamente el próximo personaje era Jorge Reix. La sección pasó a manos de otro, y, días después, Miguel leyó la interviú por curiosidad. La había casi olvidado, pero ahora, observando el rostro de Reix, su aspecto habitual de hombre vivaz y capacitado, estaba seguro de poder componer perfectamente

el cuestionario con la seguridad de ciertas respuestas. Ladeó la cabeza, molesto por el sol, y tendió la mano hacia el vaso de gin.

Veía en su imaginación el papel oscuro y grasoso del periódico, diariamente picado con tintas demasiado fuertes, y en ángulo superior la foto carnet de él, velada, anodina, una foto de juventud seguramente, que guardaba para ocasiones como ésta.

(«Dirige diez empresas, pero sólo trabaja por las mañanas.

»Eso sí: me levanto muy temprano todos los días.

»Y de “cabeza”, ¿cuánto trabaja?

»Las veinticuatro horas. Siempre tengo una libreta a mano para tomar nota de cuanto haga falta.

»¿Qué hace por las tardes?

»Una buena siesta y luego al cine, teatro, alguna exposición, vida social…

«¿Cómo encuentra tiempo para todo?

»La solución es ésta: colaboradores. No hay otra para el jefe de empresa. Pero en los principios siempre es difícil, uno está solo. Entonces, la solución es: mano dura para consigo mismo. Mano dura y mano dura.

»¿Dónde tiene las ideas, en el despacho o fuera de él?

»Fuera, hay que tenerlas fuera.

»¿Cuándo tomó la pluma por primera vez?

»Durante la guerra. Me sobraba mucho tiempo y escribí unos ensayos sobre venta, que no llegué a publicar. Llevo escritos y publicados nueve libros. El último fue “Viaje de un vendedor en 30 escalas”. Cada escala es una idea a desarrollar en el puerto del consumidor, una idea que ofrezco en cada uno de los 30 capítulos.

»Muy interesante. ¿Cómo se organiza para escribir?

»Lo hago como si fuera a trabajar, créame. Es lo mejor. Dos días por semana, fijos, a unas horas fijas, dicto a mi secretaria.

»¿Se aísla?

«Totalmente. Escribir es algo muy serio. No se pueden hacer dos cosas a un tiempo.

»Desde luego. ¿Cuáles son sus “hobbies”?

»Uno mi yate “Avantage” —quiere decir beneficio, utilidad, ventaja—, que más que eso es una medicina para mí.

»¿Otro, por favor?

»“El sosiego”; una finca en Sitges con más de cuatrocientas

plantas exóticas, esculturas, piscina, pista de baile…

»¿El trabajo?

»Esto es lo peor. Si no vigilas es el monstruo que te domina, créame. Pero en realidad es donde yo paso las horas más felices.

»¿Usted domina al monstruo?

»Sí, siempre. ¡Mano dura!

»¿Y los viajes?

»También. Soy un infatigable trotamundos. Hace unos días he regresado del Caribe. Puede usted poner, si quiere —no me importa —, que estuve bebiendo en algunas tabernas y he visto cómo vive la gente.

»¿Tema para otro libro?

»Sí. Ya tengo el título: “La ruta de los emigrantes y su capacidad de consumo”. Se me ocurrió en el comedor del buque. Mirando a las gentes, me pregunté: “¿Qué hacemos aquí?”. Huir, huir de algo… De pronto lo vi claro. ¡Huir! ¿De qué? Del tedio, de las ocupaciones, de cualquier cosa. Somos unos fugitivos. Yo, en el fondo, tengo cierta capacidad poética.

»Muy interesante. ¿Debe viajar el hombre de negocios?

»Está moralmente obligado. Necesita salir, ver otras cosas, escapar a la rutina. Hay que ser un poco poeta, ya se lo he dicho.

»¿Va usted en plan de venta en sus viajes?

»No, no. Aunque visito industrias y tengo contactos comerciales, lo hago sólo en plan deportivo y humano. Sobre todo humano. Los asuntos concretos, a través del despacho, de la organización. Todas mis obras, aunque no lo aparenten, tienen un fondo humano.

»¿Cómo se autodefiniría?

»Creador de ideas.

»¿Es fácil crear ideas?

»Es un don, al que le ayuda un buen entrenamiento.

»¿Y poner las ideas en práctica?

»Aquí es donde muchos fracasan, aquí. Les frena el miedo, la poca confianza en sí mismos, el miedo a perder lo ya ganado, a la bancarrota y a la vergüenza.

»¿Virtud principal para no fracasar, y terminamos?

»La valentía y el desprecio metafísico al dinero.

»*Hombre que ha triunfado, don Jorge Reix, creador de ideas y valiente, etc.»)*.

No sabía si encargar otra ginebra o largarse. Ahora, Lavinia había vuelto la cabeza hacia él y le miraba: se quitó las gafas, sonrió, bajó los pies de la silla y dejó una mano, tranquilamente, sobre la rodilla de Miguel. En seguida se volvió y continuó hablando con Reix. Había empezado a exponerle su proyecto:

—Necesito tu ayuda en los dos aspectos. Acabar de convencer a Arturo, a ti te hará más caso, y luego conseguir el traspaso por una cantidad razonable. Tú estás muy relacionado…

—Veamos —dijo Reix, cabizbajo, con el aire de estar repasando unas cuentas—. La Costa está prácticamente imposible, Lavinia; aquello es un infierno en todos los sentidos. Por otra parte, tú lo quieres todo muy rápido. —Sonrió—. Parece como si se tratara de una cuestión de vida o muerte.

—Cuanto antes mejor, Jorge. Tengo absoluta necesidad de hacer algo, estoy cansada de pasarme los veranos aquí o allá, tomando el sol como una señorita enferma del pecho. ¿Comprendes? —Mantenía la mano sobre la rodilla de Miguel, con aire tranquilo. Reix disimuló una mirada. Miguel descruzó las piernas y ella retiró la mano. Añadió—: El otro día me hablaste de algo.

—Tenía poco tiempo. Bien, no sé si te interesará. Me pareció que hablabas de Sitges, Tossa, poblaciones difíciles. Y donde hay alguna posibilidad es hacia arriba.

—Lo he pensado mejor y tienes razón —dijo ella—. Además, en Sitges están mamá y los tíos, lo cual no me hace ninguna gracia. Prefiero un lugar alejado y tranquilo.

—Comprendo —dijo Reix en un tono que no dejaba lugar a dudas—. Bien. Rosas tiene su encanto. Este muchacho, como ya te dije, es conocido mío y no creo que tenga muchas pretensiones. Es curioso lo que le ocurrió: estuvo haciendo verdaderos equilibrios para conseguir el local y poner esa tienda —una simple tienda de suvenires y objetos inútiles, ya te dije, nada de antigüedades— y cuando ya casi lo había conseguido decide casarse con una chica sueca, que por cierto es una preciosidad. Siempre lo he dicho: ¡la Costa está llena de oportunidades! Personalmente lo descubrí demasiado tarde, fue el único fallo de mi juventud. En fin, dejemos lo que ya no tiene remedio.

—Tú has apuntado más arriba, Jorge —dijo ella en tono halagador.

—Tal vez. Pero a veces experimento como una sensación de culpabilidad. Evidentemente, en mi juventud hubo algún fallo. Ante este proceso extraordinario que en treinta años ha experimentado la Costa al margen de uno, la verdad, uno no puede por menos que sentirse un poco culpable. Increíble. —Sonreía; estuvo un rato callado, observando el efecto de su ironía hacia Lavinia—. Volviendo a tu asunto, lo único que puedo decirte de momento es que el local está muy bien; fue reformado hace poco, con vivienda en el piso superior. Se trata de una simple casa de pueblo, encalada, limpia, pero muy sencilla. Personalmente es un estilo que me encanta y me conmueve. Otra cosa: si te interesa, tendrás que quedarte con casi todo el género. No es mucho, el chico no había hecho más que empezar cuando apareció la preciosa sueca. ¡Lo que es la vida! Uno empieza a construir una casa con gran esfuerzo y un día, de pronto, descubre que allí, a dos metros, existe otra desde siempre, deshabitada y maravillosa. Bromas que gasta el destino.

—Tienes toda la razón, Jorge.

—Yo he llegado a la conclusión de que lo mejor es hacerlo todo en plan deportivo, incluso el casarse. —Se rió pausadamente—. ¿Qué?, ¿no estás de acuerdo conmigo?

Lavinia estaba, al parecer, de acuerdo en todo. Respecto al asunto que habían tratado, quedaron en verse otro día, después que Arturo diese el consentimiento definitivo; ella le estaba muy agradecida, aquello le levantaba el espíritu, Jorge era un encanto, etc. Miguel llevó con una dignidad feroz y a extremos increíbles su ya incuestionable papel de capricho de turno en aquella extraña empresa: siguió sin decir palabra y bebiendo a costa de ellos. Evidentemente, nada de todo ello representaba una sorpresa para Jorge Reix.

—Así que tu chico está a bordo —le estaba diciendo Lavinia—. Tengo muchas ganas de verlo.

Reix dirigió una furtiva mirada a Miguel.

—Sí, ahora mismo… —Miró su reloj—. Ya tendría que estar allí. ¿Por qué no hacemos una cosa? Podemos esperar a tu marido a bordo, mientras tomamos otro aperitivo y seguimos hablando de tu asunto. Dejaré aviso al camarero para que nos mande a Arturo en cuanto salte de esa dichosa canoa. —Dirigiéndose a Miguel, sin mirarle, a modo de compromiso, añadió—: Qué, ¿no se decide a

comer con nosotros, Dot?

—Se lo agradezco, pero tengo unos asuntillos que resolver.

—Como quiera. Salude a su padre de mi parte.

Se levantaron. Reix habló con el camarero y luego se adelantó a ellos bajando por la escalera hasta el desembarcadero. Miguel acompañó a Lavinia un trecho, hasta que ella se paró repentinamente y se le enfrentó.

—¿Por qué no te quedas un rato más?

—Ni hablar. Todo marcha perfectamente, no puedes quejarte.

Ella arqueó la cadera, echando el vientre hacia adelante y jugando con las gafas de sol sobre los muslos.

—Te llamaré a tu estudio. Podías haber sido un poco más amable con Jorge: ten en cuenta que le necesitamos. Pero es igual. Que se vayan todos a la porra. Nosotros, a lo nuestro. ¿Quieres que te deje en alguna parte con el coche? ¿No? ¿Qué harás ahora? Prométeme que no beberás mucho. —Restregaba su cuerpo al de él, entornando los párpados. Allí no les veían. Miguel la abrazó. Un poco más lejos, Reix subía a bordo de su yate por la estrecha pasarela.

—Adiós —dijo Miguel, y miró hacia la embarcación de Reix. Aunque ya demasiado tarde, recordó que la invitación de Reix había sido puramente formularia: el «chico» era una dama mastodóntica y de aspecto vulgar, rubia, algo madura, que había estado sin duda tostándose al sol en traje de baño y que ahora se erguía en la cubierta por el lado de proa, desperezándose con los brazos en alto. Tenía la piel completamente negra y una cabellera inmensa y lustrosa le caía por la espalda.

—Vaya —dijo Lavinia—, había creído de veras que esta vez se trataba de su hijo. Pobre Jorge. Lleva más de once años acarreando a esa ballena. Tiene tres dientes de oro y grasa por todas partes. Pero es simpática.

Miguel se rió.

—Conque sus «hobbies». En fin, nena, hasta pronto.

—Un beso.

Los coches estaban aparcados en línea frente al Club y sus cristales le devolvían una imagen demasiado tibia de sí mismo mientras se alejaba. No debía haberse puesto aquella corbata azul. No debía haber venido. Caminó junto al muro balaustrado que

separaba al muelle del paseo interior del Club. Vio los yates al otro lado, relucientes, asépticos, en reposo, balanceándose imperceptiblemente con destellos de sol en los barnizados mástiles. Dentro, algunos niños con jerséis a rayas y muchachas descalzas de sueltos cabellos se movían hábilmente y en silencio, como en un sueño, con una suerte de indolencia dulce, patrimonial y definitiva. Era como si se hubiesen decidido a anclar allí para siempre con sus embarcaciones.

El viento se había amansado. Miguel se dijo que pronto, acaso antes de la noche, necesitaría otra vez a Lavinia y a su mundo. Soy una calamidad. Ciertas inclinaciones de cochino rentista no tienen ya remedio, aunque uno se pase la vida renegando de ellas. Tampoco iba a ser nada fácil olvidarse de aquellos pantalones encarnados, que se ceñían a ella justamente en los sitios que ella deseaba, ni tampoco de su boca atormentada, desmandada y embellecida por el ocio.

Llegó hasta casa, pero no entró. Durante todo aquel domingo vagó por las calles de Gracia, en medio de un aire provinciano y reposado que al principio le puso de mala uva, y bebió en tabernas limpias y ruidosas con aspecto de peñas deportivas, llenas de oficinistas y obreros que jugaban al dominó o simplemente se ponían a discutir fuerte pero sin enojarse, en un hábito cotidiano impuesto por el vaho del tabaco, la ronquera y la misma vacuidad de los temas. En aquellas calles se vivía el domingo de una manera intensa y breve, como un coito primitivo. Jóvenes burócratas bien peinados acompañaban a sus novias endomingadas y desapasionadas a los bailes de la Unión de Vecinos, de Entidades Recreativas o de fiestas particulares con bocadillos y coca-cola a cinco duros la pareja. Vio puertas que se abrían y cerraban en los bajos, frágiles puertas con cristales y visillos, y un hombre en mangas de camisa y fumando un puro con la cachaza dominical del hombre casado en el momento de recibir a una pareja que pasa adentro, donde se oye la radio y voces alegres y hay un humo de farias y cigarrillos flotando sobre la mesa del comedor y la familia reunida. Entrevisto, también, todo un mundo de rellanos oscuros, de balcones macizos y galerías interiores con lavadero y alambres y

alguna jaula con pájaros, comedores con mesas cubiertas con hule floreado y la familia en torno a la radio. Y frente a un cine, haciendo cola, muchachos con camisa blanca y corbata de colores que luego en la penumbra apretarán largamente con su mano sudada la sudada mano de su novia o acariciarán sus pechos sin apartar los ojos de la pantalla.

Al atardecer se miró en el cristal de una tienda de zapatos. Se vio con ojeras y con una expresión de mala leche. Estaba blando y triste como una perra preñada y no tenía ganas de nada. Estuvo deambulando por las tabernas del barrio, bebiendo vino sobre mármoles olorosos, tomando mentalmente notas que nunca le servirían de nada y observando conmovido a ciertos hombres, a ciertas muchachas. De repente se sorprendió hablando con una que tenía una hermosa sonrisa; llevaba cola de caballo, una gabardina con capucha sobre los hombros y unos pendientes de aros. Estaban en la barra. Miguel quiso saber dónde había ido a parar. Ella le dijo que estaba en el Guinardó, muy arriba de la ciudad, en el bar de Lucas, y que desde allí mismo, en la puerta, se podía contemplar una bonita vista de la ciudad. Si quería… Él preguntó qué hora era y ella dijo que de noche. Tenía un cuello bonito, redondo y esbelto, muy oscuro, tal vez sucio. Miguel le confesó que la quería mucho porque era una chica delgada y porque, sin duda, había trabajado en una fábrica de tejidos y que recordaba una fiesta durante la cual la había echado de menos. Aquel largo, frágil cuello sucio; aquella triste nuca de piojosa…

—¿Qué fiesta? Eres un bromista.

—Una fiesta absurda, ¿sabes? Yo empiné el codo y empecé a pellizcar el trasero de la señora de Roca. Pensaba en ti. Era la fiesta de la primera comunión del niño Roca y había por lo menos cincuenta niños devorando pasteles y dulces. El servicio corría a cargo de Prats y Fatjó y costó más de noventa mil pesetas. Un escándalo. Yo no hacía más que pensar en ti, preguntándome dónde estarías. Se recitaron versos… Anda, vámonos. ¿Cómo te llamas?

La muchacha tenía un cuerpo anguloso y lento. En la cama resultó quejosa, muy frágil, muy poco sufrida. Sus labios, en los primeros besos, eran fríos y guardaban el sabor dulzón del carmín; después eran como siempre, cálidos y pesados y no sabían a nada.

XI

A mediados de junio, Guillermo Soto marchó a Tamariu. Palmita consiguió empleo en el cabaret «Río» actuando tarde y noche y tuvo necesidad de aprenderse dos nuevos números y comprar más ropa. Cobraba su tanto por ciento de las consumiciones, birlando en buena lid a las compañeras todos los clientes que podía a fuerza de simpatía, y apretones de vientre y de besos y magreo bajo el mantel de las mesas, y terminaba todos los días a las cuatro de la madrugada con los pies deshechos, un terrible dolor de cabeza y alguna que otra veloz carrera hacia el taxi para escapar de algún viejo empeñado en llevarla a la cama. Guillermo aparecía de vez en cuando, cada vez más bronceado, pero siempre con el mismo extraño humor, organizando escándalos y dejándola a ella en difícil situación con el gerente.

Miguel veía a veces a Guillermo irrumpir en su habitación en las horas más absurdas y siempre borracho. Cuando la redacción quedaba vacía, por las tardes, Miguel se quedaba a menudo a charlar con el cronista deportivo que compartía su despacho, un tal J. Ramos García, hombre alegre y charlatán que tenía unos ojos saltones y lacrimosos y una gran papada azulosa, fina y muy bien rasurada bajo su ancha cara de rana. En realidad, J. Ramos García no escribía para Semana-Gráfica, sino para una de las revistas deportivas que salían de los mismos talleres. Aparecía sólo de vez en cuando y por temporadas, trabajaba para varias revistas y periódicos y frecuentemente se desplazaba al extranjero con expediciones futbolísticas, enviando luego unas extrañas crónicas en las que hablaba del partido con detalle y metáfora trascendente, del paisaje que veía desde el avión y de los vinos exquisitos que fueron servidos en la cena homenaje a los jugadores. No tenía horario fijo y gustaba de trabajar en su mesa de Semana-Gráfica porque allí disponía de un fichero muy completo y porque decía necesitar de

vez en cuando la repugnante compañía de jovenzuelos resentidos como Miguel.

—Es como una purga. Eres un cochino resentido que no hará nada en la vida; pero te necesito de vez en cuando. Otra cosa que hay en ti es que no sabes beber. Pero es igual, acabarás escribiendo acerca de la copa de Ciudades en Feria…

Entonces dejaba de aporrear la máquina, sacaba una botella de picón que guardaba en el fichero y decía con orgullo «soy uno de los pocos bebedores de picón que quedan en este país». Invitaba a Miguel y él se ponía a beber en una larga y verdosa copa especial que reservaba para aquellos cochinos ratos de depresión. Miguel le decía que se fuera a hacer gárgaras, que dejara de lado a los lamentos, y entonces J. Ramos García, blandiendo la botella, hablaba de un libro que tenía en la cabeza y que pensaba escribir uno de estos días para tirar de espaldas a todo el mundo. Y cuando veía que Miguel empezaba a hablar de política le interrumpía diciendo.

—Yo, de eso no sé nada. ¡Beeeeeee…!

Otras veces salían juntos y se iban a una taberna próxima a comer una docena de ostras y a beber vino blanco hasta las diez de la noche. A menudo se les unía un grupo de oscuros cronistas deportivos que también frecuentaban el bar, pero que no comían ostras porque no daba para tanto el indecente sueldo, uno de ellos acompañado de alguna mujer siempre distinta que nunca era la suya, que permanecía sentada muy quieta y sonriendo estúpidamente hasta que los labios le dolían de aburrimiento, en tanto ellos maldecían y se quejaban de todo con chistes y chascarrillos. J. Ramos García ponía a menudo cierto empeño en invitar y llevaba siempre la voz cantante.

A últimos de aquel mes de junio, Miguel se cansó de ellos e hizo todos los posibles por evitarlos. J. Ramos García desapareció de pronto tragado por alguna de sus Copas Continentales y él trabajaba hasta muy tarde en traducciones y luego se tumbaba a dormir un rato antes de ir a cenar a cualquier sitio. En todo este tiempo, Lavinia fue a buscarle dos veces con el coche para ir a Rosas. Miguel no permanecía en Rosas más de dos días —ella temía aún alguna imprevista llegada de Arturo—, tomando el sol en la playa junto a un cuerpo nuevo y desconocido de Lavinia, completamente

quemado, calmoso y soñoliento. La tienda de Lavinia, no muy abastecida aún, estaba encarada al puerto y en materia de objetos inútiles tenía un poco de todo, desde toros y bailarinas de trapo para turistas hasta artísticos ceniceros de cobre, cajas de música y espigadas figuras del Quijote. La entrada estaba totalmente cubierta de toallas de colores, sombreros de paja, pañuelos y mantones. No era, desde luego, lo que ella había deseado en un principio, pero parecía satisfacerla. Tenía de dependienta a una chica del pueblo, paliducha y seria, y estaba buscando otra más. Ella misma se había cuidado de amueblar el piso de arriba, donde vivía, con algunos muebles recios y antiguos de la casa de su madre en Sitges y otros que compró, y todo tenía un aire rústico y luminoso con las paredes encaladas, ristras de ajos y de tomates colgando del techo, barcos de vela en los estantes, redes de pescador, ánforas verdosas o rojizas y manojos de hierba fragante. Lavinia se movía feliz en medio de sus cosas, descuidada, tarda, indolente, con un diminuto pantalón corto azul deslucido, un niqui blanco sin mangas y unas sandalias con una tirita de plástico. Miguel quería quedarse todo el verano, pero ella decía que no era todavía el momento, que ya le avisaría. Le calmaba con besos y mimos sobre la blanca sábana mientras escuchaban el rumor del mar y de la noche que entraba por la ventana abierta. Caminando descalzos sobre la fina arena, abrazados, bajo una luna amarilla y redonda, se prometían y estaban seguros de que acabarían viviendo juntos para siempre en aquel lugar, y él hablaba largamente de todas las cosas que no había podido conseguir en la vida, hablaba de todos sus fracasos y sus desengaños con una voz rota que a ella le parecía hermosa: bebían mucho.

Lavinia le llevaba a Barcelona en coche y entonces se quedaba un par de días. En la ciudad él volvía a perder la esperanza y le renacían las ganas de trabajar en algo productivo. Una noche se le plantó Guillermo en la habitación. La luz hirió sus párpados, despertándole. Se había dormido vestido, cara al techo, bajo la nuca un brazo que ahora le dolía. Al pie de la cama, Guillermo Soto mantenía la puerta abierta, retorciéndose de risa, con aquella americana a cuadros y sucia de grasa y el rostro gris y como de polvo bajo un mechón caído de sus cabellos. Lo único limpio que llevaba era la camisa blanca.

Miguel se incorporó en el lecho, restregándose los ojos.

—No fastidies, Guillermo.

Le vio cerrar la puerta con el pie, riéndose todavía, la mano hundida en el bolsillo del pantalón y cogiéndose el sexo como si le doliera.

—Oye, auténtico. Acabo de llegar de Tamariu con el cacharro, llevo ya no sé cuántas noches viviendo conyugalmente con mi mujer y por lo visto aún no ha pasado nada.

—Estás completamente loco. ¿Qué hora es?

—Las diez y media. Dime, ¿qué tal va tu empleo de sepulturero, eh?

—No va mal, si uno se deja el estómago y la cabeza en casa. —Soto dio unas largas zancadas por el cuarto. Su americana olía fuertemente a tabaco rubio y a gasolina. Dijo:

—Y bien, ¿no tienes por ahí un traguito de algo?… Esta habitación me aplasta, Dot, me llena de desaliento.

Oye, oye, ¿qué es lo que veo? ¿Te has comprado un traje?

—En serio, Guillermo, ¿no piensas frenar un poco? —Estaba sentado en el borde de la cama, soñoliento, inmóvil, con una joroba de indiferencia y de soledad en los hombros. Bostezó—. Caray, necesito comer algo. ¿Nos vamos a cenar?

—Paso —dijo Guillermo—. Pero puedo dejarte donde quieras; me he traído la tartana, el precio de mi posible paternidad… ¡Brrr…!

Miguel murmuró, bostezando:

—Guillermo, ¿no te cansa esta vida de payaso?

Soto se estaba quitando la americana, la camisa y la corbata. Tarareando un himno, agarró el jarrón, echó agua a la jofaina y empezó a lavarse el pecho, el cuello y la cara. Su piel estaba enrojecida.

—¿Qué pagas por esta jaula? —preguntó.

—Doscientas al mes. Una ganga.

—Está francamente ruinoso. Algún día te sacaremos de entre los escombros. —Se volvió hacia Miguel con los brazos abiertos, chorreando agua por todos lados—. ¡Demonio, yo no me entiendo! A veces me pregunto por qué sigo en esta ciudad imbécil y pulcra y ordenada como una sardana. Una toalla, dame una toalla… ¡Ah, el orden, el sagrado orden, que nadie lo rompa!

Miguel le arrojó la toalla al rostro. Resoplando como un caballo, sin dejar de hablar, Soto se frotaba el rostro y los cabellos con violencia.

—¿Tú sabes, hombre con proyectos escondidos en la manga, para qué sirve el orden?

—Sí.

—¿Para qué?

Miguel volvió a bostezar, sentado en el catre y con las manos colgando entre las piernas.

—Para que sonrían los niños de los suburbios.

—¡Perfectamente! —exclamó Guillermo—. Ahora ya podemos ir a beber algo y escuchar a Mahalia.

Miguel le miraba con expresión divertida y pensativa.

—No eres el mismo desde tu vuelta de Alemania.

—Heidelberg fue rotundo. Allí descubrí que vivir, a veces, puede incluso ser una gran cosa. ¿Qué cosa? Cualquier cosa. Hice amistades. Tenías que haber visto aquellos estudiantes alegres e ingenuos. ¡Dios, ¿y cómo lo consiguen?! ¿Cómo pueden ellos conservar esa ingenuidad? Recuerdo a las muchachas leyendo y tomando el sol a orillas del Neckar, en shorts o con las faldas subidas. ¡Ah, maravilloso río! ¡Viejo y querido río! El sol era pálido y no siempre acudía a la cita. Ellas tenían los libros de texto sobre sus largas piernas coloradas y fumaban… ¡Maldita sea!, ¿pues no me estoy poniendo triste? —Arrojó la toalla y se puso la camisa—. Dime, ¿qué se sabe de Lavinia?

—Lo de siempre.

—¿Sabes?, estoy muy contento de este amor. Es delicioso que os améis, que os necesitéis, que os toquéis. Es realmente bonito. Me hace sentirme joven, mira. Oye, ¿y Gabriela?

—No sé. Acabará en los Hogares Mundet con un delantal y sirviendo la comida a los ancianos y a los huérfanos.

—Naturalmente, sólo los domingos —añadió Soto—. Bien: un nuevo ejemplo de las virtudes que adornan a la mujer española.

—Bueno, semental, termina y vámonos —dijo Miguel levantándose de la cama—. A propósito, ¿cómo está María José?

—Divertida.

—¿Qué quieres decir?

Miguel se echó agua al rostro con las manos ahuecadas y luego

se secó con la toalla, Guillermo se ponía la americana. Dijo:

—Pues eso, que está divertida. Y también esperanzada. ¿Qué tal?

Terminó de abrocharse la americana y se plantó frente a Miguel, erguido como un palo, sonriendo. Tenía el nudo de la corbata incrustado bajo una oreja.

—Encantador. A ver esa corbata…

Bajaron sin prisa. El tapizado del coche desprendía un fuerte olor a aceites para la playa y a cuerpos desnudos. Tras el asiento posterior había un montón de ropa sucia, toallas de colores, libros, jerséis y una botella vacía de ginebra Larios.

—¿Desde cuándo bebes esa porquería? —preguntó Dot.

—Di mejor desde cuándo no la bebo. Mira, he decidido cenar contigo. Pero primero pasaremos a recoger a Palmita, hoy es su día libre. Incluso puedo invitarte, ya ves.

Cruzaron Vía Augusta y rodaban lentamente Balmes abajo. Miguel escogió el sitio donde cenarían.

—¡Hombre, no! —repuso Guillermo—. Aquello está lleno de genios, es un asco. Vamos, que sientes nostalgia de tus tiempos de dignidad profesional, ¿no es eso?

—Tengo hambre, eso es todo. Hambre de una tortilla de espinacas y sed de un vaso de vino servido por Lolita. Y no siento nostalgia de nada.

—Como quieras, pero a Palmi no le va a gustar. Hace algunos días estuve con mi mujer en una fiesta, en casa de los viejos. Celebraban no sé qué cosa. ¡Algo imposible! Una gente extraña. Había aceitunas de varios colores y tamaños. Había gente que charlaba, unos de pie, otros sentados. Había muchachos y muchachas que no se besaban. Nadie se amaba allí, nadie se deseaba, nadie se tocaba, nadie se necesitaba. Un asco. Y había…

—¡Cuidado!

Guillermo maniobró tranquilamente hacia el bordillo mientras una moto, a su lado, iba haciendo eses como en un delirio de terror.

—Nada, no es nada. La prisa que tiene. ¿Qué te estaba diciendo?

—Déjalo. ¿Cómo está Mari? —volvió a preguntar Miguel.

—Cómo quieres que esté. Imposible. Todas las noches se acuesta conmigo, en silencio, sin molestar al principio, sin hacer el menor ruido.

—¿Ha venido contigo?

—Sí, debe de andar por ahí concediendo audiencias a Gabriela y compañía.

—Mari te quiere —dijo Miguel.

—Sigue pareciéndome horrible, chico. —Soltó una risa de conejo y frenó bruscamente en medio de un paso de peatones. La gente empezó a cruzar. Un hombre encorvado que llevaba la americana en el brazo apoyó una mano en el morro del motor, y miró a Guillermo con aire despectivo. Guillermo le saludó con la mano—: ¡Sí, hombre, esa gente que tiene coche! ¡Cochinos capitalistas! Sí, hombre, haces muy bien. A propósito —añadió dirigiéndose a Miguel—, el otro día me cargué a un farmacéutico en Tamariu. Fue muy divertido. —Hizo una pausa para poner el coche otra vez en marcha y añadió—: El individuo aquel tenía una cadena de farmacias y ganaba el dinero a carretadas. Mari se enfadó mucho, pero yo no pude evitarlo. Ocurrió así: tuve una discusión con un tipo gordo que dijo que era farmacéutico, y ya sabes que yo opino que todos los farmacéuticos son unos ladrones y unos hijos de tal, aunque de momento no dije nada. Mari estaba en el hotel haciendo no sé qué. Yo estaba en la playa tumbado panza abajo y veía su asquerosa barriga blanca de farmacéutico a mi lado, y pensaba que era un cochino ladrón y un hijo de tal por encarecer tanto las medicinas y que alguien tenía que decírselo de una vez. Oye, estaba obsesionado con la idea de que alguien tenía que decírselo. Y voy y se lo digo. Le dije: farmacéutico, es usted un hijo de puta y un ladrón por encarecer tanto las medicinas. Oye, tendrías que haber visto cómo se puso. Luego procuré dormir y no escucharle, hasta que vino Mari chillando y dijo que había perdido un cliente y el afecto de una buena persona por mi culpa, y que yo estaba alcoholizado y que no había nada que hacer conmigo…

Frenó delante del Choto y abrió la portezuela.

—¿De verdad no prefieres cenar aquí y escuchar un poco de música? Palmi tiene alguna amiga que está muy buena. Es un ángel, chico. Te juro que si pudiera me casaba con ella, sólo para morirnos de risa juntos. Su olfato es de lo más divertido y desconcertante. ¡Confunde el olor de los pastelillos con el capitalismo! Bueno —añadió bajando del coche—, espérame aquí.

Miguel conectó la radio. Se sorprendió al ver a la muchacha; le

pareció que estaba más bonita que nunca, bronceada, más delgada y esbelta. Llevaba una falda de color amarillo pálido, plisada, zapatos blancos y una blusa blanca parecida a una camisa de hombre. Besó a Miguel en la mejilla y él se sentó detrás. Cuando llegaron a la plaza Universidad, Guillermo buscó un sitio para aparcar el coche y prefirió caminar un rato. Se adentraron por Joaquín Costa. El cielo estaba ligeramente rojizo, la noche era sofocante y húmeda abajo, en las calles mal iluminadas y cruzadas a trechos por el denso vaho que salía de tiendas y bodegas. Doblaron una esquina a la derecha y se pararon frente al restaurante para dejar pasar a dos mujeres con vestidos floreados de faldas amplias y acampanadas. Palmita les saludó con una sonrisa, pero ellas no quisieron darse cuenta o no la reconocieron. Guillermo deletreaba con dificultad frente a los cristales pintarrajeados: «Comidas económicas», «Vinos», «Ostras».

Al fondo había una mesa, algo separada de las demás, que ocupaban tres hombres jóvenes. Tenían las americanas colgadas en el respaldo de las sillas. Habían terminado de comer y fumaban en silencio, de codos en la mesa, con aire aburrido. De pronto uno de ellos se levantó, aplastó la colilla en el plato de los postres y dirigió una larga mirada al local. No vio todavía a Miguel, que ahora se había parado a saludar a un pintor. El restaurante estaba lleno por completo y todo el mundo parecía chillar en vez de hablar.

—Yo me largo a dormir —dijo el que se había levantado—. ¿Vienes, Ramón?

—Quisiera ver a Suárez.

—No vendrá.

—Le esperaré cinco minutos.

El otro cogió la americana y se la puso mientras se iba. Apretaba un mondadientes con los labios, masticándolo. Se cruzó con Miguel sin verle, espalda contra espalda. Los otros dos se levantaron también.

—Ya podemos irnos.

—¿No esperas a Suárez?

—Lo que quería era sacudirme a ése. Está insoportable cuando se le retrasa algún giro.

Hablaba con acento madrileño. Se echó la americana sobre los hombros. Vestía ropas caras, pero con descuido.

—Tú, espera, mira quién ha llegado —dijo el otro.

Vieron a Miguel, delante de Guillermo y de Palmita, buscando una mesa vacía.

—¿Qué hacemos?

—Hombre, un minuto —dijo Ramón haciéndole una seña a Miguel. Volvió a sentarse—. Hace un siglo que no veía al faldón ése.

—Vámonos, que nos dará la noche.

—Sólo un minuto, caray.

—Hola, Ramón —saludó Miguel—, hola, Navarro…

—¡Hombre! Te hacíamos muerto. —Se dieron unas palmadas. Miguel les presentó a Guillermo y a Palmita, que se sentaron en seguida y se enfrascaron en la lectura de la carta, muy juntos. Miguel también se sentó, sin decir nada más, y empezó a sacudir unas migas de pan con el revés de la mano. El llamado Navarro añadió—: Precisamente nos íbamos.

—Ya veo.

—A veces vamos a comer al Hogar Provincial, es más barato. —Navarro seguía de pie, impaciente por irse—. Bueno…

Por el contrario, su amigo Ramón, seguía sentado, sonriéndoles mientras observaba a Miguel largamente.

—Te encuentro muy bien, chico —dijo. Se echó para atrás con la silla—. Muy equilibrado, diría.

—¿Qué se dice por Madrid?

—Pues nada. Todo igual. La familia que me quede, que qué hago aquí, zascandileando, con la filología románica y tal. Nada. Están con el mes. Ahora duermo en casa de éste. Pero volveré allá en cuanto pueda: aquí no hay nada que me retenga.

—¿Te refieres a «Ensayo», por casualidad? —dijo Miguel.

—Bueno, yo me voy —decía Navarro.

Guillermo lanzó un bufido, mirándoles, y luego besó a Palmita en el cuello. Había encargado ya una ensalada para tres y el camarero la trajo junto con una botella de vino y vasos. Miguel pidió una tortilla de espinacas. Ramón se echó a reír.

—Veo que tu paladar sigue siendo prole, Dot. En cambio, he oído decir que tus gustos literarios han cambiado inesperadamente. Todo el mundo está asombrado.

Miguel no le miraba. Empezó a comer.

—Hala, decid todo lo que pensáis y terminemos de una vez. Seguro que me hacéis llorar.

—¡Jo, jo y jo! —hizo Navarro apoyando las manos en el respaldo de la silla.

—Suárez me contó la visita que te hizo —dijo el otro.

—No habéis cambiado en nada, ¿eh? —replicó Miguel—. Así me gusta, así me gusta. Moriréis en olor a santidad. ¿Dónde está Forga, y Loren, y los otros…?

—No sé, ya no vienen por aquí.

—Loren terminó el doctorado, con una tesis monstruosa por cierto, y regresó a casa con papá —dijo Navarro—. Ése es otro que se parece a ti.

Ramón se levantó, mirando el reloj.

—¡Ahí va, lo tarde que es! Nos has encontrado de casualidad. La próxima vez avisa.

—Ah, muy bien —dijo Miguel—. Yo, dentro de media hora tengo que estar en la sala de recepciones de Avenida Palace. Voy con la esposa de mi director. Hay whisky y nenas.

—¡Jo, jo, jo! —hizo Navarro.

—Haces muy bien, te lo digo en serio —opinó Ramón dándole unas palmadas en la espalda—. Adiós, ya nos veremos.

—¿Quién dice que no? Hasta pronto.

Les observó mientras salían, masticando despacio con la cabeza ligeramente echada para atrás. Guillermo explotó.

—¡Pero ¿quiénes son esos carcamales?! ¿Has visto, nena? Vaya unos tipos sórdidos y deprimentes. Causa verdadero pavor, Miguel, conocer tu pasado. Haz como yo. Abandónalo todo y dedícate a observar la vida.

—Pero yo no estoy casado con una mujer rica como tú.

—Pues cásate. Harás feliz a mamá.

Pidieron otra botella de vino. Luego de cenar, Guillermo quiso ir a una cueva de jazz. Aquello era la tumba para Miguel, que estuvo allí media hora y luego se fue. «Me acercaré a ver qué pasa en esta recepción del Avenida —les dijo—. Encontraré a Julia seguramente, Soler anda por Madrid, creo…». Guillermo no hizo nada por retenerlo. También a él le había puesto de mal humor el encuentro con los viejos amigos en el restaurante, y se quedó allí, escuchando la música con aire aburrido, sentado junto a Palmita.

—Estabas durmiendo —dijo Julia escalando un taburete en la barra—. Habría jurado que estabas durmiendo. Es imperdonable.

Él volvió la cabeza.

—Vaya. No te pierdes ni una, ¿eh?

La sala era grande y lujosa, rosada, llena de luz. La gente bajaba y subía despacio por la escalera alfombrada que conducía al «hall». La recepción era en honor de unos congresistas extranjeros, que vagaban prolijos y sonrientes por todo el hotel con un disco de cartón colgado en la solapa. Miguel apuró su café y pidió un coñac. Luego estuvo hablando un rato con un fotógrafo de la revista, le dio cuatro instrucciones, le dijo que escribiría el texto de acuerdo con las fotografías y que no se preocupara de nada, que lo único que quería era que no le molestaran. Cuando el fotógrafo se alejó, Miguel le hizo beber a Julia un gin-fiz.

—¿Qué sabes de Andrés?

—Pues nada. Supongo que está bien. Mañana regresa.

Bajó del taburete y se alisó la falda. Llevaba también una blusa azul con un calado sobre el pecho, de manga larga. Se mezcló con la gente, de lado, tensando el vientre y con los brazos ligeramente en alto. Miguel permaneció allí un rato, inmóvil, mirándose las puntas de los zapatos. Nuevamente aquella sensación insoportable de estar esperando nada, aquella sensación que le había llevado al restaurante y que le había obligado a sentarse en la mesa de ellos aunque no quería, le inundó ahora crispando sus puños dentro de los bolsillos del pantalón. Dio media vuelta, repentinamente, y se fue en pos de Julia, que ya había empezado a subir la escalera. Veinte minutos después estaban sentados en la terraza de un bar, cerca de la Plaza de España. Julia pidió un helado. Miguel le confesó que estaba pasando unos días de verdadero fastidio y que ni él mismo podía soportarse. Sin saber exactamente por qué, empezó a hablar de Lavinia y acabó contándolo todo con gran profusión de detalles, complaciéndose en ello, revolcándose en su propia voz decaída y lánguida: estaba harto, quería cambiar de vida, iniciar una existencia más sosegada. Confesó que no sabía lo que era el amor, que no lo había sabido nunca y que tenía ya la sospecha de que pronto sería demasiado tarde para saberlo, pero que, sin embargo, necesitaba a Lavinia y a su modo la quería, sin duda, quizá precisamente porque representaba un poco ese maldito

mundo familiar que era el suyo por herencia, aunque no quisiera. Después de liquidar un par de ginebras empezó a complacerse en frases así o parecidas: «Con talento o sin él, Julia, uno es un intelectual de mierda. Y yo no quiero vivir contra la Historia». «Me salí de donde no quería estar y ahora estoy solo, me siento aislado, como el guardián de un faro, que no vive ni en el mar ni en la tierra…». Y cosas por el estilo. Tal como esperaba, Julia Lemos reaccionó al modo exquisito de estas señoras que, un día, inexplicablemente, la vida las ha arrinconado: quiso redimirle. Y empezó a hablar de cierto necesario orden en la vida del hombre, de las buenas maneras, de no caer en lo bajo —si no hay más remedio, sin mancharse—, de ese buen tono, etc. Ella no era una puritana, naturalmente. Pero uno puede mantenerse limpio incluso en medio del fango, sólo hace falta esa clarividencia de las personas civilizadas y ese buen tono.

—No olvides —añadió con una voz que estaba perdiendo seguridad por momentos— que yo tengo cierta experiencia de todo eso. Tú me conociste de soltera, cuando hacía cine y tú eras aún más crío que ahora. —En este punto no pudo, por más que quiso, evitar un ligero estremecimiento de hombros. Y notó que el extraño galimatías que hablaba acerca de la virtud complaciéndose a medidas con el placer estaba a punto de jugarle una mala pasada… — Bien. Está olvidado. Tú eras un periodista jovencito y simpático que andaba buscando alguna aventurilla y yo una muchacha que quería triunfar en el cine. La cosa no tiene nada de particular. Desde que me casé soy feliz… Pero, cuidado, tampoco vayas a pensar que me he convertido en una vieja puritana. No creas; si algún día, por esas cosas de la vida, llego a encariñarme de un hombre sincero y bueno, pues no sé… Yo estoy siempre dispuesta a comprenderlo todo, Miguel. Todo, menos esa vida de borracho y de mujeriego de la cual te quejas y con razón. ¡Eso es muy vulgar! ¿No ves que no puede satisfacerle a un hombre como tú?…

Mientras, Miguel seguía bebiendo más y más. En cierto momento, con la cabeza muy gacha, le cogió la mano a Julia y empezó a acariciársela con aire inofensivo y casual.

—Lo que tú necesitas —decía ella— es una mujer especial, una mujer libre e inteligente, que ame tu trabajo y que sepa conducirte en ciertos momentos de la vida. Eres tan niño, a pesar de estas cosas

horribles que dices siempre…

—Bah. A mí sólo me interesa la cama y una pizca de talento para evitar la monotonía —dijo él. En seguida buscó su mirada, clavándole los ojos claros con una expresión compungida—. De todos modos, tienes razón.

Más tarde, del modo más natural, con palabras suaves y como muertas que no podían herir los oídos de nadie, él le propuso volver a pasar una noche juntos. Después de aquella conversación propia de espíritus selectos, ella no podía escandalizarse. Pero se negó. Lo hizo en términos encantadores, muy cariñosa, con el aire de una mujer de mundo que alega una leve jaqueca. Tal vez había ido demasiado lejos con su extraña teoría de la virtud, tal vez más tarde se arrepentiría. Sea como fuere, se negó con la ayuda de una sonrisa y con unos tiernos, benévolos golpecitos de su mano en la rodilla de Miguel. Ahora, los dos prestaban atención a los tranvías que daban la vuelta a la plaza con interminables chillidos de hierro viejo, miraban las luces de Montjuïch, los extranjeros, las parejas, los coches. Miguel se encerró en ese mutismo tan triste, tan ibérico, del macho rechazado. Cuando Julia insinuó que se hacía tarde, él dijo que se quedaba allí a beber.

—Haces mal, Miguel —dijo—. Prométeme por lo menos que no te has enfadado. Te aprecio muchísimo pero no me gustan las cosas así, en frío—. Sonrió. Empezaba a sospechar que todo aquello era absurdo y ridículo—. No hay motivo para que no sigamos siendo amigos como siempre, ¿no crees? —a él se le oyó algo parecido a un gruñido. Le tendió la mano y Julia se levantó. Luego, cuando hubo puesto el motor en marcha, a punto de arrancar, le miró a través de la ventanilla y agitó la mano. Vio que Miguel esbozaba una sonrisa más bien maliciosa, muy viril.

Antes de llegar a su casa había ya decidido acostarse con él. Pero otro día.

Aquella noche, Miguel fue a dormir a su casa. Era algo más de la una cuando llegó a la plaza Artós, hundido en el asiento de un taxi. Vio al viejo guardián de la obra sentado en un banco, frente al columpio de los niños. Ya no hacía fogatas; las noches eran cortas y cálidas y él dormitaba sobre un banco o fumaba recostado en las tablas de su barraca de madera. En el piso, Miguel se fue directamente a la cocina y se bebió un vaso de leche fría que

encontró en la nevera. Había luz en su habitación, arriba en el altillo, y oyó la voz de su hermana Isa.

—¿Eres tú, Miguel?

—Sí.

Isa bajó unos peldaños y asomó la cabeza. Iba en pijama. Estaba estudiando. Miguel se desnudaba.

—¡Uf! Estoy harta —dijo ella sentándose en la escalera—. Me alegro mucho de que hayas venido. ¿Sabes que papá lleva dos días sin salir de casa? No sé qué del hígado; ayer tenía fiebre. Se ha enterado de que trabajas en esa revista y está contento.

—Isa, tengo mucho sueño.

—No ha hecho ningún comentario, pero yo sé que está contento. Conozco a papá. ¿Quieres un cigarrillo? —Sacó el paquete del bolsillo del pijama y lo tiró sobre la cama de Miguel—. Yo no quiero fumar más esta noche.

Miguel se sentó en la cama, con el torso desnudo.

—Cuando termine este cigarrillo —dijo—, a dormir. Mañana tengo que levantarme temprano para ir a la redacción —mintió, puesto que había decidido ir muy tarde o no ir—. ¿Cómo está María Jesús?

—Supongo que bien. En La Escala. Yo iré a últimos de mes. Oye, estás moreno. ¿Has ido a la playa? —Miguel fumaba en silencio, con los codos en las rodillas. Pensaba en que mañana, si se levantaba tarde, no podría evitar un encuentro con su padre. Isa añadió—: Desde luego, tengo el hermano más guapo del mundo, pero es un antipático… ¿Sabes lo que te digo? Que me voy a la cama.

—Nena, perdóname. Tengo muchos quebraderos de cabeza —aplastó el cigarrillo en el suelo y se tendió en el lecho—. Apaga la luz, ¿quieres? Ya sabes que Miguel te adora…

Ella empezó a subir la escalera, refunfuñando. Menudo cuento tienes tú, decía. Miguel se durmió pronto a pesar del mal humor, o quizá por ello mismo. Al día siguiente se levantó a las diez. Realizó en silencio y sin tropezarse con nadie las operaciones de siempre: se duchó, se afeitó, se envolvió en el albornoz y se encaminó hacia la terraza para sentarse bajo el parasol. Supo por Pilar que su madre estaba en la iglesia y que a Isa la había venido a buscar una amiga: «Y el señor está en la biblioteca», añadió en un inesperado y

chocante tono de complicidad. Miguel decidió verle ahora, puesto que, habiendo resuelto quedarse a comer, tarde o temprano acabaría enfrentándose con él.

Su padre estaba sentado en una butaca, de espaldas al balcón abierto. Vestía el pantalón de pana verde y el batín corto color granate que siempre usaba para trabajar en casa. Sobre las piernas cruzadas tenía una carpeta negra, cerrada, y sobre ella una carta que había terminado de escribir y que estaba repasando. Era un hombre de pecho hundido y rostro chupado, con grandes bolsas moradas bajo unos ojos sin luz, tardos y fatigados. Al ver aparecer a Miguel levantó la cabeza despacio y sin demostrar sorpresa. Miguel se ciñó el albornoz y se alisó con la mano los cabellos mojados.

—Hola, papá. ¿Cómo te encuentras?

El hombre volvió a inclinar la cabeza sobre el papel.

—¿Tú por aquí? —murmuró. Miguel rodeó la mesa escritorio, de espaldas a él, y simuló buscar un libro que necesitaba.

—¿No había por ahí un «Martín Fierro», papá? Estoy preparando un artículo y quisiera meter algunas citas…

—Había —dijo su padre—, no sé qué se hizo de él.

La piel de su cara tenía un tono verdoso muy pálido. Miguel le encontró más viejo y acabado que nunca, y se preguntó si no habría estado muy enfermo. Mientras miraba los libros alineados en los estantes, rozando sus lomos con el dedo —derecho, economía política, historia, legislación social— se sintió envuelto en el malestar de una larga y pálida mirada, no de afecto precisamente, sino de pesadumbre y de temor, o de lástima tal vez; en todo caso una extraña mezcla de sentimiento que, teniendo en cuenta la ideología de su padre, Miguel no quería confundir con el cariño. En seguida, en el silencio de la habitación se oyó el rasgueo de la pluma sobre el papel. Era una habitación amplia, puesta con el mismo lujo recargado, un tanto sombrío y pasado de moda que el resto de la casa: molduras complicadas, cortinas y alfombras y aquel olor regio y patrimonial de las dos viejas sillas de madera labrada, enormes, erguidas, con su aire de orgullo jamás sometido.

—Hay otro ejemplar en mi cuarto, de la Austral —dijo de pronto su padre—. Supongo que te servirá lo mismo.

—Sí, desde luego —se volvió—. Me lo llevaré, si no te importa —. Se sentó frente a la mesa y se cruzó de brazos. Pensó que podía

hablarle de su empleo en la revista, quizá en términos de sumisión, pero no necesariamente. Sonrió—. Supongo que ya sabes que trabajo para Semana-Gráfica. Así que, en cierto modo, has acabado por tener razón…

Su padre dobló el papel y lo puso dentro de la carpeta. Hablaba en un tono de absoluta indiferencia, como si no prestara atención a sus propias palabras.

—Ya sabes que yo siempre he dicho que hay que empezar por abajo. Confieso que me sorprendió tu decisión… No es una buena revista ni lleva camino de serlo jamás, pero es una publicación de gran tiraje, y si uno sabe superarse… No recuerdo quién la dirige, pero conozco a Galea. Actualmente está muy alejado del periodismo, tiene otros negocios que reclaman su atención, pero es el propietario, y si crees necesario…

—Papá, por favor, no necesito nada.

El hombre le miró.

—Bien —dijo. Se apretó los párpados con los dedos, con gesto cansado—. No sé cuáles son tus intenciones. Pero te conozco. Miguel. Imagino que no deseas quedarte en un semanario toda la vida.

Miguel hizo un gesto vago.

—Oh, no, claro está. Necesitaba dinero, eso es todo.

—¿Y las traducciones?

—Es sólo una ayuda, ya sabes.

—Por si te sirve de algo, te diré que tus traducciones se tienen en gran estima. También he leído algunos trabajos tuyos en la revista: están hechos con los pies.

Miguel sonrió.

—Lo sé.

Adivinó que, desde luego, el viejo no se refería a la posible calidad literaria de los textos, sino a ciertas ideas que él consideraba corrosivas. Después de una larga pausa, Miguel dijo:

—Isa me ha contado que tu hígado vuelve a darte quehacer.

—Poca cosa. —Se levantó y dejó la carpeta sobre la mesa—. ¿Te quedas a comer? ¿Es que hoy no trabajas?

—Me dejan bastante suelto.

—Ya, ya veo. —Avanzó unos pasos, encorvado, en dirección a la ventana—. Mira, puesto que no tardarás en abandonar a esa

gente…

—¡Por Dios, papá, te he dicho mil veces que no te preocupes!…

—Cállate. No me preocupo, no digas tonterías. Tú sabrás lo que haces. Solamente quería decirte algo que podría interesarte. —Miguel dejó escapar un suspiro de cansancio y sonrió con cierta pena: el viejo seguía empeñado en nombrarle heredero… Sin embargo, aquella vez Miguel se equivocaba—. ¿Te crees lo bastante preparado para llevar una corresponsalía en París? Algo sobre la vida artística y literaria, sin grandes complicaciones. Creo que te sentará bien una temporada fuera del país… Conozco a muchos que no lo pensarían ni un minuto.

Miguel no pudo disimular cierta sorpresa. Aquello podía cambiar un montón de cosas.

—¿Cuándo lo has decidido? —preguntó.

—Hace tiempo. Había pensado ponerme en contacto con algunas personas, pero luego pensé en ti. El trabajo no es difícil, pero tampoco puedo dejarlo en manos de cualquiera. Bien, ¿qué dices?

Entonces se encaró con su hijo, mirándole con expresión grave, la barbilla ligeramente levantada y las manos en la espalda. Miguel se había quedado pensativo. Descruzó los brazos. ¡Demonio con la vieja guardia! ¡Cualquiera les entiende!

—En principio me interesa, claro —concedió—. Depende un poco de cómo se me resuelva cierto asunto… ¿Sabes?, aún no he renunciado a poner en marcha mi revistilla —hizo una pausa, simulando un aire pensativo. No le daba la gana de entregarse así, tan repentinamente, nunca le habían gustado los sistemas que empleaba la vieja guardia. Añadió—: ¿Necesitas saber algo en seguida?

—En absoluto. Tómate un tiempo, pero que no sea demasiado largo. —Se había sentado en la silla, detrás de la mesa, y dio por terminada la conversación. Había otros asuntos del periódico que reclamaban su inmediata atención. Por cierto: se le iba a dedicar un homenaje a Marañón en el suplemento literario. ¿Le gustaría a él colaborar con algún artículo? No, claro que no, debía haberlo supuesto. Lo comprendía muy bien, desde luego. Bien. Volverían a hablar del asunto de París durante el almuerzo.

Cuando Miguel, bastante confundido, estaba ya en la puerta disponiéndose a salir, la voz de su padre llegó de nuevo hasta él

envuelta en aquel tono cansado, rodando penosamente, y se le reveló de pronto el secreto motivo de aquel magnífico regalo.

—Teniendo en cuenta —dijo su padre al fin— la vida que llevas actualmente y las ideas que esgrimes todavía, me parece lo más sensato y lo menos peligroso. —Miguel se le quedó mirando un instante con una leve sonrisa irónica. Meneó la cabeza. Su padre añadió—: Lo menos peligroso para ti, hijo.

—Ya, ya —hizo él—. Y lo menos comprometedor para el apellido. Bien. Lo pensaré, gracias.

Y salió dando un discreto portazo.

XII

«El Sueño Dorado» se detuvo frente a la boca del metro en las Ramblas, y aflojó de su cuello la suave y perfumada piel de conejo. El gesto fue demasiado sutil y delicado para caber en la mentalidad del policía uniformado que no le quitaba ojo desde el quiosco de periódicos, con los brazos cruzados y una leve sonrisa burlona que la curiosidad tenía en suspenso. Ella notó sus ojos compasivos y fríos; sabía que los paseantes la estaban mirando también, con su media sonrisita, pero se repitió a sí misma que aquella piel era de entretiempo y que la gente siempre sería, en el mejor de los casos, ignorante y entrometida. Estuvo un rato indecisa, con una pierna ligeramente adelantada y en reposo frente a la otra. Hacía un calor prematuro. Los ojos del agente la irritaban. «¿Qué miras, estúpido?». La noche olía a tufos de metro, a flores pesadas y a fatiga. Por encima de su cabeza asomaba el anuncio luminoso de unas gafas que garantizaban el éxito en la vida. «El Sueño Dorado» lo pensó mejor y siguió caminando Ramblas arriba, a pasitos cortos, contoneándose, mirándose los pies con atención igual que si estuviera pisando un mosaico de sugestivos arabescos.

Había salido media hora antes de su habitación de la calle del Carmen, en silencio y de puntillas para no despertar a las mellizas acostadas en la cama turca, espalda contra espalda, medio ocultos sus cuerpecillos flacos y macilentos bajo una toalla de playa y el montón de revistas viejas con las cubiertas arrancadas. «Acabarán por rompérmelas del todo —se dijo—. Pero es igual. Son del año pasado y las cubiertas que me hacían ilusión ya las guardé…». Caminaba por el centro. Una muchedumbre tranquila subía y bajaba, golpeándose los hombros de vez en cuando. «¿Me acordé de apagar la radio?». En los costados de los quioscos, los semanarios deportivos colgaban abiertos por las páginas centrales dedicadas al fútbol. «Sí, la apagué… Triunfe en la vida con gafas…».

Se paró en un quiosco, compró un ejemplar de Garbo y otro de Semana-Gráfica, cruzó luego la calzada y entró en el bar del vestíbulo de un cine. Había un muchacho con chaqueta blanca sirviendo tras la barra.

—¿Me pones un benjamín bien helado, Marcelo?

—Al momento, señora.

—De prisita.

Él no la miró siquiera, percibió solamente su inconfundible silueta aparatosa encaramándose al taburete, muy despacio, con los dedos ligeramente en alto como los alones desplumados de una gallina. Le entregó la vuelta al único cliente, que se fue dejando una moneda en el platillo de loza y mirando jocosamente a la mujer. Él cogió el platillo.

—Gracias, señor.

Le sirvió el benjamín en una fina copa de alto talle. Entonces la miró. Ella no había dejado de hacerlo desde que había entrado, pero sin sonreírle todavía. Era un muchacho de piel atezada y bellos ojos negros, hundidos, de una calidad algo prematura, que sabían mirar oportunamente y con la justa breve intensidad. Llevaba los densos y oscuros cabellos apartados de la frente con una indolencia sólo aparente. En la barra no había ahora nadie más. En el interior, al fondo del vestíbulo, la puerta de cristal del cine se habría de vez en cuando y temblaba un reflejo en ella.

—¿Cuándo, Marcelo, será el día que vendré aquí y no te encontraré? Se conoce que eres un tipo con pocas aspiraciones.

—Si usted sabe de algo mejor…

—Hay un montón de cosas mejores. A patadas. Sólo que hay que moverse.

—¿Dónde?

—¡Hijo, no sé!… Una oficina, por ejemplo.

—No me diga.

—Ese benjamín no está muy helado, oye.

—Lleva poco de nevera. Pero, si tiene usted calor, ¿por qué demonios va siempre tan abrigada?

—¿Abrigada yo? Miren el hombre de mundo. ¡Cuando te digo que nadie te va a sacar nunca de ahí detrás! Son pieles de entretiempo, chiquillo. ¿Es que no lo ves?

—¡Ah!

—¡Eres un murciano y lo serás toda tu vida, Marcelo!

—Bueno, bueno. ¿Y su marido? ¿Y las niñas?

—Bien. Ellas durmiendo como angelitos. Él, por ahí, atiborrándose de vino con Manolo el limpia, como siempre. ¿Por qué me preguntas siempre por él, si no le conoces?

El chico secaba vasos con el paño, recostando una cadera en el mostrador. Sonreía, ladeando la cabeza perezosamente.

—Porque me pirro por usted, Sara. Ya lo sabe usted.

—Qué bien. Lograrás que cualquier día se me ocurra alguna cosa inconveniente acerca de ti. Mira, si no tuviera que irme en seguida tomaría otro benjamín y puede que incluso me decidiera a invitarte.

Él se echó a reír. Seguía secando vasos. Bajó los ojos, abrió la boca echándole aliento al cristal del vaso y volvió a mirarla a ella. La mujer sacó quince pesetas de bolso y las dejó sobre el mostrador.

—Ahí tienes.

—¿Y se puede saber a dónde va la señora esta noche con tanta prisa?

—Huy, algo muy importante. Si supieras. Acaso mi porvenir y el de mis hijas dependa de mi gestión de esta noche… Lo he pensado muy bien, estoy decidida. Pero es difícil de explicar… ¿sabes? Eres un crío y te echarías a reír. Tal vez te enteres algún día por el periódico.

—¡Qué me dice usted! —exclamó él con perfecto aire grave.

—Y ahora, adiós. Me esperan, lo siento. —Bajó del taburete—. No sea que encuentre cerrado. Puede que mañana noche venga a verte y te lo cuente todo, Marcelo, no sé… ¡Huy, Dios mío, qué tarde es! Bueno, todo depende de ese señor de la redacción. Veremos. Una cosa es segura —ahora le miró a los ojos—. Vendré a celebrarlo contigo una noche, a base de champán. ¿Qué te parece?

—Vale.

—Eso es. A base de champán y toda la pesca. —Soltó una risita, llevándose una mano a la boca—: Y ahora, adiós, adiós.

—Buenas noches. Y suerte.

«Se parece escandalosamente a Tony Perkins, el jodido, y no lo sabe» se dijo al salir, caminando Ramblas arriba, por el centro, a pasitos cortos y meticulosos. Se acordó por un momento de las niñas dándose la espalda, pálidas en el sueño, frías, con aquellas braguitas demasiado grandes y recogidas en la cintura. «¡Cuidado,

Sarita, cuidado…!». Apretaba bajo el brazo, con fuerza, las revistas gráficas. «Sabe mirar a los ojos de una en el momento preciso, cuando una lo espera, cuando una justamente lo está deseando…».

Miguel Dot penetró violentamente en la oficina, lanzando la puerta contra el canto de la mesa de José. Volvió la cabeza atrás mientras se quitaba la americana, uno de cuyos bolsillos estaba atiborrado de cuartillas. El chico la miraba conteniendo las ganas de reír.

—¿Qué tal esa interviú?

Miguel continuó, sin volverse, hasta llegar a la mesa de una muchacha con gafas oblicuas que le miraba muy quieta y con una mano inmóvil sobre la máquina calculadora. Miguel recogió unas fotos que estaban sobre la mesa y se alejó en dirección a su despacho. José se levantó acercándose a la muchacha con paso rápido.

—¿Qué ha hecho, Rosa? —preguntó en voz baja.

—Nada, Se ha llevado las fotos de la flamenca ésa.

José ahogó una risotada con los labios prietos.

—Don Andrés le ordenó que sacara una entrevista con ella. ¿Lo sabías…? Me troncho con ese tío. ¿Verdad que es un gran tipo?

—Bueno, vuelve a tu sitio, si no…

—Bah, si es la hora, ¿no lo ves? Tú siempre en la luna. Mira las otras. Anda, que te acompaño.

Algunas muchachas se habían mudado ya el uniforme de la oficina por ropas de calle y daban el último toque a sus cabellos mirándose en el espejito de mano. Dos hombres cruzaron con paso rápido, poniéndose las americanas.

Después de vaciar sus bolsillos y dejar el tabaco a mano, sobre la mesa, Miguel se había sentado frente a la máquina y estaba pasando en limpio la entrevista. Había cesado el repiqueteo de máquinas de escribir en las oficinas contiguas, con intermitencias de campanillas, el sonar de los teléfonos y aquel perezoso ir y venir de las chicas con sus holgadas batas azules con pliegues cayendo desde los pechos. Solamente se oía el rumor de prensas rechinando en el piso bajo. Miguel abrió las piernas, se irguió en la silla y pulsó las teclas manteniendo la cabeza hundida sobre el pecho. Terminaría en

seguida, quería ver a Guillermo. Golpeaba el carro como si le diera cachetes a un crío. Andrés. Soler se acercaba a él, abrochándose con parsimonia los botones de la americana.

—¿Te quedas?

—Sí. Quiero terminar esto.

Soler sonrió.

—No te lo tomes así, hombre. No me negarás que la chica tiene gracia. Le cae bien eso de la Salerosa Nacional.

—No está mal. Llevaba una crucecita de oro entre pecho y pecho, como las buenas zorras hispánicas.

—Bueno, cuando te vayas deja una llave al portero. Y no te olvides de apagar todas las luces. Adiós.

Miguel no le miró salir. Se mantenía en el mismo estado de tensión con que había llegado, con la barbilla clavada sobre el pecho y la espalda rígida. Volvió a la labor. Diez minutos, me bastan diez minutos para componer esta bazofia. Hizo una pausa para encender y en el silencio oyó los pasos de la mujer caminando por el pasillo. La puerta estaba abierta y vio su sombra en los cristales del tabique.

—¿Se puede?… Puedo entrar, ¿verdad?

Asomaba la cabeza. Luego se irguió dando unos pasos. Cruzaba las manos sobre el pecho, apretando las revistas y las pieles.

—Adelante, sí.

—Estaba abierto y pensé…

—Yo no hago suscripciones. Vuelva mañana.

—Es un segundo. Abajo, un señor me ha dicho que aún habría alguien —le miró, un instante con atención y de pronto estalló en su rostro una expresión de júbilo—. ¡Oh, pero usted es Oscar, seguro que lo es…!

Dot cerró los ojos.

—Mire, ya se lo he dicho, si es para una suscripción la chica no está, vuelva mañana…

—No. ¡Yo estoy suscrita desde hace muchos años!

Se sentó frente a él, cruzando las piernas. Dot seguía encarado con la máquina, dándole a ella el perfil. Luego se volvió despacio y la miró. La sospecha le cruzó por la cabeza como un rayo y en principio sintió ganas de echarse a reír. Ahora la miraba detenidamente. «El Sueño Dorado» debía de tener unos cuarenta y

cinco años. Llevaba un anticuado vestido gris perla lleno de complicados pliegues, unos zapatos plateados con púrpura, de tacón altísimo, y la piel indefinible echada hacia la espalda. Su rostro, maquillado con inquietante habilidad, exhibía unos grandes ojos claros y húmedos, como de pez, medio cubiertos por descolgados párpados azules y viscosos. La envolvía un aire de ensueño olvidado o perdido y tenía unos largos y ásperos cabellos negros. Dot apartó la máquina. Ella sonreía, sentada muy cerca, con las blandas piernas cruzadas, su aspecto semejando al de una artista de variedades retirada.

—¿No adivina usted quién soy? ¿De veras no adivina quién soy, Oscar?…

—No tengo la menor idea, señora —mintió él.

—¡Oh, qué divertido! ¡Tantas veces como hemos discutido sobre el séptimo arte y los artistas!…

—Ya —dijo él—. Usted es la consultante que firma como «El Sueño Dorado». —Se echó atrás en la silla y la observó con curiosidad—. ¿Qué desea?

Ella dejó resbalar los párpados. Hablaba con una lentitud exasperante.

—Hace tiempo que quería conocerle a usted, a Oscar, a mi confidente. No le molesta que hable así, con esa franqueza, ¿verdad? ¡Oh, mire, yo soy una mujer que si por algo se azora, que pocas veces le ocurre, es por la falta de cordialidad en las personas! Ya veo que usted es distinto… Realmente no he tenido mucha suerte en la vida, ésa es la verdad, mi marido ha odiado siempre todo lo que en mí representa una sensibilidad artística… Hace muchos años que me suscribí a su revista, y ahora he creído oportuno… Bueno —movió de nuevo los párpados, morosamente, como una muñeca—, en fin, usted que sin duda es un joven sensible, me comprenderá perfectamente. Y pues claro que me comprende, ¡sólo hay que ver sus ojos…! Sinceramente, yo pude haberme dedicado al arte dramático desde muy niña; es una cosa, que, mire, la he presentido siempre. Pero… La vida no siempre la lleva a una donde quisiera. ¡Oh!, por supuesto no exijo nada, ningún privilegio especial para mí, ¿comprende? Lo mismo que las demás, siempre está una a tiempo. Incluso usted lo comprendió en seguida, ahora que recuerdo, y me lo dijo en una de sus respuestas

semanales. ¿No se acuerda?… Oscar, ¿me oye usted?

—Sí, sí, perdone.

Ella le miró tiernamente, envuelta en el halo de su esperanza.

—Lo sabía. Sabía que es inteligente, delicado y amable. Las mujeres tenemos un instinto especial para captar, esas cosas en seguida. Mire, yo tengo dos niñas, mellizas, y mi marido siempre… —se detuvo, pensativa, y añadió—: ¡No será eso un inconveniente, supongo!

Dot se irguió en la silla y apoyó los codos en la mesa.

—Escuche, yo no la aconsejé que…

—¡Pues claro, hizo usted muy bien! Vamos, si supiera usted cómo es mi marido. Me dio usted a entender muchas cosas sin necesidad de decirlas, ¿no es cierto? —abrió su bolso, con mano nerviosa, hurgó un momento en el interior—. ¿Me ofrece un cigarrillo?… Gracias. Pero déjeme antes que le explique algo, por favor. Podría contarle mi vida, es… una verdadera novela. ¡Si él supiera que he venido aquí me mataba! Usted no le conoce, es insoportable, huele siempre a vino, a muelas podridas, a pobre… Trabaja mucho, es cierto. Y es lo que a veces me digo: ¿para qué? La vida tiene que ser otra cosa. Me esconde las revistas, dice que no debo escribirle a usted, dice que todo eso son tonterías. ¡La ignorancia es atrevida, Oscar! Me deja llamarle Oscar, ¿verdad? A veces, por la noche, cuando nos peleamos, he tenido que sufrir la humillación de ver en mi casa al vigilante… Vivo en un sitio horrible. A veces me siento muy sola, ocurre de repente, y entonces me voy de casa… Lo he hecho varias veces, no me asusta la vida.

Él apoyó la cara en las manos. Frotó sus párpados con los dedos.

—Escuche…

—Bien, no quisiera cansarle. No debería dejarme hablar tanto, ¿sabe?

Volvió abrir el bolso. Él adivinó su intención y quiso detenerla. Hizo un gesto vago con la mano, como si quisiera echarla fuera de allí.

—No, espere.

—Es un segundo.

—Le digo que no. Además, esta sección ya no está a mi cargo…

Ella se incorporó a medias y adelantó el brazo.

—Tenga, las cincuenta pesetas para empezar. Y a callar, ¿eh?

¡Ah!, y la foto. Es la cuarta que me hago, pero si a ustedes no les parece bien… ¿Pero qué digo? Es la mejor, desde luego. Lo del dinero, aunque es poca cosa, no sabe usted lo que me ha costado conseguirlo. Mi marido me controla incluso la calderilla, Oscar.

Dot intentó devolvérselo.

—Mire…, con usted haremos una excepción. —Se sentía como un vómito—. Esto me resulta un poco imprevisto. En realidad, nosotros no prometemos nada, no podemos prometer nada, ¿comprende? Sólo publicamos su foto. Con sólo eso se dan por satisfechos muchos abonados, sobre todo los jóvenes… Bueno, perdone —alzó los ojos a ella, realmente apenado—. Tal vez debería hablarle a usted claro… Recoja su dinero.

—¿Hablar claro, Oscar?

—Sí. Voy a serle sincero. Llévese este dinero y la foto y olvídelo todo. Esta clase de revistas, como la nuestra, no merecen que usted se moleste…

Ella sonreía, absorta, con una mano puesta en sus cabellos y la otra en la cintura. Parpadeaba.

—Sinceramente, Oscar, no le entiendo.

—Que es mentira, creo que está claro —se levantó, echando la silla para atrás—. Casi todo lo que lee es mentira, es falso… Por lo menos no es la verdad entera que se merece cualquiera que no sea idiota o memo. ¿Me oye usted? No debe tomárselo en serio.

—¿Pero de qué mentiras me habla?… ¡Oh, usted no me ha entendido, Oscar! Yo no le pido que haga excepciones conmigo, no le pido que me elijan a mí…

—Usted tiene una idea demasiado elemental de la mentira, eso es lo que ocurre.

—¡Oh, vamos, vamos!, coja el dinero y la foto y adelante. Ya me dirá lo que sea. ¿De acuerdo? Tenemos que ser amigos, Oscar, y ahora que nos conocemos tiene usted que seguir ayudándome. ¡Si supiera el bien que han hecho sus cartas…!

—Está decidido —concluyó Miguel.

A mí qué me cuenta, bramó para sí, volviendo el rostro. Está loca, la vieja marrana sentimental. La hemos arreglado, la hemos arreglado bien. Se levantó, aspirando hondo por la nariz. Sabiéndola allí, sentada, sosteniendo el cigarrillo con sus dedos inhábiles, las mustias piernas cruzadas y mostrando las rodillas, con

sus pieles y aquel frágil aire de ensueño circundándola toda, su vida se le antojó de repente un vivo y sangrante muñón apretado en celofán y rociado de perfume… Bueno, podría cruzarme de brazos y pensar que, a fin de cuentas, esta mujer es un caso corriente de estupidez: quiere ser estafada, un caso más.

Entonces oyeron pasos en el corredor y una voz de hombre. De repente ella puso unos ojos de espanto y se levantó de un salto.

—Oscar.

Cuando él apareció en la puerta, donde se detuvo clavando los ojos en la mujer, ella volvió a sentarse con aire resignado, encogida. El hombre no dijo ni una palabra. Aún no había mirado a Miguel. Era un hombre pequeño y fornido, con una gran mandíbula azul, ojos diminutos y rojos y rostro abotargado. Llevaba unos pantalones oscuros de mecánico atados con una correa pringosa, camisa azul desabrochada y una vieja americana negra a rayas blancas. Con gesto maquinal, sin apartar los ojos de ella, se quitó de la cabeza una boina sucia de polvo y de grasa de taller. Entonces miró a Dot brevemente, en un parpadeo, sin interés alguno, y sacudió la boina en la pernera del pantalón. Caminando como un mono se acercó a la mujer por detrás y dejó caer las manos sobre sus hombros. Hasta Miguel llegó un denso vaho de vino y de ropas agrias. Ella dijo con calma:

—No me obligues a hacer una escena, Tomás. Por lo que más quieras, no me obligues a hacer una escena. —Permanecía con la cabeza gacha, los hombros hundidos bajo las grandes y callosas manos del hombre. Luego todo fue muy rápido: él la cogió del brazo y de un tirón la obligó a levantarse. «El Sueño Dorado» se dejó llevar con aire ofendido y a la vez tolerante, la barbilla enhiesta, altiva. Miguel les siguió con los ojos hasta que desaparecieron. Por un momento había creído que el hombre se proponía levantarle la mano… Se quedó un rato inmóvil, apoyadas las manos sobre la mesa, la cabeza rendida. El billete de diez duros estaba en el borde, doblado, con la foto dentro. Con movimientos exactos y medidos, despacio, fue metiendo algunas cosas en sus bolsillos y en los cajones de la mesa. Luego intentó ordenar los papeles. Sus dedos tropezaron varias veces con un lápiz rojo, sin acertar a encontrarle el sitio definitivo. Abandonó la mesa acercándose a la ventana. No fijó los ojos en nada de afuera. Apretó la frente contra el cristal.

Finalmente cogió la americana, apagó las luces y salió cerrando la puerta. Se detuvo en la escalera, volvió atrás, abrió la puerta y encendió de nuevo las luces. Cogió el teléfono y marcó un número. Una voz hueca de mujer, sobre un fondo de parloteos y música, rezongó de mala gana:

—Bar Choto. Diga.

—¿Está ahí Guillermo Soto?

—Sí. ¿Quiere que le ponga?

—No… Dígale solamente que voy a verle, que no se mueva, ¿entiende? Que voy ahora mismo.

—Muy bien. ¿Quién le digo que ha llamado?

—El señorito Oscar.

Guillermo aguzó el oído al nuevo disco, de codos en la barra, y levantó los ojos cargados de sueño; parecía algo viejo de Dakota Staton. Miró de nuevo a Miguel, a su lado, que continuaba soltando su perorata con evidente dificultad para controlar la lengua, como si la tuviera pegada al paladar. Tal vez era «Ain't she Sweet»; lo habría jurado. La voz de Miguel empezaba a irritarle. El uno se apoyaba en el hombro del otro, en lo alto de los taburetes, fumando, las cabezas ladeadas casi tocándose y los rostros envueltos en el humo rizado de los cigarrillos. Frente a ellos, diligente, fría, con un rostro bello y ligeramente distante que no reflejaba nada en absoluto, la muchacha les servía el sexto vaso de gin.

—Con hielo, nena.

—Para mí también.

—Eso es. Buena chica. Sigue, Oscar.

—Se acabó.

—Se acabó el bonito consultorio para menopáusicas.

—No me gustan los chiflados. Me dan miedo. No sabes nunca por dónde van a reventar. Estuvo a punto de levantarme la mano, te digo que estuvo a punto de soltarme una buena hostia.

—No tendría nada de extraordinario. Acabarás viéndote abofeteado por un obrero. ¡Dios, qué bochorno!

—Llevaba un barril de vino en el vientre como si tal cosa. ¿Qué te parece?

Guillermo meneó la cabeza. Tenía los párpados sudorosos y pesados. Se quitó el cigarrillo de la boca y soltó una voz ronca

juntamente con el humo.

—Déjame decirte una cosa, Oscar. Toda esa historia conmovedora del mecánico y la loca menopáusica denuncia bien a las claras tu estado de decadencia. Muchacho, estás ya en la pendiente. Hazme caso: retírate. Eres un hermoso fracasado. Acabas de pasar a formar parte del Real Cuerpo Colegiado de Caballeros Hijosdenada de la Nobleza de Madrid, fundado por don Alfonso VI en el siglo XI. Felicidades —levantó los ojos a la camarera—. Nena, felicita a Oscar. Ya no es nada. Ahora puedes dedicarte a cronista de sociedad. ¿Quieres que vayamos a buscar a Palmi? Estará contenta de vemos.

—¿Me dejas hablar, Guillermo? Volveré a dedicarme a echar salivazos a la máquina si no puedo salirme con la mía.

—Chico, que me pones triste. Sí que lo siento. Escucha una cosa, aquí el dato definitivo es ese de la bofetada del obrero. ¡Muchacho! ¡A dónde has llegado! Ya te estoy viendo. Tú dedicando la juventud a intentar reconstruir un mundo para ellos, y luego, uno va y te hostia.

—No hubo ninguna bofetada.

—No te fíes de la prensa occidental. Está podrida.

—¡He dicho que me pareció ver que levantaba la mano!

—Bueno.

—Nada más que eso. Fue como si me hostiara, pero sin bofetada, ¿me oyes?

—Bueno. ¡Eres tan sensible! Sí que lo siento, chico. ¡Nena! A ver si pones algo ahí dentro para este amigo y para mí. Ahí, en los vasos, dónde va a ser. Sigue, hijo, te escucho.

Miguel aplastó la brasa del cigarrillo en el cenicero. Tenía la frente perlada de sudor, con un mechón de cabellos pajizos pegados a un lado. Al otro extremo de la barra había dos hombres y una muchacha comiendo rebanadas de pan untadas con tomate y dos bistecs. Las caras se esfumaban tras el vaho gris. De vez en cuando ella miraba a Dot y sonreía.

—No sé… —decía él—. Ahora tengo la impresión de que ella estuvo hablando durante mucho tiempo, toda la vida, ¿comprendes? Horas y horas y se levantaba y se ponía a pasear. La veo de espaldas a mí, con las pieles y luego vuelta a sentarse, siempre con su mirada errando bajo la dulzura de sus grandes y

gelatinosos párpados.

—¡La vieja dromedaria sentimental! Oscar, te han fastidiado la noche.

—Ella no me oía. ¿De qué mentiras me habla, Oscar?, decía. Estaba encerrada en su mundo, aislada por completo —Guillermo cabeceaba. Miguel le puso el brazo sobre los hombros—. Sonreía como una beata, estaba en lo alto, definitivamente perdida… ¿Me escuchas, Guillermo?

—Cálmate, chico. Piensa que ya dejaste de ser Oscar: ahora es otro el que lleva el consultorio.

—Es igual. Ya está incapacitada para comprender la verdad; y en el supuesto que la adivinara de pronto, creo que se volvería loca. Claro está que la pobre ya nació tarada…

—Alto ahí —cortó Guillermo levantando una mano—. Querido estás cayendo en los tópicos del burguestón. Nadie nace tarado.

—Está bien, pero lo cierto es que, tarada o no, a esta mujer la hemos acabado de arreglar para siempre. Y yo he tomado parte.

—Me parece muy bien, te felicito. Hay alguien que siempre anda diciendo por ahí, en los periódicos, que hay que tomar parte en algo. Debe de tratarse de alguna tarea grandiosa. Bueno, mira, te propongo una cosa para hacer que estas paredes se estén quietas de una puñetera vez. Vamos al «Río» a buscar a Palmita… Pero es temprano todavía. ¿Has cenado?

—No.

—Pues cenemos. ¿Qué te apetece?

—Me da lo mismo.

—¡Conchi! Prepáranos unas tostadas con mantequilla y un par de bistecs, ¿quieres, guapa?, y trae tinto.

—Él olía a vino, a pobre y a muelas podridas.

—No tiene nada de particular. Está todavía a tiempo de regenerarse. Es lo bueno que tiene la música del viejo burguestón, que permite que cualquier hijo de vecino, si es inteligente y trabajador, se eleve por encima de su clase.

—Esto también es verdad, sí, señor. Guillermo, mira, estoy muy triste esta noche por más que beba. Te voy a proponer una cosa, puesto que echo de menos a Lavinia, y está tan lejos… Si eres un amigo, ruégale a Palmita que me haga compañía esta noche.

—Perdona, chico, pero la quiero. ¡Perdona, eh!

—Te lo agradecería toda la vida.

—Sí que lo siento. Pero la quiero, ya me perdonarás. Y, además, no sé si ella…

—Lo comprendo. No se hable más del asunto.

Comieron inmóviles, acodados en la barra, como embobados, con las turbias miradas colgando al frente y masticando despacio. Luego encendieron cigarrillos, con dificultad. Miguel despegó las manos de la barra repentinamente, como si se hubiese quemado.

—Bueno, vámonos de aquí. No quiero hablar más de nada.

—Ni yo —dijo Guillermo apurando su vaso de vino—. El amigo Kierkegaard hablaba ya de esa desdichada charlatanería que acaba por estropear a hombres magníficamente dotados. Yo podría ser uno de ellos. Y tú no te dejes aplatanar. Al fin y al cabo, a los tipos como nosotros siempre nos queda el fuerte temperamento sexual, que es un consuelo. Anda, vámonos.

—Con cuidado…

—Apóyate en mí, venga.

—Está bien. Tira, hombre, tira…

El taxi les dejó frente a la sala de fiestas, tambaleantes y en peor estado. Miguel se recostó en el tronco de un plátano y apoyó las manos en las rodillas. La noche era cálida y estrellada y exhalaba un pesado silencio.

—¿Quieres que te diga una cosa, Guillermo? Soy un cabrón y fracasado, eso es lo que soy.

Se desprendió torpemente de la americana. Estaba empapado de sudor. De un tirón se bajó el nudo de la corbata hasta la mitad del pecho. Guillermo le puso una mano en el hombro apoyándose en él.

—Ahora saldrá Palmi. Es mejor que no entremos, ¿sabes?

—¡Mira cómo estoy!

—Empiezas a saber vivir, Oscar.

—Me avergüenzo de mí mismo.

—Eres tonto, eres tonto…

Permanecieron así mucho rato, inconscientes. El portero del local les observaba con atención. Cerca de las cuatro empezaron a llegar taxis vacíos y se quedaron arrimados a la acera, delante de la puerta. El portero se puso a charlar con los chóferes.

—Mira esto, tú.

—La llevan de campeonato.

—Hace media hora que están así, sosteniéndose el uno en el otro. Al moreno le conozco: es amigo de Palmita.

—Lástima de trajes.

—Señoritos de mierda.

—Es la vida.

Cuando empezaron a salir las chicas, Guillermo levantó la cabeza y sacudió a Miguel. Palmita salió como una tromba. Llevaba un vestido de faralaes rojo colgado al brazo. Al verles se paró en seco, atónita. Corrió hasta donde estaba la americana de Miguel, en el suelo, y la recogió.

—Dios mío, locos. ¿Qué hacéis aquí?

—Te hemos esperado, Palmita. Te necesitamos.

—¡Claro! ¡No faltaba más! Pero a la camita en seguida.

—Eso a la camita —dijo Guillermo.

Llevaba un buen trozo de camisa fuera del pantalón. Abrió los brazos, en alto y encorvado, y rodeó la cabeza de Palmita. Ella le dio un empujón.

—¡Basta de tonterías! ¡Dios mío, qué gente, no tiene delito ni nada! A casa, volando —le puso como pudo la americana a Miguel y luego se volvió llamando al portero—: ¡Luis…! Luis, simpático, ¿quieres ayudarme a meterlos en un taxi?

—Voy. Estás arreglada.

—¡Figúrate!

—Éste —rezongó Guillermo dejándose conducir— está peor que yo. Primero él.

Palmita y el portero les metieron de cabeza en el taxi. Fuera asomó una mano de Guillermo, se cerró fuertemente en la muñeca de ella y le dio un violento tirón. Palmita penetró en el coche como si un viento la chupara, con las piernas al aire, y fue a parar en medio de los dos. Guillermo empezó a cubrirla de besos.

—¡Quieto! Primero dejaremos a Miguel en su casa; está que se cae. Luego me ocuparé de ti —se inclinó hacia el chófer—. Mayor de Gracia, de prisa.

—No queremos ir a dormir. Yo por lo menos.

—Estás fresco. ¡Si no te tienes en pie! Ven, deja que te ponga la camisa dentro del pantalón, por lo menos —se volvió a Miguel—. Y a ti, ¿no te da vergüenza?

—Se le cae la cara, ¿no lo ves? —dijo Guillermo—. Deja en paz

al chico. Esta noche vuelve a ser un hombre.

Miguel estaba inclinado hacia adelante, la cabeza baja, los antebrazos en las rodillas y las manos colgándole inertes.

—Te queremos mucho, Palmita —dijo.

—¡Que sí, Miguel!

En las revueltas, Guillermo se abrazaba a ella cerrando los ojos y conteniendo la náusea. Luego intentó levantarle las faldas.

—¡Sotito, por favor!

—Déjame verlas. Tengo absoluta necesidad de verlas esta noche… Deberías comprenderlo. Tú mereces más suerte en la vida, pequeña, poder sentarte también en aquella orilla a tomar el sol como ellas, sin miedo y sin pecado… —Echó la cabeza para atrás—. ¡Ah, maravilloso río! ¡Viejo, querido y maravilloso río de la juventud! Adiós para siempre. Desde el fondo del misterio ibérico, para siempre adiós…

—¡Señor, señor!, ¿qué hay que hacer con este hombre? Estoy cansadísima, cariño. Tengo los pies deshechos y me duele terriblemente la cabeza. Así que a dormir prontito y mañana será otro día.

—Otro día, otra vez otro día… —decía Miguel.

Guillermo frotó los labios en los cabellos de Palmita. Ella le cogió la cabeza con las manos.

—Vida mía, ¡cómo estás! Te me vas a morir de debilidad, no comes nada.

Le besó largamente en la boca. Al otro lado del cristal pasaron en veloz carrera las sillas patas arriba de la terraza del Café Vienés. Bajo los plátanos frondosos del paseo central yacían tranquilamente los jardines y el surtidor que ahora no funcionaba. El taxi se detuvo un poco más arriba. Ella les ayudó a bajar. Guillermo estaba recuperándose rápidamente. Palmita pagó al chófer, y luego, dejándose rodear los hombros por ellos dos y siguiendo las eses que trazaban, fue tirando de ellos hacia el callejón.

—Miguel, la llave… ¡Haz algo, Sotito!

En la escalera, Guillermo intentaba encender cerillas. Subían dos escalones y bajaban cuatro, de golpe, abrazados los tres. Ella perdió un zapato y se le rompió un tirante del vestido.

—¡Nunca más, lo oyes bien, nunca más! —dijo blandiendo el zapato con la mano—. De ahora en adelante te pasarás las noches

sentado en un rincón de «Río», quietecito y formal, esperando que yo termine. Ya no puedo ni fiarme de Miguel, tan buen chico como parecía… ¡Vamos, arriba!

—Chitón, que la dueña te va a oír —dijo Guillermo—. Ya llegamos. Cógele del otro brazo. Yo abriré.

El cuarto apestaba a colillas mal apagadas. Palmita abrió la ventana. Luego, con la ayuda de Guillermo, desnudó a Miguel y lo metió en la cama. Le subió la sábana hasta el cuello y se incorporó, mirándole con la cabeza ladeada. Dejó escapar un suspiro. Sostenía con una mano el tirante roto de su vestido. El perfil de Miguel se recortaba limpiamente sobre la blanca almohada.

—Qué guapo es, ¿verdad?

—Bueno, no está mal. Es amigo mío…

—No comprendo por qué no tiene más suerte este chico.

—Es un elemento indeterminado, medio subversivo y medio bolchevique. Tiene la suerte que merece. ¿Te gustaría acostarte con él? ¿Te gustaría ser poseída por un elemento indeterminado?

—Calla. Me gustaría cuidarle, alguna vez. No sé. Parece un angelito ahora, fíjate. Qué cabellos tiene, y qué frente. Y qué boca.

—Palmi, ¿quieres acostarte con él?

La abrazó por la espalda, cruzando las manos sobre su pecho. Ella inclinó la cabeza y le besó los dedos.

—Cómo podría. Anda vamos. Ahora te toca a ti desaparecer. Yo apagaré la luz.

Él se revolvió en la cama, gimiendo. Se dio la vuelta, abrazó la almohada y metió la cabeza debajo. Su espalda quedó descubierta. Ellos estaban en el umbral, mirándole, Guillermo con la mano en la llave de la luz. Cuando le vieron quieto apagaron y cerraron la puerta. Él aún pudo oírles bajando la escalera. Después se hundió en un sueño profundo llevándose consigo brazadas de lirios tronchados, la voz de Palmita y la imagen de Lavinia corriendo por la playa.

XIII

Bajaba corriendo las escaleras de la emisora, sosteniendo con los dientes una carpeta llena de papeles mientras con las manos enderezaba el nudo de su corbata. Iban a dar las nueve de la noche cuando abandonó el estudio de paredes recubiertas de corcho, sofocante y lleno de aquel perfume a jazmín de la locutora. Transcurría la última semana de agosto y el calor seguía siendo intenso. Salió a las Ramblas, cruzó hacia el centro de la altura de la cafetería Moka y miró si venía su tranvía. Entonces aminoró el paso, dirigiéndose hacia el quiosco de lo alto del paseo, se colocó detrás, recostó la espalda en la madera y esperó. Enfrente tenía las vías; aquello no era exactamente una parada, pero el tranvía se veía forzado a disminuir la marcha al llegar a la curva: se podía saltar al estribo. La gente se agolpaba en las aceras, cruzándose con los hombros ladeados. Subía a lo lejos un tranvía cuyo disco no era aún visible. Cuando se disponía a situarse mejor para cogerlo en marcha, le vio a él acercándose despacio, con las manos en los bolsillos y la cabeza baja. Surgió de la parte delantera del quiosco y la luz le daba en la espalda. Costaba reconocerle. Estaba pálido y demacrado, con una barba de tres días. Tenía un cigarrillo en los labios, apagado y húmedo de saliva, y en sus ojos claros había un fulgor inquietante.

—¡Hombre! ¿De dónde sales? —dijo Suárez—. Casi no te reconozco.

—¿Vienes a tomar una copa? Charlemos un rato…

—¿Una qué? Estás muy cambiado, chico. ¿Sigues trabajando en Semana Gráfica?

—Allí sigo.

—Oí decir que habías estado enfermo…

Miguel le miró a los ojos.

—Una copa. Vamos, te invito. Llevo esperándote una hora

delante de tu jaula de grillos.

—Quiero llevar a mi mujer al cine. Me espera. —Le miró con ojos penetrantes, acercándose más a él—. ¿Qué te pasa, Miguel? Tienes muy mala cara, creo que no te has recuperado aún.

—¡¿Vienes a tomar esa copa o no?!

—Sabes que me gustaría, pero ya te digo lo que pasa. Ana me está esperando. ¿Por qué no me acompañas a casa? Tomaremos allí la copa y charlaremos.

El tranvía pasó junto a ellos, rugiendo, y arrojó sobre sus cabezas la tibia luz de las ventanillas. Suárez se volvió. Miró a lo largo de la vía y vio a otro, renqueando, que subía a la altura de Santa Ana.

—Espero el 24. Esta noche tengo prisa, lo siento.

Miguel hizo una profunda aspiración, cerrando los ojos.

—¡Tu mentalidad de microsurco! No tengo tiempo de ir a tu casa. Y es importante lo que he de decirte, largo de contar…

—¿Importante?… —Suárez no le quitaba los ojos de encima, devorando sus facciones fatigadas, inertes bajo aquel fulgor de acero en las pupilas. Está completamente quemado, pobre diablo, pensó. Pero lo que dijo fue—: Miguel, ¿qué te ocurre?

—Está bien. Ahí viene tu tranvía. Cógelo y muérete. Beberé esa copa yo solo. Una pregunta: ¿estás dispuesto a trabajar de nuevo en algo serio?

—Sabes que sí —le miró con expresión preocupada—. Anda, ven conmigo a casa…

—Contesta a lo que te he dicho.

—Que sí, hombre. ¿Tienes algún proyecto? —le cogió el brazo —. Acompáñame a casa y me hablas de ello por el camino.

—No. Tengo que empezar a trabajar esta misma noche…, ahora mismo.

—Está bien —dijo Suárez soltándolo. No le gustaba la idea de dejarlo así, en aquel estado—. Puedes contar conmigo para lo que sea. Pero prométeme que no harás nada hasta mañana, después que me hayas contado… Es mejor que hoy te vayas a dormir.

—No he bebido nada.

—Pero estás muy fatigado, te me vas a caer por ahí.

El tranvía inició la curva, lentamente, dando coletazos y chirriando. Suárez se colgó en el estribo posterior.

—¡Pásate mañana por casa! —gritó—. ¿Me oyes, Miguel?

Miguel se quitó el cigarrillo de la boca y avanzó unos pasos siguiendo el tranvía.

—Sí…

Suárez, desde el estribo, agitó la mano junto a la cara confusa y preocupada. Miguel le estuvo mirando hasta que desapareció y luego echó a caminar Ramblas abajo. En un bar de la calle Tallers se tomó una cerveza y dos bocadillos de jamón. Pensaba: volver a Rosas con Lavinia en cuanto Arturo diera por terminadas sus vacaciones allá. Ni ella ni él habían tenido en cuenta que, siendo el primer año, Arturo gustaría de pasar la temporada en Rosas. Tenía la embarcación en el puerto y se entrenaba todos los días con vistas a unas regatas que iban a celebrarse dentro de poco en Marsella. Miguel esperaba este momento; en una carta que hoy había recibido. Lavinia le decía que ya no podía soportar aquella situación, que pronto estarían los dos juntos para siempre porque había descubierto que no podía vivir sin él, que se portara bien y tuviera paciencia porque pronto se amarían hasta morir, etcétera.

Sin embargo, él tenía necesidad de hacer algo inmediato. Se le ocurrió de pronto ir en busca de Julia Lemos. Esta noche sabía dónde encontrarla. Primero fue a casa y se afeitó y cambió de ropa. Su aspecto, en general, mejoró, pero en sus ojos seguía anidando aquel destello detenido y tenso: la fiebre, la temperatura del desastre.

No tenía preferencia por ninguno en particular. Escogió un joven que vestía un impecable traje azul, erguido como un palo, que ella recordaba haber visto en alguna coproducción hispano-italiana haciendo de centurión romano y que le habían presentado minutos antes. Tal vez le escogió porque tenía cierto aire de experto, un aire de no asombrarse en absoluto si llegara el momento… Ella levantó el cigarrillo a la altura de los labios.

—¿Sería tan amable?…

—¡Cómo no! —dijo él, explotando en su rostro una sonrisa desmedida. Sacó el encendedor y le dio lumbre—. Creo que nos han presentado hace un momento. Usted es la esposa de este hombre siempre tan gentil con los actores, que dirige la revista Semana-

Gráfica. ¿Me equivoco?

—La misma. Sentémonos ahí, ¿quiere?, estoy cansadísima. Estas recepciones del FAD me fatigan más cada día, con franqueza.

—Opino lo mismo que usted, créame. ¿Y qué me dice usted de eso?

—¿De qué?

—Eso, el Segundo Salón de la Mujer Moderna. Se llama así, ¿no? Yo acabo de llegar de Italia, hemos rodado otra película histórica y no entiendo más que de túnicas —rió con una risa discreta, agradable, pero helada—. Así que de la mujer moderna… ¿Qué opina usted de todo eso?

—Una bonita tontería. Me he visto obligada a venir. Mi marido está en Tarragona dando unas conferencias. Él considera que donde se halle la revista debo estar yo también. Dice que soy mejor publicidad.

—De eso no hay duda. Yo acabo de llegar de Italia…

Julia Lemos dejó de escucharle en este mismo momento: se limitó a tenerle a su lado, mirando de vez en cuando su perfil de galán hispano pasado de moda, su fino bigote negro, el complicado juego de sus cejas. Soltaba el humo del cigarrillo con fuerza, cada vez más nerviosa. Frente a ella, grupos de hombres y mujeres vestidos elegantemente, de pie, charlaban con vasos en las manos y comiendo repostería. Los salones del Fomento de Artes Decorativas de la cúpula del Coliseum estaban profusamente engalanados con motivo del II Salón de la Mujer Moderna. El «stand» de Semana-Gráfica, la revista que ya el año pasado había colaborado en la organización y difusión del certamen, ocupaba un puesto preferente entre los demás; representaba un típico puesto de venta de diarios, en su ángulo espacioso. Uno de los fondos laterales había sido decorado imitando un aspecto de las Ramblas y en el otro habían colgado varios ejemplares de la publicación. En una de las portadas se veía a Farah Diba sentada en su habitación de palacio, preñada, tendiendo la mano hacia una cunita vacía y sonriendo como una iluminada. Dentro del pequeño quiosco había una muchacha de la redacción que hojeaba revistas con aire aburrido. Tenía una botella de coca-cola en la mano con una paja dentro y de vez en cuando chupaba. José, atildado, en extremo sonriente, permanecía de pie junto a la chica y regalaba ejemplares de la revista a todos los

visitantes que iban entrando. Relevantes figuras de la sociedad barcelonesa, de las artes y de las letras, de la cinematografía y el teatro, o sencillamente de nada, estaban presentes.

—… pero no son papeles para mí —decía el actor juntando las manos frente al rostro—. ¡Oh, no creo haberlo aprendido todo ni mucho menos, ya usted me comprende! Pero no son papeles para mí. Quisiera… algo convincente, un tipo de una pieza, un tipo arrancado de la vida, real como la vida misma. Eso, como la vida misma…

Julia llevaba un vestido rojo estampado que dejaba al descubierto la espalda y los hombros. Vio a su amiga la señora de Nin con una copa en la mano, congestionada por la risa, en medio de un grupo de cinco personas.

—¿Decía usted?

—Perdone, seguramente la estoy aburriendo con mis historias de interpretación y tal. ¿Sabe?, me preocupa mi trabajo.

—No me cansa usted, de ningún modo. Estaba vigilando a mi amiga, que no debería beber ese jerez que tiene en la mano. Luego le sientan mal. Pero siga, por favor.

Miguel Dot apareció de repente sobre los dos peldaños de la entrada. Sin moverse, empezó a recorrer con los ojos el recinto por encima de las cabezas de los demás. Algunas personas le saludaron. Se puso en el centro y siguió mirando, dándose la vuelta muy despacio con los talones clavados en tierra. Entonces vio a Julia. Sacó las manos de los bolsillos, se abrochó la americana y luego el cuello de la camisa. Ella le observaba con curiosidad. De pronto se volvió a su acompañante y sonrió.

—Perdone. Voy a saludar a un amigo.

—No faltaba más… Hasta luego.

Ella cogió un vaso del bufet, se sirvió pipermín y un chorro de sifón y luego se acercó a Miguel. Caminaba despacio, muy apretada dentro de su vestido rojo. Al llegar a él le tendió la mano.

—Toma, coge esto. Por lo menos disimularás un poco esta facha de intruso. ¿Te has mirado bien? Estás pálido como un muerto y tienes ojos de loco.

—Sabes muy bien de quién es la culpa. ¿Esta porquería quieres que beba?

—Ven. Sentémonos. Cuéntame cosas de ti y de Guillermo. ¿Le

ves a menudo? Me muero de ganas por saber cosas de vosotros.

Miguel no había avanzado un paso, la retenía.

—Salgamos de aquí, Julia, Vamos a tomar un poco el fresco en tu coche.

Ella creyó oportuno empezar por una chispita de sensatez, aunque ya estaba decidida: se enfrentó a él y le miró a los ojos.

—¿Otra vez, Miguel? Mira, he estado pensando…

Él la interrumpió:

—Déjate de monsergas y salgamos de aquí. Tienes las recepciones metidas en la sangre y eso es malo. Produce idiotas. Además, tengo que hablarte de muchas cosas —añadió mirando a la gente—: ¿Está por aquí don Luis Galea?

—No ha venido —dijo ella precipitadamente—. Bueno…, espérame en el coche. ¿Lo conocerás? Está un poco más allá del cine.

—Buena chica. Un paseo nos sentará bien.

Dejó el vaso en el suelo, detrás de una butaca, recorrió el local con los ojos y luego dio media vuelta y se marchó. En el rellano de la escalera, el ascensor seguía arrojando montones de gente, sobre todo mujeres. Muchas subían por la escalera, parloteando y riéndose, ahora ya de una clase inferior, buenas vecinas moviéndose con maneras casi agresivas, sin sentido del ridículo: mujeres que se encuentran siempre en los concursos benéficos de la radio o de los Almacenes Jorba: ruidosas manadas de buenas vecinas que chillan pidiendo entradas de cine gratis, pases y números para sorteos, y que se enteran de todas estas cosas a través de cierta revista radiofónica. Muchachas de algún colegio, uniformadas y con boinas azules, entraban alborotando. Miguel bajó las escaleras abriéndose paso con los hombros. Abajo, frente a la puerta del ascensor, había una larga cola.

La calle parecía un horno. La noche olía a asfalto despanzurrado. Caminó junto a los coches, por el bordillo, se detuvo frente al de Julia, apoyó las manos en él con los brazos completamente estirados y se miró las puntas de los zapatos. Esperó tres minutos. Al levantar la cabeza la vio a ella acercándose por la acera con paso rápido. Se había echado sobre los hombros una chaqueta del mismo género que el vestido. Miguel se sentó a su lado y le cogió la mano, que ella ya tenía puesta sobre las llaves del contacto.

—Aguarda…

—Vámonos de aquí, no seas loco.

—Un segundo, mujer. ¿No ves cómo estoy?

—Por favor…

Volvió el rostro hacia él, dejándose rodear los hombros. La chaquetilla se desprendió. Las llaves se balanceaban junto a sus rodillas apretadas. Luego dijo con una voz ronca:

—Debemos irnos de aquí.

—¡Qué prisa! ¿Por qué me rechazaste aquel día…?

Ella no le escuchaba. Se acomodó en sus brazos y alzó un dedo tocando su mentón y sus labios. Luego le rozó los párpados. De repente se deshizo de él.

—Dios mío, ¿estamos chiflados o qué? Vámonos de aquí ahora mismo.

Estuvieron media hora escasa en una taberna de la Travesera, donde tomaron unos calamares y bebieron dos vasos de vino. Hablaron de tiempos pasados y de vez en cuando Julia dejaba estallar una risa feliz y glotona. Atraían las miradas de los parroquianos, unas miradas resentidas o tristes o agresivas, nunca indiferentes. Como no llevaba mucho dinero, Miguel calculó las posibilidades de llevarla a su habitación sin que la patrona se enterara; lo decidió en seguida, puesto que desde hacía algún tiempo nada le fastidiaba tanto como reflexionar y ser prudente: «¿Te gustaría ver mi estudio, Julia?». Ella estaba encantada. Nada más llegar mostró la faceta que hoy había mantenido oculta Dios sabe por qué. Vio las botellas vacías de gin y dijo que aquello tenía que terminarse, abrió la ventana y se empeñó en poner un poco de orden en el cuarto, sacudir el polvo, esconder la ropa sucia, etc. Sólo se detuvo cuando Miguel le recordó que no convenía hacer ruido.

Quiso apagar la luz, de momento. Se tendió en la cama sin hacer ruido. Sus labios yacían derrumbados y húmedos en el rostro encendido y en sus brazos había una fuerza dulce y poco precisa. Pudo comprobar con cierta pena —una pena que nunca habría creído posible volver a sentir— cuán deshecho, agotado y roto estaba aquel hermoso cuerpo. Notaba el temblor enfermizo de sus manos, su torpe impaciencia. Miguel se quedó tendido a su lado, inerte, oculta la cabeza entre sus brazos cruzados.

Ella creyó oportuno decir:

—Vuelve a ser como antes, ¿verdad?, cuando no podíamos pasar el uno sin el otro… ¡Dios mío, qué lejos todo! Parece que nunca haya sucedido —le hizo volver la cabeza, acariciándole—. Pero estoy preocupada por ti, Miguel. Tus ojos brillan de un modo raro. Cuando los miro y veo esa luz.

Él se echó a reír.

—Miguel ——insistió ella—, deberías pensar seriamente en poner orden en tu vida. ¿Me oyes?

Él se reía. La abrazó, besándola varias veces. Julia le suplicó que la dejara. Las aletas de su naricilla airosa palpitaban furiosamente sobre su boca roja. Seguidamente echó mano de sus teorías sobre la regeneración: de momento decidió que no se verían tan a menudo como él pensaba (él no había dicho nada en absoluto acerca de volver a verse) y que si hubiese sabido lo enfermo que estaba no habría consentido en venir, que tenía que dejar de beber en seguida y ponerle orden a su vida sexual, como hacía toda persona sensata, y que lo que podía hacer era pedir unas semanas de vacaciones y pasarlas en casa de sus padres o en cualquier sitio tranquilo.

—No digas desatinos, mujer —replicó él, y empezó a revolcarse y a jugar con ella. Luego, solamente por bromear, se le ocurrió decirle—: Julia, ahora escúchame bien. Esto es muy serio. ¿Recuerdas tu idilio con don Luis Galea, antes de casarte?

Ella le miró con una expresión ceñuda.

—No —dijo sin dejar de jugar—. No me acuerdo de nada. Ya te ayudé a encontrar trabajo, ¿no es cierto? Le pedí a Luis que te diera un empleo en la revista. ¿Qué más quieres?

Estuvieron forcejeando y riéndose durante un buen rato. Ella se quejaba, a veces se quedaba muy quieta, respirando fuerte. Miguel no recordaría apenas nada días después. Sólo que se había puesto los pantalones y la camisa y había salido en busca de una botella de gin y dos pesetas de hielo, y que a ella le gustaba mucho dejar la luz apagada. Nunca supo que la broma fue demasiado pesada, y que empezó a hablar de ello por divertirse. Por otra parte, Julia no pareció tomárselo en serio hasta el final, cuando él ya estaba demasiado borracho para convencerla de que sólo había querido gastarle una broma. Miguel no se dejaba sujetar.

Recordaría: el hielo deshaciéndose en los vasos, la oscuridad, y

sólo algunas palabras que parecían quemar: «Oh, cállate, Miguel. Ya he oído bastantes majaderías. Estás borracho, todo el día estás borracho». No estaba asustada aún, se reía. ¿Dirigir la revista aquel muñeco? ¿Amenazarme a mí? Andrés nunca le haría caso, no le creería, y Luis Galea tenía otras muchas cosas en que pensar. Sin embargo Miguel parecía entusiasmado con la idea. Tenía los ojos clavados en el techo, brillantes y fijos. «Lo necesito, Julia, —decía —. Necesito ser el amo».

Ella acabó por reírse, aunque no parecía muy segura.

—¡En la vida oí semejante desatino! Supongo que no hablarás en serio… No te tengo miedo.

La voz de Miguel se debilitaba, como si cayera en el sueño. Ella dejó de jugar con él y estuvo mucho rato quieta, dándole la espalda.

—Se trata de uno de tus numeritos para asustarme.

—Nada de eso, hija.

—¿No?

—En absoluto. Es un chantaje en toda regla.

Ella se volvió, pellizcándole con fuerza.

—No quiero que vuelvas a beber, ¿me oyes? —ya no dejó quietas las piernas, golpeándole, hasta que él la sujetó—. Te pones a planear cosas de locos y hablas como si no tuvieras corazón.

—Haré lo que te he dicho… Lo prometo.

Se quedó muy quieto, quizá dormido. Se serenó. Más tarde ella dijo:

—Me tengo que ir, Miguel.

—Está bien —de repente se incorporó y la miró fijamente, con los dos puntitos brillantes e inmóviles en sus pupilas—. Piensa en lo que te he dicho. Piénsalo bien, imagina que Andrés y tu hijo…

—Bueno, dejemos ya eso —protestó ella sentándose en la cama. Empezó a vestirse. Más allá de su perfil recortando la penumbra estaban la ventana abierta y la noche. Se oían gritos de vecinos y ruido de tranvías. Miguel también se vistió y se empeñó en acompañarla. Ella estuvo contenta. En seguida se arrepintió: él no hacía más que darle vueltas al asunto.

—No te asustes, mujer —le dijo en la calle, cuando entraron en el coche—. No volveré a molestarte para nada más.

Ella empezó a preocuparse de veras y terminó por parar el coche y hacerle una escena. Le llamó loco, alcoholizado, sinvergüenza y

criatura imposible, y se echó a gimotear. Miguel la besuqueó en las mejillas y le pidió perdón. Julia se calmó. Sí, desde luego le hablaría a Galea, de eso podía estar seguro; pero no del modo que él creía. Tal como estaban las cosas, lo mejor era que empezase a buscarse trabajo en otra revista. Y además, que no esperase verla a menudo, a menos que cambiara de modo de ser, porque…

Después, cuando se hubo alejado el coche, mientras regresaba caminando hacia la habitación, se paró un momento delante del café Vienés y miró a través de los cristales. No sabía si entrar o irse a la cama. En el interior, sentados en una especie de reservados, había un hombre y una mujer. De él sólo veía la espalda y la nuca bronceada. La mujer era rubia; asomaba un lado de la cara por encima del hombro de él. Cuando Miguel iba ya a irse, ella se desplazó a un lado y mostró un rostro sonriente, de una belleza mórbida, blanda, algo pasada de moda; un rostro de los años cuarenta, con un peinado alto y complicado sobre la frente. Miguel la reconoció en seguida: el «hobby» de Jorge Reix, la rubia madura que el pasado mes de marzo había visto a bordo del yate en el Real Club Náutico. Su sorpresa no fue mayor, sin embargo, cuando descubrió la identidad de su acompañañante: Arturo Salvatierra.

Se alejó en dirección a casa, sonriéndose, pero antes de llegar decidió que tenía ganas de charlar un rato con Guillermo y cogió un taxi. Le dio la dirección del Choto y luego se hundió en una serie de reflexiones acerca de Lavinia y de si debía o no esgrimir, llegada la ocasión, aquel descubrimiento que acababa de hacer. Decidió que no: no hay porque ser tan perro.

XIV

Guillermo Soto apretaba las rodillas al depósito de gasolina, encorvado y sin cuello como un gato presto a saltar. La moto bajaba a noventa por Vía Layetana. Eran las tres de la madrugada. Las calles estaban desiertas y relucientes, suavemente panzudas. Abría la boca al aire con feroz arco irónico. Sentía las manos de Palmita apretándole las costillas y su cara pequeña y caliente pegada a la espalda. Seguro que enseña las rodillas, murmuró. Una muñeca de motocicleta. Se la puede romper cuando cansa… Tenía la impresión de que el viento se le estaba llevando las orejas. No te quedan motivos para seguir pisando esta tierra. Sotito… Oyó la risa de ella, borracha de velocidad, a su espalda. Desnudarla es como darle cuerda a una cajita de música: habla que te habla, ríe que te ríe, sueña que te… En el cruce con la Plaza del Ángel ya no había el perfil de serpiente de aquel urbano joven con un ojo negro y fijo que pasaba veloz juntamente con el brazo de espantapájaros extendido. No habría multa. Se podía incluso aumentar la velocidad. Divisó a lo lejos la mancha blanca y cabrilleante, como un cristal sin mácula sobre el asfalto. Pero en los inmediatos segundos siguientes ya no era a lo lejos; no era ni siquiera cristal… Los empleados de la limpieza habían terminado de regar y dos de ellos cargaban con la manguera al hombro como si fuese un enorme reptil apaleado. Intentó evitarlos, pensó en la desesperada posibilidad de pasar por medio y llevarse al negro y viscoso reptil por delante. Y lo consiguió mascullando un himno, enfilando recto y a más velocidad, viéndose a ellos dos rígidos como estatuas y con las bocas abiertas viniéndosele encima. La manguera húmeda y dura le dio en la cara cuando ella había ya empezado a lanzar su largo, finísimo grito, y se había soltado.

Solamente él fue contra la pared, patinando interminablemente sobre la pierna izquierda. María de la Palma Pérez cayó de espaldas

golpeándose la cabeza y quedó junto a la manguera, inmóvil, con las faldas en el vientre.

Los hombres de la brigada de riego, grasientos, pequeños, con las botas altas de goma y las gorras torcidas, cómicas, disciplinariamente absurdas sobre cabellos desgreñados y sucios, se miraron con estupor.

Lo primero que pensó, al despertar en la clínica, fue si le arderían las orejas. Le pareció ver que estaba amaneciendo y que un rostro blanco y una cofia blanca envueltos en un lado lechoso se inclinaban sobre él. Luego empezó a dolerle la pierna de un modo atroz y ya no dejó las manos quietas. Sudaba, tenía la boca seca y no podía dejar de hablar:

—Vaya, la hice buena. Enfermera, ¿se puede saber qué diablos hace usted con ese vaso de leche?… Aquello tampoco era una guirnalda de flores, lo noté por el olor cuando se me vino a la cara. Enfermera, no me tape con esa maldita sábana. ¿Quiere estarse quieta?… Si le pregunto qué le ha pasado a ella no me lo diga de golpe… ¿Nada? ¿Qué no piense en nada? Es lo que hago siempre; enfermera. ¿Qué le ocurre a mi pierna? Magullada es poco. No quiero más leche, ¿no ve que estoy a punto de vomitar?… Oh, qué mal me encuentro, qué malito me encuentro. Y el asqueroso barrilito todavía está chillando. Que le vistan de chaqué, ¿me oye, enfermera?, que le vistan de chaqué en seguida. Enfermera, ¿me hace el favor de darme un trago de algo?… Bien. Esto está perfectamente bien. ¿Más leche? No, lo que necesito es un trago. ¿Qué le ocurre a esa cochina pierna? Una cosa quiero decirle, enfermera: se tumbaban a orillas del Neckar y estaban seguras de vivir. Otra cosa quiero decirle: ¿Ve usted el barrilito, allá en la pared? Pues lo vamos a encular. Vestido de chaqué, con sombrero de copa y todo. Naturalmente. ¿Que beba más leche? Es usted de lo más divertido, enfermera.

Notó las manos de ella sosteniéndole la espalda, que temblaba como una hoja, mientras vomitaba inclinando a un lado del lecho. Por lo menos había una docena de ratas mordisqueando en su pierna. Luego volvió a tenderse de espaldas. La cara blanca y fofa de la enfermera descendía oscilando otra vez como un globo, y

sonreía, sus pálidas manos revoloteando igual que mariposas en torno a la sábana.

—Estese quieta. Siempre he deseado tirarme a un rico comerciante vestido de chaqué, con brillante y sombrero de copa y bastón de marfil y los pantalones bajados. Es la máxima ilusión de mi vida… Enfermera, no me riña, ya sé que éste no es el lenguaje propio de un señorito, pero es que ya estoy harto. Que se vayan todos a la porra. ¡Dios, qué trompa más descomunal!…

La enfermera callaba. Ahora, detrás de ella, veía el rostro grave de Miguel.

—¿De dónde has salido?… Mira, eso sí que tiene gracia, todo el mundo está bebiendo leche en esta maldita fiesta. Diles que no me den más, ¿quieres?, me van a convertir en una indecente vaca.

—Sea usted bueno y estese quieto, ¿eh? —dijo la enfermera—. De lo contrario tendré que darle un pinchazo…

—Ya lo oyes, Guillermo —le dijo Miguel acercándose más—. No tienes nada roto, de modo que no escandalices.

Él le miró un rato con los ojos bizcos, pasmados, y luego tuvo que volver la cabeza a un lado precipitadamente. Vomitó una bilis verde, interminable, que apestaba a ginebra.

—Perdón —dijo dejando caer de nuevo la cabeza en la almohada—. Perdón, enfermera. ¿Qué estaba diciendo?… Ah, sí. ¡Ahí va quién ha llegado! Me encuentro bastante mal, chico, un día de éstos voy a reventar como una mula vieja.

La enfermera intentaba sujetarle las manos.

—Quietecito, por favor —dijo.

—Procura callarte y dormir, Guillermo —dijo Miguel—. Tienes cabreado a todo el mundo.

—Diles que se vayan al carajo… Diles que no quiero ver a nadie, ni llegar a ninguna parte, no me da la gana… Diles que me dejen reventar en paz.

Más tarde pudo ver también a su padre, alto, borroso, con algo que parecía un abrigo sobre los hombros y un puro, igual al de siempre, cuidadosamente apagado entre los dedos. Luego sintió como si le pellizcaran en el brazo y ya no le vio más. Vio a Mari tendida sobre la arena y recibiéndole con los brazos abiertos y unos obreros con sombrero de copa enterrando solemnemente una manga de riego con cabeza de serpiente.

Dot empuñó el teléfono y se recostó en la silla. La mesa del despacho seguía en el mismo completo desorden de las últimas semanas. En un ángulo había dos botellas de cerveza, vacías. El sol de la mañana hería un cristal de la ventana abierta y él entornó los ojos, al mirar hacia allí, envuelto en el sueño y la pereza. Sentía un terrible dolor de cabeza y desde que se había levantado le sonaba en el cerebro una musiquilla imbécil, aprendida no sabía dónde. —Sí, Marta, póngame.

Esperó. La voz de ella era confiada y tranquila.

—¿Miguel?… ¿Estás solo? Soy Julia.

—Te escucho.

—Anoche hablé con Luis. ¿Sabes lo que dijo?

—Qué.

—¡Se echó a reír! ¡Se rió con toda el alma! Y dijo que estabas majareta.

—Bueno, ¿y qué?

—Le gustaría verte uno de estos días. Te espera en su casa…

—Pero, nena, ¿de qué me estás hablando?

—¿Cómo de qué? ¡Serás cafre!

Miguel se cogió la frente con la mano. No dijo nada.

—Me parece que te llevarás una sorpresa —añadió ella—. No le das miedo. Todo lo contrario. Por mí, haz todas las burradas y barbaridades que se te ocurran; pero ni una palabra a Andrés de todo esto: es lo menos que puedes hacer por mí. Bueno —soltó una débil risita—. Luis ya te dirá…

—Adiós, Julia. Tengo trabajo.

—Espera —se le escapaba la risa. Añadió—: ¿Es que… estabas de guasa aquel día…? —Hubo una pausa escrutadora, un hondo vacío—. ¿Verdad que sí? He oído que llevas mucho tiempo bajo la influencia corruptora de Guillermo.

—Deja en paz a Guillermo.

—Por supuesto, no me fío de ti. Si me he decidido a contárselo a Luis, es porque desde luego no me fío.

—Haces bien. Ya hablaremos de todo eso con calma. En este momento tengo un montón de cosas importantes que hacer. Adiós.

—Ya, ya. Hasta pronto…

Miguel colgó. Se cogió la cabeza con las manos. Había olvidado aquel maldito asunto por completo. Levantándose, fue hacia la

percha y se puso la americana. Cruzó las oficinas, llegó al pasillo y se detuvo en la centralita de teléfonos de la salita de entrada.

—Marta, si me llama alguien, estoy en la clínica Esperanza a partir de las doce.

—A partir de las doce. ¿Y si llaman antes, señor Dot?

—Diga que me he muerto.

Lo primero que vio al entrar, después de caminar por los desiertos pasillos estucados de verde que olían a alcohol y a flores podridas, donde un empleado de la funeraria se movía con una rapidez exasperante acarreando coronas, fue a las chicas arrodilladas delante del féretro y con las manos unidas y pegadas a la boca igual que niños rezando, moviendo imperceptiblemente sus violentos labios rojos sobre la palidez de los rostros sin maquillaje, con sus vestidos de verano increíblemente alegres, con sus bonitos zapatos verdes y amarillos, sus espléndidas piernas morenas y depiladas y sus alborotados cabellos color indefinido. Había dos de ellas al fondo del depósito, cogidas de la mano, las cabezas gachas, en una inmovilidad perfecta. Su pena era repentina, auténtica, infantil. Algunas se persignaban sin cesar, moviendo con torpeza sus dedos de centelleantes uñas. El depósito era amplio y húmedo, de paredes desnudas en las que resbalaba un sudor lívido. Bajo los ventanucos por donde se introducía la luz como barras cuadradas de hielo se apiñaban algunas personas vestidas de negro, entre las cuales Miguel creyó reconocer a los hermanos de Palmita. El más joven era un niño y llevaba zapatos y calcetines mal teñidos de negro. Los demás hermanos vestían unos trajes estrechos e iban mal peinados, y había una vieja en medio de ellos que tenía la cabeza ladeada y no miraba a ninguna parte.

Palmita yacía sola, en su gran silencio, tranquila, más pequeña y oscura, Vaciada por dentro como una figura de yeso, envuelta en la quietud de un sueño largo, dulce. Le habían puesto un rosario en las manos. No era en su perfil quieto, recortado limpiamente sobre la oscura pared lateral del ataúd, sino en la extraña quietud de sus hombros, en la espantosa rigidez de sus brazos y sus manos cruzadas como leños sobre el vientre donde todo el mundo clavaba los ojos, sabiendo que allí no había nada, como intentando inútilmente captar algún signo de la muerte. Miguel, con la americana echada sobre los hombros, de pie en el centro del

depósito, notó de repente todas las miradas convergiendo hacia él con un destello de curiosidad. Se acercó a Palmita lo más que pudo y la estuvo contemplando largamente. No sabía qué hacer con las manos y se las puso en los bolsillos. Todo aquello no le decía nada, absolutamente nada. Había un silencio que era como un suspiro doloroso e interminable. Palmita era una máscara azulosa y parecía sonreír. Su pecho tenía una quietud monstruosa de madera hueca. Su frente era más hermosa que nunca.

Miguel, de pronto, oyó unos pasos a su espalda.

—Usted debe de ser su amigo… ¿verdad? —oyó que decía alguien en voz baja.

Se volvió y pudo ver a un hombre de unos treinta y cinco años, de cara terrosa, ojos enrojecidos y pómulos altos. Le miraba con una sonrisa triste.

—¿Verdad? —añadió.

—¿Cómo dice?

—El amigo del otro…, del novio de ella. Bueno, ella nos contaba a veces algunas cosas. Yo soy su hermano mayor, ¿sabe usted?

Le tendía una mano que parecía de madera labrada. Miguel vio su propia mano estrechando la suya. «Mucho gusto», oyó que decía. Luego volvió la cabeza y siguió mirando la frente tersa y helada de Palmita. Notaba en la nuca el aliento del otro, el susurro de su voz:

—Mire usted, dentro de la desgracia se puede decir que no ha sufrido apenas… Se fue sin recobrar el conocimiento, pobrecilla. Era muy buena. Un poco así, siempre lo fue, pero muy buena… ¿Cómo sigue el señor Soto?

—Bien, bien…

Los cabellos lacios y sin vida se ajustaban a los ángulos de la frente. El otro seguía hablando. Miguel se desplazó un poco hacia la derecha. Los pies de Palmita estaban abiertos en un leve ángulo. Llevaba medias negras, sin zapatos. Era absurdo aquel monólogo en susurros y él no podía soportar ni un minuto más el aliento espeso y cálido bajo la oreja. Pero el otro continuó:

—Ayer estuve a verle. Hablé con su esposa. Parece una buena señora; aunque, claro, todavía está excitada. Ha sido muy triste para ella tener que enterarse de ese modo… Pero yo creo que llegaremos a un acuerdo. Ella fue muy amable… Hoy o mañana iré a preguntarle cómo sigue su marido. Usted que es amigo de ellos,

¿qué le parece?… ¿Cree usted que nos comprenderán, que se harán cargo de lo ocurrido? Verá, nosotros no queremos adelantarnos a nada, pero hemos pensado que lo justo sería… ¿Quiere usted que le presente a la familia? Yo hablo en nombre de la familia, ya usted me comprende…

En los párpados, sí, en los párpados de cera estaba toda la fuerza en reposo, transpirando una vaga y remota fatiga. Se preguntó si a todas las vestían de negro, y por qué. El reflejo de un cirio se deslizó por el borde niquelado del féretro como una araña de plata. A Miguel le sudaban las manos dentro de los bolsillos. La voz, en su nuca, seguía soltando bocanadas de calor:

—… y no es justo, señor, no es justo. Ella no era…

—Oiga, ¿se puede fumar aquí?

—Creo que sí. Lo voy a preguntar… Espere usted.

Tras él, en todas partes, había un enmarañado rumor de pasos, un restregar de pies en el suelo. Se apartó a un lado, alejándose hacia el pasillo sin mirar a los hermanos. Ahora había más gente, mujeres apretándose pañuelos a la boca, hombres de tez oscura y caminar torpe, vecinos del barrio marítimo, pescadores y estibadores de manos rugosas, camisas blancas de cuello mal ajustado y trajes de domingo; muchachos con pantalones tejanos y niquis descoloridos apoyándose los unos en los otros, morenos, estáticos, silenciosos. Muchos no querían verla de aquel modo, muerta, y no entraban. Miguel se abrió paso en medio de ellos con la cabeza baja, oliendo vagamente la brea de las barcas y el pescado en sus ropas, con la cabeza baja y el hombro por delante, respirando el olor a sudado de los cuerpos fuertes, las nucas quemadas, los cabellos brillantes y bien peinados de los jóvenes hasta salir fuera, a la puerta, donde encendió un cigarrillo y esperó.

Luego, cuando terminó la ceremonia, al echar a caminar detrás de la cola para dar el pésame, volvió a notar los ojos de las chicas del «Río» clavados en él, quietas y agrupadas junto a la puerta del Clínico. Dio el pésame a los hermanos, mirándoles a los ojos, y siguió su camino calle abajo sin volverse ni una sola vez.

Le habían rasgado la pernera izquierda del pijama y mostraba un vendaje hasta más arriba de la rodilla. Tenía los cabellos

pegados a la frente y sudaba, tendido cuan largo era sobre el lecho. La sábana estaba arrugada a sus pies. El sueño y el calor le vencían. «Nadie como ella supo jamás dar el vientre…». En un parpadeo entrevió a Mari, de espaldas, colgando uno de sus trajes en el ropero. Más tarde vio a la enfermera saliendo silenciosamente de la habitación con la cajita de níquel de las inyecciones. Juntó las manos sobre el pecho y volvió a cerrar los ojos. La atmósfera olía a desinfectantes y el silencio era absoluto dentro de la habitación estucada de blanco. «Besaré tus pies, tus cansados pies, esta noche también, los besaré…».

Por la ventana abierta, en oleadas de calor, entraba la música de una radio, voces y ruido de vajilla, y Guillermo volvió a hundirse en el sueño.

Notó la mejilla tibia de ella pegada al hombro. A la otra chica la vio acercarse lentamente al micrófono, en el centro de la pista, con los ojos maliciosos y bajos. Se quedó quieta, sonriendo, los brazos colgando a lo largo del cuerpo, la cabeza gacha; dejó las piernas, enfundadas en mallas rojizas, un poco separadas y el vientre echado hacia adelante agresivamente. Les dedicó una sonrisa antes de empezar a cantar y Palmita le devolvió el saludo con la mano. El cuarteto, con camisolas de colores luciendo un dibujo tropical, arrancó con tanta estridencia que la voz de ella apenas se oyó. Los rostros se esfumaban tras el vaho gris y pesado, más allá de la luz del foco, de las columnas y de las mesas. Él estaba en el rincón opuesto a la barra, bajo los palcos, con la americana echada sobre los hombros. Cabeceaba, sosteniendo el vaso por los bordes con mano desmayada, igual que si le diera asco. A su lado, con el fuerte olor a jabón que siempre desprendía después de su actuación, Palmita permanecía quieta con la mejilla pegada a su hombro.

—Mira; lleva las mallas zurcidas de arriba a abajo.

—Pobre chica.

—Abre una suscripción para ella, Sotito.

—Lo haré. Suscripción pro-mallas de Iris Pons. Tú has estado soberbia esta noche. ¡Te he aplaudido hasta rabiar!

—¡Chist!… El señor Paco nos está mirando otra vez. Ten cuidado, amor.

—¡Guarda che luna…!

—Me has prometido no hacer el ganso esta noche.

—¡Guarda che mare…!

—¿Me oyes, cielo? ¡Oh, qué cansadita estoy! Mis pies…

—Larguémonos.

Ella se colgó a su cuello.

—Vida mía, ¿no comprendes que tengo que atender a los conocidos?

—Para mí son desconocidos.

—Esta noche ha sido fatal: sólo llevo hecha una consumición.

—La mía.

—Y necesitamos mucho más dinero. Y luego el señor Paco no deja de mirarme, el cargante.

Llevaba un vestido negro cerrado hasta el cuello, sin mangas, de falda amplia bajo la cual asomaban los bordes de un can-can blanco, y zapatos negros con dos relucientes tiritas cruzadas sobre los dedos de rojas uñas. Irguió la cabeza, se apartó con la mano los cabellos de un lado de la cara y volvió a pegar la mejilla al hombro de él. Suspiró. Su boca, por el cansancio y las noches sin dormir, tenía más acentuado aquel aire infantil de morriña. Hizo saltar cuidadosamente los zapatos de sus pies y sonrió cerrando los ojos.

—Oh, mis pobres pies.

Guillermo la rodeó con el brazo y apretó la frente a sus cabellos.

—Bueno, yo no tengo la solución para todo. Pero puedo cubrirlos a besos y, hala, curados.

—Ganso —rió Palmita frotando su cuerpo contra él.

—Ven, acércate más.

Luego fue como si repentinamente le hubiesen taponado las orejas con cera derretida y caliente. No oía nada y las sienes le latían ruidosamente igual que un espeso líquido hirviendo. «No bebas más» oyó como en sueños, y estiraba la cabeza por encima de la frente de ella y miraba a la gente sentada a las mesas. Bebía ya sólo agua del hielo que se fundía en el vaso, silenciosamente, en aquel rincón oscuro y profundo que él había convertido en la primera taberna del primer pensamiento inútil y fétido, el rincón de asientos tapizados de verde que olía a jabón, a sudor, y miraba a la rubia de tristes mallas rojizas con zurcidos que parecían ostras y cicatrices a la luz enferma de los focos, más allá del calendario colgado en un ángulo de la pared; y era como si hiciera un mes que no se hubiese movido de allí, formando una obsesionante línea casi

recta con el calendario de la Coca-cola y las lamentables mallas rotas de Iris. Era ciertamente el mismo calendario —su hoja de agosto donde se veían dos muchachas en traje de baño, tumbadas panza abajo sobre la arena y con una botella de Coca-cola en la mano, y dos jóvenes esbeltos y tostados que se inclinaban sobre ellas sonriendo—, el mismo que había estado viendo durante todo aquel mes de agosto en todas las paredes de todos los bares y tabernas y hoteles, como si el mes de agosto se hubiese encarnado para siempre y sin remedio en la cochina idea publicitaria de una hoja de papel; y también parecía la misma gente de todo el mes la gente que había en las mesas, los dos o tres ancianos elegantes y dignos que sonreían como si estuviesen todavía dentro de la bañera o en el momento del masaje o de la junta general de la Compañía de la que podían muy bien ser presidentes, ahora estirando el cuello para disimular la papada y la grasa amontonada en la mesa, lamiendo discretamente igual que gatos mimados y de buena casta la superficie dorada de champaña en las copas y la piel de los hombros de la pareja de esta noche, o de todas las noches. Pero es la trampa, viejo, se dijo, es la trampa y tú no lo sabes, condenado viejo ricachón; se puede poseer a esta chica y tal vez ya lo has hecho, pero no se puede poseer jamás su descarada manera de andar, que tanto os gusta, la línea de sus hombros o el perfil de su rostro, su dormir tranquilo, su espalda íntima y viva, todo ese mundo que hay en sus muslos. No se puede, condenado viejo respetable. No tienes suficiente dinero por más que tengas.

—No lo tendrás jamás —balbuceó en voz alta.

—¿Qué dices? —exclamó Palmita—. No empieces, por favor.

—No empiezo.

La música, ahora, era alegre en su torpeza. Lentas y fatigadas, algunas chicas se paseaban de un extremo a otro frente a la barra del bar, golpeando bruscamente el vacío con las caderas y canturreando entre dientes. De vez en cuando, una de ellas se detenía frente a los hombres sentados en los taburetes, y sin mirar a ninguna parte, sin fijar los ojos en nada, sonreía y apretaba el vientre insensible a las rodillas de ellos.

En la pista, la muchacha había terminado su número. Agradeció demasiado larga y efusivamente los escasos aplausos y tuvo que retirarse emprendiendo una corta y ridícula carrerilla. Salió una

pareja de baile andaluz.

—Pide más de beber —dijo Guillermo—. ¿Oyes, nena? Me estoy durmiendo. ¿A quién le toca después?

—A Rosi —dijo ella—. Luego el ballet de la casa y se acabó. Podremos bailar. He reservado un lento para ti solito, ¿estás contento?

—Rosi. Esa malagueña regordeta que se persigna antes de salir a la pista, ¿verdad? Se persigna dos veces cada noche, detrás de la orquesta, para salir a enseñar las piernas y mover desenfrenadamente las caderas y golpear el aire con el vientre como una poseída. ¡Encomienda al Señor el éxito de sus muslos! ¡Todas las andaluzas sois igual…! ¡Ay, el misterio ibérico…! ¡Palmi, llévame a mi querido río!

—¡Sotito! Estás piripi. Mira, viene el señor Paco.

El gerente, un hombre bajito, rechoncho, con unos cabellos en forma de cepillo y expresión apenada, se acercaba despacio por entre las mesas vacías con las manos en la espalda.

—Ya está bien, Palmi —dijo—. Ya está bien. Me parece.

—Ahora no molesta a nadie, señor Paco.

—Todas las noches lo mismo.

—¡Eh, un momento! —chilló Guillermo—. ¿A qué viene tanta disculpa? ¡Soy un hombre libre, llevo todavía restos de hierba en las suelas de mis zapatos! Este barrilito de agua bendita, ¿qué va a saber?

—Mira, perdido…

Él se levantó, braceando.

—¡Barrilito de agua bendita he dicho, sí señor! ¡No crea que porque esté en un cabaret me va a engañar! Mírale, nena, mírale bien. ¿Crees que se apiadaría de tus pies cansados? ¡Qué va! ¡No tiene corazón! ¡Abridle el cuerpo y le encontraréis un barrilito de agua bendita en el lugar del corazón!…

Ella tiraba de su brazo, arrastrándolo por entre las mesas. Él se desprendió de un tirón, la americana resbaló de sus hombros.

—Llévate a ese loco —dijo el hombrecillo.

¡Oh, Sotito, qué desastre!

Él levantó los brazos, se revolvió, despeinado, con un rostro completamente negro, soberbio. Bramó:

¡Estoy harto! ¡Quiero mi río!…

¡Afuera con él! ¡Vamos, pronto!

—¡Devolvedme mi río! ¡Usureros! ¡Barrilito!

—Vámonos, cariño… Vámonos.

Él se dejó llevar, mirándola a los ojos.

—Están decapitados, Palmi. Te lo digo yo.

—Claro, cielo.

Habían acudido dos camareros que les miraban salir, inmóviles junto al hombrecillo. Guillermo se detuvo. Ella se afanaba en ponerle la americana. Desde la barra les miraban, el cuarteto había parado la música a medias. Él se tambaleaba, vuelto de espaldas a ella y pugnando por meter los brazos dentro de las mangas.

—Barrilito de agua bendita, más que barrilito…

—Llévatelo —iba diciendo el gerente—. Mañana hablaré contigo, niña. ¡Vamos, fuera!

Ella se revolvió furiosamente.

—¡Bueno, ya nos vamos! ¡No hace falta chillar tanto, señor Paco!

—Contigo hablaré mañana, he dicho.

—¡O nunca, qué puñeta!

Empezó a tirar de nuevo de Guillermo hacia la salida.

—Sígueme, Sotito, y no tengas miedo.

—Me dan miedo, mira, los barrilitos…

—Camina recto —le sostuvo por la cintura—. ¿Has visto? Dice que mañana hablaremos. ¡Pues no faltaba más!

La mujer del guardarropa meneó la cabeza al verles pasar. Salieron a la calle. Él levantó los ojos al cielo. Palmita lo apoyó de espaldas a la pared, le arregló el nudo de la corbata, le metió un trozo de camisa dentro del pantalón y luego alisó sus cabellos con la mano. Cogió un pañuelo y le secó el sudor del rostro. El portero les observaba con aire divertido, apoyado en la puerta de cristal.

—Tomaremos un rato el fresco —dijo Palmita—. Así no puedes conducir.

—Bah, estoy muy bien. —La miró con ojos risueños y llenos de afecto—. ¿Qué haría yo sin ti, gatita?

—¿Quieres que entremos ahí al lado a tomar un café?

—Bueno.

Había dos hombres bebiendo cerveza y discutiendo. Era un local pequeño, un poco por debajo del nivel de la acera con las paredes

llenas de carteles de boxeo. Sorbieron dos cafés ardientes y sin azúcar, en silencio, muy apretados, mirándose de vez en cuando a los ojos y conteniendo unas nacientes ganar de reír. «Qué caray la verdad es que ya tenía ganas de decir cuatro frescas a ese negrero» dijo Palmita. Él la rodeó con el brazo mientras buscaba dinero en los bolsillos para pagar, y empezó a reír y no paró hasta que salieron.

Había un cielo lívido, con pocas estrellas. Ni una brizna de aire hacía mover las grandes hojas de los plátanos, algunas de las cuales se calentaban muy cerca de las farolas recibiendo su luz con aire dormilón, rígido y acartonado. La moto de Guillermo estaba sobre la acera, sucia, grotesca, con la rueda delantera cruzada violentamente. Ella subió detrás y apretó el lado izquierdo de la cara a la espalda de Guillermo. «Una muñeca de motocicleta…». Cruzaron la plaza de Cataluña, luego Urquinaona, y bajaban por Vía Layetana; aquella mancha reluciente estaba allá abajo, reflejando las sombras exangües de los hombres de la brigada de riego calzados con botas altas de goma, pequeños, sucios, lentos, moviéndose con la manguera en el hombro como en un entierro. Ella no miró ni una sola vez hacia adelante, no despegó la cara de su espalda, no se enteró de nada. Guillermo agachó la cabeza. Cantaba a pleno pulmón. La manguera, en vez de elevarse, se dobló por el centro hacia tierra, luego volvió a subir, y le dio justo en el rostro. Las manos de ella retrocedieron de su pecho, su mejilla se despegó de la espalda. La moto cayó sobre la pierna izquierda, en plena carrera hacia el bordillo. Durante un segundo, lanzando una mirada a ras de asfalto, pudo verla a ella unos metros más arriba, entre los pies paralizados de los hombres de la brigada de riego, tendida cara al cielo, sin zapatos y con las faldas en el vientre. Luego no pudo resistir por más tiempo el dolor, patinando aún con la moto encima y sintiendo el asfalto bajo la pierna igual que una brasa candente, interminable…).

Oyó los golpes en la puerta y luego sus voces.

—¿Cómo sigue?

—Bien. Ahora duerme.

Distinguió a Miguel, al pie del lecho, tendiéndole la mano a

Mari, que aún no se había dado cuenta del saludo. Acababa de llegar, se había dejado la puerta abierta y ella fue a cerrarla. Entonces hizo un esfuerzo para despertar del todo. Evidentemente, Mari nunca había recibido a Miguel con demasiada efusión. Incluso arrugó la nariz, como adivinando que había bebido. Él levantó un poco la cabeza de la almohada y volvió a dejarla caer pesadamente, empapado de sudor.

—Miguel.

—Voy.

Pero no se volvió aún. Estaba frente a Mari, escuchándola con visible desgana.

—Tuvo suerte —decía ella; sacaba pañuelos y otras prendas de una bolsa y lo ponía en el blanco ropero empotrado en la pared—. Los individuos como él siempre tienen suerte. Y esa pobre chica… Él, en unos días quedará como nuevo y podrá empezar a beber otra vez como un bruto. No había siquiera peligro de infección; resulta imposible llevando tal cantidad de alcohol en el cuerpo…

—Ah.

Ella se llevó una mano a la frente.

—Esa chica… Dios mío.

—Sí, esa chica.

Miguel le volvió la espalda, acercándose al lecho.

—Mari dice que estás bien. ¿Te he despertado?

—Qué importa.

—Tiene pesadillas —dijo Mari—. El angelito.

—Pronto a la calle, Guillermo.

—Sí.

Se irguió apoyándose en los codos. Mantenía los ojos bajos, con las manos colgando inertes junto a las caderas.

—Levanta un poco eso, ¿quieres?

Miguel cogió la manivela y maniobró con ella levantando la cabecera de la cama.

—Vale —dijo Guillermo—. Acércame el frasco de la colonia.

Se desabrochó la chaqueta del pijama y se frotó el pecho y la cara con agua de colonia. Mari estaba a su lado con una toalla en las manos. Miguel se sentó en el lecho. Después de secarse, Guillermo se irguió acomodando la almohada a su espalda. Levantó la rodilla derecha. Sus gestos eran pesados. Su mirada erraba por las

paredes de la habitación con una suerte de estupor, temblona y lastimosa. Esperó a que Mari se alejara un poco, mirando a Miguel.

—¿La has visto?

—Sí.

—¿De cerca?

—Sí, muy de cerca.

—¿Cómo estaba?… ¿Cómo la vistieron?

—Llevaba un traje sastre negro. No pude verle ninguna herida. Le pusieron un rosario en las manos.

—Sí.

—El entierro fue a las doce. La sacaron de la parte de atrás del Clínico. Allí mismo, en la puerta, se despidió el duelo. Había muchas coronas, y aquel perfume de los nardos… Vinieron las chicas del «Río», y muchas otras, y todas quisieron verla antes de que cerraran el ataúd. Yo las vi cómo se arrodillaban frente a ella y cómo se persignaban; las vi llorar. También había gente de su calle, amigos. Hablé un rato con uno de los hermanos, el que vino a verte; dijo que murió sin recobrar el conocimiento, que no se dio cuenta de nada.

—Ya.

—No se podía hacer nada.

—Bueno.

Guillermo se aplicó en alisar con los dedos unas arrugas de la sábana. Cerró los ojos.

—Bueno. ¡La madre que me parió, bueno!

—Olvídalo.

—Era yo quien debía haberse quedado allí, tumbado para siempre.

—Tonterías. Ocurrió así y no hay que darle vueltas.

—Estoy listo, Miguel.

—¿Quieres no decir bobadas?… Vamos a fumar —se volvió hacia Mari—. María José, acércate.

—¿Qué?

—Luego —dijo Guillermo, rechazando el cigarrillo que le ofrecía Miguel. Se quedó quieto. Su aspecto era lastimoso: las cejas fruncidas con firmeza le daban el aire de estar conteniendo un temblor interno. Mari estuvo un rato a su lado, de pie, mirándole, cruzada de brazos, y luego se hizo a un lado y avanzó unos pasos en

dirección a la ventana. Miguel encendió el cigarrillo. Durante un buen rato, Guillermo intentó controlar aquella fuerza interior: todos los músculos de su cara estaban en tensión y mostraba círculos azulados alrededor de los ojos.

Mari, con los brazos cruzados sobre su amplia blusa suelta, sin mangas, se acercó a la ventana. Abajo vio la escalinata de mármol y el jardín de la parte frontal de la clínica. Estaba en la parte alta de la ciudad, que se extendía al frente, gris y uniforme, hacia el mar. Distinguió a la izquierda las oscuras agujas de la Sagrada Familia emergiendo entre el sol pulverizado de la mañana, y a la derecha, más lejos, la Catedral y Santa María del Mar. Se mantuvo de espaldas a ellos un buen rato, apoyando los codos en la ventana. Luego fue hacia el lavabo, se echó agua en el rostro y a la nuca con los codos y se pasó el peine por los cabellos. Se dio la vuelta, acercándose a la cama. Llevaba sandalias y movía los brazos con pesadez, un poco demasiado separados del cuerpo. En su rostro alargado y moreno se había dulcificado un tanto aquel aire deportivo y bobalicón. Cogió la sábana arrugada a los pies de Guillermo y arregló un poco el lecho. Sus finas manos doradas por el sol se movían con rapidez. Estaba embarazada de tres meses.

—Bien —dijo—. Yo os dejo. Probablemente volverá ese hombre, el hermano de la chica… Sólo te pido que no le recibas como ayer, Guillermo.

—Recíbele tú.

—No cuesta nada escucharle un rato, dejarle hablar.

—¿Qué quiere? —dijo Miguel, mirando a Guillermo.

—Mari se entendió con él.

—¿Qué imaginas? Dinero. No lo ha pedido, pero lo da a entender. Dice que son muchos hermanos, que ella les había ayudado tanto, que si el entierro… Una lata. Pero en el fondo tiene razón, eso es lo malo; que en el fondo esa gente tiene razón. ¿Te quedas, Miguel?

—Sí. Vete tranquila.

—¡Oh, por supuesto! Y te advierto, por si quieres irte luego, que no le pasará nada si se queda solo.

—¿No volverás? —dijo Guillermo.

—Creo que ya no hago falta; y figúrate cómo deben andar las cosas allá arriba, sin mí. He dejado un traje y ropa interior en el

ropero. Carmen vendrá a recoger todo cuando salgas —cogió una bolsa de cuero, la puso sobre la cama y comprobó su contenido. Entonces añadió, con expresión malhumorada—: Y recuerda lo que hemos hablado: si apareces por Tamariu, que sea para quedarte. De lo contrario no quiero verte. Como comprenderás —añadió después de una pausa, en voz baja—, las cosas no pueden seguir así, ya no es como antes.

—Anda, vete. Vete ya, Mari.

—He hecho cuanto he pedido. Más aún. Pero esto se acabó. He hablado con papá. De modo que ya lo sabes.

Miguel se levantó. Fue a encender un cigarrillo cerca de la ventana. Guillermo dejó resbalar la espalda sobre la almohada y el pijama se le quedó arriba, en el pecho. Tenía un estómago liso, de piel oscura, prieto y musculado.

—¡Ya sé, ya sé!

—Y otra cosa —dijo ella—. No se te ocurra aparecer por casa con mujeres. He advertido a Carmen.

—La vieja no me verá el pelo, no temas. Puedes irte.

—María José, escucha —dijo Miguel—, no hagas las cosas sin pensarlas. ¿Por qué no esperas a que se reponga?

Ella sonrió tristemente.

—Me parece que tú no lo sabes todo. Aparece por allá de vez en cuando, sucio, sin un céntimo, con las ropas como un mendigo. Entonces se tira durmiendo dos días seguidos, luego come, se baña, se tumba al sol en la playa, a la noche hace sus numeritos en el bar del hotel y finalmente, un día, de pronto, desaparece otra vez llevándose dinero. Así, en ese plan. Un mes y otro mes. ¿Tú crees que eso puede soportarlo nadie? ¡Oh, lo que es yo no lo aguanto más, te lo juro! Sobre todo después de lo ocurrido con esa pobre chica. Debería caérsele la cara de vergüenza para toda la vida. ¡Y estando yo como estoy!

—Cállate, Mari.

—Está bien. Pero piénsalo. Piénsalo despacio, Guillermo, porque esto se acabó.

Él tenía los ojos cerrados. Ella cogió la bolsa, echó una nerviosa mirada a la habitación por si se dejaba algo, al mismo tiempo que le tendía a Miguel una mano blanda y fría.

—Adiós.

—Hasta pronto, María José.

Cerró con fuerza. Miguel volvió a sentarse en la cama, despacio, mirando la ceniza de su cigarrillo. Guillermo no se movió, había abierto los ojos y los tenía clavados en el techo.

—Vive su vida —dijo Guillermo.

—Es difícil hacer feliz a la gente.

—Bah, no es nada. Ya tiene lo que quería. Lo consiguió. ¿No lo ves? Se va contenta y feliz con el nuevo ser dentro. Parece una iluminada. Pero ella, Palmi… Pobrecilla.

Miguel se recostó apoyándose en el codo. Guillermo miraba al techo, inmóvil, con el rostro tenso. Se cogió la nuca con las manos y movió ligeramente la pierna herida. Miguel dijo, por decir algo:

—¿Conoces a Luis Galea? Vaya tipo. Es el propietario de una serie de revistas. Un hombre divertido, ¿sabes?, un producto típico de la libertad económica con fulana al fondo. Cree en las virtudes del dinero y de la paz a punta de hambre.

Guillermo movió la cabeza a un lado, bruscamente. Había captado, por un segundo, aquel fulgor obstinado en los ojos de Miguel. Le vio levantarse y dar unos pasos por la habitación con las manos en los bolsillos; descubrió que había adelgazado, que ya en sus hombros flotaba aquel inconfundible aire de pesadumbre propio de los borrachos, que era cierto lo del perfil obstinado y las pupilas ardientes. Estuvo atento al tono de su voz.

—¿Sabes?, esta tarde veré a Lavinia. Me ha escrito diciendo que venía.

—Tú acabarás perdiendo el empleo —murmuró Guillermo.

—¡Al diablo con el empleo! Un día u otro me iban a echar, de todos modos. Desde la famosa noche de la loca menopáusica que no doy golpe. Además, uno de estos días me voy definitivamente a Rosas. Y luego tal vez a París, si Lavinia quiere venir…

—Estás en las nubes —dijo Guillermo—. Anda, acércame el frasco de la colonia. No hay quien aguante este calor.

Empezó a frotarse el pecho con el agua de colonia. Más tarde, el médico y dos enfermeras le cambiaron el vendaje. Miguel permaneció de pie, observando. Una de las heridas estaba abierta aún, devorando con avidez la fresca pomada desinfectante. Guillermo vio que su pierna no tenía tan mal aspecto. La leve presión del nuevo vendaje le proporcionó una sensación de

descanso y seguridad, cuando la última enfermera salió de la habitación empujando el carrito del instrumental, y él se atrevió a levantar la rodilla doblándola despacio.

—Bueno —dijo Miguel—. Volveré un rato esta noche o mañana.

—Hasta pronto. Tráeme algo para leer… No, no me traigas nada para leer, qué diablos, ¿para qué quiero yo leer?

—Adiós.

—Oye, Miguel. Un momento. Dentro de unos días salgo de aquí. ¿Podrías prestarme algún dinero?

—¿Qué necesitas?

—No sé… Más adelante iré a Tamariu y haré las paces con Mari, si puedo. Pero de momento…

—Bueno, ¿cuánto?

—Mil, lo que puedas.

—Ni hablar. Quinientas.

—Te las devolveré. Ella me ha dejado sin un céntimo para tenerme en seguida a su lado. Pero antes necesito…

—No pienses ahora en ello. Hay tiempo. Esta noche te traeré el dinero. Adiós. Vendré con Lavinia.

—No te olvides de beber un trago a mi salud —dijo cuando Miguel abría la puerta—. Y a la de ella, Miguel, sobre todo a la de ella.

Le vio desaparecer tras la puerta. Volvió el rostro hacia la ventana. Notó cansancio en la pierna y la extendió lentamente. A través de la puerta le pareció oír el ruido metálico de los carritos de la comida rodando por el pasillo.

Paseando de noche su melancolía noble y patrimonial a lo largo del puerto de Rosas, descalzos, indolentes y bellos, bajo la enorme luna de plata que iluminaba la bahía, pisando muy despacio el cemento que aún guardaba la tibieza del sol y atentos a susurrarse palabras y a mover a compás sus cuerpos apretados, el mundo se encogía otra vez extrañamente y de repente era bueno y fácil amarse hasta la muerte. Era fácil, era obligado y simple, allí, bajo el gran silencio de la noche, rozándose las caderas y cortando con los rostros bronceados el aire saturado de fragancias marinas, oyendo el tranquilo chapoteo del agua en los costados de las barcas… Ella

hablaba con nostalgia del último viaje a París, de los paseos por el Boulevard Saint Germain, con las librerías, los restaurantes, los tufos del metro y el olor de las frituras. Hay un delicioso restaurante chino en Rue des Ecoles. Alguna noche irían a cenar allí, los dos. Él trabajaría en aquella editorial cerca de la plaza Saint-Sulpice y ella le esperaría todos los días a las seis en el café que hay enfrente, conversando en el mostrador con alguna viejecita simpática que ha venido a beberse una copita de vino…

—¿Nos sentamos un rato en este banco? —preguntó Lavinia. Se oía una música lejana, en alguna pista de baile.

Pasaron, y les miraron con curiosidad. Cuando estuvieron un poco más lejos se pusieron a cantar. Llegó una ráfaga de aire con un olor salobre a algas marinas. Acurrucada en los brazos de Miguel, ella seguía hablando con una voz lánguida y agradecida. El problema más urgente ya lo habían discutido aquella misma tarde durante el viaje en coche, a la salida de Barcelona y después de haber cumplido una rápida visita a Guillermo en la clínica: Arturo se iba dentro de unos días a Marsella para tomar parte en unas regatas internacionales: luego tenía intención de llegarse hasta Turín por motivos de negocios. Esta vez, ella había decidido hablarle claro antes de que se fuera. Arturo se sorprendió, aunque siempre había reconocido que aquel matrimonio era un error. Se quedó triste, abatido, y luego confesó que esperaba esto desde hacía tiempo… Lamentó que Lavinia se hubiese enterado de su reciente amistad con Luisa, y lamentó lo que ella opinaba de esta amistad (para Lavinia, sin embargo, estaban muy claros los motivos de ese repentino interés por la vieja zorra teñida de rubio, experimentada y sin escrúpulos, sin duda especialista en el trato de viejos incapaces…). Le había dicho: «Seamos prácticos, Arturo. Este matrimonio fue un error, lo supimos desde un principio, y es absurdo seguir así. Estoy muy harta de toda la gente que nos rodea y de la vida que he llevado hasta ahora. Te causé muchas molestias cuando empecé a beber, y por todo ello te pido perdón, pero ya me he curado. Cuando regreses de Italia, te ruego que zanjemos esta cuestión del mejor modo posible, en bien de los dos. Sé que eres un hombre comprensivo, y que tendrás en cuenta que la tienda…».

—No hubo ninguna discusión —le decía ahora a Miguel abrazándose las rodillas frente al rostro y con los pies desnudos

sobre el banco—. Si no llega a ser por ti, creo que nunca habría despertado, todavía estaría amargándome y bebiendo como una estúpida —volvió el rostro hacia él, buscando su mirada—. Mi vida ha cambiado por completo gracias a ti —Miguel la besó. Ella, después de un rato de silencio, añadió—: Y ya que hablamos del tema de la bebida, querido, tengo que decirte que…

Ahora la regañina. Miguel escuchó hasta el final y prometió sinceramente cambiar. La culpa la tenía el vivir separados. Una hora antes habían tomado un refresco en la terraza de una «boite» de reciente inauguración, luego habían paseado un rato por el pueblo, sorteando a los turistas borrachos, a marinos americanos y a ruidosos grupos de muchachos del pueblo que iban a la caza de extranjeras.

Se levantaron. Pasadas las últimas casas del pueblo, caminaron un trecho bajo los frondosos plátanos de la carretera y se adentraron hacia la playa. La arena estaba fría y húmeda. Miguel pensaba en lo lejos que quedaba todo, la ciudad y las noches disparatadas, Guillermo, la redacción, su padre, los bares, su hermana Isa y la habitación que olía a cigarrillos ingleses, el baño de las mañanas, el sol de la terraza, el sexo espiado por la criada, la mirada vigilante y compungida de su madre… Ahora seguía sintiéndose débil y cansado, pero con una honda felicidad que le imponía silencio; sonreía viéndola a ella correteando cerca de la orilla como una niña, con los cabellos lacios y dorados, sus pantalones azules y descoloridos, los pechos sueltos dentro de la blusa de mangas recogidas. Luego se sentaron sobre la arena, apoyando la espalda en las tablas de madera de un merendero.

—Oh, te cansas en seguida —decía ella jadeando—. Tienes muy mala cara, Miguel… Aquí te pondrás bueno en una semana, verás. Me imagino la vida que llevas en Barcelona. Debes decidirte a cambiar, ¿me oyes?

—Ahora —respondió él—, ahora, cuando me quede para siempre a tu lado. Esta vez estoy decidido a no dejarte.

—Todavía no. Espera a que Arturo se haya ido.

La cogió por los hombros, tendiéndola sobre la arena.

—Aquí no. Por favor.

Al día siguiente soplaba un viento pertinaz y molesto, de poniente, que llenaba de fina arena los ojos de los bañistas. Lavinia

le dijo que aquello era lo malo de Rosas, pero que ella ya se había acostumbrado. A veces duraba varios días y provocaba una huida de los turistas.

—Un viejo pescador me dijo que había seis o siete clases de viento, imagínate, y que todos tienen un nombre.

—Será divertido aprenderlos, ¿no crees? —dijo él alegremente mientras se secaba con la toalla. Se había levantado muy tarde aquella mañana. Al bajar a la tienda encontró a Lavinia atendiendo a unos clientes. Había una nueva dependienta.

Iban siempre a comer en un restaurante del paseo marítimo. Al atardecer pasearon por el pueblo, mezclados con la gente, recorriendo calles estrechas por donde corría un viento acanalado que de vez en cuando levantaba las faldas de las muchachas. Los portales de las casas de los pescadores estaban cubiertos con redes remendadas. Por la noche fueron a bailar a la pista de la «boite Picasso», una terraza que en tiempo fue corral de caballos y que alguien había decorado con acuarelas y farolillos.

Miguel se marchó al tercer día, ante los ruegos de ella: era necesario. La próxima vez que fuera a buscarle, sería para siempre. Acompañó a Miguel hasta Figueras en el coche y se despidieron en el estribo del tren. Por primera vez cambiaron una serie de consejos inútiles y prosaicos. Luego, con una leve inquietud en los ojos, ella dijo: «No dejes de pensar nunca en mí, nunca…». Por primera vez en su vida, los dos, después de mirarse largamente a los ojos, se besaron conteniendo unos extraños, confusos y vagos temores de no volverse a ver:

XV

Los viernes, al oscurecer, los vendedores ambulantes voceaban por las calles el nombre de las revistas ilustradas metiéndose en los bares y en los cafés, en los vestíbulos de los cines, en el interior de los tranvías, de los frontones y de las salas de espectáculos. En cientos de quioscos, mientras aparecen las primeras luces de la ciudad, muchachas recién salidas de oficinas y fábricas y talleres de confección contemplan las llamativas cubiertas, prendidas de unos leves bastidores con pinzas de tender la ropa, alborotando y riendo si van en grupo, mientras se atan a la cabeza los pañuelos de colores y esperan el tranvía, el autobús o el novio. Las luces de las Ramblas se encienden. Dos niños se reparten los taxis y las propinas en la plaza del Teatro, frente al Cosmos, abriendo las puertas con ademán rápido y hábil, la cabeza gacha y la sucia mano tendida al frente. Son oscuros de piel, llevan los anchos tirantes del pantalón cruzados sobre el pecho desnudo y flaco, sandalias de goma y la cabeza rapada. Del interior de los taxis descienden extranjeros en vacaciones, sonrientes y torpes, y sonriendo dan la propina o no la dan, sonriendo acarician la cabeza rapada, sonriendo con sus labios tersos y rosados.

Guillermo, con las manos aferradas al volante del coche, manteniendo el motor en marcha, les veía mientras esperaba que arrancara el tranvía que tenía delante. Había en su rostro una expresión fría y displicente, que no varió cuando volvió el rostro hacia el otro lado y vio el quiosco de periódicos y la gente agrupada en torno. Dejó resbalar la mirada por la cubierta de algunas publicaciones.

—Esta gente es pistonuda. Un día de éstos se hundirá el mundo y ellos como si tal cosa: seguirán sacando al sha de Persia en primera página.

El tranvía arrancó. Guillermo conducía lentamente, con la

barbilla hundida sobre el pecho. Al cabo de media hora estaban todavía en las Ramblas, subiendo.

—Es muy tarde, Miguel. Estoy cansado. Te dejo aquí.

—Acércate a ese bar. Es lo menos que puedes hacer por mí después de este recorrido sentimental al que me has obligado.

—No me siento muy fuerte aún.

Arrimó el coche al bordillo, dejándolo frente al Sanlúcar. Miguel bajó.

—Pásate luego por el Hogar Provincial, cenaremos juntos —dijo Miguel.

—Ya veré. Quiero llevar los trastos esta misma noche a tu habitación. ¿Verdad que no te importa? Sólo un par de días. No podría aguantar ni una hora en casa, con la vieja espiándome y el olor a pastelillos.

—Haz lo que quieras. Veremos lo que dice la patrona.

—Unos días solamente. Tengo que ir a Tamariu, ya sabes. Hasta luego. Te veré a la hora de cenar, si puedo. ¿Qué dinero tienes?

—Cinco duros. Adiós.

En seguida empezó a encontrarse mal. Aquellas albóndigas del almuerzo… Pero no, sabía que no. Se esforzaba en vano por escapar a la evidencia: estaba a punto de caer atiborrado de vino. Lo sabía. Llevaba ya demasiados días incubando algo que se parecía un poco a la gripe —los miembros flojos, aquella voz lánguida—, pero que, paradójicamente, le disparaba en el cerebro las ideas más absurdas y fantásticas, obligándole a hablar, hablar, hablar… En el Hogar Provincial, un lugar que había descubierto para comer barato mientras esperaba que Lavinia viniera a buscarle definitivamente, sus antiguos compañeros de «Ensayo» se burlaban de él y empezaban a llamarle borracho sin ningún rubor. Tropezó con un hombre en la calle, que le insultó. El Hogar Provincial de la Guardia de Franco estaba en Consejo de Ciento. Era un piso enorme y viejo, de techo alto y artesonado, cuya sala principal y habitaciones contiguas habían sido acondicionadas para comedores. En el pasillo, a la entrada, estaba el bar. Se comía por veinte pesetas, vino aparte, y lo frecuentaban estudiantes, viajantes de comercio, falangistas y raras mujeres que comían solas. Dos altavoces colgados en la pared esparcían roncamente el diario hablado de las diez de la noche. Después de cenar pidió un café y un coñac caliente. Desde el bar del

vestíbulo le llegaba el rumor de las conversaciones. Hundida la cabeza sobre el pecho, removiendo el café con la cucharilla, sonrió íntimamente y luego clavó los ojos, con violencia, en la mujer de aspecto lúgubre de la mesa de enfrente; era delgada, tenía un cuello largo y nervudo, llevaba gafas negras, blusa azul de cuello cerrado y hombruno y medias oscuras. Inmóvil, acodada en la mesa, las manos juntas frente a la boca como si rezara y la mirada colgando en el vacío, perdida.

Guillermo detuvo el coche frente a la pared del solar en ruinas y encendió los faros. La luz bañó bruscamente los recuadros con restos de pintura y trozos de empapelado de lo que habían sido habitaciones. Él dejó caer las manos del volante, se recostó en el asiento y se quedó quieto. Tras el coche, al otro lado de la calle, estaba la casa de Palmita. Era en el barrio marítimo. Allí, junto al farol, la vio todavía saltando alegremente de la moto con un vestido de faralaes colgado del brazo. En las frías noches de invierno la despedía con una palmada en las nalgas y ella echaba a correr, riendo, hacia el portal de su casa. Y él, mientras volvía a poner la moto en marcha, levantaba la cabeza y miraba los balcones y las ventanas cerradas. En verano había ropa blanca colgada en alambres que cruzaban la calle de balcón a balcón, donde se asomaban pescadores en camiseta para tomar el fresco y fumar. Palmita se dejaba mirar mientras le besaba rápidamente y decía: «buenas noches, Sotito». Algunas noches llovía, pero los pescadores seguían en el balcón, un poco echados hacia atrás, mirándoles sin dejar de fumar, sonriéndose por ellos y por la lluvia. Con las primeras gotas, sosegadas y limpias, nacía siempre en ellos la torpe, inefable sonrisa. La única pared del solar en ruinas mostraba sus trozos rotos de empapelado y sus colores desvaídos de vieja calcomanía, recuadros de lo que fueron alegres habitaciones en azul, rosa, apacible gris, ahora sólo una faz despellejada y venuda, pasmada, con una sorpresa como de pastel partido a cuchillo; sombras mohosas donde hubo cuadros o retratos colgados, una dentada cicatriz donde estuvo la escalera, y una lenta, desvaneciente nostalgia donde el rincón todavía ahumado del hogar… Con las radios a todo volumen y los balcones abiertos

boqueando calor, volvía la esperanza idiota de todos los domingos y ellos, engañados otra vez, levantaban una mirada insípida hacia esa luna de cálido y blanco abrazo. Sonreían, aspiraban su luz, y las horas absurdas y malditas y mal pagadas en densos locales de ventanas ciegas dormitaban bajo la pequeña ilusión perpetuamente burlada de la noche del domingo. De cualquier modo, pensó, este delicado dolor volvería a abrirse camino sutil y grave hasta su hediondo rincón gangrenado de mañana, de pasado mañana.

Y bien, así es la vida, se dijo a sí mismo. Una ráfaga de aire crudo y mojado penetró por la ventanilla y le golpeó la piel de la cara y los cabellos. El mundo era una soberana mierda. Y Palmita allí tan sola, quieta, deshaciéndose lentamente en la pegajosa oscuridad de los muertos. Las monjas le habían puesto un rosario en las manos. Demasiado tarde. Miguel tenía razón: no puede uno mover un dedo sin hacer daño a alguien. Bien, así es la vida. Mantenía la cabeza inclinada sobre el volante en medio de la sofocante atmósfera que cobijaba el vehículo parado, un tufillo de alfombras sacudidas y de gasolina. Bajó del coche, se metió corriendo en el portal, llamó a la puerta con los nudillos, entregó las quinientas pesetas de Miguel y regresó corriendo al coche, como si llevara el diablo en el cuerpo. Mañana, largo de aquí. Mañana a noventa bajo el sol. Tamariu, el bar, Mari, la bronca, a noventa bajo el sol y otra vez Mari. Un beso en la boca, suave y bien medido; eso estaría bien. El bar, el sol, el mar azul, y a la noche vuelta al bar a beber como una mula y a ser el monstruo charlatán de siempre y a horrorizar a las viejas inglesas impúdicas de pellejos colorados… El mundo es un asco. Miguel está loco de atar, enfermo, quemado, destruido, arrasado.

Entonces sacudió la cabeza como si la tuviera mojada; apagó los faros. Le dio marcha atrás al coche describiendo una violenta y cerrada curva y se alejó enfilando recto por la calle Atlántida. Sin saber cómo se encontró en un callejón húmedo y estrecho sin poder dar la vuelta a la esquina. A su derecha había una vieja taberna sin puertas y con dos tiestos de plantas regadas en la entrada. Guillermo masculló una maldición y, al iniciar el retroceso, le cerró bruscamente el paso a alguien que soltó un chillido y dejó caer una botella que se rompió con estrépito en la acera. Él asomó la cabeza. Entonces la vio a ella, acurrucada entre la pared y el coche,

mirando boquiabierta el vidrio hecho añicos a sus pies. Iba descalza, llevaba los negros cabellos sueltos y lamidos como si acabara de lavárselos y vestía una holgada bata blanca, sin cinturón, que le quedaba muy por encima de las rodillas. Guillermo saltó del coche cuando ella empezó a desgranar una larga letanía de tacos, y se le acercó lentamente con unos ojos de iluminado. La chica se calló y empezó a sonreír, más tranquila, y arqueó una cadera con aire experto e inconfundible. «En fin, así es la vida».

A partir de entonces todo fue confuso; de una cosa estaba seguro: Suárez y su mujer no estaban contentos con su visita, aunque hacían esfuerzos por disimularlo. Le invitaron a cenar. Ana, la mujer de Suárez, se empeñó en ofrecerle una tacita de tila. Era una mujer joven, de facciones acusadas y tensas, fatigadas por las labores caseras. Su frente era dúctil y bella, con las cejas huidizas y finas sobre una mirada cariñosa. Nada recordaba en ella a la actriz entusiasta de otros tiempos. Estaban sentados en torno a la mesa, habían tomado ya el café y Miguel seguía hablando…

—… sencillamente, parece que he sembrado la confusión en el gallinero local de los enchufados. Pero ¿tengo yo cara de chantajista o vocación de chorizo?

De vez en cuando Suárez miraba a su mujer:

—¿Has acostado a la niña?

—Ya debe de estar durmiendo.

En el curso del tiempo iba a recordar que vivían en una vieja planta baja de la Avenida Virgen de Montserrat, una especie de chalet con verja de hierro y un pequeño jardín en la parte posterior. Había pertenecido al abuelo de Suárez. Lo que más veces, días después, se le vendría a la memoria, con el viejo y tranquilo caserón y aquella joven pareja feliz —aunque él hubiese llegado borracho: porque algunas cosas se le olvidarían, como aquella cruz hecha con la tinta amarilla y reseca de una hoja de palma y clavada a la puerta de la entrada con un alfiler, sobre la placa ovalada de un Sagrado Corazón—, era la niña, durmiendo destapada en medio de la gran cama matrimonial, con el diminuto pantalón del pijama abierto sobre la barriguita hinchada, y a ellos tres muy juntos y en silencio mirándola a través de la puerta entornada. Oiría otra vez la voz de Ana a su espalda: «¿Qué, te gusta mi nena?». La sonrisa feliz de Ana, la casa dormida, la bondad y el afecto de Pablo, aquel

grandullón, aquel narizotas, todo se iba a deshacer con el tiempo igual que un sueño; todo menos aquella imagen de la niña y ellos tres espiándola.

Se fue después de prometer que se verían más a menudo. Suárez le dio cinco duros para que tomara un taxi y le dijo que quería hablar seriamente con él en otra ocasión.

La calle caía en ligera pendiente hasta una parada de tranvías. Pensó que era necesario localizar rápidamente a Guillermo. Pero en casa no estaba. Miró tras el biombo por si se le había ocurrido dejar alguna nota. La colchoneta estaba igual que ayer, al pie de la ventana, enrollada y con las dos sábanas plegadas encima. Estuvo un rato con las manos apoyadas en el alféizar de la ventana, pensando, intentando poner en orden algunas ideas. ¿Qué diablos estaba esperando Lavinia, para venir a buscarle?… Cuando se apartó de allí, la luz de un farol de la calle puso una franja amarilla en los bordes del biombo.

Tomó un taxi y se hizo llevar al Choto. Había dos hombres y una mujer que permanecían en silencio, casi de bruces sobre la barra, y que le estuvieron mirando atentamente mientras él hablaba con la muchacha del mostrador.

—Guillermo ¿ha estado por aquí?

—Sí. Hace un rato que se fue.

—¿Solo?

—No, iba con una chica.

—¿Y no ha dejado ningún recado para mí?

—Pues no. Han cenado y se han ido en seguida.

Miguel se quedó pensativo.

—¿Quién es ella?

—No sé, no la había visto nunca.

Miguel se acodó en la barra. Suspiró.

—Está bien. Ponme un coñac. ¿Dónde está el teléfono?

—Arriba.

Se bebió el coñac en un par de sorbos. Mientras llamaba por teléfono se vio reflejado en el cristal de la cabina: un rostro pálido y arruinado, con barba de dos días, unos ojos hundidos, una nariz afilada. Al otro lado del hilo, la vieja Carmen estaba intentando hacerle comprender que Guillermo no estaba en casa.

Salió a la calle y se fue directamente a la redacción. Había luz en

las oficinas. J. Ramos García se estaba poniendo la americana y se disponía a marcharse. Junto a él había un hombre pequeño, recostado en la mesa y con los brazos cruzados, mirando al suelo. J. Ramos García se sorprendió mucho al ver a Miguel. Le presentó al otro. Era un cronista deportivo. Habían estado tomando notas y marcas atléticas en el historial de un saltador de pértiga ruso. Antes de salir, J. Ramos García le dijo:

—¡Ah, se me olvidaba! Ha estado aquí un individuo preguntando por ti. Un mecánico, me pareció. Le he dicho que estaban a punto de despedirte y que probablemente no te veríamos más —soltó una risotada estruendosa y añadió—: Estaba furioso. No sé qué extraña historia me ha contado de su mujer, que se le ha escapado de casa. Nos ha hecho perder cerca de una hora, ¿verdad, tú? —se volvió a su amigo, éste asintió con la cabeza—. Me lo he sacado de encima como he podido. Me ha preguntado dónde vivías.

—Que se vaya al cuerno, él y la loca de su mujer.

—Bueno, hasta la vista, Oscar…

Él no les vio salir, pero estuvo oyendo su risa gruesa hasta que se apagó. Se sentó, cogió un lápiz con dedos torpes y empezó a rayar la mesa con aire ausente. Al cabo de un rato pensó en levantarse y buscar aquella botella de J. Ramos García escondida por allí. Pero estuvo así media hora, vaciado, hundido en la silla, notando cómo el calor y la noche transpiraban sordamente más allá de la ventana. Tenía el lápiz entre los dedos, ahora quieto, apretando la punta sobre un papel.

Fue como un despertar: ya no estaba recostado en la silla, sino de bruces sobre la mesa, con la mejilla pegada al papel. Frente a su único ojo abierto estaba el lápiz, apenas sostenido por los dedos. Escuchó un rumor de olas, un jadeo de cuerpos enlazados. ¿Qué estaba esperando Lavinia para venir?… Se incorporó. Estaba casi sereno, pensaba, y empezó a recoger algunas cosas de su propiedad, mirando en los cajones. Acabó por dejarlo todo y salió. No sentía deseos de caminar. Paró un taxi. Bajó en Mayor de Gracia y al cruzar las vías del tranvía descubrió el coche de Guillermo aparcado frente al callejón. Los tres únicos faroles de gas lanzaban su luz apretada y sucia contra las paredes; uno de ellos, el de siempre, pedorreaba. No le vio hasta hallarse a cinco metros de él: era una sombra sentada en el portal, la espalda recostada en la puerta y la

cabeza entre las rodillas. Apretó más el paso y vio cómo se levantaba súbitamente, encogido, desplazándose de lado como un cangrejo, hasta quedar en el centro del callejón. Él se paró frente a la puerta. Entonces el hombre se le puso detrás.

—¿Dónde está ella…?

El mismo penetrante olor a vino y a ropas de viejo. Miguel hizo chasquear la lengua nerviosamente y sacó la llave del bolsillo. No se volvió. El otro le puso una mano en el hombro.

—Oiga. Está enferma… ¿Me oye? Usted tiene que saber dónde está.

—Suelta. No sé de qué me hablas.

Abrió la puerta y entonces se volvió a mirarle. Tenía los ojos enrojecidos y brillantes, los hombros hundidos. Llevaba la misma ropa que la primera vez que le vio, aquellos pantalones azules colgando como si estuviesen vacíos por dentro y la americana a rayas con polvillo de taller adherido, grasienta, pero todavía con un leve maltrecho aire a domingo y a dignidad. Jadeaba. Miguel notó que le devoraba las facciones con sus ojillos encendidos. Se sacudió su mano del hombro con un gesto brusco.

—Déjeme en paz. No he visto a su mujer. Vamos, sea razonable.

—Se ha ido. Con quinientas pesetas, todo lo que había en casa. Me ha dejado una carta…, diciendo que esta vez no volverá. Está enferma. Ustedes tienen la culpa. ¿Me oye? Usted tiene que saber dónde ha ido.

—Avise a la policía.

Le volvió la espalda y se dispuso a entrar. El hombre, con un rápido movimiento de sus cortas piernas, se colocó delante de Miguel y apoyó la espalda en la puerta.

—Espere —dijo, cogiéndole por la manga—. Las niñas están en casa… No puede dejarme. Se ha llevado lo único que quedaba.

Él se desprendió de su mano de un fuerte tirón.

—¿Es que quiere darme la noche? Ya puede irse al diablo con esa loca. ¡Largo de aquí!

Le apartó de la puerta de un fuerte empujón. Él dio un traspiés, rozó el suelo con los dedos de una mano extendidos, tambaleándose, con la boca abierta. Miguel le miró un instante, con un pie en el portal.

—Mire… ¿Qué quiere que haga? Avise a la policía, ya se lo he

dicho.

Entró en el portal. Estuvo unos segundos intentando quitar la llave de la cerradura. En seguida notó en la nuca la sensación física de sus pequeños ojos centelleantes y se volvió, pero él llevaba el empuje de un par de metros y estaba casi por encima cubriéndose la cabeza con los antebrazos como si, paradójicamente, fuese él quien temiera recibir un golpe. Sin embargo, lanzó a Miguel contra el muro, al pie de la escalera, y luego le lanzó un puño cerrado al rostro, a ciegas. Resoplaba como una bestia acorralada. Miguel se llevó una mano a la cara y se ladeó. Estaba a oscuras.

—¡Maldito loco!

Notó sus rodillas rozándole el antebrazo. Comprendió que había caído y que se estaba incorporando, pero la rodilla le golpeó el vientre con fuerza y luego vio su sombra volviendo a coger impulso. Cuando se incorporaba de nuevo, apoyando la espalda en la pared, el hombre le golpeó dos veces al rostro con la mano cerrada, de arriba a abajo, en los pómulos, y él notó cómo se le desgarraba la carne sobre el hueso. Se revolvió furiosamente y acabó de levantarse. Dio dos pasos hacia el frente, cegado. Oyó su carrera en la calle cuando todavía resonaban en el interior del portal sus jadeos saturados de vino.

Se limpió la cara con el dorso de la mano, cerró la puerta y luego se apoyó en ella. No notaba ningún dolor. La oscuridad era completa. Subió las escaleras despacio, aspirando fuertemente por la nariz y tragándose la sangre. Abrió la puerta. Antes de tener tiempo de encender la luz, escuchó sus voces hablando en susurros. La risa de ella era débil y adormilada. Dejando la puerta abierta, sin encender la luz, Miguel caminó hasta el biombo y lo apartó con la mano. Ella era delgada y de cabellos pálidos, con unos ojos grandes y fijos. Su parecido con Palmita era extraordinario; la misma mirada confiada y cálida, los mismos cabellos, la misma boca infantil, de morriña. Como si surgiera de bajo tierra. Guillermo se incorporó de un salto, completamente desnudo y bañado en sudor. Un mechón de sus cabellos azulados le caía sobre los ojos brillantes y pasmados. Había una botella vacía, tirada junto al biombo, y unos vasos.

—¡Miguel! Pero chico, ¿no habías dicho…?

La pálida luz que entraba por la ventana le daba en la espalda y su sombra caía sobre el rostro abatido de Miguel, que permanecía

inmóvil, sosteniéndose con una mano en el biombo. Guillermo miró a la chica con un rápido movimiento de cabeza y luego a Miguel.

—No te enfades…

—Fuera. Los dos.

—La vieja no nos ha visto…

—Que te vayas.

—Hombre, sé razonable… ¿Qué te pasa?

Le cogió del brazo intentando apartarle de allí. Miguel dejó caer al costado la mano que tenía en el biombo. Antes de volverse la miró a ella, que intentaba ahora cubrirse con la sábana, encogida, con las rodillas pegadas al pecho, oscura y húmeda de sudor sobre el blanco de la almohada y clavando en él sus redondos ojos azules. Se acurrucó bajo la revuelta sábana como pudo, apretada a la pared, y sólo asomaba su cabeza despeinada.

—Sólo esta noche, Miguelín, la última —decía Guillermo—. Te juro que es la última vez. Haré algo, te lo juro. Pero deja que nos quedemos esta noche. La última. Tú no puedes hacerme eso, sé que no lo harás… ¿Qué diablos tienes por corazón, Miguelín…? Oye, ¿y eso de la cara?

Él le había vuelto la espalda y caminaba hacia su cama. «Gracias, chico, eres un amigo…», le oyó todavía decir. Se dejó caer de espaldas en el lecho. No se desnudó. Llevó lentamente las manos a su nuca y estuvo así, con los ojos alzados al techo, tragándose la sangre de la nariz y oyéndoles a ellos dos buscándose otra vez en las palabras apenas susurradas, jadeando, fatigándose, luego riendo contenidamente. El silencio, cuando llegase, sería el maldito silencio de siempre, el que acaba por vencer siempre aunque uno no llegue nunca a explicarse el porqué, después de tantos años. De momento, los ruidos, más allá de la ventana abierta, eran unos ruidos de verano y de vecindad desvelada que se disparaban nítidos en la noche, perezosos y resignados, y que no significaban el preludio de nada. Y de nuevo, con aquella ronquera triste que ponía a veces en las palabras, la voz de Guillermo Soto susurrando en el rincón:

—¡Eh, paloma!, ¿te he contado alguna vez la breve historia de mi vida al otro lado del telón de incienso? Acércate más. Así… Allí, el sol es pálido y no siempre acude a la cita. Pero ellas lo aprovechan cuando sale, sentadas en las verdes orillas del Neckar

con las faldas subidas hasta la ingle. Son más alegres. Tienen unas piernas largas, coloradas…

XVI

Frente al tablero de las fotos hay una muchacha con una bolsa de rejilla en la mano. Está comiendo una manzana. Pasa un viejo, se para, saca los lentes de la funda con parsimonia, los cuelga en su nariz, y empieza a mirar las fotografías una a una, esforzándose por reconocer aquellos rostros seguramente famosos —estaban allí por algo, sin duda, los habrían fotografiado por algún motivo que él ignoraba— haciendo correr sus ojillos cansados sobre los objetos y los más insignificantes personajes del fondo, comparándolos, preguntándose qué hacían allí, por qué sonreían, por qué se daban la mano. De vez en cuando se echa para atrás a fin de captar mejor el conjunto, se ajusta los lentes, menea la cabeza. No ve a la muchacha ni ella le ve a él. Están solos todavía. Es por la mañana, el tiempo ha cambiado en pocos días y ya se nota el fresco. Empieza a llegar más gente: mujeres que van a la compra, obreros con el desayuno bajo el brazo, aprendices de taller, oficinistas, tranviarios, dependientas con el uniforme, recaderos… El viejo mira en torno, un tanto perplejo, y luego sigue su camino guardándose los lentes con parsimonia.

En una mañana como ésta, desde allí mismo, se fue Miguel de la ciudad. Guillermo Soto, con su nueva amiga y su biombo, desapareció al día siguiente de la noche que él cayó enfermo. Miguel se despertó al mediodía con fiebre muy alta y una terrible presión en el pecho. Quitadme esta piedra, se oyó decir a sí mismo. Vio que estaba solo, cayó inmediatamente en una especie de duermevela y así estuvo no supo cuánto tiempo, sin intentar ningún esfuerzo por llamar a nadie, hasta que una noche se abrió la puerta y apareció Lavinia acompañada de la patrona. La patrona no hacía más que preguntar. Él se convirtió de repente en el hermano de Lavinia —esto fue lo único que consiguió hacerle reír un poco; luego, cuando ella se lo contó— y supo que había estado así un día

y medio. Luego recordaría a Lavinia besándole con tristeza, la preocupación que se reflejaba en su rostro bronceado y fragante, como llegado de otro mundo, sus manos acariciándole y arropándole, sus palabras: «No es nada. Yo te sacaré de aquí, he venido a buscarte para siempre… ¿Por qué no has llamado, amor mío, por qué? Pero ahora ya estoy aquí, te pondremos bueno en seguida y nos iremos juntos…».

Como en sueños, durante un tiempo lleno de brumas cuya duración no habría sabido determinar —luego sabría que fueron tres días con sus tres noches—, la vio a ella moverse por la habitación con sus largos pantalones rojos y su blusa de mangas recogidas sobre los codos, despeinada y feliz, afanándose en prepararle comida, hacerle tomar unas pastillas, ponerle el termómetro, abrigarle. Recordaría una visita del médico: «Está muy débil…». Ella escuchaba al hombre, cuando la fiebre no le dejaba dormir y gozaba de una extraña lucidez, notaba el cuerpo de Lavinia a su lado, apartada, muy quieta, y sabía que ella tampoco dormía, que en cualquier momento podía volverse y vería sus ojos cálidos que le estaban velando y su sonrisa confiada.

Ahora, en esta mañana de otoño y a punto ya de partir, abrigado por Lavinia en el interior del coche, dirigió una mirada al callejón y a la gente agrupada frente al tablero. Vio a un viejo de cabeza temblona abriéndose paso y alejándose, arrastrando los pies. Luego, tras él, salió una muchacha con una bolsa de rejilla llena de manzanas. Un poco más lejos, en el portal de la casa donde él había vivido cerca de dos años, Lavinia surgió llevando hacia el coche las últimas cosas de Miguel: la máquina de escribir, dos libros y alguna ropa que no cabía en la maleta. Antes de salir pagó a la patrona. Dejó las cosas en el coche, se sentó junto a Miguel, le subió el cuello de la gabardina y luego, sonriendo, le besó en la mejilla. Miguel le pasó un brazo por encima de los hombros. Más allá del perfil de ella y del cristal, los coches se deslizaban sobre el asfalto con un rumor apagado. Lavinia puso el motor en marcha. Volvió el rostro hacia Miguel con una sonrisa confiada, tranquila.

—¿Estás dispuesto?

—Cuando quieras.

Miguel apretó levemente su hombro con la mano y luego volvió el rostro hacia la entrada del callejón, mirando a la gente por última

vez. Le habría gustado poder decir algo, ahora; le habría gustado poder decir algo así como «Todo ha terminado».

Pero no estaba seguro de que fuese verdad.

Este día iniciaron una plácida vida de amantes que había de prolongarse hasta los primeros años setenta y que sus amistades envidiarían secretamente.

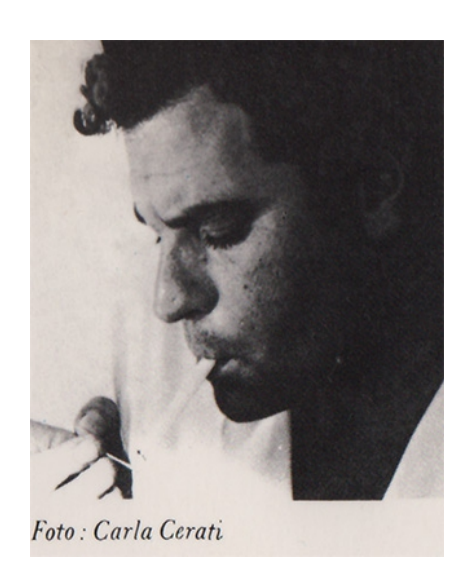


Foto: Carla Cerati

JUAN MARSÉ. Nació en Barcelona en 1933. Hasta los veintiséis años trabajó en un taller de relojería. De formación autodidacta, su primera novela, *Encerrados con un solo juguete*, apareció en 1960, seguida por *Esta cara de la luna*, en 1962. *Últimas tardes con Teresa* (1966), que obtuvo el Premio Biblioteca Breve, constituye junto a *La oscura historia de la prima Montse* (1970) el punto de arranque de un universo narrativo que estará presente en toda la producción literaria del autor: la Barcelona de la posguerra y el contraste entre la alta burguesía catalana y los emigrantes. *Si te dicen que caí* (1973), considerada como su gran obra de madurez, fue prohibida por la censura franquista, publicada en México, y galardonada con el Premio Internacional de Novela México 1973. *La muchacha de las bragas de oro* (1978) le valió el Premio Planeta. En *Un día volveré* (1982) recupera algunos de los temas y escenarios más recurrentes de su narrativa. En 1984 publicó *Ronda del Guinardó*, en 1986 la colección de relatos *El teniente Bravo* y en 1990 *El amante bilingüe*. *El embrujo de Shanghai* (1993) fue galardonada con el Premio Nacional de la Crítica y con el Premio Europa de Literatura 1994. En 2000 publicó *Rabos de Lagartija*, Premio Nacional de la Crítica y Premio Nacional de Narrativa. Su novela más reciente es *Canciones de amor en Lolita's Club* (2005). En 2008 ha recibido el premio Cervantes.